

AA. VV.

CUENTOS DE LA HEREJÍA

Edición de Nick Kyme y Lindsey Priestley

Lectulandia

Juegos de sangre

Ubicada en Terra al comienzo de la Herejía de Horus, la historia trata sobre Amon Tauromachian (un Adeptus Custodes), quien está encargado de proteger al Emperador mientras el mundo a su alrededor empieza a fortificarse con la esperanza de detener a los rebeldes. Amon es llamado para formar parte en los Juegos de Sangre, un ejercicio en el que todos los Custodios tienen que tomar parte, en el que intentan sacar a la luz los defectos en la protección del Emperador. Después de finalizar la prueba con éxito Amon Tauromachian y un compañero, Haedo Emankon, son enviados a una peligrosa misión con Constantin Valdor para reunir evidencias que incrimen a un miembro del gobierno sospechoso de traición. Pero no todo es lo que parece.

Lobos a las puertas

Un grupo de Lobos Espaciales, pertenencientes a la Decimotercera Gran Compañía, que están viajando con la 954.ª Flota Expedicionaria, redescubren un planeta que ha estado oculto debido a las tormentas de la Disformidad. Está habitado por humanos, y por lo tanto debe ser reintegrado en el Imperio. Sin embargo, este planeta es asaltado regularmente por lo que los habitantes llaman los «Sajadores», que son Eldars Oscuros de la Cábala del Corazón Aullante. Los Lobos Espaciales luchan para expulsar a los «Sajadores» del planeta, pero los resultados resultan inesperados e indeseados.

Peones de la tormenta

Los Portadores de la Palabra encuentran un planeta al que designan Cuarenta y siete-Dieciseis, en el cual la población humana parece adorar a un ídolo. El mundo es condenado a arder, la idolatría no debe ser tolerada. Sor Talgron combate primero contra máquinas con inteligencia artíficial para finalmente llegar a la población de Cuarenta y siete-Dieciseis, solo para descubrir que ellos idolatran al Emperador como si fuera un Dios, y que todo lo que quieren es pertenecer al Imperio.

A veces, sin embargo, el sacrificio es necesario.

La Voz

Las Hermanas del Silencio investigan la desaparición de una de las Naves

Negras, llena de psíquicos capturados.

La llamada de Lion

Los Ángeles Oscuros llevan hasta el planeta Byzanthis el Imperio de la Humanidad, mientras sus comandantes difieren en la forma en la que esto debe ser hecho.

La última iglesia

Un misterioso guerrero visita la última iglesia, donde se enfrenta en una batalla dialéctica con el viejo sacerdote que allí habita.

Después de Desh'ea

Los Perros de la Guerra, Legión que posteriormente pasará a ser conocida como los Devoradores de Mundos, se encuentran con Angron, su Primarca, por primera vez.

Nick Kyme y Lindsey Priestley (rec)

Cuentos de la herejía

Warhammer 40000. Herejía de Horus 10

ePUB r1.3
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Juegos de sangre
Título original: *Blood Games*
Dan Abnett, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Lobos a las puertas
Título original: *Wolf at the Door*
Mike Lee, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Peones de la tormenta
Título original: *Scions of the Storm*
Anthony Reynolds, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

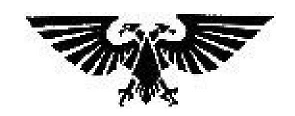
La voz
Título original: *The Voice*
James Swallow, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

La llamada de Lion
Título original: *Call of the Lion*
Gav Thorpe, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

La última iglesia
Título original: *The Last Church*
Graham McNeill, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Despues de Desh'ea
Título original: *After Desh'ea*
Matthew Farrer, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador e igual que un hijo es para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



JUEGOS DE SANGRE

DAN ABNETT



DRAMATIS PERSONAE

EL EMPERADOR DE LA HUMANIDAD	
AMON TAUROMACHIAN	Custodio.
CONSTANTIN VALDOR	Capitán General de la Legio Custodes.
LORD PHEROM SYCHAR	Lord Hereditario de Hy Brasil.
HAEDO EMANKON	Custodio.
PTOLEM SICHAR	Cuarto hermano de Lord Sichar.
IBN NORN	Lucifer Negro, guardaespaldas de Ptolem Sichar.
ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales.
GEN CHETH	Asesino que se hace pasar por un Lucifer Negro.

Quis custodiet ipsos custodes?

Llevaba dando vueltas diez meses. Diez meses y dieciocho identidades, la mayoría tan reales que habían engañado a la verificación biométrica unificada. Había creado tres rastros falsos para hacerles perder la pista. Uno llevaba hasta los feudos eslovakos, otro llevaba a Kaspia y los Territorios Septentrionales, y el último era una ruta serpenteante que atravesaba el Tirol y bajaba hasta los Santuarios Dolomíticos que se alzaban cerca del Pozo de Venecia. Había pasado el invierno en la colmena Boocuresti y había cruzado la cuenca del mar Negro en un aerodeslizador de carga durante la primera semana del reflujo de hielo. En Bilhorod había dado media vuelta para despistar a un posible perseguidor y había pasado tres semanas escondido en una manufactoría abandonada de Mesopotamia mientras preparaba su siguiente movimiento.

Diez meses. Quizá demasiado tiempo para un juego de sangre, pero estaba jugando la partida con mucho cuidado. Se había esforzado por sincronizar sus movimientos con las corrientes globales del planeta. Había seguido las rutas comerciales, el tráfico interprovincial y las migraciones estacionales de trabajadores. Estaba seguro al ciento por ciento de que no lo tenían fijado con un seguimiento desde órbita, y estaba bastante seguro de que ni siquiera tenían una aproximación de su localización exacta. No lo había seguido nadie desde Bilhorod.

Recorrió la campiña de Baluchistán, casi siempre a pie, aunque a veces consiguió que lo llevaran un trecho en algún vehículo de transporte, y cruzó la frontera del Territorio Imperial trescientos tres días después de haber salido.

La cima del mundo había cambiado en esos diez meses. Todo un pico había desaparecido del horizonte cegador. Era un hueco que contrastaba con sus recuerdos, y que lo incomodó como si le faltara un diente. El aire enrarecido por la altitud olía a brea, a aleaciones metálicas y a piedra pulida. Los ingenieros guerreros del primarca Dorn llevaban a cabo sus hazañas poliercéticas y estaban blindando las montañas más altas y robustas de toda Terra.

Ese olor a brea, a aleaciones metálicas y a piedra pulida era el olor de la guerra que se avecinaba. Sus notas fragmentadas resonaban en el aire brillante del viejo Himalazia.

El escenario era tan blanco que le abrasaba los ojos. Se alegró de llevar puestas las gafas antibrillo. El aire era transparente como el cristal y la temperatura de unos cuantos grados bajo cero. El sol relucía como un soplete de fusión en mitad del cielo azul. Las perfectas capas de nieve cubrían los picos y las laderas, con un color blanco

doloroso, con un vacío lacerante.

Había pensado que el sur era su mejor opción, Kath Mandau y el gigantesco Recinto central, pero al acercarse un poco más se dio cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas. La seguridad, que como mínimo siempre había sido rigurosa, se había vuelto tan estricta como el cilicio de un penitente. La guerra inminente había triplicado los guardias en las puertas, cuadruplicado los bastiones armados y las cúpulas de armas automatizadas y multiplicado por cien los sensores biométricos.

Unos destacamentos enormes de trabajadores inmigrantes, que servían a las órdenes de los Gremios Constructores, se habían reunido ante las puertas de palacio. Sus campamentos, sus talleres, sus propios cuerpos, manchaban la nieve de las zonas altas con salpicaduras verdes, negras y rojas, igual que si fueran brotes de algas que crecieran en su superficie.

«La seguridad es más estricta, pero tienen un millón más de rostros que vigilar».

Estudió con detenimiento las hordas de trabajadores durante seis días, y dejó a un lado sus planes de dirigirse hacia el sur. En vez de eso, se encaminó hacia el norte, a través de las praderas, y siguió las sendas sin perder de vista a las cuadrillas de operarios. De los valles y pasos nevados de Kunlun bajaba una serie de flujos constantes: columnas de trabajadores de reemplazo, caravanas cargadas de suministros y de materiales de construcción procedentes de las minas de Xizang. Las columnas se asemejaban a ríos de agua de deshielo oscura, o a glaciares negros y veloces. En los puntos donde esos flujos se topaban con los ejércitos de trabajadores surgían ciudades temporales bajo la sombra de las murallas gigantescas. Eran pueblos de habitiendas y metrópolis de lona donde se alojaban los trabajadores emigrantes y ponían a resguardo a sus manadas de animales y a sus servidores, donde además buscaban cubrir sus necesidades de alimento, agua y medicinas. Los materiales sin descargar: madera, arrabio, acero sin purificar, minerales y gravilla, se acumulaban alrededor de aquellos campamentos urbanos como pilas de escoria. Las torres y las grúas de carga alzaban los contenedores repletos de material por encima de las murallas. Las sirenas aullaban, y el eco de sus aullidos resonaba por todos los valles elevados de alrededor.

A veces se limitaba a quedarse sentado para contemplar el palacio, como si fuera la creación más maravillosa de todo el universo. Probablemente no lo era. Sin duda, existían logros arquitectónicos antiguos y alienígenas en planetas lejanos y olvidados que lo empequeñecían o que lo eclipsaban por su tamaño gigantesco o por el alcance de lo logrado. Pero lo importante no era la arquitectura, lo importante era la idea que había dado origen al palacio, lo que lo convertía en una creación maravillosa. Era ese concepto interior, la noción que lo hacía realidad.

El palacio era inmenso y hermoso. Era la cordillera de mayor tamaño de Terra convertida en una residencia y en una capital, y en esos momentos, finalmente, en

una fortaleza.

La cima que faltaba en el Himalazia. Sonrió al darse cuenta de lo tremendo de la hazaña. Los proyectos de la humanidad no eran, en absoluto, modestos en aquellos tiempos.

Se vistió con unas grebas sucias cubriéndole las piernas y con unos harapos para el resto del cuerpo y pasó tres días trabajando con los ogros modificados genéticamente de Nei Monggol. Tenían el sobrenombre de «migou», y se dedicaban a cruzar los pasos arriba y abajo cargados con hojas de zurlita y alforjas llenas de nefrita y guijarros egipcios. También se dedicaban a construir terraplenes y trincheras enormes con unas palas de hojas imponentes fabricadas con los omóplatos de groxes gigantes y a clavar en grupo y de forma rítmica las estacas de hierro sobre la que luego se colocarían los rollos de alambre de espino.

Por la noche, en los campamentos de trabajo, los ogros cargaban sus cuerpos de músculos sobredesarrollados con qash, una resina subproducto del veneno de un nematodo del Yermo de Gobi. La sustancia provocaba que se les hinchasen las venas y los ojos se les pusieran en blanco. También les hacía hablar en lenguas extrañas.

Observó con detenimiento los efectos que producía y calculó las dosis y el tiempo que duraban aquellos efectos.

Los ogros estaban dispuestos a trabajar con él, pero se comportaban de un modo suspicaz. Se esforzó por no ser más que otro trabajador caucásico, ansioso por ganarse un sueldo e incluso un sobresueldo a expensas de los Gremios Constructores. Tenía todos los papeles en regla. Sin embargo, cuando intentó comprar qash, se volvieron hostiles, ya que temieron que fuese un latígeno al que hubieran enviado a los campamentos para hacer respetar las normas a los trabajadores.

Intentaron matarlo.

Tres migou fingieron estar dispuestos a venderle qash y se apartaron del campamento principal hasta llevarlo a una explanada rocosa donde los grupos de porteadores habían depositado pilas de ópalos de fuego y de menilita. Uno de ellos desenvolvió un trapo para mostrarle varias rodajas de resina. Otro intentó apuñalarle en el hígado con una daga.

Suspiró. Aquello era una complicación.

Agarró al migou por la muñeca, le dobló el brazo y se lo giró en dirección contraria a la altura del codo. La articulación se partió por la tensión y el brazo quedó completamente inerte, hasta el punto de que pudo quitarle la daga de los dedos lacios sin problema alguno. El migou no gritó de dolor. Simplemente parpadeó por la sorpresa.

Los tres eran criaturas colosales, con unos músculos enormes y antinaturales. A ninguno de ellos se le había ocurrido que aquel caucásico, aunque muy grande y bien proporcionado, pudiera representarles un problema.

Uno de ellos le lanzó un puñetazo con una fuerza enorme pero con desgana, como si se sintiera ofendido de que se vieran obligados a esforzarse por solucionar aquello. Con aquel golpe pretendía rematar el asunto derribando al caucásico con la mandíbula hecha pedazos y la cabeza colgando inerte de la columna vertebral.

Sin embargo, el golpe no impactó en ninguna parte del cuerpo del caucásico. En vez de eso, el puño dio de lleno contra la daga, que éste había girado de repente para hacer frente al ataque. El tajo le separó el músculo de los huesos. Aquello sí que produjo un grito de dolor. El ogro aulló e intentó pegar la carne de nuevo al hueso, pero el caucásico lo hizo callar al clavarle la hoja de la daga en la gruesa frente. El arma atravesó el hueso igual que lo hubiera hecho la piqueta de un minero.

El ogro se desplomó hacia atrás, y la empuñadura de la daga quedó sobresaliendo por encima de los ojos, como si fuera una diadema de extraño diseño.

El tercer migou lo agarró por detrás con un abrazo de oso. El ogro del brazo roto se dispuso a lanzarle un zarpazo a la cara. Todo aquello era muy tedioso. Se libró del agarrón con un movimiento de hombros, giró sobre sí mismo y le clavó la palma de la mano derecha en el pecho. El esternón se partió, y cuando el caucásico sacó la mano, dio la impresión de que llevaba puesto un guante rojo. La mayor parte del corazón del migou se encontraba en el interior de su puño.

El ogro del brazo roto, el único que quedaba del trío, murmuró algo atemorizado y echó a correr por la explanada de roca.

No sentía una inquina especial contra el ogro herido, pero no podía permitir que huyera. Se agachó, escogió un trozo pequeño de ópalo con los dedos ensangrentados y lo lanzó con un veloz giro de muñeca.

El impacto del trozo de mineral provocó un chasquido cuando éste perforó la parte posterior de la cabeza del ogro como una bala. Se desplomó con fuerza contra el suelo y su pesado cadáver se deslizó boca abajo sobre el costado de una pila de cascotes.

Lanzó los tres cuerpos por una sima sin fondo visible, se lavó las manos en la nieve y se llevó toda la resina de qash.

La aglomeración de trabajadores en las afueras del palacio había llevado consigo, como siempre hacía cualquier masa de humanos, toda una invasión de piojos, de alimañas y de carroñeros. Los lobos radiactivos seguían a los trabajadores por la planicie y se congregaban de noche, cuando sus ojos rojos brillaban en la oscuridad al reflejar la luz de las hogueras de los campamentos. Cientos de mastines de combate patrullaban el perímetro de los asentamientos durante la noche, o vigilaban desde los riscos que se alzaban delante de las murallas del palacio. La tranquilidad de la noche se veía interrumpida de forma habitual por las repentinas tormentas de ladridos y aullidos, por los gruñidos y los gañidos de los animales destrozándose mutuamente

que se oían cada vez que los mastines ahuyentaban a los lobos que se habían acercado demasiado.

Era difícil determinar en aquella oscuridad qué sombras eran lobos y cuáles mastines.

Había pasado por pruebas físicas de un modo habitual a lo largo de su vida, y había memorizado todos los resultados hasta el detalle más minucioso para poder calcular sus propias limitaciones.

Cortó las rodajas de resina de qash en porciones pequeñas y las pesó con una balanza que le había pedido prestada a un cortador de gemas.

El refuerzo de la puerta Annapurna estaba a medio terminar. La boca de aquella puerta gigantesca se veía abarrotada todos los días con miles de trabajadores, y las enormes grúas de carga elevaban contenedores llenos de placas de ceramita, vigas y rococemento reforzado por encima del arco ciclópeo. Para los guardias hubiera sido una tarea imposible verificar la identidad de cada trabajador que entraba y salía, ya que eso hubiera provocado que los grupos de operarios se agolparan y el ritmo de trabajo se ralentizara. En vez de eso, toda la zona de la puerta quedaba cubierta por un campo lector biométrico proyectado por unos paneles que giraban lentamente en los aleros del arco primario.

Cuando llegó el amanecer, se metió bajo la lona que cubría una de las cargas que las grúas debían pasar al otro lado esa misma mañana. Se metió entre las placas de acero y las vigas de teca y esperó.

Había preparado una dosis de cuatro gramos de qash, una sobredosis para cualquier migou. Su eficacia era tal que estaría inconsciente menos de un minuto después de tomarla.

Esperó dos horas hasta que sintió los tirones de los operarios encargados de sujetar las cadenas de la grúa al contenedor. Luego oyó el chirrido de los cables de la grúa al tensarse y, un momento después, notó el bamboleo del contenedor al separarse del suelo.

Se tragó el qash.

Había observado que el mecanismo de la grúa tardaba cuarenta y tres segundos en alzar la carga hasta la altura necesaria para sobrepasar el arco de la puerta, y otros sesenta y seis en cruzarla hasta el otro lado. Veinticuatro segundos después del comienzo de ese periodo de cruce, la carga entraba en el campo del lector biométrico.

El qash actuó como debía. Estaba rígido y muerto doce segundos antes de entrar en el campo. El lector no captó más que una carga de materiales inertes.

Se despertó. El contenedor ya estaba en el suelo y habían retirado parte de las lonas

que cubrían la carga para que los operarios y los trabajadores comenzasen a descargar las placas de acero.

Le dolía todo el cuerpo. Tenía agujetas en casi todos los músculos. Se concentró y realizó unos cuantos ejercicios depurativos para eliminar los últimos restos del estado de rigor somático en el que lo había inducido el qash. La dosis hubiera sido letal para cualquier humano normal, y casi mortífera para alguien como él. Le había provocado un breve estado semejante a la muerte que le había permitido pasar inadvertido a través de las alarmas biométricas del palacio.

Se bajó del contenedor sintiéndose atontado y dolorido. En la parte superior de las murallas estaban construyendo enormes casamatas artilleras y plataformas de combate blindadas, a la vez que fijaban unas gruesas placas de blindaje de adamantium a las propias paredes de las murallas. Los trabajadores se afanaban por doquier sobre los andamios o las pasarelas que los unían. Algunos colgaban sobre la superficie de la muralla como montañeros en mitad de una escalada. En el aire resonaba sin cesar el ruido de los martillos y de las cizallas. Las herramientas de energía zumbaban. Los sopletes de fusión siseaban y parpadeaban con una luz azul ártica.

Los ojos se le llenaron de destellos al mirar directamente a los cortadores de fusión. Sintió el sabor de la sangre en el fondo de la garganta. Cogió del suelo una caja de remaches y un martillo y se entremezcló con la masa de trabajadores.

Penetró en los niveles exteriores del palacio. Aquello le costó otros tres días. Dejó de ser un trabajador gremial para convertirse en una sombra. Después fue un lacayo dedicado a pulir las partes metálicas del lugar, luego un portero, vestido con una librea que había tomado prestada de una lavandería, aunque tuvo que activar un campo de desplazamiento que llevaba escondido para disimular su altura y su corpulencia.

Recorrió pasillos con las paredes cubiertas de adornos de ágata y de diásporo, y bajó por escaleras construidas con grandes placas de ónice. Contempló su reflejo en los suelos de mármol pulido y cómo lo perseguía su propia sombra a lo largo de paredes talladas en cuarzo y sardónice. Esperó en la penumbra de soportales gigantescos mientras por delante pasaban destacamentos de combate a paso de marcha. Se tuvo que mantener de pie junto a puertas mientras unas filas interminables de servidores llevaban bandejas de carne cruda y verduras hidropónicas recién cosechadas en dirección a las mesas de honor.

Paseó de nuevo a ser un lacayo, luego un limpiador de alfombras, un ordenanza, y después un mensajero con una valija llena de papeles en blanco. Siguió encorvándose para disimular su estatura y su corpulencia.

Cada cierto tiempo se detenía para orientarse de nuevo. El palacio tenía un

tamaño superior a muchas ciudades. Se tardaba toda una vida en aprender sus diferentes niveles y sus caminos. Bajó la mirada desde el pasamanos de uno de los balcones más elevados y vio desfiladeros artificiales de quinientos pisos de altura, llenos de luz y repletos de gente. Algunas de las cúpulas del Precinto, sobre todo el Hegemón, eran tan amplias que poseían su propio sistema meteorológico. Las nubes microclimáticas flotaban bajo cúpulas pintadas. Se decía que ver llover en el Hegemón era una señal de buena fortuna.

Por lo que él sabía, no había llovido en el Hegemón desde hacía tres años.

Los custodios estaban por todos lados y vigilaban los niveles interiores del Precinto. Tenían un aspecto majestuoso con su adornada armadura de color dorado. Las plumas de las crestas de sus cascos eran carmesíes, igual que chorros de sangre arterial que hubieran quedado congelados en mitad del aire. El símbolo del relámpago previo a la Unificación aparecía grabado en las armaduras. Se mantenían acechantes en las salas envueltas en penumbra y en los claustros llenos de sombras del palacio, con las lanzas guardianas apuntando hacia arriba, terroríficamente vigilantes.

Mantenían una actitud impasible, silenciosa, y protegían sus secretos de un modo solemne, pero su sola presencia revelaba una verdad.

Estudió su despliegue. Dos de los custodios vigilaban el Circuito Meridional, que serpenteaba como una trenza plateada hacia el Hegemón. Otros dos se encontraban delante del Baluarte de Jade, y otros tres patrullaban debajo del entramado de hierro y malaquita de la Sala Conciliar. Un custodio aislado, casi invisible, se mantenía en posición bajo las hojas de color verde reluciente del oasis Qokang mientras contemplaba la caída rugiente del agua desde el lago de recreo hasta las turbinas en una sucesión de cascadas vaporosas. Otros cuatro recorrían las plataformas superiores de las Torres Taxonómicas.

Sin embargo, no se veía ningún custodio en el Circuito Septentrional, ni tampoco en la zona occidental del lago. Tampoco cerca de la Sala de Honores. Todo aquello era muy revelador. Actuaban igual que satélites visibles que indicaran la posición de un planeta invisible, como si fueran unos cuerpos astrales relucientes que orbitaran de un modo determinado debido a la fuerza gravitatoria de una estrella oculta. Al ver dónde se encontraban y dónde no, era capaz de calcular el lugar donde estaba su objetivo.

Le pareció que lo más probable era que estuviera en el Salón de Leng. Por las posiciones que ocupaban sus leales custodios, su presa debía hallarse en algún lugar del hemisferio occidental del Recinto, lo que significaba que en el Salón de Leng, en la Casa de Armas, en el Gran Observatorio o en los aposentos privados adyacentes a estas dos últimas estancias. Sin embargo, él sabía que el Salón de Leng era su lugar favorito. Cuando no se encontraba afanado en los trabajos secretos que desarrollaba

en las criptas más profundas del palacio, su objetivo pasaba gran parte del tiempo en ese salón, donde medía los ángulos del espacio y del tiempo.

Se decía que el pasado y el futuro se entrecruzaban en aquel lugar, y que era así desde tiempos primordiales, antes de que el lugar se llamase Leng, antes de que naciera su presa, antes de que se alzara alguna clase de techo en el sitio o que lo vieran ojos humanos. El Salón de Leng, una estancia alargada y oscura, no era más que una de las anomalías del materium que había sido sometida, un hilo entresacado del tejido del tiempo, una costra en la piel del espacio.

Nunca se había sentido a gusto en aquel salón. Lo llenaba una oscuridad tangible, que parecía exhalar con suavidad, como la respiración de un dios durmiente, pero era un lugar adecuado, y le serviría.

Se dirigió hacia el Salón de Leng desde el suroeste siguiendo un camino de ouslita que conformaba una avenida de sicómoros y de abedules plateados. Ya no iba disfrazado. Había dejado de ser un limpiador de alfombras o un prendedor de lámparas. Se acabó el campo de desplazamiento para ocultar su estatura. Había desdoblado la envoltura de falsedad, leve como una tela de araña, y se había envuelto con ella. La sintió tan suave y tan fría como los copos de nieve sobre la cabeza, los hombros y la espalda. La luz ya no le hizo caso, como si ya no mereciera la pena prestarle atención. Los rayos de luz se doblaban a su alrededor, se apartaban retorciéndose, esquivaban su silueta y, al hacerlo, lo privaban de toda sombra y color.

Recorrió la avenida de árboles tan inadvertido como un suspiro y cruzó los jardines que llevaban a la parte posterior del salón. Captó el olor a incienso votivo, y le llegaron al oído los crujidos y los suaves gemidos antinaturales que emitía la estancia.

Tenía el arma preparada. Era una daga de puño de Nei Monggol, pulida hasta conseguir un filo que ninguna amoladora de los ogros podría lograr jamás. Además, la hoja estaba cubierta con el veneno letal de nematodo que había destilado y refinado a partir de la resina de qash.

¿Sería aquello suficiente para matar a un semidiós? Eso creía. Sin duda, sería más que suficiente para acabar un juego de sangre.

No había cerraduras. Había memorizado todos los rayos de las alarmas cuánticas, y los sensores luminosos se negaron a captar la envoltura de falsedad. Aferró con fuerza la daga que empuñaba en la mano izquierda.

La luz del pórtico exterior tenía un aspecto opaco, como si estuviera manchada de color marrón debido al humo. Avanzó caminando sobre las baldosas negras, que estaban desgastadas por el paso de visitantes a lo largo de los siglos. En una pileta

situada al lado de las puertas interiores se acumulaba agua de deshielo pura. Sobre el dintel se veía un bajorrelieve, un friso que mostraba las penalidades que sufrieron los primeros peregrinos que llegaron a Leng.

Las puertas interiores eran pesadas, y mucho más antiguas que el propio palacio. Eran paneles de madera de roble alpino de medio metro de espesor, hechas a mano y ya gastadas, y ninguna de las esquinas encajaba de un modo correcto. Corrió el pasador de hierro negro y empujó una de las puertas para abrirla. Lo recibió una vaharada de aire que olía a piedra fría.

El inmenso salón estaba casi a oscuras, como una noche iluminada tan sólo por las estrellas, y tan en silencio como la misma medianoche. De vez en cuando se oía un sonido que recorría el espacio oscuro, un sonido que podía ser tanto un soplo de viento del Himalazia como el romper de las olas en una costa lejana, pero que en realidad no era ninguna de aquellas dos posibilidades. Bajo el alto techo flotaban unas chispas pequeñas y anaranjadas que parecían luciérnagas, o fuegos fatuos.

Las observó mientras adaptaba la vista a la penumbra. Comenzó a captar las siluetas plateadas de los objetos que había en el salón: columnas, estatuas antiguas y las herramientas y artefactos pertenecientes a unos anticuarios de épocas previas y que no se habían retirado del lugar. Esos objetos destacaban como insectos metálicos monstruosos, con los brazos exploradores alzados igual que las patas de una mantis religiosa. Los atriles semejantes a élitros metálicos estaban cubiertos de símbolos extraños y arcanos donde se indicaban grados y direcciones. Todo estaba cubierto de polvo.

Se deslizó entre todos aquellos objetos. En algún punto por delante de él, cerca, se notaba una presencia. Estaba distraída, con la mente concentrada en otros asuntos. No se había percatado de su presencia. Ni siquiera lo había sentido.

Rodeó una columna y se pegó a ella. Sintió la frialdad de la piedra mientras centraba la mirada en su presa.

Su objetivo estaba de rodillas en mitad del amplio suelo despejado del salón, totalmente concentrado en la tarea de pasar las páginas de un códice gigantesco de tapas de cuero. Había abierto el códice de par en par sobre el suelo, como un águila con las alas extendidas. El lomo medía más de un metro y medio. Las manos que pasaban las páginas eran extraordinariamente hermosas. Eran las manos de un escultor, las manos de un artista.

Su presa estaba de espaldas a él. Llevaba puesta una túnica blanca con capucha. Eso resaltaría la sangre.

Un asesino normal avanzaría paso a paso de un modo sigiloso para aproximarse de un modo furtivo a su presa. Sin embargo, su presa era demasiado peligrosa como para que pudiera utilizar una técnica tan precavida. Estaba a distancia de ataque, y no le quedaba más opción que lanzarse a por él. Después de diez meses, tan sólo iba a

tener una oportunidad.

Saltó hacia delante con el brazo en alto.

A mitad de camino, con la punta de la daga a apenas un instante de clavarse en el centro de la ancha espalda de su objetivo, una sombra saltó desde el otro lado para enfrentarse a él.

Una oscuridad fluida interceptó la hoja de su arma. La daga de puño salió desviada hacia un lado y el ataque perdió impulso. Se dio la vuelta.

Apenas logró ver a su oponente, ya que también utilizaba una envoltura de falsedad para burlar la luz. El atacante se lanzó contra él, una sombra contra otra sombra. Captó la silueta borrosa de la hoja larga de una espada.

Desvió un mandoble por encima de la mano y otro por debajo girando la daga de puño arriba y abajo. Cada impacto provocó el típico chasquido del metal contra el metal. Saltaron chispas. Retrocedió con rapidez sobre las baldosas negras mientras el espadachín enemigo lo atacaba sin cesar.

Las hojas de las armas chocaron de nuevo. La daga de puño no le proporcionaba alcance para un ataque. Su oponente tenía toda la ventaja. El chasquido metálico resonaba de un modo tremendo en el silencio suspirante de la estancia.

A pesar de la fuerza y del modo en que tenía agarrada la daga, la espada se la arrancó de la mano. El arma salió despedida y se clavó temblorosa en una columna de piedra cercana. Atacó entonces con las manos desnudas. Desvió a un lado con el dorso de la mano derecha la hoja de la espada, que volvía a alzarse en ese momento, y agarró la muñeca del brazo con el que su oponente blandía el arma. De inmediato lanzó una patada de barrido por detrás de las piernas de su contrincante para hacerlo caer, pero éste saltó e intentó liberar su muñeca.

Lo atacó entonces con la mano izquierda y le propinó un golpe al espadachín con el canto de la mano en un lado de la cabeza. El golpe llevaba consigo la fuerza necesaria para hacer que su oponente se tambaleara. Retrocedió hasta estrellarse contra uno de los artefactos de investigación propios de un anticuario, desplazándolo de tal modo que sus patas metálicas chirriaron al deslizarse sobre el suelo. Una de ellas incluso se dobló.

El espadachín recuperó el equilibrio, pero al hacerlo descubrió que ya no lo era. Le habían arrebatado la espada de la mano.

El caucásico sopesó el arma que había capturado antes de girarla y golpear con la parte plana del arma el cráneo de su adversario, lo que lo derribó sobre el suelo.

Se dio media vuelta con la espada empuñada en una guardia baja y defensiva. Otros dos oponentes cubiertos con envolturas de falsedad surgieron como fantasmas de las sombras del salón para atacarlo.

Paró sus espadas al mismo tiempo y contraatacó con una serie de mandobles y estocadas relampagueantes. El chasquido seco del choque de las armas resonó con

fuerza en la penumbra de la estancia. Saltaron chispas, breves y brillantes, como si las hojas de las tres espadas fuesen de pedernal.

Pilló a contrapié a uno de sus oponentes y lo derribó con un fuerte golpe propinado con el pomo de la espada. El otro espadachín le lanzó una estocada, pero logró desviarla con habilidad para que la hoja le pasara de un modo inofensivo por debajo del brazo izquierdo, y a su vez lo golpeó con el canto de la mano de ese costado en mitad de la cara, lo que le hizo caer de espaldas.

Echó a correr mientras los dos oponentes intentaban ponerse en pie de nuevo. El juego se había acabado. La huida era la única conclusión aceptable que le quedaba. Llegó hasta las puertas, las abrió de par en par y atravesó corriendo la espesa penumbra del pórtico hacia el jardín exterior.

Lo estaban esperando. Cinco custodios, con armadura completa y con los rostros atapados por sus visores con forma de halcón, formaban un semicírculo delante de la boca del pórtico. Le apuntaban directamente al pecho con las lanzas guardianas, aquellas armas doradas de gran tamaño mezcla de alabarda y arma de fuego.

—¡Ríndete! —le ordenó uno de ellos.

Alzó la espada robada una última vez.

No era el primer ocupante de la celda, ni sería el último. Las paredes, el suelo y el techo de piedra de la estancia estaban pintados de un color azul blanquecino, semejante a la superficie de un glaciar. A lo largo de los años, las uñas y otros instrumentos afilados de sus ocupantes habían arrancado la pintura y habían grabado hombres y águilas en la superficie, gigantes con armaduras y rayos relampagueantes, victorias antiguas y sombras alargadas. Eran dibujos simples y elementales, que le recordaron las pinturas de las cuevas donde se veían imágenes de cazadores y bisontes primigenios.

Añadió un dibujo.

Llevaba una noche y un día allí cuando se abrió la puerta de la celda con un estrépito retumbante y entró Constantin. El señor de los custodios llevaba puesta una sencilla túnica monástica de lana marrón sobre un traje monopieza negro. Apoyó su enorme espalda contra la pared de la celda, cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirando al prisionero, que se encontraba en su camastro.

—Lo sabía, Amon —le dijo finalmente—. Sabía que te acercarías más que ningún otro.

«Amon» era el comienzo de su nombre, la primera parte. La segunda parte era «Tauromachian», y ambas palabras juntas solían servir en la mayoría de las circunstancias en las que se escribía o se pronunciaba su nombre. Era Amon

Tauromachian, custodio del primer círculo.

Si no sufrían una muerte violenta, los custodios solían tener unas vidas bastante largas y eran mucho más longevos que los humanos normales. A lo largo de esas vidas prolongadas acumulaban nombres cada vez más largos. Tauromachian no era un nombre de familia, pero al menos describía la ocupación de la rama sanguínea que había proporcionado su origen genético. Luego llegó «Xigaze», el lugar de su nacimiento orgánico, seguido de «Lepron», el hogar de sus estudios formativos, y a continuación, «Cairn Hedrossa», el sitio donde había recibido su primer entrenamiento en el combate con armas. «Pyrope», que ocupaba el lugar decimoséptimo en aquella secuencia de nomenclaturas, recordaba su primera experiencia de combate real, cuando lo desplegaron en aquella estación orbital. Y así, una y otra vez, cada nombre honraba un momento importante de su vida. Cada nombre se lo otorgaban de un modo formal los señores del primer círculo. «Leng» formaría parte de su nombre a partir de ese momento, el añadido más reciente, como reconocimiento de su logro en el juego de sangre.

El nombre completo de cada custodio quedaba grabado en el interior de la placa pectoral de su armadura dorada. La lista de nombres comenzaba en el cuello, en el lado derecho, donde sólo se veía el primer elemento, y luego se adentraba en el interior, enroscándose como una serpiente oculta y delgada por el interior de la coraza. Algunos custodios como Constantin, los veteranos más antiguos, habían acumulado tantos nombres que habían cubierto el interior del torso de la armadura y las colas de sus serpientes de nombres recorrían la zona ventral y se enroscaban como cinturones grabados alrededor de las decoraciones abdominales. El nombre de Constantin Valdor tenía mil novecientos treinta y dos elementos de longitud.

La armadura y las armas de custodio habían quedado guardadas en la Casa de Armas durante su ausencia. Le preguntó a Constantin sobre el desarrollo de los demás juegos de sangre cuando éste lo acompañó por el Circuito Meridional en su camino a recuperarlas.

—¿Qué hay de Zerin?

—Lo capturaron antes de que ni siquiera lograra entrar en los Territorios Imperiales. Activó un captador genético de olores en Irkutsk.

—¿Y Haedo?

—Lo detectaron los sensores en los desiertos papuanos hace cuatro meses. Llegó hasta Ciudad Cebú en un yate de recreo, pero ya había un equipo de detención esperándolo.

Amon asintió.

—¿Brokur?

Constantin sonrió.

—Logró entrar en el Hegemón disfrazado de un delegado panpacífico antes de

que lo detectáramos. Un logro impresionante, y que no creí que nadie pudiera superar.

Amon se encogió de hombros. Los juegos de sangre formaban una parte esencial de la seguridad del palacio y eran un deber para los custodios. Para ellos, llevar a cabo y participar en los juegos de sangre apurando al máximo sus habilidades era una cuestión de honor. Se ofrecían voluntarios y utilizaban todo su ingenio y todos sus conocimientos sobre el interior del palacio, e incluso sobre la propia Terra, para analizar la capacidad de respuesta de la seguridad imperial y encontrar cualquier debilidad o grieta en las defensas de la propia Terra. Hacían de lobos para poner a prueba a los mastines. Había en todo momento media docena de custodios fuera de servicio pero actuando de un modo secreto y autónomo, dedicados a planear y a ejecutar procedimientos de infiltración en el Gran Palacio Imperial.

Más tarde se celebrarían reuniones informativas exhaustivas y entrevistas extensas para examinar las diferentes estrategias que había seguido Amon y cómo sería posible anularlas. Del juego de sangre tenían que extraer cada brizna de información útil, cada pequeña ventaja adquirida por el custodio. Se había infiltrado en el palacio. Se había adentrado más que nadie. Había llegado a estar a distancia de ataque.

—Me pregunto si lo habré ofendido con el ataque —le comentó a Constantin—. Alcé la mano contra él.

Constantin hizo un movimiento negativo con la cabeza. Era un individuo gigantesco, de mayor tamaño incluso que Amon. Parecía que una de las estatuas sobredimensionadas de la Sala de Honores había cobrado vida.

—Te perdona. Además, no hubieras llegado a hacerle daño.

—Detuvieron el golpe.

—Aunque no lo hubieran detenido, él mismo te lo habría parado.

—Sabía que estaba allí…

Constantin se rascó la barbilla.

—No ha querido decirme desde cuándo lo sabía. Quería ver cuánto tardaríamos los demás en detectarte.

Amon se detuvo un momento antes de hablar.

—Antes no le veía mucho sentido a los juegos de sangre. Los consideraba algo inútil.

—Eso era antes —le respondió Constantin a su vez—. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuviste entre nosotros.

Tanto él como Constantin se equiparon en la Casa de Armas. Amon sintió la vieja familiaridad de las secciones de armadura forjadas a mano, los cierres y los enganches magnéticos. El peso del conjunto le pareció una sensación reconfortante.

Los servidores y los esclavos de las salas inferiores de la Casa de las Armas estaban realizando el ritual de equipamiento de una escuadra de orgullosos astartes de los Puños Imperiales. Los ungían con óleos y susurraban mientras les colocaban las distintas piezas de la armadura. La escuadra se estaba preparando para un largo turno de patrulla en la zona sur de las murallas.

Todo aquel ritual, con el equipamiento y las bendiciones, era una costumbre astartes. Eran seres creados para la guerra, con unas mentes muy particulares. El ritual los ayudaba a concentrarse, aumentaba su motivación.

No eran en absoluto como los custodios. Se parecían como se parecen los primos, parientes lejanos de la misma familia, pero los astartes y los custodios eran muy diferentes. Estos eran el producto de un proceso formativo y mucho más antiguo. Algunos decían que el proceso se había refinado y simplificado para crear en masa a los astartes. En general, los custodios eran más grandes y fornidos que los astartes, aunque esa diferencia era visible de un modo significativo en unos pocos casos específicos. Nadie había sido jamás tan estúpido como para predecir con certeza el resultado de un enfrentamiento entre un astartes y un custodio.

La mayor diferencia era mental. Aunque los custodios compartían un sentimiento fraternal entre todos los círculos de su orden, no era nada comparable a la relación de hermandad que formaba los cimientos de las legiones de los Adeptus Astartes. Los custodios se comportaban de un modo más solitario. Eran los centinelas, los vigilantes, destinados a permanecer siempre de pie, solos.

Los custodios no se rodeaban de servidores o de esclavos, de ayudantes y siervos. Se armaban sin ayuda alguna, de un modo pragmático, sin ceremonia alguna.

—Dorn está blindando el palacio para una guerra —dijo Amon, y era más una observación que una pregunta. Tan sólo un custodio del primer círculo hablaría de un primarca apeándolo del tratamiento.

—Se espera una guerra.

—Se espera ahora. Antes nadie se la esperaba, nunca, jamás entre nosotros mismos.

Constantin no respondió.

—¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? —insistió Amon.

—No se puede decir con seguridad —contestó por fin el señor de los custodios—. Conozco muy bien al señor de la guerra, no creo que haya sido una ambición o un orgullo desmedidos lo que han provocado esta infamia. Tampoco el resentimiento. Creo más bien que…

—¿Qué? —quiso saber Amon mientras acababa de apretar los cierres de las placas abdominales.

—Creo que Horus Lupercal ha quedado incapacitado —afirmó Constantin para acabar la frase—. Mentalmente o de ánimo. Algo ha desplazado su capacidad de

pensamiento racional y ha eliminado los buenos consejos de aquellos que lo rodean.

—¿Sugieres que Horus Lupercal ha enloquecido?

—Quizá. Es posible que haya enloquecido, o que haya enfermado, o las dos cosas a la vez. Le ha ocurrido algo, algo que no se puede explicar tal y como entendemos la galaxia ahora mismo. —Constantin miró a través de los grandes ventanales de la Casa de Armas y contempló con detenimiento la línea que formaban las murallas occidentales. Acababan de reforzarlas, y en esos momentos eran más gruesas debido a las placas de blindaje adicionales y estaban provistas de plataformas artilleras—. Debemos prepararnos para lo impensable. Pronto llegará la guerra desde el interior de nuestras propias filas. Se han establecido dos bandos, y todos han elegido uno.

—Haces que suene como algo inevitable.

—Es que lo es —le replicó Constantin—. El Emperador se ve amenazado, y nosotros somos sus protectores. Haremos frente a esa amenaza. No tenemos nada sobre lo que especular, ni siquiera sobre la locura que afecta a aquellas personas que antaño estimamos tanto.

Amon asintió.

—El palacio se está convirtiendo en una fortaleza. Estoy de acuerdo. Dorn está realizando un trabajo soberbio.

—Siempre ha tenido esa habilidad, lo mismo que sus astartes. Defensa y protección. Los Puños de Hierro sobresalen en esa tarea.

—Pero somos la última línea de defensa.

—Así es.

—Para esto hará falta algo más que murallas poderosas y armas potentes.

Recorrieron las estancias interiores del palacio con los cascos emplumados bajo el brazo. Salieron de la Casa de Armas y se dirigieron a una de las torres del Hegemón, donde los custodios tenían su sala de guardia. Los custodios se habían reunido para recibir a Amon a la entrada de la torre. Todos inclinaron la cabeza y golpearon las losas del suelo con el extremo inferior de las lanzas guardianas. El murmullo repiqueteante era tanto una bienvenida como una felicitación.

Haedo dio un paso adelante. Tenía el rostro cubierto por las sombras provocadas por su visor.

—Amon Tauromachian, me alegro de que hayas regresado —le dijo al mismo tiempo que le estrechaba la mano derecha.

—Has penetrado con mayor profundidad que cualquiera de nosotros —le dijo Emankon a modo de saludo.

Entraron en la torre por las estancias de techos altos y arqueados, donde las pinturas murales eran tan antiguas y estaban tan desgastadas que más parecían los bosquejos a lápiz realizados por el artista que los había pintado. Los flujos de

información procedentes de los enormes almacenes de datos situados en los subniveles del palacio palpitaban a lo largo de los conductos que corrían bajo sus pies. Una multitud de módulos cibernéticos flotaban bajo los altos techos abovedados. Algunos se movían en grupos, igual que bancos de peces, como si los arrastraran y los empujaran unas corrientes oceánicas.

La sala de guardia estaba bañada por completo por la luz violeta de los enormes emisores hololíticos que flotaban sobre el lugar. Los datos parpadeaban y pululaban a lo largo y ancho de la cúpula de luz difusa. Los programas de comparación y contraste en funcionamiento en las consolas de los cogitadores centrales emitían rayos dorados y rojizos en aquella penumbra violácea mientras se dedicaban a la tarea de unir elementos de información divergente en lazos de luz. Desde allí se monitorizaba el mar global de datos y la verificación biométrica unificada. La tarea la realizaba el montaje codificador de la sala de guardia. Los elementos aparentemente dispares se agrupaban y se trazaban las diferentes conexiones para seguir posibles rastros. Una célula anti-unidad de Baktria había quedado al descubierto tras su intento de acceder a un tratado restringido que se encontraba en una biblioteca del Delta Nilo. Varios terroristas de un grupo a favor de Panpacífico habían sido eliminados en Archangelus gracias a la pista que había proporcionado su intento de compra de armas en un villorrio de Nordáfrika. Cada día llegaban cientos de millones de pistas y millones de secretos, que eran analizados y examinados por el turno de guardia de los custodios. Luego se filtraban los resultados obtenidos con una precisión escrupulosa y extrema a través de los niveles cambiantes y fluidos de la esfera de información de Terra.

—¿Cuál es el asunto principal de la hora? —preguntó Constantin.

Cada sesenta minutos la sala de guardia destacaba como prioritarios una docena de los descubrimientos más importantes para que se les dedicara una atención especial.

—Lord Sichar —contestó uno de los custodios de guardia.

No había empuñado una lanza guardiana desde hacía diez meses. Se dirigió a las cámaras de prácticas situadas en los niveles inferiores de los subterráneos de la torre, y allí activó una docena de servidores con extremidades armadas para que se enfrentaran a él. La lanza giró y osciló en sus manos. Los músculos recordaron sin dificultad el entrenamiento y las habilidades aprendidas. Cuando acabó el ejercicio y todos los servidores estaban ya en el suelo hechos pedazos a su alrededor, activó una segunda tanda para una nueva ronda de combate.

Pensó en la gran cantidad de tiempo que pasaban a lo largo de la vida con los ensayos. Los juegos de sangre, el entrenamiento… Todo aquello no era más que una pantomima que los formaba como preparación del conflicto real.

Amon se sintió disgustado consigo mismo al notar la leve sensación de euforia que lo inundaba. Se acercaba el comienzo de un conflicto real. No importaba lo infame o abyecto que resultara ser el origen del conflicto: los custodios pasarían por fin de un entrenamiento sin fin a cumplir de verdad la misión para la que habían sido creados. Disfrutar ante la perspectiva de una guerra inminente le parecía algo muy poco apropiado. Amon se sacó aquello de la cabeza y se concentró en la investigación sobre lord Sichar mientras se aprestaba a comenzar la segunda ronda de combates.

—Ya estamos investigando el asunto —le había dicho Constantin.

—He estado fuera diez meses —le contestó Amon—. Estoy oxidado y algo aburrido, además de impaciente por resolver un rompecabezas de verdad. Te lo pido por favor.

Constantin asintió. La investigación sobre lord Sichar pasó a manos de Amon Tauromachian.

Lord Pherom Sichar era una persona que siempre había interesado a los custodios. Era señor hereditario de Hy Brasil, el cantón más poderoso de Sud Merican, y uno de los más notorios críticos de la política imperial. Sus relaciones dinásticas con la Navis Nobilite, tanto por ascendencia directa como por matrimonio, le habían permitido mantener un considerable imperio comercial en Terra. Sichar era uno de los cincuenta señores feudales más poderosos de las colonias. Tan sólo las maniobras políticas más sutiles por parte de Maleador el Sigilita habían impedido que Sichar consiguiese un puesto en el Consejo de Terra. Lo más preocupante era que Sichar era descendiente directo de Dalmoth Kyn, uno de los últimos tiranos que se resistió a las fuerzas del Emperador en los últimos días de las Guerras de Unificación. La impresión general era que el Emperador permitía que Sichar gobernase Hy Brasil, y sus invectivas y críticas en el Hegemón, porque quería curar las heridas provocadas por las Guerras de Unificación y animar un asentamiento étnico general. Sichar era un individuo poderoso y un estadista coherente y sincero. Amon opinaba que a menudo expresaba ideas bastante sensatas, y su política era pragmática y fiable.

Su oposición a las directivas imperiales no era tan ardiente como para mantenerlo en arresto domiciliario, como había ocurrido con lady Kalhoon de Lanark, o como para que se lo destituyera de su cargo y se lo acusara de traición al estado imperial, como le había pasado a Hans Gargetton, canciller de las Plataformas Adámicas. Sin embargo, a Sichar siempre había que manejarlo con cuidado.

Amon se vistió con un mono de combate ceñido y una túnica sencilla después de su sesión de entrenamiento y se dirigió a una de las cámaras de consulta que se encontraban en el piso superior de la sala de guardia, donde una hermana de la Orden

del Silencio, estratégicamente colocada allí, garantizaba un aura de confidencialidad absoluta. Desplegó toda la información clave en las pantallas de un procesador estocástico y comenzó a estudiarla mediante las técnicas noéticas y retrocognitivas que se les enseñaban a todos los custodios.

Sichar, que ya se encontraba bajo vigilancia permanente por parte de los custodios de la sala de guardia, se había convertido en una prioridad de seguridad debido a un escrutinio concienzudo de sus pautas de comunicación.

Sus negocios fuera de Terra eran considerables. Su mayor posesión era Cajetan, en 61 Isthmus, un mundo colonial donde abundaban los recursos naturales, que le proporcionaba una ruta de entrada a las lucrativas zonas minerales de Albedo Crucis. La importancia comercial de Sichar era tal que muchas casas menores y otros aristócratas de renombre se apresuraban a congraciarse con él, lo que reforzaba su base de apoyo. Si quedaba libre un asiento en el Consejo de Terra, resultaría casi imposible negárselo a lord Sichar.

Las líneas de conexión eran muy tenues, pero se podían rastrear. Sichar mantenía una comunicación directa y regular por medios astropáticos con el gobernador de Cajetan y con los virreyes de Albedo Crucis II y de Sempion Magnix. La correspondencia que mantenía con ellos y con todos los clientes con los que tenía contacto directo se realizaba mediante un cifrado que los custodios no habían conseguido todavía desentrañar. Al parecer, se trataba de una variante del Trimodelo Ansprak, uno de los pocos códigos de combate utilizados por los antiunionistas que todavía no había sido descifrado.

Se sabía que también estaba en contacto mediante canales diplomáticos secundarios con las 45.ª y 1102.ª, flotas expedicionarias, y a través de ellas, con posesiones coloniales menores, y con dos flotas de servicio y suministro que operaban en la Nebulosa Chirog. Los informes de inteligencia sugerían que las flotas de servicio, entre otras tareas, se dedicaban a proporcionar suministros a las unidades del Ejército Imperial del Grupo Bután.

Allí estaba el problema. Cinco meses antes se había rumoreado que numerosas unidades del Ejército Imperial se habían declarado leales al señor de la guerra. Era bastante posible que lord Sichar estuviera en contacto con los seguidores de Horus mediante una cadena de comunicación muy extensa y deliberadamente compleja.

Todo apuntaba a que lord Sichar de Hy Brasil estaba enviando a Horus Lupercal información importante sobre Terra.

Al virar, la nave reflejó la luz del sol a lo largo del fuselaje plateado y relució por un momento como una estrella en la atmósfera superior de color malva. Era un Hawkwing de modelo civil, registrado a nombre de la compañía Fancile et Cié, procedente de la estación orbital Zeon-Ind. No era más que otro transporte que seguía

la señal de la baliza de tráfico del Planalto Central.

La aeronave, capaz de volar en órbita alta, tenía un fuselaje metálico bruñido y una forma amplia y elegante, parecida a la de una raya, con unas alas triangulares y una cola larga y estrecha. Se dirigió hacia las cuatro torres elevadas de la plataforma de aterrizaje de Planalto Central y los retrorreactores de frenado se activaron al acercarse. Las toberas se iluminaron con los chorros llameantes de color verde amarillento, y a lo largo de las alas aparecieron unos planos que semejaban plumas caídas. Las grandes torres, de un color marrón polvoriento que contrastaba con el tono índigo del cielo, emitían un parpadeo incesante de luces blancas desde los mástiles que las remataban. Dos kilómetros más abajo, la inmensa conurbación de Hy Brasil se extendía a lo largo de kilómetros, iluminada por miles de millones de luces en la oscuridad.

Los transpondedores de la Hawkwing emitieron las descargas de datos identificativos cuando el Administratum de Planalto los requirió mientras la aeronave ajustaba el acercamiento final.

Las descargas informaron al Administratum de Planalto de que en el interior de la nave viajaba Elod Galt, un negociador sénior de Fancile et Cié, que visitaba Hy Brasil para efectuar unas charlas preparatorias con los representantes de varias compañías mineras de Albedo.

Según la verificación biométrica unificada, la identidad de Elod Galt estaba certificada.

Ya no era un juego de sangre. Era una misión real.

Hubiera preferido actuar solo, al menos al comienzo de la operación, pero tenía que representar su papel. Para ello, necesitaba servidores, un astrópata y, sobre todo, un piloto y un guardaespaldas. Haedo, que iba vestido con un mono ceñido de color gris y llevaba puesta una máscara de esclavo, cumplía las dos últimas funciones. Su biométrica declaraba que era Zuhba, sin nombre de familia, un migou alterado genéticamente que había sido comprado en el mercado de cuerpos gangético.

Al ser Elod Galt, Amon se había visto obligado a vestirse con una túnica de seda brillante, lo que le daba un aspecto húmedo e iridiscente, como el del aceite sobre el agua. También llevaba puesta una capa de piel de lobo, un sombrero sin forma con un mínimo excesivo de bordes y alas y un sable ornamental de un tamaño enorme que no era más que una ostentación, un accesorio teatral que sería totalmente inútil en un combate real. Lo que más le molestaba era verse obligado a llevar activado otro campo de desplazamiento para disminuir su talla y disimular su complexión fornida.

Tenía seis servidores para atenderlo: uno para las comunicaciones, otro para tareas médicas y para probar la comida, otro para vigilancia del entorno, otro para traducir, otro para grabar y rubricar los posibles contratos, y un último para tareas generales. Todos eran unos artefactos de aspecto magnífico, de acero azulado y

pulido; en apariencia, eran el tipo de séquito de servicio apropiado para acompañar a un negociador industrial de rango superior.

Una plataforma con forma de concha de molusco llevó a la Hawkwing hasta la columna de aterrizaje. Bajó por un conducto amplio iluminado por filas de luces de color rojo y azul que se encendían de forma alternativa. Había más plataformas que elevaban y bajaban otras naves hacia y desde los atracaderos de aterrizaje. Al llegar al nivel de su atracadero, la plataforma se estremeció, se detuvo, y comenzó a avanzar de lado para llevar a la Hawkwing, cuyos costados empezaban a soltar chasquidos a medida que se enfriaban, hasta el soporte de aterrizaje del atracadero. El soporte cerró todos los brazos de apoyo alrededor de la nave, igual que lo haría una planta carnívora para atrapar a un insecto, y se adentró en las profundidades llenas de vapor del atracadero, donde unos servidores mugrientos, acompañados de estibadores y de miembros de la tripulación de cubierta los esperaban con descargadores, grúas y tubos de combustible para repostarla.

Haedo miró a Amon cuando las luces internas de la nave pasaron de un color blanco intenso a un destello amarillo de espera.

—¿Empezamos? —le preguntó.

Amon asintió. Miró a su vez al servidor de comunicaciones.

—¿Ha llegado algo del control?

El servidor inclinó la cabeza y emitió un sonido de disculpa.

—Infórmame en cuanto se pongan en contacto —le ordenó Amon.

Se puso el sombrero mientras Haedo se colocaba la máscara de esclavo, que representaba a un gallo en pleno cacareo, lo que, al parecer, se trataba de una costumbre y de un protocolo. Después de colocarse la máscara enfundó la pistola, un momento antes de que chasquearan los cierres de la compuerta de la nave que estaba conectada a la esclusa del atracadero. La compuerta de desembarco se abrió.

Pensó en la podredumbre mientras hablaba con los agentes de las compañías mineras, en gusanos que recorrían un cadáver hinchado. Sus propios gusanos ya estaban en funcionamiento. Unas cubiertas falsas situadas en la parte posterior de las toberas de la Hawkwing se habían desplegado hacia atrás mientras la nave atracaba y los compartimentos esterilizados de su interior habían liberado los sacos llenos de sondas vermiculares. Eran dieciséis mil en total, y cada una era un filamento autónomo de cromo articulado no mayor que un palillo para comer. Con cada minuto que pasaba se adentraban más y más en el tejido interno de Hy Brasil y se extendían abriéndose paso con sus pequeñas fauces por conductos de información, bancos de memoria y torres de datos. A algunas las descubrirían, a otras las eliminarían los sistemas de seguridad automatizados, otras seguirían rastros falsos o se detendrían cuando sus células de energía fallasen, pero algunas se darían un festín de información y se la

transmitirían.

Se sentó en una sala para invitados con las paredes cubiertas de pantallas onduladas kirguises y fingió sentirse interesado en los alardes que mostraban los agentes de las compañías mineras sobre la producción total en toneladas o sobre la pureza de sus silicatos. Pensó en los riesgos. Había recibido permiso de Constantin para desplegarse en secreto en Hy Brasil para realizar una inspección encubierta, pero seguían sin tener autorización para actuar de un modo abierto contra lord Sichar. Si los descubría podían argumentar que tenían un motivo razonable, pero los gusanos eran una violación de sus parámetros legales. Si los condestables de Hy Brasil descubrían que los custodios habían entrado en su cantón sin una autorización y habían inundado sus sistemas con un enjambre de gusanos de sondeo, se produciría un escándalo. Aquello era una violación flagrante de la soberanía de Hy Brasil. Incluso en aquellos tiempos, la unidad era todavía algo muy frágil, igual que una escultura de cristal o de hielo: algo hermoso, preciso, sólido, pero fácil de romper. Con la sombra de la enorme y creciente traición de Horus Lupercal, lo último que el palacio necesitaba era una rebelión a escala continental en la propia Terra.

—Es un riesgo muy grande —había argumentado Haedo mientras bajaban desde la órbita.

—Lo es —aceptó Amon—. Pero si Pherom Sichar es lo que creemos que es, esperar para actuar es un riesgo mucho mayor.

Varios servidores les trajeron comida y bebida. La moda en Hy Brasil parecía ser unos maniquíes con superficie de madera oscura barnizada y articulaciones de bronce. Se asemejaban a muñecas infantiles, pero desnudas. Esas muñecas con manos y rostros de porcelana eran de un realismo sorprendente, y sus cuerpos, sin embargo, no eran más que una armazón de madera bajo los vestidos, sin ninguna intención de que parecieran reales. Los servidores iban de un lado a otro de la sala entre zumbidos mientras servían infusiones de menta y de té verde.

La sala para invitados se encontraba en lo alto de una torre de la división Sao Paol de Planalto y desde ella se veía el paisaje amplio y luminoso que representaban los Campos de Invierno. Hy Brasil conseguía su energía de una serie de reactores enormes que estaban enterrados en el corazón de la conurbación principal. Los reactores exigían unos procesos monumentales de intercambio de calor que funcionaran dentro de los límites de seguridad, y en consecuencia, los niveles de la superficie en el distrito de los reactores estaban cubiertos por una capa gruesa de hielo a lo largo de todo el año, lo que a su vez formaba un gigantesco parque helado de treinta kilómetros cuadrados en el centro de Planalto que las poblaciones de las colmenas utilizaban para divertirse. Amon distinguió desde aquel punto de observación privilegiado las siluetas diminutas de los patinadores que se deslizaban cerca del borde helado, y a los niños en los bancos y senderos de hielo con cometas y

juguetes mecánicos que se arrastraban por el suelo. Más allá, bajo el resplandor amarillento de la zona más abierta, los yates de hielo se deslizaban en silencio impulsados por velas de colores y los trineos motorizados se perseguían unos a otros alrededor de los mástiles iluminados del circuito de carreras levantando chorros de nieve en polvo a su paso.

Retomaron las negociaciones. Amon le echó un vistazo a su placa de datos, que estaba recibiendo de un modo discreto toda la información que llegaba a su comunicador. Todavía no había llegado ninguna autorización desde el palacio.

La siguiente reunión se celebró en una torre monolítica situada al otro lado de los Campos de Invierno. Por pura diversión, los agentes de las compañías mineras, que se sentían orgullosos de aquel paisaje helado, llevaron a Elod Galt a la reunión a bordo de un yate de hielo. Amon se esforzó por parecer impresionado.

Su anfitrión los estaba esperando en el muelle situado en la parte baja de la torre. Era un individuo de estatura elevada e iba vestido con pieles.

—Soy Sichar —lo saludó, haciéndole una reverencia a Galt.

Ptolem Sichar era el cuarto hermano de lord Sichar, pero utilizó el nombre aun sin título para impresionarlo. Lord Sichar había nombrado a Ptolem gerente ejecutivo de Importaciones Cajetan, que era el consorcio y la compañía de transporte estelar que había fundado para comerciar con sus inmensos recursos minerales.

Ptolem Sichar tenía unos ojos de color verde oscuro que a Amon le sugirieron un exceso en el consumo de hoja de saben. Aunque era un individuo de gran tamaño y en una de las mejillas mostraba con orgullo cicatrices de duelos, no suponía una amenaza. Su cuerpo era blando, y no hacía ejercicio de un modo regular desde hacía mucho tiempo. Su mente también era blanda. Después de unos pocos minutos hablando con él, Amon llegó a la conclusión de que Ptolem Sichar no era más que un mamarracho superficial.

Su escolta ya era otro asunto. Lo seguían los servidores habituales y un cuarteto de guardaespaldas equipados con armaduras de escamas de color verde. Eran guerreros de la casta militar de Hy Brasil, un cuerpo conocido como los Dracos. Se trataba de soldados competentes y eficientes. Amon no tuvo duda alguna de que los dracos asignados a la escolta del hermano del gobernante serían miembros de las escuadras de veteranos especialistas.

Había otro individuo que acompañaba al hermano. Iba vestido con un abrigo de terciopelo negro y una armadura corporal de placas de color azabache. Ptolem se lo presentó. Se llamaba Ibn Norn, y era uno de los famosos y casi extinguidos Luciferes Negros. El poder y la riqueza de lord Sichar eran tales que había proporcionado a todos los miembros de su familia directa un guardaespaldas procedente de la antigua brigada de élite de Ischia, los Luciferes.

Amon recorrió al lado de Ptolem Sichar el muelle hacia el interior de la torre,

seguido de Haedo, con su máscara de gallo, y los servidores de metal azulado. Hablaron de deportes de hielo, de la guerra que se avecinaba y de su posible efecto en el comercio. Amon se dio cuenta de que el lucifer negro no dejaba de estudiarlo con detenimiento.

Para cuando se subieron a la plataforma gravitatoria que los llevaría hasta los niveles superiores de la torre, Amon se percató con una certeza absoluta de que Ibn Norn sabía que él llevaba activado un campo de desplazamiento. No se le ocurrió qué detalle sutil era el que se lo había revelado. Los Luciferes Negros eran famosos tanto por su capacidad de percepción y su agudeza mental como por su habilidad en combate. Ibn Norn sabía que Elod Galt, en el mejor de los casos, ocultaba algo, o que, puestos en lo peor, ocultaba una mentira realmente peligrosa.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Siguió esperando impaciente una confirmación del control, pero empezó la reunión con Ptolem Sichar. Se sentaron a una mesa de caoba que se encontraba en una plataforma radial situada en lo alto de los niveles superiores de la torre. Sichar se distraía con facilidad, y Amon procuró que aquella farsa se prolongase todo el tiempo que fuera posible. Para ello, llevó a su contertulio hacia temas de discusión tan peregrinos como la viticultura orbital, los últimos descubrimientos gerontológicos, los distintos orígenes genéticos o lo útil que sería en realidad el estudio de religiones ya extinguidas para extraer sistemas viables de valores éticos.

Mientras tanto, Amon no dejó de pensar en las sondas que se arrastraban por los rincones oscuros y las cavidades cibernéticas de Planalto, igual que gusanos carroñeros. Pensó en todo lo que Haedo y él habían visto en su viaje hacia Hy Brasil: ciudades colmenas que cerraban sus escudos meteóricos, conurbaciones que volvían a activar los campos de protección y las defensas automáticas que habían sobrevivido a los últimos conflictos en Terra. También habían visto plataformas oceánicas que se aprestaban a funcionar en condiciones submarinas y que se hundían lentamente en el seno protector de las aguas. Su planeta natal se preparaba para el ataque de los traidores, algo que quizá sería el mayor holocausto al que la humanidad se tendría que enfrentar. Había demasiado en juego como para retirarse.

Amon comprobó los mensajes que había recibido en su servidor de comunicación durante un descanso de la reunión. Seguía sin haber recibido nada de control. Utilizó la placa de datos y descubrió que tampoco se había recibido nada de las zonas vermiculares. Lo principal era que no se había conseguido ningún avance en el descifrado de la versión del código tipo Trimodelo Ansprak que se utilizaba en las comunicaciones sospechosas.

Sonó un campanilleo, y Amon supuso que sería la señal que indicaba que debían volver a la mesa para iniciar la siguiente ronda de conversaciones. Sin embargo, algo

en el ambiente había cambiado. Ptolem Sichar y su séquito se mantuvieron apartados mientras discutían en voz baja pero de un modo solemne. Habían tapado unas cuantas pantallas de datos situadas en la plataforma radial.

«Prepárate», le dijo Amon a Haedo mediante una señal.

—Mi señor Galt —lo saludó uno de los dracos tras acercarse hasta ellos—. Me temo que se ha producido un incidente. Debemos suspender todas las negociaciones durante el resto del día mientras lo resolvemos. Mi señor os pide perdón por todos los inconvenientes.

—¿De qué clase de incidente se trata? —inquirió Amon.

—Una brecha en los sistemas de almacenamiento de datos —le contestó el draco sin ser más explícito.

—¿De veras?

—Es un ultraje. Un acto que afecta a este cantón… —El draco se calló de repente —. Perdonadme, pero no es asunto mío hablar de ello. Se trata de un asunto de soberanía nacional.

—Entonces debe de ser realmente grave —manifestó Elod Galt con una preocupación que parecía sincera—. ¿Debo regresar a órbita?

—No, señor.

Ambos se dieron la vuelta. Ibn Norn, el lucifer negro, se había unido a ellos.

—Todos los asuntos relativos a la seguridad se están revisando en este momento por todo Planalto. El vuelo sería una molestia innecesaria, y os veríais muy afectado por los retrasos y las inspecciones. Os hemos preparado una suite en esta misma torre, donde podréis alojaros con tranquilidad y comodidad mientras se resuelve este problema.

«Y donde podrás mantenernos vigilados», pensó Amon.

Elod Galt asintió con un gesto elegante.

La suite se encontraba en el piso decimosexto. En cuanto la escolta se marchó, Haedo se dedicó a buscar aparatos de escucha y espionaje por todas las estancias mediante los escáneres que el servidor catador de comidas llevaba incorporados y ocultos en el torso.

—Les pido que respeten la integridad de nuestras medidas de seguridad y que no utilicen su servidor de comunicaciones —les había pedido Ibn Norn con un tono de voz cordial antes de marcharse.

De todas maneras, los indicadores de servicio del comunicador indicaban que todos los canales estaban interferidos.

Haedo abrió la parte posterior del servidor de rubricación y activó el cogito-analizador compacto que se encontraba oculto entre las costillas. Luego utilizó unos programas invasivos con unos códigos tan sutiles que ningún sistema de Hy Brasil

podría rastrearlos y conectó la unidad a la esfera de datos de Planalto.

—Han descubierto las sondas en los núcleos de memoria del Administratum de Planalto —informó—. Hay… —Revisó los datos con rapidez—. Hay una sensación palpable de indignación. Toda la seguridad de Planalto se ha elevado al nivel ámbar seis. El parlamento del cantón ha convocado una sesión de urgencia para discutir el incidente. Se está produciendo un debate muy acalorado en las comunidades de inteligencia sobre si la invasión de los datos es obra de una potencia extranjera o de si se trata de un caso de espionaje industrial.

—Si Sichar es culpable de lo que sospechamos, probablemente se imaginará tanto la causa como el origen. ¿Cuánto tiempo tardarán en analizar y rastrear las sondas vermiculares? —quiso saber Amon.

—Estaban esterilizadas y libres de todo rastro cuando las soltamos —respondió Haedo—. Sin embargo, se les habrán pegado partículas muy específicas durante el recorrido hasta su objetivo. Cualquier investigador forense podría relacionarlas con nuestra nave en cuestión de horas.

—Ya sospechan de nosotros.

—¿Ya?

—Ese lucifer negro sabe que no somos lo que aparentamos ser. Creo que están buscando pruebas sólidas antes de enfrentarse a nosotros.

—Y seguimos sin tener autorización.

Amon asintió con lentitud.

—Pero eso ellos no lo saben.

Haedo no le respondió. Estaba leyendo atentamente los datos del cogito-analizador.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Amon.

—El parlamento ha comenzado una purga por todo el sistema para expulsar y destruir a las sondas —le informó Haedo—. La orden la ha firmado Pherom Sichar, que preside el parlamento. Pero no es eso… Estoy recibiendo datos de las sondas. Siete de ellas han penetrado en el archivo de comunicaciones de Planalto, y una ha conseguido conectarse al historial de comunicaciones de lord Sichar de los últimos siete meses.

—¿Tenemos traducciones?

Haedo hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, el código sigue siendo impenetrable, pero los nombres del emisor y del receptor de los mensajes no están encriptados. Los han almacenado en código binario. Estoy cotejando toda la lista con datos comparativos. Espera… Espera…

En la pequeña pantalla del aparato compacto comenzaron a aparecer apretadas líneas de datos.

—Cuatro coincidencias confirmadas —susurró Haedo—. Cuatro. ¿Las ves? En

cada una de ellas se ve con claridad el código operativo de recepción de la *Espíritu Vengativo*.

La nave insignia de Lupercal. Amon asintió.

—Tenemos un motivo más que suficiente para actuar. Eso es lo único que necesitamos. En marcha.

Los equipos de asalto del palacio podían llegar a Planalto en menos de veinticinco minutos, pero a Amon le pareció que una acción semejante sería contraproducente. Un enfrentamiento armado y abierto sólo serviría para empeorar la situación. Haedo y él debían apresar de inmediato a lord Sichar, y después, una investigación sistemática desvelaría la extensión del entramado de conspiradores del grupo de Sichar.

Sacó una unidad de activación del bolsillo de la túnica y apretó el botón.

—Prepárate para la onda expansiva.

Se produjo un fuerte estampido doble producido por la sobrecompresión del aire cuando el sistema de teletransportación envió dos cofres metálicos a la suite directamente desde la Hawkwing. Aparecieron humeantes en el centro de la alfombra. La sobrepresión provocó grietas en dos de las ventanas de la estancia. Empezaron a sonar las alarmas, activadas por el violento estallido y la descarga de energía.

Haedo y Amon abrieron los cofres. Dentro de cada uno, colocadas con cuidado, se encontraban las piezas desmontadas de sus armaduras de custodios y de sus lanzas guardianas.

Los equipos de asalto de la élite de los Dracos, encabezados por Ibn Norn, entraron en tromba en la suite cuatro minutos después. Todas las estancias estaban vacías. Una fuerte corriente de aire entraba por el hueco de una ventana reforzada que había sido arrancada por completo.

Ibn Norn miró los cofres vacíos y la ropa tirada por el suelo al lado de ambos contenedores. También vio la máscara de gallo, el sable decorativo y los cables del campo de desplazamiento, desgarrados al haber sido arrancados con rapidez.

Se acercó a la ventana y estudió con atención los alrededores. Las torres y las calles de Planalto se extendían a sus pies. A lo lejos, en la orilla que daba a la planicie reluciente de los Campos de Invierno, distinguió la silueta de la Casa del Parlamento.

Activó el anulador de gravedad y saltó por la ventana.

La Casa del Parlamento era una estructura espléndida construida con filamentos de acero plateado y pilones de una piedra de color pálido que se parecía al marfil pulido. Las campanas no dejaban de sonar para avisar con su repique urgente a los delegados, a los gobernadores y a los nobles para que buscaran refugio o la protección de sus

guardaespaldas. Varios miles de dracos se reunían alrededor de las distintas entradas al edificio, sobre todo en la magnífica y ancha escalera principal que conducía a la entrada desde los muelles estatales de los Campos de Invierno.

Haedo y Amon aterrizaron en el techo del embarcadero de mayor tamaño y removieron la nieve en forma de polvo que había llegado hasta allí arrastrada por el viento. Apagaron los retrorreactores y observaron con detenimiento la escena que se estaba desarrollando ante ellos.

—Los haremos saltar como una colonia de hormigas furiosas —murmuró Haedo.

Amon le tocó el brazo y señaló a un punto con un gesto del mentón.

Una figura apareció volando en el cielo invernal. Tras rebotar con elegante agilidad en una de las torres de la entrada, aterrizó entre los dracos que se arremolinaban en la escalera principal.

—¡Los detectores! —le oyeron ordenar a gritos—. ¡Están aquí! ¡Asegurad el edificio y encontradlos!

Haedo y Amon bajaron de un salto del techo del embarcadero y se dirigieron hacia la escalera hombro con hombro.

Los dracos se afanaban a su alrededor mientras comprobaban los resultados de los detectores portátiles o sacaban los escáneres pesados de sus contenedores. Se oían voces nerviosas y apresuradas por doquier. Las dotaciones de las armas pesadas asentaban los trípodes de las mismas a lo largo de la orilla para cubrir los campos de hielo. Varias escuadrillas de cañoneras pasaron rugientes por encima de ellos.

Los dos custodios subieron con paso tranquilo los peldaños a través de los grupos de soldados frenéticos. Pasaron a tres metros del lucifer negro. Norn no dejaba de impartir órdenes a voz en grito mientras se esforzaba por establecer un perímetro.

Entraron en la Casa del Parlamento sin encontrar oposición alguna. La resonante cámara principal se estaba vaciando. Los máximos representantes de Hy Brasil estaban abandonando las bancadas de asientos y se dirigían a las salidas bajo la atenta mirada de los dracos armados hasta los dientes.

Lord Sichar todavía se encontraba en su asiento, un trono de madera oscura cubierto por un palio que presidía tanto los bancos de las casas mayores como los de las menores. Era un individuo de aspecto noble vestido con ropajes de color rojo y verde. Era un poco más joven de lo que Amon se había esperado. El lucifer negro personal de lord Sichar esperaba impaciente para llevarse a su señor a un lugar seguro, pero Sichar estaba ocupado firmando unos documentos que le habían llevado los delegados y los escribas mientras hablaba de forma rápida con el jefe del protocolo parlamentario.

—Intenta no hacerle daño —le advirtió Amon a Haedo—. Lo necesitamos con capacidad para responder en un interrogatorio.

—Probablemente tendremos que matar a su lucifer —respondió Haedo.

—De acuerdo, pero sólo si se resiste. Un disparo limpio. No quiero que se libre un combate en este lugar.

Se desprendieron de las envolturas de falsedad cuando estaban a unos treinta metros del trono con palio.

—Sichar de Hy Brasil —exclamó Amon en voz alta—. El Adeptus Custodes te ha declarado enemigo de Terra. No intentes resistirte.

Sichar, los delegados y el señor de protocolo se volvieron y se quedaron mirándolos llenos de asombro. Uno de los escribas se dio media vuelta y echó a correr aterrorizado hacia la salida. De los dos gigantes con armaduras doradas y cascos empenachados emanaba una tremenda sensación de amenaza.

El lucifer negro hizo ademán de intentar empuñar el arma.

—Dame una excusa —le gruñó Haedo, apuntándolo con la lanza guardiana.

Sichar se puso en pie y mantuvo una compostura mucho más digna que la de sus subordinados. Miró desde lo alto del podio a los dos custodios relucientes.

—Esto es inaceptable —empezó diciendo. A pesar de su postura desafiante, no pudo evitar que la voz le temblara un poco. Nadie se enfrentaba a los poderosos custodios sin flaquear un poco—. Esto es absolutamente inaceptable. Esto deshonra la independencia soberana de Hy Brasil. Exigiré a vuestro señor una disculpa cuando…

—También es vuestro señor —lo interrumpió Amon.

Sichar parpadeó.

—¿Qué?

—Se supone que también es vuestro señor —insistió Amon—. Nos acompañará de inmediato y responderá a una serie de pruebas que lo señalan como traidor. Bájese del podio.

En la estancia principal brilló un fogonazo de luz cegadora, al que le siguieron dos más en rápida sucesión. Amon pensó por un momento que habían lanzado algún tipo de granada, pero cambió de idea con rapidez. Los destellos de luz habían sido provocados por varias teletransportaciones.

De repente, había siete figuras entre los custodios y su objetivo. Seis de ellos eran adeptus astartes con armaduras de combate completas. Amon los identificó de inmediato como lugartenientes de los Puños Imperiales. En cuanto el brillo de los fogonazos de la teletransportación se disipó, los seis astartes dieron un paso adelante con una sincronización perfecta y apuntaron los bólters con un chasquido al unísono contra los custodios.

La séptima figura estaba en el centro del grupo. Era un individuo alto que llevaba colgando a la espalda un manto de terciopelo rojo bordado con hilo de oro. Tenía el cabello blanco y cortado a cepillo. Su rostro de facciones nobles parecía cansado.

—Mi señor —lo saludó Amon con una inclinación de cabeza.

—Esto debe acabar ahora mismo —dijo Rogal Dorn.

Dorn dio un paso adelante y atravesó la fila de astartes.

—Bajad las armas —dijo con voz tranquila.

Los Puños Imperiales se llevaron de inmediato los bólters al hombro.

—Lo decía para todos —añadió Dorn, mirando fijamente a los custodios.

Amon y Haedo siguieron apuntando con sus lanzas al trono.

—Mi señor, Pherom Sichar es un traidor y un espía —le respondió con mucho cuidado Amon—. Utiliza el entramado de comunicaciones de su extenso imperio mercantil para ponerse en contacto con el señor de la guerra y sus malditos rebeldes. Tenemos pruebas y motivos más que suficientes para detenerlo e interrogarlo. Se vendrá con nosotros.

—¿O si no? —le preguntó Dorn con una leve sonrisa, casi divertida.

—Se vendrá con nosotros, mi señor —insistió Amon.

Dorn asintió.

—Una lección práctica sobre determinación y lealtad, ¿no te parece, Archamus?

—Sin duda, mi señor —comentó el jefe del grupo.

—Están dispuestos a enfrentarse a seis astartes y a un primarca con tal de cumplir su deber.

—Mi señor, por favor, haceos a un lado —le pidió Amon.

—Me siento tentado de permitiros que intentéis echarme a un lado —apuntó Dorn —. Claro que, en ese caso, os haría daño.

—Podríais intentarlo —le espetó Haedo—. Mi señor —añadió enseguida.

—Ya basta. ¿Archamus?

El jefe del grupo dio un paso adelante.

—Lord Sichar de Hy Brasil es un espía —dijo con toda naturalidad—. Se ha puesto en contacto de forma habitual con Horus Lupercal, y ha intercambiado mucha información con el traidor.

—¿Lo admiten? —preguntó Amon.

—Es nuestro espía —le explicó Dorn.

El primarca se acercó a Amon hasta quedar cara a cara con él. Eran los dos individuos de mayor altura de toda la estancia.

—Estoy fortificando Terra lo mejor que puedo para prepararla para la guerra que se avecina —siguió diciendo Dorn—. Eso significa algo más que murallas, escudos y plataformas artilleras. Eso significa información. Datos viables, valiosos. Inteligencia en condiciones. Lord Sichar es tan leal como vosotros o como yo, pero su reputación como opositor a la política imperial lo convirtió en un desertor creíble para el campo enemigo. Horus cree que tiene amigos en Terra, amigos y aliados que se alzarán en armas y que lucharán a su lado cuando lleguen sus huestes.

—Entiendo —respondió Amon.

—Por desgracia, es posible que todo este escándalo lo haya dejado al descubierto. Quizá tendré que desarrollar otras redes de espías.

—Mi señor, somos custodios. Protegemos a Terra y al Emperador con tanto fervor como vos. ¿No habría tenido más sentido que nos informarais de la función que estaba desarrollando lord Sichar?

Dorn dejó escapar un suspiro y no respondió.

—Mi señor, ¿sabéis lo que es un juego de sangre? —le preguntó Haedo.

—Por supuesto —replicó Dorn—. Los mastines defensores os convertís en lobos y ponéis a prueba las defensas del Emperador en busca de la más mínima debilidad o vulnerabilidad. He revisado muchos de vuestros informes al respecto, y he incorporado muchas de las mejoras sugeridas a los refuerzos del palacio.

—Entonces, quizá deberíamos considerar esto un juego de sangre —sugirió Amon—. La debilidad que ha quedado al descubierto es que todos los que servimos y protegemos al Emperador debemos trabajar de un modo unificado y tenemos que compartir información.

El trineo salió a toda velocidad del embarcadero en mitad de un torbellino de cristales de hielo. Era un potente modelo deportivo de dos asientos, pintado de color azul cobalto, con un morro elevado y unos patines afilados. Los motores iónicos situados tras los estabilizadores traseros ardían a toda potencia con un resplandor verdoso. Cruzó rugiente los Campos de Invierno produciendo a su paso un ruido semejante al de un cuchillo al arañar un cristal.

Cheth, o fuera cual fuese su nombre verdadero, ni siquiera se había preocupado de soltar las cuerdas de amarre. Había acribillado a los dos operarios del embarcadero que se habían acercado a ver qué ocurría y luego se había metido de un salto en la cabina del trineo para cerrar de golpe la carlinga.

Amon aterrizó en el embarcadero al mismo tiempo que el trineo salía a toda velocidad. El impacto de su masa blindada agrietó varias de las grandes losas del suelo. Las cuerdas de amarre, completamente tensas, se iban partiendo con chasquidos parecidos a disparos de pistola. Amon consiguió agarrarse a una de las cuerdas antes de que se partiese y se mantuvo aferrado a ella después de que se rompiera. Salió disparado del embarcadero cuando la cuerda lo arrastró y cayó boca abajo sobre el hielo, por donde se deslizó chirriando como un jinete descabalgado y arrastrado por su montura. El chorro de cristales de hielo le azotó la cara y lo cegó. La vibración y la fricción eran casi insoportables. Amon sintió que la armadura comenzaba a abollarse y a ceder cuando el trineo aceleró. No dejó de rodar y bambolearse de un lado a otro al extremo de la cuerda. Se le estaba escapando de entre los dedos.

Amon la soltó y siguió resbalando sobre el hielo en un arco largo y amplio. Clavó los talones de las botas para intentar detenerse de una vez, y en cuanto disminuyó de velocidad hasta casi pararse, empezó a ponerse en pie.

El trineo siguió acelerando por los Campos de Invierno. Los patinadores y los yates de hielo viraban bruscamente llenos de pánico para apartarse de su trayectoria recta y enloquecida. Atravesó sin miramientos las líneas de balizas de una carrera de patines motorizados.

Amon oyó a su espalda otra explosión. Una nueva columna de fuego y de humo subió hacia el cielo procedente de la Casa del Parlamento.

—¡Amon! ¡Amon! —le gritó la voz de Haedo por el comunicador.

—Adelante.

—¿Dónde estás?

—Lo estoy persiguiendo. El asesino está cruzando el lago de hielo. ¿El primarca está a salvo?

—Me lo han confirmado los Puños Imperiales. El primarca Dorn ya había salido de la Casa del Parlamento antes de que estallara la primera bomba.

—¿Y lord Sichar?

—Ha muerto, junto a ocho miembros de la legislatura. Amon, espera donde estás. Voy a conseguir un ornitóptero. Iré a recogerte dentro de…

—No hay tiempo —lo interrumpió Amon.

Terminó de ponerse en pie y activó el retrorreactor. El chorro de despegue le hizo subir con rapidez. Vio mientras ascendía cómo el trineo giraba por delante de él. El nuevo rumbo del asesino era hacia el oeste, en dirección a una formación de yates.

A lord Sichar lo había matado su propio lucifer negro, su propio guardaespaldas, un individuo llamado Gen Cheth. Ibn Norn se lo había presentado a Amon. Quienquiera que fuera el que llevaba la armadura negra cuando Amon lo había saludado con un gesto de asentimiento, su nombre no era Gen Cheth. Existía otra posibilidad más siniestra incluso: que Gen Cheth no fuera jamás el individuo que sus camaradas pensaban que era.

Al parecer, Lupercal también disponía de sus propios espías. Los mastines eran lobos, y los lobos eran mastines. El primarca Dorn se había visto obligado a dejar al descubierto la función de lord Sichar como agente doble debido a la actuación de Amon. El lucifer negro estaba precisamente a su lado cuando eso ocurrió. El espía del propio Horus estaba precisamente allí. El secreto de lord Sichar había quedado al descubierto. De repente, lord Sichar se habían convertido en un punto débil que debía ser eliminado, y un enemigo al que había que castigar.

La carga de demolición se había encargado de ello. Había vaporizado el centro de la cámara del parlamento y había provocado el derrumbamiento del techo. Haedo y Amon habían salido despedidos hacia atrás y habían atravesado las paredes de

madera hasta llegar a la sala de voto consular. Amon había sido el primero en recuperarse.

El asesino había huido. Había dejado atrás al menos una bomba más y se había dirigido hacia los Campos de Invierno. Amon se preguntó el motivo. Los asesinos eran individuos muy concentrados en su tarea. Lo habitual era que acabaran suicidándose, o ejecutados. ¿De verdad creía aquel hombre que podría escapar?

Seguro que no. Entonces, ¿qué estaba intentando conseguir?

Amon bajó en picado hacia el trineo rugiente. Colocó los brazos delante de la cara e impactó contra el vehículo como un relámpago. El golpe arrancó de cuajo la carlinga. Los trozos de cristal y los soportes salieron volando arrastrados por la fuerza del viento. Amon se esforzó por mantenerse agarrado mientras el individuo de armadura negra intentaba pilotar el trineo con una mano y desenfundar el arma con la otra. El trineo se bamboleó y Amon resbaló a lo largo del fuselaje hasta acabar agarrado al morro elevado del vehículo.

Clavó los dedos en la superficie metálica del fuselaje y creó sus propios puntos donde agarrarse para avanzar poco a poco de nuevo hacia la cabina. El asesino ya había conseguido desenfundar la pistola y disparó contra Amon por encima del tablero de mandos. Un proyectil pasó zumbando junto a la oreja del custodio. El trineo comenzó a llegar a su velocidad máxima. Amon siguió avanzando y el asesino disparó a quemarropa contra el custodio que se abalanzaba contra él. El proyectil atravesó la armadura de Amon a la altura del hombro izquierdo y la sangre salpicó el surco que el trineo iba dejando atrás.

Amon le propinó un puñetazo con la mano derecha. El golpe hundió el casco de metal negro y machacó la cabeza que había en su interior.

El trineo se movió de un lado a otro con bandazos bruscos cuando el cadáver del asesino se despegó de los controles con un movimiento flácido. Amon se metió un poco más en la cabina e intentó llegar a los controles y apagar los motores.

Fue entonces cuando vio lo que había en el asiento trasero del trineo.

Era otra bomba, la más grande y destructiva de todas las que había preparado. Amon lo comprendió todo en ese momento. El asesino planeaba suicidarse desde el principio. Había planeado acabar su misión llevando el trineo hasta el centro de los Campos de Invierno y haciendo estallar allí la bomba. La explosión afectaría a los enormes reactores de Hy Brasil que se encontraban bajo los campos. El efecto resultante de la explosión de los reactores aniquilaría todo Planalto. Terra comprendería con terror el alcance de la ira y de la influencia de Horus Lupercal.

Amon casi salió despedido por las sacudidas del trineo, que seguía fuera de control, pero vio la señal luminosa de una cuenta atrás. No tenía forma de saber cuánto tiempo quedaba en el contador.

Desesperado, se arrancó de un tirón la unidad activadora que llevaba acoplada.

No tenía tiempo de efectuar reajustes o recalibraciones complicadas. No tenía tiempo de teclear unas coordenadas distintas y seguras. Simplemente cambió la altitud y añadió dos kilómetros. Luego activó el aparato y lo lanzó al interior de la cabina.

Se apartó de un salto. La teletransportación hizo que se desvaneciera la mayor parte del trineo antes incluso de que Amon se estrellara contra el hielo. Aterrizó con un tremendo golpe que le sacudió todos los huesos y rodó unos treinta o cuarenta metros envuelto en un torbellino de polvo de hielo. Un alerón estabilizador y parte de la cola del trineo, cortados por el estrecho rayo de teletransportación, pasaron repiqueteando y rodando por delante de él lanzando trozos con el borde al rojo vivo.

Amon siguió resbalando medio inconsciente y en círculos sobre la espalda hasta que por fin se detuvo lentamente. Fijó la mirada en el cielo malva de Sud Merica.

A unos dos kilómetros por encima de él se produjo un resplandor muy brillante, al que siguió una bola creciente de luz blanca. Luego, el sonido y la onda expansiva lo golpearon y lo aplastaron contra el hielo.

Cerca de las murallas del palacio, en la penumbra del Himalazia, el mastín leal se levantó del hielo y se sacudió. Estaba herido, pero la mayor parte de la sangre que le manchaba el morro y los costados eran del lobo que acababa de hacer salir huyendo entre gañidos hacia la oscuridad, con la garganta abierta.

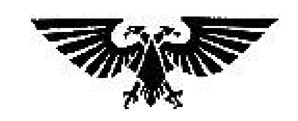
Regresó con lentitud, cojeando, hacia las puertas, y dejó a su paso un rastro de gotas de sangre sobre la nieve. El aliento se le condensaba en el frío aire nocturno.

A su espalda, en la oscuridad, se estaban reuniendo más lobos, y cada vez se acercaban más.



LOBOS A LAS PUERTAS

MIKE LEE



DRAMATIS PERSONAE

TIRANOS DE KERNUNNOS	
DRAGONES ARTURIANOS	Ejército Imperial.

Lobos Espaciales

BULVEYE	Señor Lobo.
HALVDAN OJOTORVO	
JURGEN	
JOHANN	

Antimonianos

JAVREN SANTANNO	Orador del Senado.
ANDRAS SANTANNO	Hijo de Javren Santanno.

Sajadores

(Eldars Oscuros)

DARRAGH SHAKKAR	Arconte de la Cábala del Corazón Aullante.

Todavía faltaban dos horas para el alba cuando la columna blindada salió de la ciudad aún en llamas y retumbó en dirección al oeste por la enorme calzada elevada que una vez había suministrado las riquezas saqueadas de docenas de mundos a los tiranos de Kernunnos. El desfile se extendía a lo largo de más de un kilómetro y serpenteaba por las llanuras occidentales como un sinuoso dragón revestido de acero. Los pesados tanques del Ejército Imperial abrían la marcha, con los cascos aún marcados y manchados por el humo de la encarnizada batalla librada en la capital planetaria, seguidos por los vehículos blindados Chimera de suelo bajo que transportaban a las tropas veteranas de los Dragones Arturianos. Los dragones habían encabezado el ataque a la capital de los tiranos y habían sido los primeros en abrirse paso luchando hasta el maltrecho palacio en el centro de la ciudad. Por la sangre que habían derramado y por el valor que habían demostrado, se habían ganado su lugar en el desfile y en las ceremonias que se celebrarían a continuación.

La columna adoptó un ritmo lento y decidido a través de la oscuridad alumbrada por el fuego mientras seguía la calzada elevada que cruzaba enormes campos de aterrizaje, sembrados ahora de cascos quemados de grandes naves. Uno de los campos no era ahora más que un cráter abierto cuyo interior aún brillaba como vidrio fundido. Una de las naves había intentado escapar del destino funesto que le esperaba a Kernunnos y se había visto atrapada por las primeras ráfagas del bombardeo orbital. Las llamaradas de los reactores al explotar habían devorado a las multitudes de refugiados aterrorizados que huían por la calzada elevada, y habían lanzado a las naves más pequeñas contra los flancos de sus hermanas mayores como si fueran de juguete, dejando a su paso un manto de chatarra derretida que se extendía a lo largo de kilómetros en todas direcciones.

Al otro lado de los campos de aterrizaje llenos de restos, el terreno daba paso a amplias llanuras ondulantes dominadas por los enormes conglomerados agrarios que una vez habían abastecido a la capital de buena parte de su alimento. Ahora los campos de trigo, de maíz y de sálix estaban llenos de cráteres producidos por los proyectiles de la artillería y sembrados de cascos de tanques quemados. Las manadas de carroñeros se movían sigilosamente alrededor de los cascos calcinados, atraídas por el olor a carne abrasada. Aquí y allá, entre los tanques, yacían los cuerpos rotos de las máquinas de guerra bípodes de los tiranos, con las extremidades acribilladas por los disparos de los cañones láser y el pecho reventado formando dentadas flores metálicas. Los comandantes de los tanques, equipados con pesados magnoculares que les permitían vislumbrar las figuras furtivas de los refugiados, hombres, mujeres y niños que huían por los campos en ruinas para alejarse de la columna, barrían los campos con sus cañones de batalla al pasar.

A treinta kilómetros de la ciudad, la carretera empezó a ascender hacia la falda de una montaña coronada por el humo, al pie de una cordillera de escasa altitud que la

gente de la zona llamaba los Elíseos. Desde tiempos inmemoriales, la región había sido el paraíso de los tiranos y de los que los apoyaban en el Senado, pero seis horas de bombardeo constante por parte de las baterías orbitales y de la artillería de tierra habían convertido las colinas y las laderas en un erial de astillas calcinadas. Las mansiones de los grandes y poderosos se habían quemado, así como las casas de los que los apoyaban y enormes extensiones del bosque circundante.

A esas montañas era adonde los tiranos habían huido tras tener noticia de que la última parte de la flota de batalla, de la que tanto alardeaban, había sido destruida en una batalla campal cerca de la luna primaria de Kernunnos. Había un refugio en las profundidades de los Elíseos, una cámara conservada en el corazón de uno de los picos más altos, que se había construido en los tiempos de la Era de los Conflictos, cuando la Vieja Noche se había levantado y se había tragado la primera civilización humana interestelar. La cámara se había construido para proteger a la élite planetaria de los horrores salidos de la disformidad que habían asolado la tierra, y con el pasar de los siglos, la impresionante construcción se había hecho legendaria. Era una fortaleza inexpugnable, una ciudadela que podría resistir a los fuegos del mismo Armageddon.

La columna siguió retumbando por el pie de las montañas, pasando a veces por encima de los árboles caídos y de los vehículos destrozados que encontraba a su paso. Guiándose mediante mapas orbitales, el desfile atravesó los pueblos derruidos y desiertos, pasó por las mansiones destrozadas y siguió subiendo por una serie de carreteras agrietadas y llenas de baches que llevaban hasta el fuerte. Los rayos abrasadores y el bombardeo de los cañones habían arrancado partes de la montaña y habían dejado las laderas peladas y hendidas a causa de las enormes explosiones. Los profundos cráteres de las laderas contenían los restos de las baterías láser orbitales que habían intentado evitar la llegada de la flota de invasión imperial.

Después de ascender las dos terceras partes de la subida a la montaña, la carretera se abría a una amplia meseta artificial tallada a modo de peldaño en el costado de la montaña y pavimentada con ferrocemento. Los restos de más de media docena de ornitópteros militares estaban desparramados por el campo de aterrizaje, rodeados por los cadáveres carbonizados de sus tripulantes. En el extremo oeste de la llanura, guarecida bajo una enorme cornisa de granito quemado y astillado, había una imponente puerta de metal liso.

Los vehículos blindados se extendieron por la meseta siguiendo una rutina cuidadosamente preparada. Los transportes blindados de tropas se detuvieron y bajaron las rampas traseras, vomitando pelotones de dragones curtidos en la batalla. Los sargentos escupieron órdenes y gritaron sartas de maldiciones, y muy pronto las tropas se llevaron los cuerpos de los enemigos y los tanques de batalla empujaron cuidadosamente los restos de los ornitópteros hasta los extremos más lejanos de la

meseta. Treinta minutos después de comenzar, el campo estaba despejado y las tropas se habían reunido por compañías en dos grandes formaciones, una en el extremo derecho y la otra en el extremo izquierdo de la meseta. A lo lejos hacia el este, la gran ciudad construida por los tiranos parpadeaba y brillaba como una capa de rescoldos.

Quince minutos antes del alba reverberó un trueno con un sonido rugiente desde más allá del horizonte, un redoble continuo y ascendente que se acercó más y más por el cielo cubierto. Las nubes pesadas y plomizas parecieron agitarse por encima de la meseta, iluminadas desde el interior por un brillo blanco azulado que fue en aumento. Finalmente, los elegantes morros de un trío de naves de asalto Stormbird rasgaron el cielo encapotado y manchado de humo. Llevaban el tren de aterrizaje desplegado, lo que recordaba a unas garras ávidas, mientras los pilotos aceleraban los motores y hacían aterrizar las enormes naves en un despliegue táctico de tres puntos, justo en medio de las tropas imperiales que los esperaban.

Las naves de transporte no habían hecho más que aterrizar cuando se bajaron las pesadas rampas de asalto con un siseo hidráulico. El resplandor carmesí de los faros de batalla brilló desde las profundidades de las Stormbird agazapadas, haciendo visibles las siluetas de los gigantes acorazados que esperaban en el interior.

Los sargentos gritaron a lo largo de las filas. Los Dragones Arturianos se pusieron en posición de firmes al instante con un estruendo de choques de talones de botas claveteadas en cuanto los Lobos del Emperador pusieron los pies sobre la inhóspita tierra de Kernunnos.

Las rampas de asalto de dos de los transportadores resonaron bajo las pisadas rápidas de guerreros de armadura gris que bajaron a la meseta a la carrera con sus enormes bólters preparados. Eran lobos espaciales, superhombres genéticamente diseñados de la VI Legión del Emperador y la cumbre del poder militar del Imperio, y su aspecto era un estudio de contrastes entre lo moderno y lo arcaico. Los servomecanismos gimieron bajo las piezas superpuestas de las armaduras del tipo Mark II Cruzada; las cabezas protegidas por cascos giraron a izquierda y derecha, escudriñando la zona de aterrizaje con sus ojos biónicos que percibían las diferentes longitudes de onda, desde los infrarrojos hasta los ultravioleta. Además, los anchos hombros estaban cubiertos con pesados mantos de piel de oso o de lobo, y en sus petos abollados lucían extraños fetiches de hierro, madera o hueso. Cada uno de los guerreros llevaba una espada o un hacha de guerra colgada de la cadera, y muchos de ellos ostentaban espantosos trofeos de guerra, como calaveras doradas o armas exóticas suspendidas de los ganchos de equipamiento que llevaban en la cintura. Hasta el más veterano y curtido de los Dragones Arturianos bajaba los ojos al paso de los Lobos del Emperador.

Los lobos espaciales se desplegaron en abanico formando un arco compacto y avanzaron pasada la primera Stormbird, formando por pelotones a un par de metros

de la rampa de asalto del vehículo de transporte. Siguieron escudriñando la meseta durante unos momentos más, y después, los guerreros levantaron las armas y adoptaron la posición de saludo, y de este modo se transmitió una señal silenciosa a la primera nave. Exactamente a la hora fijada, cuando el amanecer empezó a teñir el cielo encapotado por el este, Bulveye, el señor lobo de la Decimotercera Gran Compañía de los Lobos Espaciales y comandante de la 954.ª Flota Expedicionaria, descendió con sus lugartenientes por la rampa de la primera Stormbird seguido por los paladines de su Guardia del Lobo.

El señor lobo y sus elegidos resplandecían con sus servoarmaduras lustradas, que brillaban como espejos y estaban adornadas con símbolos de honor y valor ganados en los crisoles de la guerra. Sobre sus hombreras grises relucían medallones de oro con cabezas de lobo grabadas, y cada uno de ellos llevaba una tira de pergamino desgastado en el que iban inscritos juramentos de guerra o invocaciones al Padre de Todas las Cosas. Los petos también estaban decorados con medallas de plata o con placas de hierro grabadas con runas, y cada una de ellas representaba un acto de valor contra los muchos enemigos de la humanidad. Llevaban sus mejores mantos de piel de lobo o de oso polar, y de sus cinturones colgaban sus más preciados trofeos de guerra: colmillos dorados, cráneos rajados o huesos de dedos tomados de los enemigos vencidos en combate singular. La armadura de Bulveye estaba incluso más adornada. Había sido diseñada por los maestros artífices del lejano Marte, los bordes de sus hombreras llevaban adornos de oro grabados y las superficies curvas lucían ricos ornamentos que representaban escenificaciones de distintas batallas. Los trofeos de cientos de campañas de lucha encarnizada le colgaban del peto y del cinturón de guerra de láminas adamantinas, y sobre la parte superior del casco llevaba un aro de oro batido. La mano del señor lobo, enfundada en el guantelete, agarraba con fuerza una pesada hacha de un solo filo; la empuñadura de acero estaba envuelta con tiras de piel de foca curada y la cubierta del generador de campo del arma de energía estaba grabada con runas de victoria y muerte.

Con expresión adusta, Bulveye pasó delante de los pelotones inmóviles de su guardia de honor y se aproximó a la entrada al fuerte. Dos guerreros ajustaron el paso tras él observando las imponentes puertas con cautela.

—Llegan tarde —gruñó Halvdan Ojotorvo.

El lugarteniente de Bulveye era una figura adusta y siniestra aun en sus mejores momentos, y se sentía más cómodo en el campo de batalla que en los salones de festejos. El áspero cabello cobrizo con mechones blancos le colgaba en dos pesadas trenzas que se enroscaban en su peto, y una barba hirsuta le cubría la parte inferior de la cara. Tenía la nariz como la hoja de un hacha y los pómulos afilados estaban surcados de docenas de viejas cicatrices. Sus ojos no estaban en armonía uno con el otro, y brillaban desde el fondo de unas profundas cuencas situadas bajo una frente

arrugada. La cuenca del ojo izquierdo de Halvdan estaba cosida y era irregular; un golpe de espada le había roto el hueso y también le había sacado el ojo. Había sobrevivido a la terrible herida y había desdeñado la idea de usar un parche, utilizando su cuenca vacía para poner nerviosos tanto a los enemigos como a los compañeros de nave durante los días de campaña en Fenris. Ahora, la lente inmóvil de un ojo biónico brillaba desde el fondo, y los elementos de enfoque chasqueaban con suavidad mientras el guerrero inspeccionaba la entrada y el descalabrado saliente. Halvdan habló de nuevo con un gruñido salido de lo más profundo de su garganta.

—Puede que esos malditos idiotas hayan cambiado de opinión. Podrían estar planeando una traición en este mismo instante.

Ante eso, el guerrero que se encontraba junto a Halvdan dejó escapar un resoplido burlón.

—Lo más probable es que no puedan conseguir que se abran esas grandes puertas —le contestó Jurgen.

Era alto, delgado y seco, con la piel tirante pegada a los huesos de la cara, y mostraba unos músculos como cables que le sobresalían del cuello por encima del borde de su peto. Tenía el pelo negro moteado de blanco y lo llevaba cortado al rape; últimamente había adoptado la tradición característica de Terra de afeitarse el mentón, lo que le había ganado no pocas bromas por parte de sus compañeros de manada.

—Después de seis horas de bombardeo es increíble que no terminaran todos enterrados vivos. —Le echó a su señor una mirada de soslayo, con los ojos brillándole con el júbilo de un cuervo—. ¿A alguien se le ha ocurrido traer palas?

Bulveye le lanzó a Jurgen una mirada de irritación fraternal. Todos eran hombres viejos según los estándares de los astartes, habiendo sido camaradas y hermanos de espada de Leman, rey de los rus, durante muchos años antes de que el Padre de Todas las Cosas hubiera llegado a Fenris. Cuando por fin se reveló la verdad sobre la herencia de Leman, todos los guerreros que se encontraban en el salón del rey habían sacado sus armas de hierro y habían clamado que lucharían a su lado, como lo harían los hermanos de espada. Pero todos eran demasiado viejos, como les dijo el Padre de Todas las Cosas; ni uno solo de ellos tenía menos de veinte años. Las pruebas que tendrían que soportar terminarían matándolos con toda probabilidad, a pesar de lo valientes y obstinados que pudieran ser. Pero los hombres del salón de Leman eran guerreros poderosos, cada uno de ellos un héroe por derecho propio, y no iban a dejarse disuadir por la probabilidad del sufrimiento o la muerte. Leman, el rey, conmovido por su devoción, no tuvo corazón para rechazarlos. Y así, sus fieles vasallos emprendieron las Pruebas del Lobo, y siguiendo fielmente también la palabra del Padre de Todas las Cosas, la gran mayoría de ellos murió.

De cientos, sobrevivieron casi dos veintenas, un número que asombró al mismo

Padre de Todas las Cosas. En honor a su valentía, Leman, que ya no era rey, sino primarca de la VI Legión, formó una nueva compañía en la que integrar a los supervivientes. Desde entonces, los otros guerreros de la legión se referían a la decimotercera como los Barbagrises. Sin embargo, los componentes de la compañía se llamaban a sí mismos los «hermanos lobos».

—Si no salen, usaremos las Stormbird y los tanques de batalla para abrir esas puertas y entrar a por ellos —dijo Bulveye con determinación—. De un modo o de otro, la campaña se termina aquí.

Jurgen hizo una mueca burlona y ademán de hablar, pero la expresión de la cara del señor lobo le hizo pensárselo mejor. Bulveye tenía un rostro de mandíbula cuadrada con una nariz afilada que aparecía obstinada e inflexible incluso en los mejores momentos. Aunque era de la misma edad que Jurgen y Halvdan, tenía la cabeza calva y no había ni rastro de gris en su barba rubia y recortada. Tenía los ojos azul claro, y tan afilados y mortíferos como el hielo glacial. Bulveye había hecho al primarca el juramento de que sometería a la totalidad del subsector de los Laminas, y sus lugartenientes sabían que cuando el señor lobo daba su palabra, era tan despiadado e implacable como una tormenta de invierno.

Halvdan se rió entre dientes ante la incomodidad de Jurgen. El lugarteniente de barbilla desnuda le dirigió una mirada dura, pero antes de que pudiera responder, un profundo estruendo reverberó procedente de la ladera rocosa, y con un chirrido de metal y piedra las enormes puertas del fuerte empezaron a abrirse.

Una conmoción atravesó las filas de los dragones. Los sargentos acallaron los murmullos con gritos que se extendieron a través de la formación. Nubes de tierra salieron en ráfagas del hueco que se iba abriendo cada vez más entre las puertas, y un puñado de hombres vestidos con uniformes hechos jirones salieron tambaleándose al aire fresco de la montaña. Tenían las chaquetas manchadas de barro y sudor, y las vainas de sus sables de gala estaban llenas de abolladuras y cortes. Varios hombres cayeron de rodillas, jadeando exhaustos, mientras que otros simplemente se quedaron mirando conmocionados a los lobos espaciales y a los hombres reunidos detrás de ellos.

Unos momentos después apareció un oficial. El uniforme de gala que llevaba puesto no estaba menos mugriento que los del resto, pero su ánimo se mantenía intacto a pesar de la terrible experiencia que él y sus hombres habían sufrido. Escupió toda una serie de órdenes a las que los hombres respondieron lo mejor que pudieron, alisándose las chaquetas y formando en un grupo irregular junto a su jefe. Más hombres salieron al aire libre gateando por el hueco y se unieron al resto, hasta que casi hubo un pelotón completo de soldados magullados en posición de firmes frente a los lobos. Por sus uniformes, Bulveye supo que eran miembros de los Compañeros, los guardaespaldas de élite de los tiranos. Al comienzo de la campaña, los

Compañeros habían sido una fuerza compuesta por seis mil hombres, mil defensores fanáticos por cada uno de los jefes supremos de su imperio.

El comandante de los guardaespaldas inspeccionó a sus hombres por última vez y después hizo una brusca inclinación de cabeza. Con las espaldas rectas, los soldados marcharon hasta cubrir la corta distancia que los separaba de los lobos espaciales, y uno a uno, desabrocharon sus sables y los depositaron a los pies de los gigantes. Cuando el último soldado hubo entregado su arma, el comandante se acercó al señor lobo y, con una expresión hueca en los ojos, añadió sus armas al montón. Bulveye estudió al hombre de modo desapasionado, tomando nota de los galones de su uniforme.

—¿Dónde está el oficial al mando, alférez? —preguntó el señor lobo.

El alférez se enderezó, con los brazos cayéndole rígidos a los lados.

—Con sus antepasados —contestó el joven con toda la dignidad de la que fue capaz—. Se pegó un tiro esta mañana, poco después de que se aceptaran los términos de la rendición.

Bulveye pensó en aquello por un momento y luego asintió con gesto grave. El alférez bajó los ojos, se dio la vuelta y volvió a reunirse con sus hombres. El joven inspiró profundamente, dio una orden brusca, y los compañeros supervivientes se hincaron de rodillas y pegaron la frente al ferrocemento dando comienzo a la ceremonia de rendición.

Primero vinieron los esclavos, vestidos con túnicas rasgadas y llenas de sangre, y tambaleándose bajo la carga de pesados cofres de metal. Tenían las caras apagadas y manchadas de porquería, agotados por el doble azote del agotamiento y el hambre. Uno detrás de otro fueron acercándose a los temibles gigantes acorazados, dejaron los cofres a sus pies y abrieron las tapas para dejar al descubierto las riquezas que contenían en su interior. Las gemas sin tallar y metales preciosos brillaban débilmente en la difusa luz de la mañana: el rescate de seis tiranos, saqueado a todo lo largo y lo ancho de su insignificante imperio, se apilaba alrededor de los lobos espaciales como el tesoro de un dragón y levantaba murmullos avariciosos entre los soldados del Ejército Imperial. Cuando hubieron terminado su tarea, los esclavos se arrodillaron junto al inmenso tesoro con expresión ausente e indiferente.

Después vinieron las hijas y esposas de los tiranos en una procesión de gemidos, vestidas con las túnicas blancas propias del luto, con los peinados deshechos y las caras pálidas manchadas de ceniza. Las más jóvenes retrocedían y gritaban de miedo cuando veían a los temibles gigantes y a los lascivos dragones; sin duda, habían pasado la noche en vela imaginando los terribles abusos que las esperaban. Las mujeres cayeron de rodillas unos metros por delante de los lobos; algunas lloraban desconsoladamente, mientras que otras mostraban caras inexpresivas, evidentemente resignadas a su destino.

Y por último llegaron los mismos tiranos. Emergieron de la fortaleza uno a uno, dando pasos cortos bajo la carga de sus pesadas túnicas doradas y de las enjoyadas cadenas de su rango. Los autoproclamados señores del subsector de los Lammas eran hombres pequeños y de piel pálida, con las caras enrojecidas y flácidas propias de toda una vida de depravación y excesos. Un grupo de esclavos tuvo que ayudar a dos de los hombres. Tenían los ojos vidriosos y desenfocados, como si hubieran elegido enfrentarse a su ruina en medio de una neblina de drogas, o como si su ánimo simplemente se hubiera hecho añicos bajo el peso de la derrota.

Un nuevo coro de llantos se alzó de las mujeres cuando los tiranos se acercaron a los lobos espaciales. Unas manos temblorosas se aferraron a los bajos de sus túnicas cuando los antiguos gobernantes pasaban por delante de sus seres queridos y se dirigían a sus enemigos para pararse ante ellos. Lenta y de forma titubeante, se arrodillaron ante los conquistadores y, siguiendo la tradición de su pueblo, se descubrieron el cuello y se prepararon para morir.

Halvdan y Jurgen intercambiaron una breve mirada y sacudieron la cabeza con repugnancia. Bulveye estudió a los tiranos durante un largo momento y después dio un paso adelante, sosteniendo con soltura el hacha en la mano derecha. Se alzó impresionante ante los hombres arrodillados como un dios vengativo, mirándolos fría y ferozmente uno por uno.

—Así que nos volvemos a encontrar —dijo el señor lobo—, tal y como os dije hace siete años que ocurriría. Entonces, estuve en vuestro palacio de cristal y acero y os traje noticias felices de nuestro Padre de Todas las Cosas, el Emperador de la Humanidad. Os llevaba un mensaje de bienvenida, así como promesas de paz y orden. Os di esto —continuó Bulveye, mostrando su mano izquierda abierta—, y me escupisteis en la palma de la mano. Despreciasteis los regalos de mi señor y me echasteis a la calle como a un mendigo, amenazando con matarme si volvíamos a encontrarnos.

El señor lobo miró con ira a los tiranos y les mostró su hacha.

—Antes de marcharme, os juré que este día llegaría. Ahora vuestras flotas han sido destruidas y vuestros ejércitos dispersados. —Bulveye hizo un gesto hacia el este —. Vuestro palacio de acero y cristal ya no existe. Vuestros hijos están muertos y vuestras ciudades yacen en ruinas. —Bajó la voz hasta convertirla en un gruñido gutural y retrajo los labios, revelando unos prominentes colmillos lobunos—. Ya no sois los tiranos. Habéis sido derribados, y me he encargado de que ni vosotros ni ninguno de vuestro linaje pueda volver a levantarse nunca.

Bulveye hizo un gesto a sus lugartenientes. Halvdan y Jurgen dieron un paso adelante con expresión adusta. De los tiranos caídos surgieron gemidos y sus esposas gritaron de aflicción. Pero en lugar de sacar las espadas, los dos lobos espaciales les quitaron las cadenas que indicaban su rango a los hombres temblorosos y las lanzaron

al montón del tesoro; después agarraron sus ricas ropas y se las arrancaron también.

—Si de mí hubiera dependido, nunca habríais salido de esos túneles —gruñó Bulveye—. Yo habría convertido toda esta montaña en vuestra tumba. Pero el Padre de Todas las Cosas, en su sabiduría, lo ha decidido de otro modo.

El señor lobo hizo un gesto señalando los montones de tesoros.

—Esta riqueza pertenece a los muchos mundos que habéis saqueado, a los planetas que convertisteis en campos de batalla gracias a vuestra arrogancia y codicia. Usareis esta fortuna para empezar a reconstruir lo que se perdió, y os aseguraréis de que los mundos de este subsector se conviertan en miembros prósperos y estables del Imperio. Cada planeta tendrá pronto un gobernador imperial que supervisará su reconstrucción y que me enviará regularmente los informes de vuestros esfuerzos. —Fulminó con la mirada a los hombres desnudos y temblorosos—. No me deis motivos para volver aquí jamás.

Lenta y deliberadamente, Bulveye bajó el hacha. Los antiguos tiranos y sus familias se quedaron en silencio, incapaces de contemplar en un primer momento que sus vidas y su virtud habían sido perdonadas. El señor lobo giró sobre sus talones y caminó hasta la Stormbird que lo esperaba. Al pasar junto al tesoro, contempló severamente a los esclavos arrodillados.

—Levantaos —les ordenó—. Ya no sois esclavos. A partir de este día sois ciudadanos del Imperio, y mientras el Padre de Todas las Cosas viva, jamás doblareis la rodilla ante ningún otro señor.

Por primera vez, un destello de vida volvió a las caras atormentadas de los antiguos sirvientes, y lentamente, tímidamente, empezaron a ponerse de pie. Entre los nobles, una mujer joven dejó escapar un grito histérico de alivio, y medio tropezando y medio arrastrándose llegó hasta el lado de su padre, que intentaba cubrir su desnudez con manos temblorosas mientras miraba lleno de odio la espalda de los lobos espaciales que se alejaban.

Los tres guerreros atravesaron el cordón que habían establecido sus hermanos de batalla y siguieron hasta la rampa de la Stormbird. Halvdan echó una mirada furtiva a los tiranos caídos y gruñó de forma gutural.

—Deberíamos haber matado hasta al último de ellos. No aprenderán. Puedes estar seguro. Dentro de otros diez o veinte años tendremos que volver aquí para terminar el trabajo.

Pero Jurgen negó con la cabeza.

—El subsector de los Laminas todavía será una sombra de su antiguo ser dentro de cien años, mucho menos dentro de veinte —contestó—. Fuimos muy concienzudos, hermano. Tendrán que reconstruir cada ciudad, cada centro industrial y cada espaciopuerto.

—Un maldito derroche —murmuró el señor lobo, sorprendiendo a ambos

hombres—. Tanta destrucción. Tantas vidas malgastadas, y todo por seis idiotas arrogantes.

Halvdan se encogió de hombros.

—Ese es el precio de la resistencia. Siempre ha sido así, señor, incluso allá por los antiguos tiempos de Fenris. ¿A cuántas cosas mezquinas nos rebajamos bajo el mando del rey Leman? ¿Cuántos pueblos quemados, cuántas naves aplastadas hasta convertirlas en astillas? Así son las cosas. Los imperios se construyen con huesos rotos y ríos de sangre.

—Sí, así es —corroboró Bulveye—, no lo niego. Y la causa del Padre de Todas las Cosas es una causa justa. La humanidad debe ser una sola si vamos a reclamar lo que en justicia nos pertenece, cueste lo que cueste. De otro modo, todo lo que la humanidad ha sufrido hasta este punto habrá sido para nada.

—Y no seríamos mejores que todos los sucios alienígenas que vinieron antes que nosotros —añadió Jurgen.

Le dio una palmada en el hombro a Bulveye.

—Ha sido una campaña larga y de batallas duras, señor. Habéis destruido a los tiranos y habéis vencido a la totalidad del subsector de los Lammas. Enorgulleceos de saber que habéis cumplido los juramentos que le hicisteis al Padre de Todas las Cosas y estad satisfecho.

Justo entonces, un hombre viejo, enjuto y fuerte, vestido con la túnica gris oscuro de los siervos de la legión, descendió por la rampa de la nave de desembarco de tropas y se apresuró para reunirse con el señor lobo. Era Johann, uno de los siervos personales de Bulveye, y el señor lobo frunció el ceño ante la expresión tensa de la cara del siervo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó en voz baja cuando Johann se acercó.

—Dos naves llegaron al sistema hace unas horas —dijo con gravedad el siervo—. Una era un correo, portando un mensaje prioritario del propio Leman Russ. Tenemos que dar por terminadas todas las operaciones inmediatamente y reunimos con el primarca en Telkara dentro de cinco meses.

El señor lobo abrió los ojos de par en par.

—¿Toda la compañía?

Johann negó con la cabeza.

—No, señor. Toda la legión. El primarca ha recibido órdenes directas del mismo Padre de Todas las Cosas. Nos dirigimos a Próspero.

—¿A Próspero? —intervino Halvdan—. Eso es una locura. ¿Dónde has oído una cosa así?

—Es lo que dice el mensaje —respondió el siervo—. Aunque no especifica ninguna razón. Sin duda tendremos más información cuando lleguemos a Telkara.

—Cinco meses —repitió Jurgen, e hizo un gesto con la cabeza—. Tenemos

guerreros y naves diseminados por todo el subsector persiguiendo a los últimos seguidores de los tiranos. Tardaríamos meses sólo en reunirlos a todos y en asegurarnos de que están pertrechados para el viaje.

Bulveye asintió. Telkara estaba lejos del norte galáctico, a más de dos sectores de distancia. Retirar a la compañía del combate y prepararla para un viaje así no era una tarea nimia.

—Envía correos a la compañía con órdenes para que se reúnan en Kernunnos enseguida —le dijo a Johann. Con buena parte de la flota imperial orbitando por el mundo del antiguo trono de los tiranos, ése sería el sitio lógico para reabastecer a las naves de la Gran Compañía antes de que se encaminaran a Telkara. El señor lobo se detuvo un momento—. Espera. Dijiste que llegaron dos naves al sistema. ¿Cuál era la otra?

—Una de las naves de exploración de largo alcance, señor —contestó Johann—. Usted dio órdenes al almirante Jandine para que continuara explorando la región por el extremo este del subsector.

—Conozco las órdenes que le di al almirante Jandine —lo cortó Bulveye—. ¿Han encontrado algo?

—Sí, señor —dijo el siervo—. Los exploradores informan de que las tormentas de la disformidad continúan disminuyendo en la región, con lo que el área segura para la navegación se va abriendo cada vez más.

Iba a añadir algo, pero dudó. Los ojos del señor lobo se entrecerraron.

—¿Qué más?

—Una de las naves pudo llegar hasta un sistema solar de la región; uno que había quedado incomunicado anteriormente por las tormentas —dijo—. Aparece en una de nuestras viejas cartas de navegación, aunque no hay nada que indique que ninguna colonia se haya establecido allí antes.

—¿Pero?

Johann respiró hondo y siguió.

—Pero la nave de reconocimiento detectó transmisiones de intercomunicadores en frecuencias estándar que emanaban del cuarto planeta del sistema —le informó el siervo.

La expresión de Bulveye se oscureció. Halvdan le lanzó una mirada de reojo a Jurgen y movió la cabeza.

—Déjelo —le dijo al señor lobo—. No es más que un mundo. Que el ejército eche un vistazo. Tenemos nuevas órdenes, ¿no?

—Halvdan tiene razón, señor —añadió Jurgen—. Hemos subyugado todos los mundos habitados de este subsector. ¿Qué más podemos hacer?

Bulveye se quedó un silencio un momento más.

—¿Que qué más? Nuestro deber para con la humanidad, por supuesto —le

replicó, y después fijó su atención en el siervo—. Háblame de ese mundo —le ordenó el señor lobo.

La barcaza de combate *Lobo de Hierro* se asemejaba a la hoja de una espada suspendida por encima de la superficie verde y ocre del mundo en ruinas. La luz del lejano sol amarillo del sistema se reflejaba fríamente sobre la superestructura de catedral de la barcaza de combate y hacía que destacaran las terribles señales dejadas por las batallas sobre su superficie blindada. La Lobo de hierro había presenciado luchas encarnizadas durante los últimos siete años de la Gran Cruzada, y la gran barcaza de combate mostraba orgullosa sus heridas. Era la nave insignia de la 954.ª Flota Expedicionaria, y sus cuadros de honor eran el testamento de las batallas que había librado y de los mundos perversos a los que había sometido en nombre del Emperador de la Humanidad.

Bulveye sintió cómo el peso de plomo de la aceleración aplastaba su cuerpo acorazado contra el asiento de seguridad cuando los motores de la Stormbird aceleraron y la nave se lanzó desde uno de los cavernosos muelles de lanzamiento del *Lobo de Hierro*. El estruendo de los gigantescos motores de la nave de asalto cesó abruptamente cuando la Stormbird atravesó como un rayo la curva reluciente de la última capa de la estratosfera del planeta y comenzó un descenso gradual hacia la superficie. Un hololito instalado en el mamparo delante del asiento de aceleración del señor lobo mostraba la trayectoria de la Stormbird, así como los iconos de estado que lo detallaban todo: desde la velocidad de crucero de la nave y el ángulo de ataque hasta el estado de sus armas, el consumo de combustible y la presión de la turbina. Interconectado con los sistemas de a bordo de la Stormbird a través del comunicador de su armadura, Bulveye pidió las imágenes de reconocimiento de gran altitud que se habían tomado del planeta en las últimas veinticuatro horas y empezó a estudiar las fotos con la mirada de acero de sus ojos azules.

El planeta no tenía nombre, según las cartas de navegación estelares del *Lobo de Hierro*; debido a su posición, en el extremo sur de la galaxia, con toda probabilidad había sido una de las últimas colonias humanas, instalada allí en algún momento de la Octava Diáspora y antes de la Era de los Conflictos. Los colonos, o habían tenido mucha suene, o habían sido muy valientes, o ambas cosas, pensó Bulveye. Muy pocas colonias de este tipo habían sobrevivido a los siglos de aislamiento que siguieron; sólo el subsector de los Lammas estaba lleno de esqueletos de ruinas diseminados por todas partes de los asentamientos que no habían sido lo suficientemente fuertes como para soportar las tormentas de la disformidad y los horrores que éstas provocaron.

Y ese mundo había sufrido muchísimo, según vio el señor lobo. Gran parte de su masa terrestre era estéril y no tenía vida alguna. Miles de kilómetros de tierras baldías

se extendían hasta los helados casquetes polares del planeta, dejando, si acaso, una veintena de regiones verdes y vibrantes colgadas como una cadena de esmeraldas alrededor del ecuador del mundo. Veía las siluetas de grandes lagos y mares interiores que se habían transformado en llanuras resquebrajadas y agrietadas, y amplias laderas montañosas despojadas de todo hasta quedar cubiertas sólo por inhóspitas piedras desnudas. Según las lecturas de los auspex instalados a bordo del *Lobo de Hierro*, gran parte de aquel terreno muerto era peligrosamente radioactivo.

Bulveye congeló el alimentador sobre una sola imagen.

—Aumentar diez veces —murmuró, dirigiéndose a su comunicador.

La imagen se emborronó mientras se expandía; los cogitadores de la base del hololito sonaron cuando los algoritmos de realce de imagen fueron dando nitidez a la mancha de color pardo, ocre y gris oscuro hasta convertirla en colinas bajas y redondeadas que rodeaban una cuenca con un ligero declive de unos ochenta kilómetros de ancho. La línea gris del curso seco de un río zigzagueaba como el recorrido de una serpiente por el centro de la cuenca, cuyos bordes se veían difuminados en algunos lugares a causa de montones de polvo asfixiante. Una amplia extensión de rocas desgajadas y de vigas negras y dentadas se elevaba del polvo en una de las amplias curvas de la ribera del río. Cientos de años atrás, allí había prosperado una pequeña ciudad.

Detrás del señor lobo resonó el retumbar del metal y del plastiacero de uso militar.

—Debe de haber sido toda una guerra —dijo Halvdan admirativamente, observando la imagen por encima del hombro de Bulveye con los ojos entornados.

Bulveye bajó la mano y desenganchó el cierre giratorio de su asiento de aceleración para poder darse la vuelta y mirar de frente al interior del compartimento de la tropa de avanzadilla de la nave de transporte. Una docena de marines de su Guardia del Lobo llenaban el escaso espacio, asegurados en sus asientos, que se alineaban a lo largo de los mamparos exteriores de la cámara. Habían limpiado de su equipamiento de combate toda la suciedad y la sangre dejadas por la lucha contra los kernunnos, y habían pulido las armaduras hasta dejarlas brillando como un espejo. Era una guardia de honor pequeña para una misión tan importante, pero el señor lobo había sido reacio a retirar más guerreros de sus vitales servicios de combate en el antiguo mundo del trono de los tiranos. Había poco tiempo y Bulveye estaba resuelto a arreglárselas con los hombres disponibles que tenía. El Padre de Todas las Cosas no esperaba menos de sus legiones.

El señor lobo se quedó mirando el hololito un momento más y después movió la cabeza dubitativamente.

—Si fue una guerra, ésta fue una guerra muy extraña —dijo, señalando las llanuras muertas que se extendían fuera de la ciudad en ruinas.

—No hay cráteres. No hay vehículos destrozados. No hay ni rastro de fortificaciones abandonadas ni de otras posiciones de campo. Y la devastación se extiende a lo largo de miles de kilómetros tanto de latitud norte como de latitud sur, que habrían sido hostiles para la vida humana en circunstancias normales, mucho menos algo así.

La expresión de Halvdan se oscureció.

—Psíquicos, entonces —gruñó, levantando la mano para juguetear distraídamente con el amuleto de hierro que le colgaba alrededor del grueso cuello sujeto de un cordón de cuero.

Los psíquicos, comúnmente llamados brujos por los primitivos habitantes de Fenris, habían aparecido espontáneamente en innumerables mundos humanos justo antes de la Era de los Conflictos. Sus poderes antinaturales provocaban un caos y una destrucción de gran alcance; los psíquicos más poderosos podían deformar hasta la estructura misma de la realidad. Más de una vez durante la cruzada, las flotas expedicionarias habían llegado hasta las colonias que habían caído bajo el dominio de estos seres de pesadilla. El Padre de Todas las Cosas había ordenado que se quemaran los planetas hasta reducirlos a cenizas y que las coordenadas de los sistemas fueran eliminadas de las cartas de navegación estelares.

—Puede ser —concedió Bulveye—. Pero si es así, la gente de aquí debió de encontrar una forma de detenerlos.

Al otro lado del compartimento de tropa, Jurgen se removió en su asiento de aceleración para poder ver mejor el hololito.

—Todavía está por ver si un psíquico podría sobrevivir a una explosión atómica —dijo entre dientes—. Eso explicaría toda esa radiación y la magnitud de la devastación. Destruyeron tres cuartas partes de su propio planeta con armas nucleares para eliminarlos.

—Salvo el detalle de que no hemos visto ni rastro de ningún tipo de fuerzas militares, ni mucho menos de armas atómicas —señaló Bulveye—. Y luego está esto.

El señor lobo se volvió hacia el hololito y transmitió una orden. La imagen de la ciudad destruida se disolvió en una neblina policromada. Los cogitadores zumbaron e hicieron un ruido seco y momentos después surgió de la niebla otra imagen nítida.

En primer plano apareció una ciudad construida con sólidas losas de brillante piedra blanca astutamente encajada en las laderas de unas colinas boscosas al pie de una cadena montañosa despejada de nubes. Las calles estaban hechas de piedra o de algún tipo de compuesto autóctono y conectaban los edificios construidos en terrazas y repletos de cientos de personas; vehículos redondeados iban de acá para allá atendiendo a sus quehaceres diarios. No había detalles concretos, pero algo en aquella escena sugería una actividad frenética, casi como si estuvieran presionados.

El ojo biónico de Halvdan repiqueteó suavemente al enfocar la imagen.

—Tiene un aspecto bastante agradable —dijo.

—No me refiero a la ciudad —replicó Bulveye.

Se inclinó hacia atrás y tocó con el dedo un objeto oscuro y difuso que aparecía al fondo de la imagen.

—Estoy hablando de esto.

El señor lobo señaló una delgada línea oscura, recta como el filo de un cuchillo, que se alzaba por encima de las colinas a bastante distancia de la ciudad. Halvdan frunció el ceño mirando fijamente la imagen.

—Sea lo que sea, es grande —comentó.

—¿Grande? —repitió Jurgen—. A juzgar por la escala, debe de ser enorme.

Bulveye asintió. La imagen se desvaneció y fue reemplazada por otra que mostraba el objeto más de cerca. Era una torre, más estrecha en los extremos y ligeramente abultada en el medio, como un dardo que guardara el equilibrio precariamente sobre la palma de la mano de un hombre. La superficie era de color negro mate; tan oscura que parecía tragarse la luz a su alrededor. Sólo algunas irregularidades de la silueta de la aguja sugerían que no era perfectamente suave, sino que tenía cientos de pequeñas cornisas y estrechas hornacinas.

—Tiene más de cinco mil metros de altura —dijo el señor lobo—. Nadie del *Lobo de Hierro* puede decirme la edad que tiene ni de qué está hecha. Lo único sobre lo que los sacerdotes de hierro se ponen de acuerdo es en que ninguna mano humana podría haberla construido. Y en que hay una igual en cada una de las veinte zonas habitables que quedan en el planeta.

Jurgen frunció el ceño ante aquella extraña imagen.

—¿Estás seguro de que no hay psíquicos ahí abajo?

—Cualquier psíquico lo suficientemente arrogante como para construir algo así no es el tipo que después se escondería en las sombras —le rebatió Bulveye—. Nuestros vuelos de reconocimiento interceptaron gran cantidad de transmisiones efectuadas por comunicadores civiles: boletines de noticias y cosas similares. No hay rastro de actividad psíquica en ningún lugar del planeta.

—Aun así —apuntó Halvdan, acariciando el amuleto que colgaba de su cuello— esas torres sólo se encuentran en lugares muy próximos a la gente. No puede tratarse de una coincidencia.

—Eso es exactamente lo que pienso yo —admitió Bulveye—. No hace falta decir que tengo toda una serie de preguntas para el Senado Planetario una vez que hayamos terminado con el asunto importante del día.

—Esto no me gusta nada —gruñó Jurgen—. Y no es como si no tuviéramos un trabajo más importante que hacer, señor. El primarca nos ha mandado llamar, así que ¿por qué perdemos el tiempo aquí? —Hizo un gesto con la mano enfundada en un guantelete en dirección al hololito—. Este es un mundo de menor importancia en el

extremo último del espacio humano. En el mejor de los casos, habrá unos ciento veinte millones de personas en todo el planeta. ¡Había ciudades en Kernunnos que eran más grandes! Y eso no es nada comparado con lo que nos espera en Prospero.

Halvdan apretó la mandíbula barbada, pero también asintió con la cabeza.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Jurgen —dijo—. Nuestro destino se halla muy lejos de aquí, al norte de la galaxia. ¿Qué beneficio podemos obtener en este lugar precisamente?

El señor lobo levantó las cejas ante la pregunta.

—¿Que qué beneficio podemos obtener? Para empezar, ciento veinte millones de almas perdidas —contestó—. ¡Por no mencionar el honor de nuestra compañía! El primarca nos envió aquí para someter a los mundos del subsector, a todos ellos, y eso es exactamente lo que tengo intención de hacer. Se tardarán al menos otras ocho semanas en reunir al resto de la compañía en Kernunnos; mientras tanto, tenemos un trabajo que hacer.

Jurgen no respondió enseguida. En vez de eso, estudió a su señor largamente.

—Señor, usted y yo llevamos luchando juntos casi trescientos años —le dijo—. Lo conozco mejor de lo que muchos hombres conocen a sus propios hermanos, y no puedo evitar preguntarme si no hay algo más en esta pequeña expedición que el simple cumplimiento de su deber.

Bulveye miró con dureza a su lugarteniente, lo que Jurgen soportó sin hacer ningún comentario. Por último, el señor lobo suspiró y se volvió de nuevo hacia el hololito.

—¿Desde cuándo nuestro deber es algo simple? —murmuró entre dientes.

La Stormbird entró en la atmósfera del planeta sobre una columna de fuego y descendió trazando un largo arco por encima del ecuador del mundo. Al cabo de una hora, la nave de desembarco de tropas descendió en picado por encima de unas montañas coronadas de nubes y de unas colinas verdes y arboladas, aproximándose a la extensa ciudad de Oneiros. Las bajas estructuras blancas se aglomeraban contra las colinas como colonias de setas venenosas, rodeando una concentrada zona metropolitana más acorde con una moderna ciudad imperial. Bulveye pensó que los altos edificios y los majestuosos anfiteatros eran de uso público, puesto que Oneiros también era la sede del gobierno planetario. El señor lobo también observó viñedos cultivados en bancales que bordeaban toda una serie de colinas más pequeñas, y otras tierras reservadas para el cultivo o para que pastara el ganado. Bulveye vio que la mayoría de los rebaños eran pequeños y de animales relativamente jóvenes, y que los campos eran un hormiguero de peones de labranza que se apresuraban en recoger la cosecha.

Tuvieron que sobrevolar la ciudad en círculo dos veces para encontrar rastros del

antiguo espaciopuerto. Los enormes campos de aterrizaje que habían servido a las gigantescas naves de transporte de mercancías y a los comerciantes independientes, más pequeños, eran ahora praderas llenas de hierba cuyos bordes artificiales todavía eran visibles desde el aire. Un rebaño de animales blancos, que podrían ser cabras u ovejas, huyó precipitadamente hacia una cercana arboleda cuando la gran nave les pasó por encima y se acercó para realizar un aterrizaje vertical sobre la hierba. El calor que desprendían los propulsores de la nave de transpone prendió fuego a amplias franjas de la hierba verde azulada cuando la nave tocó tierra.

Para cuando la rampa de asalto de la nave de desembarco de tropas se hubo abierto sobre la tierra chamuscada, había cerca de una veintena de redondeados vehículos locales acercándose a la Stormbird desde el extremo del campo de aterrizaje. Se detuvieron a una discreta distancia y una serie de hombres y mujeres salieron de los vehículos al mismo tiempo que el primer guardián del lobo de Bulveye salía rápidamente al exterior y establecía un cordón de seguridad alrededor de la nave.

Bulveye alcanzó la parte baja de la rampa con tiempo suficiente para presenciar la reacción de los locales al ver a los altísimos astartes. En sus caras jóvenes aparecían grabados claramente el asombro y el miedo; los hombres jóvenes miraban con ojos desorbitados el tamaño y la potencia de los astartes, mientras que las mujeres observaban preocupadas y con atención los enormes bólters que los guerreros llevaban en las manos.

El señor lobo inspeccionó lentamente el ancho campo, algo sorprendido ante la falta de espectadores. Incluso en Kernunnos, un mundo que se consideraba superior a la antigua Terra y que era hostil a los siervos del Imperio, el puerto estelar y las carreteras que conducían al palacio habían estado atestados de gente, todos ansiosos por ver a los «bárbaros» de más allá de las estrellas. ¿Es que su visita a Oneiros se había mantenido en secreto ante la población?

—Bajad las armas, hermanos —subvocalizó por el intercomunicador, y sus guardaespaldas bajaron las armas enseguida.

Con Jurgen y Halvdan siguiéndolo de cerca, se aproximó al grupo de bienvenida y les tomó la medida rápidamente. Ninguno de ellos podía tener más de veintiún años, pensó. Vestían ropa cara y lucían ornamentos de oro sobre sus jubones de cuero y canutillos de piedras preciosas en los pantalones acampanados. Ninguno de ellos llevaba armas, pero su porte destilaba seguridad y una flexibilidad fruto de la preparación física y de un duro entrenamiento.

Sin pensarlo, Bulveye los analizó desde el punto de vista del depredador, identificando al que guiaba la manada y a los que lo seguían. Como los de todos los lobos espaciales, los sentidos de Bulveye eran sobrehumanamente agudos. Era capaz de oler el miedo que emanaba de cada una de las personas del grupo, pero también el

olor acre del desafío. El señor lobo se dirigió a un hombre joven que estaba en la primera fila del grupo e inclinó la cabeza con respeto.

—Soy Bulveye, señor de la Decimotercera Gran Compañía y hermano de espada de Leman Russ, primarca de la VI Legión.

El joven se sorprendió al ver que se dirigía a él directamente. Era alto y ágil para ser un humano normal, con el pelo oscuro y la cara sombría y con barba.

—Soy Andras Santanno. Mi padre, Javren, es el presidente del Senado Planetario. —El jubón de cuero crujió cuando esbozó una profunda reverencia—. Bienvenido a Antimon, señor.

Bulveye estudió cuidadosamente al joven.

—Tu voz me resulta familiar —le dijo—. ¿Fuiste tú la persona con la que hablé cuando intenté ponerme en contacto con vuestro Senado?

Esta vez, Andras intentó ocultar su sorpresa.

—Yo… Sí, así es —balbució—. Mi padre, es decir, el presidente del Senado, ha sido informado de vuestra llegada. Afortunadamente, están celebrando una sesión en este momento, tratando… —Hizo una pausa, volviéndose cauteloso de repente—… asuntos muy importantes. Aun así, han decidido recibirlo —añadió el joven rápidamente—. Les expuse todo lo que me dijisteis y les gustaría saber más sobre el tema. He venido para llevaros a la cámara del Senado.

Bulveye asintió como si no esperara menos, aunque su mente funcionaba furiosamente, valorando las implicaciones de todo lo que Andras le había dicho.

—Vayamos entonces —dijo con cautela—. Tengo muchos temas que tratar con vuestro padre y sus colegas, y me temo que tenemos poco tiempo.

Andras frunció el ceño ligeramente ante la respuesta de Bulveye, pero recobró la compostura con rapidez. Se volvió e hizo un gesto hacia los vehículos que los aguardaban.

—Sígame —le dijo.

Bulveye tenía sus dudas sobre que los vehículos de Antimon, de un aspecto tan endeble, tuvieran capacidad para un astartes con su armadura completa, mucho menos para sólido a una velocidad decente, pero los interiores de los coches de tierra se podían reorganizar prácticamente por completo para hacer frente a cualquier eventualidad, y estaban fabricados de un material mucho más sólido de lo que parecía. Pronto el señor lobo y sus hombres iban en los vehículos pasando por un desconcertante trazado de carreteras estrechas y con curvas que serpenteaban por las altas colinas de la ciudad. Pasaron por delante de decenas de edificios de piedra redondeados y de escasa altura; de cerca, Bulveye pudo percibir lo gruesos que eran los muros y lo resistente que era la construcción; en muchos aspectos parecían más búnkeres que casas. La gente entraba y salía de los habitáculos en una procesión incesante, llevando bolsas de provisiones al entrar y saliendo con las manos vacías.

Los habitantes de Antimon prestaban escasa atención a los vehículos terrestres que pasaban silenciosamente a su lado; cuando se fijaban, lo hacían con miradas furtivas y adustas.

Andras iba en el compartimento delantero del coche junto al conductor; Bulveye esperaba toda una serie de preguntas de parte de los antimonianos, pero fueron sentados en silencio durante casi todo el viaje. Cuando hablaban, lo hacían entre ellos, en un dialecto con un fuerte acento del gótico alto que al señor lobo le costaba seguir. A pesar de eso, Bulveye no se equivocó en cuanto al sonido tenso de sus voces ni a la postura de los hombros, que denotaba preocupación. A medida que se internaban en la ciudad, el señor lobo mantuvo un aspecto sereno y en calma, pero su sensación de incomodidad creció sin cesar.

Los antimonianos se estaban preparando para algo nefasto. Eso estaba claro. ¿La llegada del *Lobo de Hierro* a su órbita era lo que había causado todo aquello? Bulveye decidió guardarse para sí sus observaciones hasta que no supiera algo más. Sabía que sus hombres, sin duda, estarían creándose sus propias impresiones de la ciudad y de sus habitantes. Más tarde, cuando se presentara la oportunidad, se llevaría aparte a sus lugartenientes y comprobaría si sus pensamientos cuadraban con los suyos. Por primera vez empezó a dudar de que este viaje hubiese sido una buena idea. Jurgen tenía razón: había sido demasiado impetuoso al salir corriendo hacia un mundo desconocido con la esperanza de una bienvenida gozosa y un final triunfal a años de guerra brutal y despiadada. Había estado demasiado ansioso por borrar de su alma las crueldades de la campaña de Lammas.

La larga fila de vehículos tardó más de una hora en llegar al centro de la ciudad, y la transición de las estructuras bajas de las colinas a las torres de la ciudad en sí resultaba discordante. Aunque estaban construidas con la misma piedra blanca, el estilo de las altas estructuras era completamente diferente, ya que parecían construidas más por estética y funcionalidad que por seguridad. A Bulveye le cabían pocas dudas de que las torres databan de los primeros tiempos de la colonia.

El edificio del Senado era algo curioso semejante a una espiral, con una amplia base cónica y majestuosas terrazas conectadas por rampas que ascendían por el exterior del la estructura. Había poca gente por allí, y los que estaban parecían ocupados con asuntos oficiales. Bulveye se dio cuenta de que varios de los burócratas llevaban placas de hololitos e intercomunicadores portátiles que eran más pequeños y sofisticados que ninguno de los disponibles en el Imperio, algo que sabía que interesaría a los sacerdotes de hierro que iban a bordo del *Lobo de Hierro*. Parecía que Antimon se las había arreglado para mantener al menos parte de las capacidades tecnológicas existentes antes de la Era de los Conflictos. Como Andras y sus compañeros, los burócratas se sobresaltaron al ver el tamaño y el aspecto de los astartes; uno de ellos, un hombre mayor, se quedó blanco como la pared antes de

darse la vuelta rápidamente y entrar deprisa en el edificio del que había salido. El lugarteniente de la barba pareció no darse cuenta, pero el señor lobo sabía que no era así. Por las miradas furtivas que intercambiaban los miembros de la guardia de los lobos, estaba claro que todos eran muy conscientes de lo extraño de la recepción y de la actitud de los antimonianos en general.

Andras fue el único que se quedó con ellos, y condujo al señor lobo y a sus hombres al interior del edificio del Senado, atravesando una entrada ancha y abierta hasta llegar a un vestíbulo reverberante decorado con un elegante mármol verde. Las hornacinas que rodeaban la sala circular contenían estatuas talladas a mano de excelente calidad, y Bulveye se dio cuenta de que era el primer ejemplo de arte o cultura que veía en la ciudad. Las piezas eran muy antiguas, realizadas probablemente durante la Era de los Conflictos o incluso antes. Las figuras estaban vestidas con un estilo arcaico, aunque similar al de la ropa que Andras y sus compañeros llevaban, y parecían representar a antimonianos de muchos oficios diferentes: artistas, estudiosos, científicos, hombres de estado y actores. Dos figuras que se encontraban cerca de la entrada eran especialmente dignas de mención: una representaba claramente a un hombre del espacio vestido con un traje de faena de a bordo. La otra atrajo la atención del señor lobo por la cota de malla de mangas largas que llevaba y por la larga y delgada espada que sostenía a su lado. En el ancho cinturón del guerrero había dos lustrosas pistolas de aspecto frágil, y la cara del hombre quedaba oculta por una especie de velo hecho de fina malla.

Jurgen se acercó unos pasos a la estatua del espadachín y la estudió durante un largo momento.

—Parece que ustedes, los antimonianos, sabían un par de cosas sobre la guerra hace muchos años —dijo con frivolidad—. Qué suerte que pudieran dejar atrás una actividad tan bárbara.

Cierto matiz en el tono del lobo espacial hizo que el comentario aparentemente intrascendente sonara como una acusación. Andras, quien estaba a punto de conducir a la delegación a través de las ornamentadas puertas del otro lado del vestíbulo, se quedó helado al instante. Tras un momento, respondió con voz fría.

—Los caballeros eran los hijos e hijas jóvenes de las casas nobles de Antimon; una honorable tradición que mantuvo seguro a nuestro planeta durante milenios. Si no fuera por la voluntad del Senado, esas costumbres aún se practicarían hoy.

—Ya veo —dijo el lugarteniente, de forma tan despreocupada como antes—. Discúlpeme, entonces, si hablé sin conocimiento. No me había dado cuenta de que usted es miembro de la clase noble de Antimon.

Andras volvió la cabeza para mirar a Jurgen por encima de su hombro y asintió con fría formalidad.

—No son necesarias las disculpas —contestó—. La ley… —El joven dejó de

hablar de repente, y cerró la boca sin dejar escapar el resto de la respuesta—. Acompáñenme, por favor —dijo en voz baja, y siguió cruzando la habitación.

Cuando el joven antimoniano volvió la espalda, Bulveye miró a Jurgen y captó la expresión especulativa de los ojos oscuros del guerrero.

El joven noble se paró un momento antes de la entrada para recuperar la compostura, después colocó las manos sobre las ornamentadas puertas y las empujó para abrirlas. Al instante, un río de ruido estridente inundó al señor lobo y a sus hombres. A juzgar por el sonido, el Senado entero debía de estar enzarzado en un furioso debate.

Halvdan se aproximó a su señor.

—¿Debo hacer que los hombres tengan las armas preparadas? —preguntó en voz baja.

El tono del guerrero era medio en broma, medio esperanzado. Bulveye negó con la cabeza, enderezó los hombros y siguió a Andras al interior de la sala.

El interior del edificio del Senado era impresionante; un inmenso espacio abierto que se elevaba doce plantas sobre unos gráciles arcos abovedados de acero superflexible. Brillantes rayos de sol penetraban en el majestuoso espacio a través de la espiral de terrazas que se enroscaban por el exterior del edificio, permitiendo a los que se encontraban en la planta baja observar una serie de murales históricos grabados con láser en el techo curvo.

El magnífico espacio dejaba pequeños incluso a los astartes con su grandiosidad de catedral. Sólo los reverberantes insultos a gritos que iban y venían por encima de sus cabezas estropeaban el efecto.

El Senado cumplía con sus funciones desde un balcón semicircular que estaba suspendido a una altura equivalente a media planta por encima del suelo de la cámara, al que se accedía mediante una escalera central que subía hasta los pies del alto sillón de madera del presidente. Cada senador tenía un sillón que semejaba un trono, tallado en una lujosa madera de color miel, pero en aquel momento tanto los hombres como las mujeres estaban de pie, levantando los puños y gritándose unos por encima de otros, intentando presionar así a sus oponentes para que cedieran. Su gótico alto tenía un acento aún más fuerte y era más técnico que el que Bulveye había oído antes: entendió las palabras «sorteo» y «cuota» y poco más antes de que el presidente se percatara de la llegada de la delegación y empezara a gritar pidiendo silencio. En cuanto los senadores vieron a las figuras con armaduras ante ellos, la cámara quedó en silencio al instante. Muchos de los estadistas más viejos se reclinaron en sus sillones con expresión horrorizada y con débiles murmullos de sorpresa. Otros miraban a los astartes con una mezcla de conmoción, desconfianza y abierta hostilidad a partes iguales.

Bulveye había visto esas expresiones antes, en Kernunnos. Una sensación de

miedo se le instaló en el estómago.

Javren Santanno, presidente del Senado, dirigió su mirada hostil más hacia sus propios pares que hacia los cautelosos astartes. Era un hombre alto de hombros cargados bien entrado en la ancianidad, con una nariz picuda y la piel flácida y surcada de arrugas alrededor de un cuello flaco. Al igual que los otros senadores, llevaba una túnica de terciopelo verde cubriendo un jubón ricamente adornado, y una ancha cadena de eslabones de oro aplastaba la gruesa tela que le cubría el pecho. Tenía sobre la cabeza calva un sombrero de felpa suave que llevaba torcido, y que resaltaba las orejas grandes y peludas del presidente. Con un último gruñido de advertencia dirigido a sus pares, el presidente dirigió una mirada hostil a Bulveye y a sus guerreros.

—Permítanme que comience esta farsa declarando, para que conste, que mi hijo, Andras, es un idiota —declaró Javren con voz quejumbrosa—. Tiene casi veinticinco años, y a pesar de toda su experiencia con bestias como ustedes, todavía sigue siendo un ignorante empedernido sobre cómo funciona el universo. —El presidente señaló con un dedo nudoso a Andras—. No estaba autorizado a responder a sus transmisiones, y mucho menos a invitarles a reunirse con nosotros en esta augusta cámara.

Javren escrutó al grupo de marines con frialdad, haciendo una mueca de desagrado con los labios al ver sus mantos de piel y los cráneos dorados que les colgaban de los cinturones.

—La única razón por la que accedí a mantener esta reunión fue para dejar absolutamente claro que puede que este crío sea crédulo, pero que nosotros ciertamente no lo somos. —El presidente se dirigió a Bulveye directamente—. A juzgar por los adornos que os cuelgan del pecho, supongo que sois el jefe de esta manada de lobos. ¿Quiénes sois?

El desprecio en la voz de Javren dejó a Bulveye sin palabras. Por un momento, el señor lobo tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la compostura. En Fenris, esas palabras tan despreciativas habrían provocado, como mínimo, que se derramara el vino y se desenvainaran las espadas. Los clanes habían luchado en sangrientas contiendas durante generaciones por desaires menos ofensivos. Bulveye percibió cómo aumentaba la tensión de sus guerreros a medida que el silencio se prolongaba, y comprendió que si no hablaba pronto, Jurgen o Halvdan se harían cargo del asunto por su cuenta.

Bulveye se obligó a sí mismo a relajarse e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Soy Bulveye, señor de la Decimotercera Gran Compañía de la VI Legión del Imperio.

Javren cortó en seco al señor lobo con un gesto de la mano.

—No necesitamos que nos recitéis todos vuestros insignificantes títulos —le dijo

—. Exponed vuestras peticiones y, después, largaos.

—Escucha tú ahora —gruñó Halvdan dando un paso hacia el presidente. La mano del guerrero se desplazó hasta la espada que llevaba a la cintura.

—Se trata de un malentendido, y me temo que por su parte, honorable presidente, no por la nuestra —intervino Bulveye rápidamente. En su voz se percibía un férreo tono de mando que hizo que Halvdan se detuviera. El lugarteniente barbudo se volvió para mirar a su señor y la expresión de la cara de Bulveye hizo que el hombre regresara al lado del señor lobo—. No estamos aquí para plantearos exigencias ni a vosotros ni a vuestro pueblo —continuó Bulveye con calma—. Ni somos las bestias que imagináis. Somos astartes, siervos del Padre de Todas las Cosas, Señor de Terra y Emperador de la Humanidad.

A la mención del Padre de Todas las Cosas, Bulveye sintió cómo su determinación subía como la marea; alzó la cabeza y se dirigió a todo el Senado.

—Hemos viajado cruzando las estrellas para traeros buenas noticias: las tormentas que nos dividían por fin han cesado, y Terra alarga la mano de nuevo para abrazar a todos sus hijos perdidos. Lo que se rompió, pronto volverá a fraguar, y una nueva civilización surgirá para reclamar el lugar que nos corresponde por derecho como señores de la galaxia.

Bulveye no era ningún bardo, pero tenía la voz clara y fuerte, y las palabras eran para él tan familiares como las espadas que llevaba al costado. La consternación y la desconfianza luchaban en las caras de los senadores reunidos allí, mientras que la cara de Andras se iluminó de alegría. Igual que si estuviera en una batalla, Bulveye sintió cómo la marea que iba en su contra empezaba a cambiar, y continuó adelante sin interrumpirse.

—Sin duda vuestras leyendas más antiguas hablan de los días en los que nuestra gente cruzó las estrellas y encontró nuevos hogares en estrellas extranjeras —dijo el señor lobo—. Las cosas han cambiado mucho desde esos tiempos; no soy ningún narrador, pero permítanme que comparta con ustedes las noticias de todo lo que ha ocurrido desde que perdimos Antimon.

Así que comenzó el relato de la historia, de la aparición de la Vieja Noche y del colapso de la civilización galáctica, de la ruina y la destrucción de los mundos. Contó la historia lo mejor que pudo, rogándole a su audiencia que le perdonara cuando el relato se embrollaba y se volvía confuso; había pasado tanto tiempo, tantos datos se habían perdido o distorsionado, que ningún hombre podría saber nunca la verdad de todo lo que había acaecido a lo largo de los últimos milenios.

Ninguno de los que lo escuchaban interrumpió a Bulveye, ni mucho menos decidió contradecir su historia. Era muy largo de contar: el señor lobo habló prácticamente sin pausa mientras la tarde daba paso a la noche, y uno a uno los rayos de luz que formaban arcos por encima de la cámara del Senado pasaban del amarillo

al dorado tenue, del dorado al naranja oscuro, y después desaparecían completamente. Unos globos de luz pálida parpadearon hasta encenderse sobre unos candiles de metal que bordeaban el balcón de los senadores, sumergiendo a los estadistas en la sombra.

Para terminar, Bulveye contó la historia de la conquista de Terra por parte del Padre de Todas las Cosas, y de la creación de los primeros astartes para cubrir las filas de sus ejércitos. A partir de ahí, relató los comienzos de la Gran Cruzada y el reencuentro del Padre de Todas las Cosas con sus hijos, los primarcas. Bulveye terminó su epopeya con la primera reunión de Leman Russ y el Padre de Todas las Cosas en Fenris, una historia que él conocía muy bien.

—Y así le hemos servido fielmente desde entonces, recuperando mundos perdidos en nombre del Padre de Todas las Cosas —dijo Bulveye—. Eso es lo que nos trae hasta aquí hoy, honorable presidente. El aislamiento de vuestro pueblo ha terminado.

El señor lobo caminó hacia delante, subiendo parcialmente la escalera que conducía al trono del presidente. Los senadores miraban con expresión embelesada a Bulveye extender su mano izquierda.

—Os saludo en nombre del Padre de Todas las Cosas —dijo—. Tomad mi mano y estemos en paz. El Imperio os da la bienvenida.

Al igual que el resto de los estadistas, el presidente del Senado se había recostado en su trono durante el transcurso del relato de Bulveye, pero su mirada reumática no había vacilado en ningún momento a lo largo de esas muchas horas. En un primer momento no contestó al señor lobo, y gran parte de su cara estaba oculta en la sombra. Lentamente y con torpeza, se levantó de su asiento y puso los pies en la escalera. Escalón a escalón descendió hacia Bulveye, hasta que sólo los separaba un tercio de la escalera.

Javren Santanno se inclinó hacia delante, mirando fijamente a la mano abierta del señor lobo.

—Mentiras —siseó—. Malditas mentiras. Una sarta de mentiras.

Bulveye se echó hacia atrás como si lo hubieran golpeado. Halvdan dejó escapar un grito colérico al que Jurgen se unió. Los senadores se pusieron en pie de un salto, levantando los puños y gritando, aunque no estaba muy claro a quién estaban gritando exactamente.

Una furia negra se apoderó del señor lobo. Ningún hombre, por muy exaltado que estuviera, llamaba mentiroso a un lobo espacial y vivía para contarlo. Bulveye luchó por mantener su autocontrol; era preferible soportar la calumnia de un imbécil y esperar a que la razón prevaleciera a sacar el acero y atraer la destrucción a otro mundo humano. Abrió la boca para gritar exigiendo silencio cuando, de repente, el agudo estampido de un trueno ahogó el tumulto.

No, no era un trueno. Después de doscientos años de campañas, Bulveye conocía ese ruido demasiado bien.

Los senadores también lo habían oído. Se quedaron inmóviles, boquiabiertos, y después de la ciudad llegaron los gemidos bajos y lastimeros de las sirenas. Una de las senadoras, una mujer mayor, se llevó las nanos a la cara y gritó:

—¡Están aquí!¡Bendita Ishtar, han llegado pronto! ¡No estamos preparados!

—¿Quién está aquí? —preguntó secamente Jurgen.

Sabía tan bien como Bulveye que el sonido que habían oído no era un trueno; era artillería de gran calibre que se estaba utilizando en la atmósfera superior.

—¿Qué está pasando?

Bulveye soltó un gruñido y activó su intercomunicador.

—*Lobo de Hierro*, aquí Fenris. ¿Me recibís?

Sonó un chirrido estático y el señor lobo creyó oír una voz apenas perceptible intentando contestar, pero estaba demasiado distorsionada como para entenderla.

Los senadores corrían hacia la escalera, con las túnicas batiendo como alas de pájaros aterrorizados. La cara de Javren era una máscara de furia cuando bajaba la escalera hacia Bulveye.

—Ahora comprendo vuestro plan —gritó—. ¡Pretendíais distraernos; quizá incluso llevarnos al exterior con malas artes mientras vuestros desalmados compinches se abatían sobre nosotros! ¡Sabía que no podía fiarme de vosotros! ¡Lo sabía! ¡Vuelve a meterte en tu maldita nave y no vuelvas jamás, bárbaro! ¡No queremos nada de vuestro Imperio, ni de vuestro llamado Padre de Todas las Cosas!

A Bulveye le hubiera gustado agarrar al presidente y sacudirlo hasta quitarle toda aquella insolencia, pero ahora no era el momento. Mientras los estadistas huían del edificio, él se volvió hacia sus hombres.

—Condición Sigma —dijo con sequedad, y las armas aparecieron instantáneamente en las manos de los guardianes del lobo—. Necesitamos llegar hasta terreno alto para intentar restablecer el contacto con el *Lobo de Hierro* —les dijo a Halvdan y a Jurgen—. Poneos en contacto con la nave de desembarco y decidle al piloto que se prepare para el lanzamiento. Si tenemos que hacerlo, aguantaremos aquí hasta que puedan extraernos.

Los dos lugartenientes asintieron bruscamente y Jurgen empezó a hablar por su intercomunicador. Una multitud de antimonianos entró corriendo en la habitación desde el exterior. La Guardia del Lobo levantó los bólters, pero Bulveye reconoció a los amigos de Andras. Los hombres y mujeres jóvenes se pararon en seco a la vista de las armas levantadas, con las caras pálidas por el miedo. Bulveye inspeccionó la habitación rápidamente y vio a Andras cerca de él, todavía en el mismo sitio en el que estaba cuando entraron en la sala por primera vez.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó, exigiéndole una respuesta al joven noble.

Andras tenía una expresión desolada en la cara, el aspecto de la inocencia perdida que el señor lobo había visto con demasiada frecuencia en los campos de batalla de Fenris. El noble se volvió hacia Bulveye como si estuviera sumido en una profunda pesadilla.

—Son los sajadores —dijo temeroso—. Han regresado.

La batalla que se estaba librando en la órbita iluminó el cielo nocturno con balbucientes destellos de luz y lo invadió con el débil, casi metálico, crepitar del trueno. Las líneas de luz de color rubí y zafiro se entrecruzaban en la oscuridad, dejando rastros afilados como cuchillas bailando ante los ojos de Bulveye. No había forma de saber quién estaba disparando a quién, pero para los astartes estaba claro que estaba interviniendo un elevado número de naves y que el Lobo de hierro estaba en medio de todo.

Los lobos espaciales ascendieron a la carrera por las rampas en espiral que rodeaban el edificio del Senado, buscando altura para mejorar las transmisiones de sus comunicadores en mitad de las colinas que los circundaban. Jurgen, corriendo al lado de Bulveye, dejó escapar en su enfado una maldición.

—No puedo ponerme en contacto con la Stormbird —informó—. Podría ser por la ionización atmosférica causada por la batalla que se está librando por encima de nosotros o por algún tipo de interferencia enemiga de amplio espectro.

Bulveye asintió y pulsó una vez más su propio intercomunicador, con la esperanza de que los sistemas más potentes de comunicación de la barcaza de batalla pudieran abrirse paso y atravesar la interferencia.

—¡*Lobo de Hierro*, aquí Fenris. Adelante! ¿Cuál es tu posición?

Un aullido de estática se abrió paso en los oídos de Bulveye, y después una voz débil pero audible, contestó:

—Fenris, aquí *Lobo de Hierro*. ¡Nos estamos enfrentando a numerosas naves de guerra alienígenas! ¡Por lo menos veinte, probablemente treinta navíos de tamaño crucero y decenas de naves de escolta! Nos cogieron completamente por sorpresa. Poseen algún tipo de campo de burbuja de sigilo que anula los barridos de largo alcance del auspex.

La transmisión se disolvió en otro aullido de estática y después se reanudó de nuevo.

—¡… nos informa de que el motor ha sufrido daños y de que tenemos un abordaje enemigo en la cubierta del hangar!

El señor lobo enseñó los dientes al imaginarse la situación táctica que se estaba desplegando muy por encima del planeta. Ante tales circunstancias, sólo había una línea de acción viable.

—*Lobo de Hierro*, aquí Fenris. ¡Salid de órbita y retiraos enseguida! Repito, salid

de órbita y retiraos.

Quedó desconectado de nuevo por otro discordante aullido de estática. Una voz, probablemente la del oficial a bordo de la barcaza de batalla, aunque era demasiado débil como para poder asegurarlo, gritó algo y después la comunicación se interrumpió y se convirtió en ráfagas cortantes de ruido átono.

—¡Por los dientes negros de Morkai! —maldijo Bulveye—. Ahora sí que está claro que nos están interfiriendo.

Se deslizó hasta detenerse sobre la suave rampa y su Guardia del Lobo formó a su alrededor.

—¿Hasta qué punto es mala la situación? —preguntó Halvdan.

El tono tranquilo y formal de su voz no encajaba con la expresión fiera del rostro del guerrero.

Bulveye levantó la mirada hacia la rugiente batalla que se desarrollaba en lo alto con expresión adusta.

—Tal y como están las cosas, la *Lobo de Hierro* no tiene ninguna posibilidad —dijo—. Si consiguen salir de la órbita y hacerse con algún espacio de maniobra, quizá puedan romper el contacto con el enemigo y retirarse.

Durante un breve instante, un destello rojo iluminó el cielo nocturno, lanzando largas sombras contra los muros del edificio del Senado. Esa visión sumió a los marines espaciales en un silencio estupefacto; Bulveye oyó el grito aterrorizado de una mujer proveniente de algún lugar de la ciudad. Segundos más tarde llegó el estruendo de la explosión; un redoble sordo y grave que hizo temblar la piedra bajo los pies del señor lobo.

Los guerreros miraron hacia el cielo cuando el destello disminuyó. Una lluvia de largas rayas brillantes grabó su recorrido en el cielo como si de estrellas fugaces se tratara, mientras los restos de la explosión se quemaban en la atmósfera superior de Antimon.

—Sobrecarga del generador de plasma —dijo Jurgen con expresión sombría.

—También podría haber sido uno de los suyos —apuntó Halvdan, escrutando la oscuridad—. La *Lobo de Hierro* es dura de pelar. Se las puede arreglar contra una panda de alienígenas asquerosos.

Bulveye quiso decir que estaba de acuerdo, pero observando se dio cuenta de que las señales de los disparos de las armas disminuían rápidamente tras la explosión. Parecía que la batalla había terminado. Comprobó una vez más su intercomunicador, por si acaso, pero todas las frecuencias que probaba seguían estando interferidas.

El señor lobo inspiró profundamente y se volvió para mirar a sus hombres.

—Llegado este punto, tenemos que suponer que la *Lobo de Hierro* ha sido destruida —dijo en tono cortante.

Al mirar más allá de los guerreros vio a Andras echado sobre el muro y

respirando con dificultad después de aquella subida tan rápida. Bulveye ni siquiera se había dado cuenta de que el joven noble los había acompañado.

—¡Andras! —llamó Bulveye, abriéndose camino entre el cordón de lobos para situarse al lado del hombre—. ¿Quiénes son esos sajadores? ¿Qué es lo que quieren?

La expresión del antimoniano era sombría.

—No sabemos quiénes son. Cada siete años sus naves llenan los cielos y ellos… —Inspiró profundamente y de manera entrecortada—. Nos cazaban como a animales. Hombres, mujeres, niños; especialmente a los niños. Parece que el sonido de los gritos de los niños es el que más les gusta. Se llevaban a la gente a centenares y… los torturaban. He oído a mi padre contar historias sobre la época anterior a la cuota, cuando los sajadores descendían sobre las ciudades y se Levaban a todos los que encontraban.

—Cuando llegamos, los senadores estaban discutiendo por la cuota —comentó Bulveye—. Y algo sobre un sorteo.

Andras asintió, incapaz de mirar a los ojos al señor lobo.

—En los tiempos de mi bisabuelo, el Senado pensó que una ofrenda podría apaciguar a los sajadores y salvar así al grueso de la población. Les entregamos a nuestros criminales y parias, dejándolos encerrados en corrales como ovejas camino del matadero, mientras que el resto de nuestra gente se guarecía en refugios fortificados construidos en las colinas. —Se encogió de hombros—. Funcionó. Los sajadores nunca se quedaban durante más de un año, y para cuando habían agotado su apetito con la gente que les dábamos, no les quedaban ni tiempo ni energía para llevarse a muchos más.

Bulveye casi no pudo evitar apartarse del joven a causa del asco que le producía. La idea de sacrificar seres humanos a tales monstruos le repugnaba y le horrorizaba.

—¿Por qué, en nombre del Padre de Todas las Cosas, no os enfrentasteis a ellos? —preguntó con los dientes apretados.

—¡Por supuesto que luchamos contra ellos! —gritó Andras—. Al principio, los caballeros lucharon con todas las armas que tenían. Una vez hubo una gran batalla; los caballeros emboscaron a una gran fuerza de asalto y mataron a una veintena de ellos, incluyendo a su jefe —dijo el joven—. En respuesta, los sajadores volvieron a sus naves estelares e hicieron llover la muerte sobre Antimon durante siete días y siete noches. La mayor parte del mundo quedó arrasada y cientos de millones murieron. Después de eso, el Senado licenció a los caballeros y nos prohibió a todos levantar la mano contra los invasores.

Bulveye apretó los puños.

—Entonces el Senado os traicionó a todos —gruñó—. Una vida por la que no merece la pena luchar, no es vida.

Haciendo un esfuerzo, luchó contra su impulso de reprender a Andras. No se lo

podía responsabilizar por las decisiones de sus antepasados.

—¿Cuánto tiempo hace que los sajadores asolan vuestro mundo?

Andras levantó la mano y se enjugó de los ojos sus lágrimas de rabia.

—Hace doscientos años; al menos eso es lo que dicen las historias. Nadie sabe de dónde vinieron ni por qué se van. Ninguno de los que los sajadores han cogido ha vuelto a verse con vida.

Bulveye asintió pensativamente. Las piezas de aquel rompecabezas estaban empezando a encajar. Los sajadores habían encontrado Antimon poco después de que las tormentas de la disformidad que habían afectado a toda la galaxia empezaran a amainar. Evidentemente, esa parte del espacio seguía siendo relativamente turbulenta; el Imperio se había topado con una serie de regiones por toda la galaxia que aún experimentaban ciclos de actividad de tormentas de la disformidad seguidos por cortos periodos de calma. Los alienígenas asolaban el mundo mientras podían y después se marchaban antes de que las tormentas pudieran formarse y atraparlos en el sistema; por lo que con toda probabilidad, se iban a otro lugar para aterrorizar a otro planeta más.

—Esos demonios construyeron las torres negras después del bombardeo, supongo —dijo Bulveye, pensando en voz alta.

Andras asintió.

—Su tecnología raya en la brujería —dijo con un cierto rastro de admiración en la voz—. Aterrizan con sus naves espaciales en las terrazas construidas a los lados de las grandes agujas y salen a cazar por toda la zona cuando les apetece.

Bulveye asintió pensativo. Estaba empezando a formarse un perfil de los alienígenas en su mente, analizando sus acciones y sacando de ellas las conclusiones que podía. Por encima, muy alto, rayas de fuego más largas y brillantes empezaron a trazar arcos en el cielo nocturno, cayendo hacia la superficie de Antimon como un haz de dardos en llamas.

—¿Qué pasará después? —preguntó el señor lobo.

Andras respiró hondo.

—Los sajadores descenderán sobre las torres y se instalarán —dijo—. Esperarán quizá un día, y después enviarán a las partidas encargadas de cobrar el tributo a la noche siguiente para coger nuestra ofrenda. —El joven noble movió la cabeza con amargura—. Pero no estamos preparados. Esta vez han llegado pronto. No hemos terminado de aprovisionar nuestros refugios y no tenemos suficiente gente para completar la cuota.

Bulveye recordó algo que había oído antes.

—¿Tiene eso algo que ver con el sorteo sobre el que estaban debatiendo los senadores antes?

Andras levantó una mirada culpable hasta el señor lobo y asintió.

—Cada siete años, la incidencia de crímenes cae acusadamente —dijo con un humor sombrío—. En nuestras cárceles no hay suficientes criminales para satisfacer a los alienígenas, así que tendrá que haber un sorteo para decidir quién más se convertirá en parte del tributo.

Bajó la mirada hasta la superficie de piedra de la rampa.

—Ya ha ocurrido antes, según me dice mi padre. Algunas familias prominentes ya están intentando ofrecer suculentos sobornos para comprar la exención para sus hijos —movió la cabeza—. No sé qué va a pasar ahora. El Senado vaciará las prisiones, por supuesto, pero puede que eso sea todo lo que puedan hacer en este momento. Dudo de que ninguna de las familias tenga provisiones guardadas para más de unos pocos meses. Cuando salgan de los refugios para buscar más, los sajadores los estarán esperando.

El señor lobo miró hacia el cielo y observó el descenso de los invasores.

—Creo que han llegado en este momento a propósito —dijo—. Se han cansado de vuestras ofrendas, Andras, así que han organizado las cosas de modo que les ofrezcan más entretenimiento.

No era tan difícil de imaginar; había oído hablar de saqueadores sanguinarios que habían hecho algo muy parecido durante su propia época de incursiones en Fenris.

Bulveye intentó imaginarse ofreciendo a los habitantes de Fenris a las viles apetencias de una banda de despiadados merodeadores alienígenas, y el estómago se le revolvió sólo de pensarlo. Bajó la mirada hasta Andras y reprimió una oleada de furia mortal. La culpa no era del chico, se dijo a sí mismo. Si alguien tenía la culpa, eran sus antepasados. El señor lobo se arrepentía ahora de no haber cogido a Jevren por el cuello cuando tuvo la oportunidad.

—¿Hay algún lugar en concreto adonde lleváis vuestro tributo a los alienígenas? —le preguntó Bulveye al joven.

Andras se enjugó mis lágrimas de las mejillas y asintió.

—Hay un pabellón, a unos diez kilómetros al este de Oneiros —le contestó. Levantó la vista hasta los astartes y la expresión de la cara de Bulveye lo conmocionó —. ¿Qué vais a hacer?

El señor lobo cruzó su mirada con la del joven.

—Estos alienígenas piensan que pueden cazar humanos como si fueran ovejas — dijo con calma—. Tengo intención de enseñarles lo equivocados que están.

Era primera hora de la tarde del día siguiente cuando la procesión de bulbosos vehículos de transporte de carga de Antimon apareció en la carretera que se dirigía al oeste de Oneiros y se encaminó hacia el lugar del pago del tributo. El pabellón en sí era cuadrado y bastante vulgar; poco más que un empedrado en forma de tablero de ajedrez de más de cuarenta y cinco metros en cada uno de sus lados y situado a los

pies de un semicírculo de grandes colinas boscosas. Sólo las pesadas argollas de hierro fijadas a intervalos a lo largo del empedrado daban una idea de la horrible utilidad de aquel lugar. Más hacia el oeste, la alta torre semejante a una aguja de los alienígenas se alzaba siniestramente hasta las nubes, con la base rodeada de jirones de niebla.

Bulveye y sus tenientes observaron desde las sombras de un matorral de la ladera cómo los vehículos de transporte de carga salían de la carretera de servicio y retumbaban al cruzar el pabellón. Los antimonianos perdieron poco tiempo, orientándose por la extensión de piedra en seguimiento de un plan bien entrenado. Cuando el último vehículo estuvo en su lugar, las puertas de los pasajeros de los vehículos de transporte de carga se abrieron de golpe y unos hombres corpulentos ataviados con trajes protectores acolchados saltaron al exterior. Cada uno de ellos llevaba una especie de maza o porra de energía que hacía girar con autoridad una vez que las puertas traseras de los vehículos de transporte de carga se hubieron abierto y los prisioneros esposados empezaron a salir dando traspiés. Los hombres y mujeres iban vestidos con unas túnicas marrones informes y desvaídas y pantalones bombachos, y habían sido marcados con los tatuajes oscuros de los prisioneros a ambos lados del cuello. Cada una de las filas de presos aturdidos que caminaban arrastrando los pies fue arreada como ganado hasta una hilera de argollas de hierro a las que los prisioneros fueron esposados en grupo. Una vez encadenados a las argollas, los prisioneros se dejaron caer sobre las piedras y esperaron. Algunos miraban hacia arriba, al cielo azul, mientras que otros parecían encogerse sobre sí mismos y no miraban absolutamente a nada.

Halvdan movió la cabeza con desesperación.

—¿Cómo pueden quedarse ahí sentados sin más, como ovejas esperando a ser sacrificadas? —susurró, a pesar de que el pabellón se encontraba a más de un kilómetro de distancia—. Si yo estuviera ahí, tendrían que golpearme hasta hacerme perder el sentido antes de que pudieran engancharme a una de esas argollas.

Jurgen señaló hacia el extremo más alejado del pabellón.

—Parece que esos corderos piensan como tú, hermano —dijo con tristeza.

Los hombres del último grupo de vehículos de transporte de carga forcejeaban con un grupo más reducido de víctimas esposadas que golpeaban, mordían y daban patadas a los encargados. Estos hombres y mujeres vestían de formas diversas y, obviamente, los habían cogido en las calles y sacado de las casas por todo Oneiros. Luchaban contra su funesto destino con una energía nacida del terror absoluto, pero los golpes de las porras de energía de los encargados de vigilarlos evitaron que la situación empeorara y quedara fuera de su control. Veinte minutos después, las últimas llorosas e implorantes víctimas estuvieron encadenadas a las piedras del pabellón y los encargados regresaron a sus vehículos sin echar siquiera una mirada

atrás.

Bulveye retiró el ojo de la mira telescópica de una bólter y le devolvió el arma a Jurgen. Había ocho de sus guerreros rodeándolo en el matorral, incluidos sus dos lugartenientes. Habían desaparecido los trofeos de batalla y los símbolos de honor que mostraban el día anterior; habían dejado las armaduras desnudas y habían manchado sus brillantes superficies con tierra y hollín para minimizar la posibilidad de que un destello revelador pudiera delatar su posición. Durante el curso de la pasada noche habían dejado de lado todas las reglas de urbanidad y se habían preparado para la guerra.

Para cuando multitudes de sajadores hubieron empezado a descender sobre Antimon, Bulveye había dejado atrás la ciudad y a Andras, corriendo a través de la oscuridad a grandes zancadas hasta el campo de aterrizaje donde los esperaba su Stormbird. El piloto de la nave de desembarco de tropas ya estaba preparado y los propulsores de la nave cargados y dispuestos cuando los lobos espaciales saltaron a bordo y empezaron a equiparse con las armas guardadas en los enormes armeros metálicos de la Stormbird. El señor lobo había ordenado que la nave de desembarco de tropas se dirigiera al oeste, volando a la altura de las copas de los árboles para ocultar su movimiento a los sistemas sensores alienígenas, y encontrar un lugar para instalarse a unos diez o doce kilómetros del lugar del pago del tributo. El piloto había encontrado un hueco poco arbolado del tamaño justo para hacer aterrizar a la nave de asalto, y los guerreros habían pasado el resto de la noche camuflándola con redes y con los trozos de las ramas que se habían partido durante el aterrizaje. Cuando amaneció, el señor lobo ya había conducido a su pequeña tropa de combate a las colinas que rodeaban el pabellón y había comenzado a planear la emboscada. Con tan pocos hombres y tan escaso equipamiento, sus opciones eran relativamente limitadas.

El señor lobo señaló hacia el extremo occidental del campo situado más allá del pabellón. Entre las losas de piedra del lugar del pago del diezmo y los bosques al pie de las colinas circundantes había espacio más que suficiente para que aterrizara un escuadrón completo de Stormbird.

—Probablemente aterrizarán sus naves allí —dijo—. Ésa es nuestra zona de tiro concentrado.

Jurgen cruzó los brazos y asintió de mala gana.

—¿Cuál es nuestro objetivo aquí, señor?

Bulveye frunció el ceño, pensativo.

—Creí que era obvio —contestó—. Causar el mayor número de bajas posible al enemigo y obligarlos a ponerse a la defensiva. Queremos que empiecen a preocuparse por la posibilidad de encontrarse con una emboscada cada vez que salgan de la torre.

—No me refiero a eso, señor —insistió Jurgen—. Ya vio cómo aterrizaban todas esas naves anoche; debe de haber más de cien sólo en esta torre. No se trata de una

pequeña partida de asalto; es algún tipo de clan o tribu nómada.

El señor lobo miró a Jurgen con dureza.

—¿Estás diciendo que no estamos a la altura de esta tarea?

—Estoy diciendo que ésta no es nuestra guerra —le contestó el lugarteniente—. Esta gente no son ciudadanos del Imperio; de hecho, su jefe lo llamó mentiroso y dijo que no quería tener nada que ver con nosotros. Si los alienígenas no se hubieran presentado ayer, estaríamos en la *Lobo de Hierro* ahora mismo planificando una campaña para conquistar el planeta y obligarlo a someterse.

Bulveye entrecerró los ojos con ira ante la afirmación descarada del lugarteniente, pero terminó asintiendo.

—Lo que dices es verdad, hermano —admitió—. Pero eso no cambia nada. Somos guerreros del Emperador y protectores de la humanidad. De toda la humanidad. Si no estamos a la altura de ese ideal, entonces toda la sangre que hemos derramado durante la cruzada no habrá servido para nada, y prefiero morir aquí mismo antes de permitir que eso ocurra.

Antes de que Jurgen pudiera responder, se volvió, se alejó de su lugarteniente e hizo un gesto con la mano a los hombres allí reunidos.

—Sólo nos quedan unas horas antes de que caiga la noche. Empecemos a preparar nuestras posiciones.

Los astartes bajaron hasta salir del hueco y se movieron con rapidez a través de los densos bosques que rodeaban el pie de las colinas. Se tomaron su tiempo para evaluar la zona de tiro concentrado, basándose no sólo en los años de intenso entrenamiento en la hipnoinstrucción de la que los había dotado el Padre de Todas las Cosas, sino también en los años de emboscadas tendidas a los enemigos en las tierras agrestes de su mundo de origen. Cuando estuvieron satisfechos con sus posiciones, llamaron a los cuatro guerreros restantes al campamento temporal de las colinas para que bajaran el armamento pesado que habían sacado de la Stormbird. Mientras los últimos elementos de la emboscada se colocaban en su sitio, el piloto de la Stormbird se encontraba situado en una posición de camuflaje en lo alto de una de las colinas cercanas para dar el aviso cuando se acercaran los alienígenas.

No tuvieron que esperar mucho. Una hora después del anochecer, con un campo de estrellas en el cielo y con la pradera que rodeaba el pabellón llena de profundas sombras, el intercomunicador de Bulveye cobró vida.

—Fenris, aquí Aesir —dijo el vigía—. Múltiples contactos se aproximan por el oeste a baja altura. Muchas señales caloríficas: casi una docena de naves grandes y una veintena de naves más pequeñas.

En el extremo del bosque, Bulveye aguzó el oído hacia el oeste. Desde luego, oía algo que parecía el sonido de motores gravitatorios, apenas perceptibles pero que se iban acercando. Tenían un tono sobrenatural, como un coro de almas en pena. Pero a

él no le producía ningún temor aquel sonido; en vez de eso, hacía que le hirviera la sangre ante la perspectiva de la batalla. Pulsó su intercomunicador.

—Aquí Fenris. Recibido. Vuelve al punto alfa y prepárate para la extracción.

—Recibido —dijo el vigía. Hecho el trabajo, el piloto debía regresar colina abajo y dirigirse a la Stormbird para preparar los motores y tenerlo todo listo para escapar rápidamente.

Bulveye comprobó sus armas una última vez y se volvió hacia sus lugartenientes. A pesar de la casi total oscuridad que reinaba debajo del toldo, los sentidos mejorados de los lobos le permitían ver a sus compañeros de batalla con claridad.

—Por Russ y por el Padre de Todas las Cosas, hermanos lobos —dijo en voz baja, y después los guió fuera, a la pradera.

Halvdan y Jurgen siguieron a Bulveye cruzando el amplio campo al oeste del lugar de entrega del tributo. Se oía el rumor de la hierba silvestre y las flores del prado al rozar con sus piernas acorazadas. Los dos lugartenientes sostenían sus bólters con una mano y las espadas desenvainadas con la otra. Las armas de Bulveye estaban todavía enfundadas de momento, y seguía mirando fijamente con actitud expectante hacia el horizonte, al oeste.

Cruzaron la zona de tiro concentrado y se acercaron al lugar de entrega del tributo sin hacer ningún esfuerzo por ocultar sus movimientos. No pasó mucho tiempo antes de que las víctimas esposadas vieran a los gigantes que corrían y comenzaran a gemir de miedo, pensando que su funesto destino había llegado al fin. Sin embargo, los lobos espaciales hicieron caso omiso del creciente pánico de los prisioneros. Cuando estaban a unos diez metros del extremo occidental del pabellón, se pararon y se volvieron; dando la espalda al lugar de entrega del tributo.

Halvdan comprobó la sujeción de sus armas. El ojo biónico le brillaba en la oscuridad como un carbón encendido.

—No entiendo por qué tenemos que hacer de cebo —gruñó.

Jurgen sonrió con crueldad.

—Obviamente, Bulveye quería a los guerreros más imponentes que tuviera disponibles para atemorizar al enemigo. O, como en tu caso, a los más feos.

Antes de que el intercambio pudiera subir de tono, un grupo de luces de color verde pálido apareció por el oeste sobre las cimas de las colinas y se acercó con rapidez. El débil coro de llantos iba creciendo en intensidad por momentos, llevado hasta allí por una ligera brisa. Los sajadores habían llegado.

Los lobos espaciales observaron cómo descendía sobre ellos una docena de luces brillantes, como una ráfaga de misiles de seguimiento de tierra. Su aguda visión nocturna consiguió obtener detalles de las naves que se aproximaban, mientras estaban todavía a cierta distancia: eran pequeñas, brillantes y elegantes, con estabilizadores curvos y afilados como cuchillos y con hileras de puntas de aspecto

malvado que sobresalían por la parte inferior. Cada nave llevaba un solo tripulante; parecían ágiles y tenían un aspecto parecido al humano, a pesar de la extraña armadura articulada que llevaban. Las motocicletas a reacción alienígenas aullaron al sobrevolar a los lobos como una bandada de pájaros que sisearan y gimieran, y pasaron veloces al lado de cada uno de los tres guerreros para posarse en el pabellón que se encontraba detrás de ellos. Cuando las motocicletas a reacción estuvieron a menos distancia, Bulveye consiguió ver de pasada una cara pálida y acusadamente angulosa con extraños tatuajes grabados que brillaba con implantes de metal. Los pilotos tenían los ojos negros y tan profundos como el propio vacío.

Detrás del enjambre de motocicletas a reacción vinieron once naves de mayor tamaño que se deslizaron por encima de las colinas con una elegancia letal y bajaron hacia el extremo del campo occidental. Estas naves eran las primas mayores de las extrañas motocicletas a reacción, y tenían las proas marcadamente inclinadas, los cascos con púas y las aletas de los estabilizadores afiladas como cuchillas. Los miembros de las tripulaciones, unas figuras acorazadas de piel clara, se arremolinaban alrededor de las cubiertas de ocho de las naves de transporte; estaban agrupados en la proa, ya que aparentemente los habían advertido de la presencia de los tres guerreros que los esperaban en la llanura.

Altivos, parecían sentirse seguros a causa de su número. La nave grande ya se había posado con facilidad sobre el campo de hierba y los miembros de la tripulación desembarcaron con elegancia despectiva. Desde una distancia de más de noventa metros, Bulveye observó como los alienígenas se congregaban formando grupos poco compactos; la mayoría de los invasores llevaban las caras ocultas por unos altos cascos cónicos negros y sostenían rifles de cañón largo en las manos enguantadas. Los jefes lucían en los cascos altos penachos de pelo que parecían hechos de cola de caballo, y sus arneses estaban decorados con brillantes mallas de las que colgaban trofeos de huesos blanqueados.

Avanzaron hacia los lobos espaciales que los esperaban en una semicircunferencia desigual, con los rifles sujetos contra el pecho, susurrándose unos a otros en una lengua sibilante que sonaba como el crujir de la piel de serpiente seca. Los invasores avanzaron con cautela, estudiando a los enormes astartes con una intensidad inquietante, pero por su tranquila forma de avanzar estaba claro que no consideraban que los tres lobos constituyesen un peligro serio.

En el centro de la multitud que se acercaba venía una figura jorobada y de piel pálida, embutida en una armadura extrañamente decorada, rodeada de un cuadro militar de criaturas estrechamente pegadas unas a otras que caminaban pisándole los talones al jefe como una jauría. La figura jorobada, evidentemente el jefe de los invasores por lo que Bulveye pudo deducir, llevaba la mitad de la cabeza afeitada, dejando al descubierto un cuero cabelludo grabado con complejos tatuajes y marcas.

La oreja que llevaba al descubierto, que era larga y puntiaguda como la de un perro, había sido perforada y descarnada por manos expertas hasta colgarle al lado de la cara como una especie de encaje horripilante. La figura lucía más cicatrices a lo largo de sus angulosas mejillas y en el cuello, y pequeños trocitos de metal brillaban desde las delgadas cintas de tejido de las cicatrices, creando un entramado que parecía formar algún tipo de complejo símbolo o una pictografía que le corría desde la sien hasta la clavícula. Los ojos del alienígena eran grandes y profundos, y los desgastados labios se movían nerviosamente por encima de unos dientes blancos que habían sido afilados hasta convertirlos en agudos pinchos. Los dedos de su guantelete izquierdo eran poco más que un conjunto de crueles cuchillas que le colgaban casi hasta las rodillas; repiqueteaban y se rozaban unos contra otros mientras el monstruo se acercaba. Desde casi treinta metros de distancia, Bulveye captó el aliento acre del alienígena, contaminado por extraños elixires y biomodificaciones. El olor le puso los pelos de punta y le subió a la boca el sabor de la bilis.

Contempló a aquellos monstruos y no sintió miedo; en su lugar sólo había una impaciencia terrible, ansioso como estaba por desenvainar la espada y dar mandobles a estos enemigos, de rajar y propinar cuchilladas presa de un salvaje desenfreno. Era el lobo de su interior, el don salvaje del propio Leman Russ, el que se despertaba en su pecho como un ser vivo.

«Todavía no —le dijo a la bestia—. Todavía no».

Los alienígenas se acercaron más aún, susurrando todavía en su lengua de ofidio. Olores todavía más extraños llegaron en cascada hasta Bulveye y sus hombres, haciendo que sus venas se estremecieran como cuerdas tensas. Los invasores estaban rodeados por un miasma de feromonas, de vapores adrenales y de almizcle narcótico; esto fue todo lo que su fisiología mejorada pudo hacer para filtrar los venenos antes de que sus sentidos quedaran inutilizados. Aun así, la cabeza ya le daba vueltas y sentía las rodillas débiles. Oyó cómo Halvdan maldecía entre dientes y supo que sus hombres también estaban luchando contra sus efectos.

Bulveye dejó de mirar a los alienígenas y volvió la cabeza para mirar a las víctimas acurrucadas y encadenadas a las piedras del pabellón. Muchos estaban llorando y otros tenían las cabezas inclinadas como si estuvieran rezando. Un puñado de ellos lo estaban mirando con ojos implorantes y abiertos de par en par.

El señor lobo, con las manos caídas a los lados del cuerpo, volvió la cabeza hacia los invasores que seguían avanzando. Observó a la criatura retorcida del centro del grupo.

—Escúchame, alienígena —gritó con voz clara—. Lleváis siglos cazando a esta gente, así que imagino que a estas alturas tu raza entiende nuestra lengua. Soy Bulveye, hachero de los rus y hermano por juramento de Leman, primarca de la VI Legión. La gente de este mundo está bajo mi protección, monstruo. No sabes a lo que

te expones al poner los pies aquí.

Bulveye observó como los ojos del alienígena se ensanchaban divertidos. Su enjuta forma se agitó con un júbilo demente hasta que los labios se abrieron y dejaron al descubierto sus dientes afilados y se rió socarronamente con un regocijo febril. Sus grotescos guardaespaldas farfullaron y aullaron a la par que su jefe, rastrillando con sus garras sus pómulos llenos de cicatrices y desgarrando sus labios escamosos.

El alienígena sonrió a Bulveye como una barracuda, mostrando sus dientes de punta de aguja, y habló con una voz farfullante que burbujeaba desde unos pulmones empapados de feromonas.

—Tú serás un bonito regalo para mi jefe —dijo el alienígena en un gótico bajo aceptable. Dobló sus dedos de cuchilla, que entrechocaron entre sí—. Cómo se va a reír cuando oiga tus audaces palabras mientras arranca la carne de tus huesos. —Un estremecimiento de placer recorrió el torturado cuerpo del alienígena—. Tu sufrimiento será exquisito.

Los ojos helados de Bulveye se entrecerraron mirando al monstruo.

—¿Así que no eres tú el jefe de esta vil horda?

El alienígena soltó una risotada llena de flemas.

—Yo no soy más que un humilde servidor de Darragh Shakkar, arconte de la cábala del Corazón Aullante. Es él quien tiene en su poder y sujeto con sus garras a este mundo de bestias.

El señor lobo asintió lentamente. Cuando volvió a hablar, su voz era tan fría como el hierro pulido.

—Entonces, tú y yo no tenemos nada más de qué hablar.

La mano derecha de Bulveye realizó un movimiento tan rápido que resultó casi borroso al sacarse la pistola de plasma de la cadera y disparar al alienígena entre los ojos.

El cuerpo descabezado del jefe alienígena no había tocado aún el suelo cuando el resto de los lobos espaciales abrieron fuego, desencadenando un lluvia de disparos de bólters que abarcaron desde los bosques circundantes hasta la masa de invasores allí reunidos. La turba de alienígenas era tan compacta que cada una de las ráfagas hizo blanco. Los proyectiles explosivos atravesaron la ligera armadura de los alienígenas y explotaron en su interior, arrancándoles los brazos y las piernas y haciéndoles pedazos el cuerpo. Con un chisporroteante silbido, un par de misiles perforantes salieron como rayos desde el límite del arbolado e hicieron blanco en dos de las naves de transporte de gran tamaño, haciéndolas volar por los aires con una mortífera lluvia de fuego y metralla al rojo vivo. Los alienígenas se volvieron a toda velocidad chillando furiosos y dispararon sus rifles a ciegas contra la oscuridad. Sus armas hacían un zumbido de tono agudo al disparar, escupiendo ríos de dardos a hipervelocidad contra los árboles.

Detrás de Bulveye, Jurgen y Halvdan levantaron sus bólters y se sumaron a la carnicería disparando chorros de proyectiles contra los sorprendidos invasores. Los guerreros alienígenas se retorcieron de forma espasmódica y cayeron soltando chorros de sangre amarga.

A través de la lluvia de fuego se acercaron los guardaespaldas del jefe alienígena caído, con sus horripilantes caras contraídas hasta formar máscaras de odio exacerbado por las drogas, y se lanzaron contra el señor lobo. Docenas de alienígenas se inspiraron al ver la carga salvaje de los guardaespaldas y se unieron también a ellos.

Los chorros de dardos silbaron al pasar junto a Bulveye y rebotaron contra su armadura bendecida por el Mechanicum cuando los alienígenas se le echaron encima. Por encima de sus cabezas pasó silbando una escuadrilla de motocicletas a reacción alienígenas, barriendo el límite norte del arbolado con su fuego de dardos. En respuesta, un misil de fragmentación lanzado hacia el cielo sobre un penacho de llamas detonó entre ellos, acribillando a tres de las motocicletas a reacción con metralla y haciéndolas caer al suelo en picado.

El señor lobo mantuvo su posición y sacó su hacha del cinturón. Activó el campo de energía del arma y saltó hacia delante para recibir la carga de los alienígenas con una antiquísima canción de guerra en los labios. Los guardaespaldas lo rodeaban por todos lados, arañándolo con sus garras o echándose hacia delante para intentar morderlo con sus colmillos, pero cada vez que lo hacían, Bulveye les contestaba con un aterrador golpe de hacha. Cortó brazos y partió cuerpos en dos, desparramó tripas y cortó cabezas, hasta que los cuerpos empezaron a amontonarse a su alrededor. El lobo le invadió el pecho, exigiendo que lo dejara salir, pero Bulveye se centró en su hacha y mantuvo a la bestia bajo control.

A los pocos momentos, Jurgen y Halvdan se unieron al tumulto, cortando y trinchando entre la turba de enemigos con mandobles de sus chisporroteantes espadas de energía. Detrás de los alienígenas explotaron más naves de transporte bajo los misiles y el fuego concentrado de los bólters del grupo restante de la guardia de los lobos. Las motocicletas a reacción que quedaban siguieron ametrallando los bosques, buscando vengarse de los emboscados, pero la oscuridad y la proximidad entre los árboles les ofrecían a los astartes un buen escudo contra gran parte del fuego enemigo.

Una bayoneta de hoja de sierra chirrió al rebotar contra el peto de Bulveye; otra intentó atravesarle la pierna derecha, pero sólo le hizo una marca brillante a lo largo de la greba. Una tercera arma le vino por la izquierda y desde un poco más atrás de donde estaba el señor lobo, y se le clavó en el hueco de debajo del brazo, enredándose en los cables que corrían por allí. Hizo girar el hacha dando un revés que le cortó la cabeza a un invasor y que la lanzó hasta el torso del atacante que le había

acuchillado por la espalda. Levantó la pistola de plasma hacia su derecha y disparó dos veces, a quemarropa, contra la masa de enemigos. Los alienígenas reventaron, vaporizados por intensas ráfagas de gases ionizados o incendiados por los efectos térmicos secundarios.

Después, de repente, los invasores alienígenas se apartaron del señor lobo como la marea baja, alejándose rápidamente por todos lados. Más dardos impactaron contra su pecho y sus brazos, pero no se trataba más que de disparos hechos al azar por los alienígenas en retirada. Los guerreros supervivientes huían a gran velocidad, corriendo hacia las naves de transporte que quedaban, cubiertos por el fuego de las restantes motocicletas a reacción.

Bulveye y sus lugartenientes corrieron hacia delante con sus armas ensangrentadas en alto, cantando canciones de venganza y muerte. Una esquirla golpeó al señor lobo justo por encima de la rodilla, haciéndole dar un traspié con un espasmo de dolor repentino, pero prácticamente no flaqueó en su avance.

Dos de las naves de transporte se elevaron en el aire con el quejido de los impulsores gravitatorios, e inmediatamente fueron el blanco de un par de misiles perforantes. Una de las naves fue alcanzada en el flanco, provocando una lluvia de fuego en la cubierta de tropa. El vehículo se tambaleó a causa del impacto, derramando cuerpos en llamas por encima de la barandilla de estribor, pero consiguió seguir adelante dando bandazos con un chirrido de impulsores, y viró trazando un amplio giro hacia el oeste.

La segunda nave voló en pedazos en una explosión espectacular, regando el campo de restos en llamas. Algunos de los restos ardientes cayeron sobre las naves de transporte que se elevaban, sembrando más muerte y destrucción en sus compartimentos de tropa, pero el daño ocasionado no fue suficiente para incapacitarlas. Las elegantes naves viraron en redondo y desaparecieron rápidamente en la distancia, huyendo para ponerse a salvo en la lejana aguja. Momentos después, Bulveye y sus hombres estuvieron solos, rodeados de restos en llamas y de los cuerpos de los muertos.

El señor lobo llamó a los hombres que estaban emboscados en sus posiciones.

—Jurgen, comprueba cómo están los hombres y dame un informe —le dijo a su lugarteniente, y después se volvió y se dirigió al pabellón.

Los nativos se encogieron de miedo al verlo acercarse: era un inmenso gigante acorazado, con la silueta recortada sobre fuego y portando una brillante y chisporroteante hacha de energía en una mano cubierta por un guantelete.

Los antimonianos, tanto los delincuentes como las víctimas inocentes, levantaron la mirada hacia Bulveye con una mezcla de admiración y de puro terror atávico. Miró hacia la masa de hombres y mujeres acurrucados y les habló con una clara voz de mando.

—Escuchadme, gentes de Antimon —dijo el señor lobo—. Desde esta noche en adelante, ya no viviréis con miedo. Volved a vuestra ciudad y contadles a todos los que os encontréis lo que ha ocurrido esta noche. Decidles que el Padre de Todas las Cosas ha enviado a sus guerreros para que luchen por vosotros y que no descansaremos hasta que echemos a los alienígenas de vuestro mundo para siempre.

Bajó su hacha trazando un arco silbante y cortó las cadenas del primer grupo de prisioneros. Saltaron hacia atrás gritando y después cogieron los eslabones cortados y los miraron asustados y con asombro. Para cuando el señor lobo hubo llegado al segundo grupo de prisioneros, los primeros hombres ya estaban corriendo hacia el este a toda la velocidad que sus piernas les permitían.

Halvdan se unió a Bulveye en la tarea de liberar a los antimonianos. Su espada de energía crepitó al cortar en dos los eslabones de hierro. Cuando las últimas personas hubieron sido liberadas y enviadas de vuelta huyendo hacia la ciudad de Oneiros, el lugarteniente le echó una mirada de soslayo a Bulveye con su ojo biónico plano e inescrutable.

—No ha sido un mal comienzo —dijo—. Pero tuvimos suerte. Los malditos alienígenas han controlado este planeta durante tanto tiempo que se habían vuelto displicentes. Y me imagino que volverán dentro de nada buscando la revancha. ¿Qué hacemos ahora?

El señor lobo se enderezó y miró hacia el oeste.

—Llamamos a la Stormbird y nos encaminamos hacia el sur, atrayendo cualquier posible persecución, dejando así que los oneiranos tengan posibilidades de regresar a su ciudad —dijo—. Luego buscamos un buen lugar en los eriales para montar una base y esperar a ver hasta qué punto esta gente quiere recuperar su planeta.

Una tormenta se estaba formando entre las ruinas. Bulveye sentía como subía la carga estática en el aire como una débil caricia contra la piel descubierta de su cara y de sus manos. El aliento de un viento caliente y seco silbó por encima de las piedras de la ciudad derruida, seguido por el retumbar de un lejano trueno metálico por el este que hizo salir al señor lobo de las profundidades de su trance recuperador. De un modo reflejo comenzó una serie de rutinas autohipnóticas que lo devolverían, una capa mental tras otra, a la consciencia total. Tras unos momentos, abrió los ojos e inspiró profundamente para activar completamente sus sistemas pulmonares. Los sistemas de bioapoyo de su armadura terminaron sus rutinas de purificación, eliminando las toxinas que se excretaban a través de las glándulas sudoríparas modificadas que había por todo el cuerpo e inyectándole estabilizadores metabólicos en la corriente sanguínea. Según sus propios cálculos, había descansado durante menos de una hora. No era suficiente, teniendo en cuenta la cantidad de radiación a la que había estado expuesto, pero tendría que servir. Necesitaba inspeccionar el campamento provisional

de su grupo de combate y asegurarse de que todo estaba bajo cubierto y asegurado antes de que la tormenta y sus vientos aulladores se desataran sobre ellos.

Su último campamento estaba a cien kilómetros al sur de la zona habitable de Oneiros, en las ruinas de una pequeña ciudad que todavía tenía un alto nivel de radiación de fondo proveniente del holocausto de los alienígenas dos siglos atrás. A lo largo los tres meses anteriores habían cambiado de posición docenas de veces, sin quedarse en ningún sitio más de una semana y manteniéndose en regiones radioactivas con la esperanza de confundir a las patrullas enemigas de cazadores-asesinos. Era sólo la propia y dilatada experiencia de Bulveye como incursor, más la movilidad que les proporcionaba la nave de desembarco de tropas Stormbird, lo que permitía a los lobos continuar con sus ataques de golpe y fuga contra los sajadores y escapar de las furiosas persecuciones que tenían lugar después.

Atacaban por todas partes y en cualquier momento, funcionando con equipos formados por tres hombres, prácticamente en todas y cada una de las zonas habitables del planeta. Con cientos de años de experiencia en combate y toda una vida acechando en los bosques de su nativa Fenris, los astartes tendían emboscadas rápidas como el rayo a las aisladas partidas incursoras de los alienígenas, o bien utilizaban lanzamisiles para atacar a las naves de transporte que volaban a escasa altura entre las agujas alienígenas y las ciudades antimonianas. Atacaban con rapidez, causaban el mayor número de bajas posible y después desaparecían igual de rápidamente en el campo, evitando que los detectaran hasta que volvía a presentarse una nueva oportunidad. Bulveye tenía intención de hacer salir a todos los sajadores que pudiera e impedir sus ataques sobre los antimonianos, y a juzgar por la intensidad de la respuesta de los alienígenas, la estrategia parecía estar funcionando. Los alienígenas tenían ahora patrullas registrando constantemente los páramos, y algunas de ellas se aventuraban hasta los extremos norte y sur del planeta, hasta los polos; y en las últimas semanas habían incluso recurrido a desencadenar bombardeos orbitales aleatorios contra algunas de las ruinas más grandes con la esperanza de hacer salir a sus presas.

Los astartes tuvieron éxito por la sencilla razón de que estaban dispuestos a sufrir muchísimas más privaciones y penurias que sus enemigos, y además podían hacerlo. El pequeño almacén de raciones de emergencia que se encontraba a bordo de la Stormbird ya se había agotado tras un mes de cuidadoso racionamiento, pero las funciones metabólicas mejoradas de los guerreros les permitían conseguir nutrientes de las plantas, los animales e incluso de materiales inorgánicos que podrían matar a un humano normal. Acampaban en lugares agrestes y desolados que los dejaban a merced del peor clima que podía darse en el planeta y se exponían a niveles de radiación de fondo que habrían matado a un ser humano normal en cuestión de horas. Más de una vez, un equipo de cazadores-asesinos había encontrado la pista de los

lobos, pero se habían visto obligados a abandonar su persecución cuando el terreno se volvía demasiado mortífero para que ellos pudieran atravesarlo.

Por todas esas razones, los lobos pagaron un precio muy elevado por su éxito. La exposición constante a la radiación había suprimido sus capacidades naturales de curación, lo que junto a la predilección de los alienígenas por envenenar sus armas, significaba que muchos de los guerreros estaban heridos en mayor o menor medida. De los doce astartes bajo el mando del señor lobo, tres habían sucumbido a sus heridas y habían caído en el sueño rojo, un coma profundo que liberaba el cuerpo del guerrero para intentar que superara las heridas más graves. En ese momento, Bulveye tenía dos equipos de tres guerreros realizando despliegues extensos por todo el planeta ininterrumpidamente, con un tercer equipo proporcionando seguridad a los hermanos caídos mientras éstos recuperaban sus fuerzas para formar otra patrulla.

La situación era difícil, pero había signos alentadores que indicaban que estaban causando un impacto en el equilibrio de poder en Antimon. Los sajadores aún atacaban las ciudades, a veces con una saña que rayaba en lo espantoso, pero los feroces ataques faltos de coordinación rara vez obtenían resultados significativos. Y lo que era aún más importante, había signos de que el mensaje de Bulveye había conseguido circular de algún modo entre los antimonianos de todo el mundo. Los campos de entrega de tributos habían caído en desuso tras los acontecimientos de aquella primera y fatídica noche, o por lo menos ya no se usaban con la finalidad para la que habían sido construidos. En lugar de eso, los lobos, que a veces pasaban cerca de los pabellones, encontraban ofrendas de comida o medicinas envueltas en paquetes de paño impermeable, o simplemente, coronas de flores de la zona o botellas de vino. A veces los paquetes contenían notas escritas en el dialecto local, y los guerreros se afanaban durante horas para intentar descifrar la extraña escritura, intentando adivinar su contenido. Para Bulveye el mensaje estaba lo suficientemente claro: la gente de aquel mundo maltrecho sabía lo que su banda de guerreros estaba haciendo por ellos, y ellos se lo agradecían.

El señor lobo captó signos de movimiento al pie de la colina baja sobre la que estaban sentados. Momentos después, Halvdan apareció de entre las ruinas de una pequeña vivienda y empezó a cojear de manera evidente ladera arriba hacia él. El fornido guerrero había sido alcanzado en el muslo por un puñal envenenado blandido por una mujer alienígena de pelo blanco, y de momento la herida no mostraba signos de curación. Cómo podía caminar, y mucho menos combatir, con un dolor tan terrible, era algo que asombraba a Bulveye.

—La Stormbird viene hacia aquí —informó el lugarteniente con voz ronca cuando llegó a la cima de la colina.

Bulveye le hizo una señal para que se sentara, y Halvdan se dejó caer sobre el suelo con gesto de gratitud. Tenía la piel de alrededor de los ojos pálida y arrugada a

causa del esfuerzo. Sacó una cantimplora de su cinturón y dio un largo trago. Bulveye hizo un gesto de asentimiento.

—¿Se han recuperado los dos equipos?

—Sí, gracias al Padre de Todas las Cosas —contestó Halvdan—. Aunque Jurgen dijo que tenía bajas.

El guerrero barbado miró hacia el este, hacia la distante mancha marrón de la tormenta que se aproximaba. Volvió a beber de la cantimplora.

—He terminado de hacer el inventario de nuestros pertrechos, como me pidió.

El señor lobo levantó una ceja.

—Vaya, eso ha sido rápido.

Halvdan dejó escapar un gruñido.

—No había mucho que contar —dijo—. Nos quedan cuarenta proyectiles de bólter por hombre, ocho granadas, doce bombas de fusión y dos misiles perforantes, más lo que las dos patrullas consigan traer de vuelta. No nos queda ni un solo botiquín médico completo, y los daños de las armaduras oscilan entre el diez y el dieciocho por ciento por guerrero. En resumen, estamos llegando al límite de nuestros recursos. Podemos arreglárnoslas para equipar a otro grupo de patrullas, o quizá para un enfrentamiento más importante, y ya no nos quedará nada.

Suspiró y miró fijamente a Bulveye con su rojo ojo torvo.

—Ya hace cuatro semanas que deberíamos haber llegado a Kernunnos. Deben estar a punto de enviar a alguien a buscamos. Un grupo de combate podría llegar en cualquier momento.

El señor lobo miró a su hermano de batalla.

—¿Adonde quieres ir a parar? —le preguntó.

Halvdan volvió a beber. Por el olor, estaba claro que contenía vino antimoniano. El guerrero encogió sus enormes hombros.

—No me gustan estos malditos alienígenas más de lo que le puedan gustar a usted, señor, pero creo que, llegado este momento, ya hemos hecho todo lo que podíamos. El mismo Leman no habría podido pedir a nuestros hermanos que lucharan más. Usted lo sabe. Cuando la Stormbird regrese, ¿por qué no nos asentamos en algún lugar un poco más habitable y nos lo tomamos con calma hasta que lleguen los refuerzos?

La sugerencia sorprendió enormemente a Bulveye.

—No podemos dejarlo ahora. Precisamente ahora no. Las cosas se están volviendo a nuestro favor. Si no mantenemos la presión, estaremos renunciando a la iniciativa en favor del enemigo, y te garantizo que ellos harán todo lo que puedan para sacarle el máximo partido.

—Sí, pero… —Halvdan hizo una pausa, buscando una forma diplomática de decir lo que tenía en mente. Después de un momento, dejó de intentarlo y

simplemente siguió con lo que quería decirle—: Señor, no le debemos nada a esta gente. Nos rechazaron de antemano, y ya sabe lo que eso significa.

El señor lobo entrecerró los ojos, enfadado.

—Lo sé muy bien —gruñó—. Y si ésa es la cuestión, cumpliré con mi deber, como cualquier otro siervo del Padre de Todas las Cosas. No puedes pensar que haría otra cosa si observas los destrozos que he causado en este subsector.

Halvdan levantó una mano con gesto apaciguador.

—Señor, no estoy diciendo que se haya vuelto tierno.

—Sé exactamente lo que me estás diciendo, hermano —dijo Bulveye—. Te preguntas por qué estoy haciendo tantos esfuerzos para luchar por una gente a la que podríamos dar la espalda ahora y volver para conquistar más adelante.

El señor lobo se puso de pie. De las juntas de su armadura cayó un polvo que se llevó la brisa que empezaba a soplar cada vez con más fuerza.

—Somos cruzados, Halvdan. El Padre de Todas las Cosas nos mandó a salvar los mundos perdidos de la humanidad y a devolverlos al redil. Mientras quede una posibilidad, por muy pequeña que sea, de que podamos convencer a esta gente de cuáles son nuestras intenciones y evitar que se repita lo que hicimos en Kernunnos, haré todo lo tenga que hacer. Lucharé hasta mi último aliento si es preciso.

Halvdan levantó la mirada hasta Bulveye con una expresión recriminatoria, pero tras un breve instante, simplemente movió la cabeza y suspiró. Haciendo un esfuerzo, volvió a ponerse en pie y le dio una palmada en el hombro al señor lobo.

—La nave de desembarco de tropas debería llegar en cualquier momento —le dijo—. Será mejor que vayamos a recibirla y así veremos si Jurgen nos ha traído algún regalito.

Juntos, los dos astartes bajaron la colina y se adentraron en la polvorienta llanura al oeste de la ciudad en ruinas. En el preciso instante en que llegaron, una forma negra apareció en el horizonte, volando bajo para ocultar su trayectoria de vuelo a los sensores orbitales. Al instante, los dos lobos se dieron cuenta de que la nave de desembarco de tropas tenía problemas: uno de los motores soltaba un chorro de humo y la trayectoria de vuelo era errática. Estaba claro que el piloto estaba haciendo un esfuerzo desesperado por mantener a la Stormbird derecha y nivelada a una altitud tan peligrosa.

Al cabo de unos minutos la nave de asalto había encendido los retrorreactores sobre el campo de aterrizaje y se había dejado caer pesadamente sobre el suelo polvoriento. Momentos después se abrió la rampa y cuatro lobos, incluyendo al piloto, salieron rápidamente con extintores en las manos. Corrieron hasta la popa y rodaron el motor humeante. Mientras tanto, Jurgen apareció en la parte superior de la rampa y se acercó a Bulveye y a Halvdan, que aún permanecían de pie a unos metros de distancia.

—Os habéis perdido un viaje interesante —dijo Jurgen mientras se acercaba a su señor—. Un par de cazas alienígenas nos interceptaron cuando cruzábamos la zona habitable de Oneiros y nos han perseguido insistentemente hasta que hemos podido derribarlos.

—¿Son graves los daños? —preguntó Bulveye.

La expresión de Jurgen se volvió sombría.

—Habrá que preguntarle al piloto por la nave de desembarco de tropas. Dos hermanos más han entrado en el sueño rojo y es probable que uno de ellos pierda ambas piernas, si es que sobrevive.

El señor lobo recibió las noticias con un movimiento seco de cabeza.

—¿Han tenido éxito las patrullas?

—Sí —respondió Jurgen sin vacilar—. Puede que hasta más de lo que esperábamos.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

El lugarteniente cruzó los brazos.

—Bueno, pues durante el vuelo de regreso, el piloto detectó mucha actividad aérea alrededor de Oneiros. Parecía que los sajadores estaban llevando a cabo una serie de incursiones fuertes sobre la ciudad, así que decidí intentar echar un vistazo más de cerca. Nos infiltramos en la zona y aterrizamos cerca del campo de entrega del tributo. Y ahí es donde nuestra patrulla encontró algo interesante.

Bulveye frunció el ceño al escuchar las noticias.

—¿Otro paquete?

—No. Un mensaje —respondió Jurgen. Cogió la bolsa pequeña que le colgaba del cinturón y sacó un trozo de papel—. Estaba envuelto alrededor de la empuñadura de un puñal hincado en un hueco entre las losas del suelo del pabellón.

El señor lobo examinó el papel. Para su sorpresa, estaba escrito en gótico bajo antiguo, mucho menos parecido al dialecto local y mucho más similar a la lengua madre que casi todo el mundo humano comprendía.

La nota contenía una frecuencia de comunicación, una hora y un nombre: Andras.

Jurgen estudió la reacción de Bulveye ante el mensaje.

—¿Qué cree que quiere decir? —le preguntó.

Bulveye consultó el crono de su armadura. Faltaban sólo unas horas para la hora mencionada en el mensaje.

—Quiere decir que los antimonianos están preparados para dar el siguiente paso.

Llegaron cuatro horas antes de la hora acordada para el encuentro, después de moverse por tierra a través de los eriales y de atravesar las colinas arboladas, hasta que estuvieron en posición para poder observar el campo del pago del tributo.

A Bulveye no le cabía ninguna duda de que era a Andras al que le hablaba por el

intercomunicador, pero eso no significaba que tuvieran que descartar la posibilidad de una emboscada.

Las naves alienígenas los sobrevolaban a intervalos regulares mientras los lobos permanecían sentados esperando: naves de transporte y cazas, en su mayoría dirigiéndose a Oneiros. Tal y como Jurgen había informado, parecía que los sajadores habían dedicado gran parte de sus fuerzas locales para saquear la ciudad, sin importarles el precio que tuvieran que pagar. Bulveye observó los aparatos que le pasaban por encima y añadió los datos al plan que estaba fraguando.

Exactamente a la hora acordada, un trío de figuras con capas salió del bosque que limitaba con la carretera al este del pabellón y se dirigió hacia el lugar del pago del tributo. Los lobos estaban impresionados; nadie se había percatado de la presencia de los antimonianos hasta que habían salido al descubierto. Bulveye observó cómo se acercaban hasta el lugar del encuentro y se agachaban, y tomó una decisión.

—Voy a bajar —les dijo a sus lugartenientes—. Mantened la posición aquí mientras yo no diga lo contrario.

Así pues, salió de las sombras y se encaminó a la llanura donde habían emboscado a los sajadores la primera vez, unas doce semanas antes.

Los antimonianos lo vieron cuando aún estaba muy lejos. Lo observaron atentamente desde el fondo de sus capuchas, pero no hicieron ningún movimiento hasta que él se encontró a unos pocos metros de distancia. Una de las figuras se levantó con tranquilidad y avanzó para acercarse a Bulveye, que supo, por la forma de moverse del hombre, que se trataba de Andras.

—Bien hallado —dijo Bulveye en voz baja y extendiendo la mano.

Andras la cogió y estrechó la muñeca del señor lobo con el saludo de los guerreros.

—Llevamos dos semanas esperando con la esperanza de que encontrarais el mensaje —contestó el joven noble—. Estamos muy contentos de que hayáis venido. ¿Cómo os va?

—Bien, bien —dijo Bulveye cautelosamente—. Os agradecemos los regalos que vuestra gente ha dejado para nosotros. ¿Ha cambiado de opinión el Senado?

—El Senado ya no existe —contestó Andras—. Los invasores los mataron a todos el mes pasado.

La noticia sorprendió a Bulveye.

—¿Qué pasó?

—Nuestros almacenes de comida se están agotando rápidamente —explicó Andras—. Y lo mismo está pasando por todo Antimon. Mi padre y los otros senadores decidieron iniciar negociaciones con el jefe de los sajadores para intentar llegar a algún tipo de acuerdo antes de que nuestra situación se volviera insostenible. —El cuerpo del joven noble se tensó—. El jefe alienígena aceptó llevar a cabo la

reunión en el edificio del Senado, pero no vino a negociar. En lugar de eso, él y sus guerreros capturaron a los senadores y se pasaron toda una semana torturándolos hasta la muerte. Desde entonces, los invasores han estado atacando Oneiros de manera salvaje, acribillando las calles con todos los tipos de armas y proyectiles a su disposición y destrozando los refugios de las colinas.

—¿Qué ha sido del jefe alienígena? —preguntó Bulveye.

—Intervino personalmente en las torturas a los senadores, pero después regresó a la torre.

El señor lobo asintió pensativo.

—¿Y qué quieres de nosotros, Andras, hijo de Javren?

Andras alzó la mano y se quitó la capucha. Una cicatriz reciente le cruzaba la parte izquierda de la cara y tenía cardenales en la frente.

—Queremos unirnos a vosotros —contestó—. Siempre hubo algunos de nosotros, los aristócratas, que continuamos en secreto con las costumbres de los caballeros. Veros aquí enfrentándoos a los invasores aquella noche nos inspiró para entrar en acción nosotros también. Últimamente hemos estado atacando a los invasores en el interior de la ciudad y hemos tenido algunos éxitos, ¡pero seríamos cien veces más efectivos si pudiéramos combatir contigo y con tus guerreros hombro con hombro!

Para sorpresa de Andras, Bulveye negó con la cabeza.

—Combatir a los alienígenas dentro de Oneiros traerá muy pocos beneficios a estas alturas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Andras entre dientes—. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que vosotros habéis estado haciendo durante los tres últimos meses?

—Pues que todo lo que he hecho hasta ahora iba dirigido a un objetivo concreto que tengo en mente —explicó Bulveye—, y es el de dividir a los invasores para conseguir que terminen enfrentándose entre ellos.

Andras frunció el ceño mientras miraba al señor lobo y negó con la cabeza, invadido por la frustración.

—No lo comprendo —dijo al cabo de unos momentos.

—Porque tú nunca has sido un saqueador —contestó Bulveye—. Yo lo fui, hace mucho tiempo, y todo lo que llevo visto hasta ahora de los sajadores, me dice que no son muy diferentes a los saqueadores con los que tuve que vérmelas en Fenris.

—¿Qué significa eso? —le contestó Andras.

—Significa que son un puñado de avariciosos, y la avaricia convierte a cualquier persona en alguien traicionero —le explicó Bulveye—. Una banda de incursores es tan fuerte como lo es su jefe, que mantiene unido al grupo siendo más duro, más malo y más listo que los demás. Se queda con lo mejor del botín, pero mientras todo el mundo consiga una parte, la banda permanece más o menos contenta. Sin embargo,

cuando se acaba el botín, es entonces cuando la situación se pone peligrosa.

Andras pensó en ello unos instantes.

—Y le habéis puesto muy difícil a los sajadores conseguir muchos esclavos.

—Además de matar a muchos de ellos mientras lo intentaban —añadió Bulveye—. Cada vez que emboscamos a un grupo de incursores o derribamos un transporte, su jefe parece más y más débil. Te garantizo que, en este momento, algunos de sus lugartenientes ya tienen la tentación de intentar tomar el control de la banda en sus manos.

—Así que si el jefe de la banda muere, el resto se atacará entre sí para ver quién se queda con el mando —concluyó Andras.

—Exacto —le confirmó Bulveye—. Y como ahora la mayoría de los sajadores están en Oneiros, tenemos una oportunidad excelente para matar al jefe y provocar el comienzo de ese enfrentamiento intestino.

—¿Cómo planea hacerlo? —quiso saber el noble—. Ya le dije que ha vuelto a la torre.

—Lo único que necesito es un transporte de los sajadores. Los alienígenas se creen a salvo en sus ciudadelas flotantes. Voy a demostrarles que se equivocan.

Andras miró fijamente al señor lobo.

—Puedo conseguir un transporte —le dijo a Bulveye—, pero con la condición de que nos permitan ayudarle en el ataque a la torre.

Bulveye alzó una mano.

—Aprecio tu valentía, pero no necesitamos ayuda.

—¿De verdad? ¿Saben cómo manejar uno de esos transportes?

—Todavía no. ¿Y tú?

—No… todavía —admitió Andras a regañadientes—. Pero a lo largo de estos dos últimos siglos mi gente ha conseguido aprender un poco del idioma de esos alienígenas. —El joven noble se irguió todo lo que le permitía su altura, lo que lo dejó al nivel del pecho del enorme astartes—. Podemos poner un transporte en sus manos y enseñarle a leer los mandos. Lo único que le pedimos es que nos permita acompañarles cuando ataquen la torre.

A Bulveye no le quedó más remedio que admirar la valentía del joven.

—¿Cuánto se tardaría en todo eso?

—Podríamos atacar esta misma noche —le contestó Andras con voz confiada.

—¿De verdad? Muy bien. Cuéntame cuál es tu plan.

Una vez Andras y Bulveye estuvieron de acuerdo en el plan, el señor lobo reunió a sus hermanos de batalla y a los antimonianos para regresar a Oneiros a pie. El señor lobo fue testigo de la devastación que habían provocado los invasores alienígenas cuando el grupo llegó a las afueras de la ciudad. El cielo que se extendía sobre la

ciudad tenía una tonalidad naranja por los numerosos edificios incendiados que se alzaban en el centro de la población. Bulveye detectó signos de actividad en las colinas que rodeaban Oneiros, ya que los alienígenas estaban asediando muchos de los refugios de piedra blanca allí emplazados. Las aeronaves surcaban el cielo nocturno de un lado a otro, pero Andras y sus compañeros condujeron a los astartes por una ruta serpenteante por las calles tortuosas hasta que llegaron a una amplia plaza situada a unos pocos kilómetros del edificio del Senado. En la plaza estaban posados cuatro transportes alienígenas y cerca de cuarenta incursores, en lo que parecía ser una base improvisada.

Andras llevó a los lobos espaciales hasta el armazón quemado de un edificio municipal y los dejó allí mientras sus compatriotas y él ponían en marcha su plan. Andras regresó con otros ocho individuos un poco más tarde, pero esta vez llevaba puesta la curiosa armadura de escamas y las armas de la casta guerrera de Antimon. Las piezas de la armadura estaban pulidas hasta el punto de tener el brillo de un espejo. Las placas emitían un leve olor a ozono que hizo que Bulveye frunciera la nariz.

—Ya está —dijo el joven noble al entrar—. Llevábamos planeándolo desde hace cierto tiempo, aunque con una intención diferente. La distracción estaba pensada para atraer la atención de los sajadores para que otros grupos pudieran salir de los refugios y conseguir comida. —En el rostro de Andras apareció una expresión ceñuda—. Tengo la esperanza de que, si el plan funciona, ya no será necesario tomar unas medidas tan desesperadas.

Bulveye asintió.

—¿En cuánto tiempo?

Andras miró su crono.

—En otros veinte minutos, más o menos.

Los guerreros se sentaron a esperar y se dedicaron a comprobar el estado de sus armas y a observar la actividad en la plaza. Bulveye se sentó al lado de Andras.

—Antes me hiciste una serie de preguntas. Ahora me gustaría que me contestaras a una —le dijo Bulveye.

Andras apartó la mirada de la pistola a medio desmontar que tenía en el regazo.

—Muy bien —contestó con voz tensa—. ¿Qué quiere saber?

—Cuando llegamos a Antimon, nadie contestó a nuestras llamadas… excepto tú. ¿Por qué desobedeciste la orden del Senado y respondiste a mi mensaje? —le preguntó el señor lobo.

Andras tardó unos momentos en contestarle. Apretó los labios hasta que no fueron más que una línea delgada y en sus ojos apareció una mirada perdida.

—Los sajadores se llevaron a mi madre y a mi hermana cuando yo sólo tenía cuatro años —dijo al cabo de unos instantes—. Asaltaron nuestro refugio. Mi padre

tuvo el tiempo justo para esconderme, pero los incursores encontraron a todos los demás. Lo perdonaron porque era un miembro del Senado, pero… pero se llevaron a los demás, y él ni siquiera intentó impedírselo. Mi hermana sólo tenía dos años. —El joven se llevó una mano al rabillo de los ojos—. Cuando cumplí diez años, me metí a escondidas en el ático y empecé a practicar con las armas de mi bisabuelo. Me prometí que, si tenía la oportunidad, les haría pagar a los sajadores lo que habían hecho. Cuando vuestra nave llegó a nuestra órbita, creí que por fin había llegado esa oportunidad.

Bulveye le puso una mano en el hombro.

—Y así es, Andras. Te lo prometo.

A lo lejos se oyó el sonido débil pero inconfundible de una explosión, al que siguió el tableteo de disparos. El estruendo del combate se intensificó de inmediato, hasta que sonó igual que una batalla a gran escala. Andras se puso en pie.

—Ese es el ataque de distracción —dijo—. Ahora tenemos que esperar para ver qué hacen los sajadores.

Los alienígenas que se encontraban en la plaza se pusieron en movimiento de inmediato. Pocos minutos después, tres de los transportes ya habían despegado y sobrevolaban las colinas en dirección al combate.

Andras sonrió cuando los transportes se perdieron de vista.

—Siempre dejan un transporte de reserva —comentó al mismo tiempo que señalaba con un gesto del mentón la nave que estaba todavía posada en tierra—. Ahora lo único que tenemos que hacer es acabar con los diez guerreros que quedan.

Bulveye asintió.

—Eso déjalo de nuestra cuenta.

El edificio en el que estaban escondidos se encontraba en una calle secundaria que salía de la misma plaza desde un punto situado a unos treinta metros del transpone y de su dotación de incursores. Bulveye llamó a sus guerreros con una orden seca y los astartes prepararon las armas.

—Sed rápidos, hermanos —les dijo—. No es momento de ser sigilosos. Matad a esos cabrones lo más rápidamente que podáis y nos pondremos en marcha de inmediato.

El señor lobo se dio la vuelta sin esperar respuesta y fue el primero en salir y en dirigirse hacia los sajadores a la carrera.

Apenas había recorrido cincuenta metros cuando los alienígenas detectaron su presencia. Su oído potenciada captó el siseo de las órdenes que el oficial enemigo comenzó a impartir, y sus subalternos se apresuraron a obedecerlas poniéndose a cubierto y abriendo fuego con sus armas. Los proyectiles enemigos silbaron alrededor de Bulveye o rebotaron contra las placas de su armadura. El respondió alzando la pistola de plasma y disparando dos veces. El primer disparo acertó de lleno al oficial

alienígena justo cuando éste corría de una posición a otra para ponerse a cubierto. El impacto lo partió literalmente por la mitad. El segundo disparo alcanzó a un incursor que se había asomado desde su posición a cubierto para abrir fuego con su rifle. El plasma le vaporizó la cabeza y los hombros.

Los proyectiles de bólter pasaron silbando alrededor del señor lobo, y los aullidos provocados por la furia de combate resonaron en mitad de la noche. Bulveye sintió de nuevo que la bestia se agitaba en su interior al oír aquel sonido, pero la volvió a contener.

«Todavía no —pensó—. Todavía no, pero pronto».

Los lobos espaciales dispararon mientras seguían avanzando y mataron a un alienígena tras otro hasta que los últimos tres se asustaron y huyeron por una calle secundaria situada al otro lado de la plaza. Bulveye no perdió el tiempo y corrió hacia el transporte. Cuando llegó al vehículo, se subió de un salto con el hacha en la mano. Entró justo a tiempo de ver al piloto del transporte salir disparado por el otro lado del vehículo y echar a correr en pos de sus camaradas.

Pocos momentos después, el grupo de guerreros de Bulveye y de Andras ya se había instalado a bordo. De inmediato, el piloto de los lobos espaciales, un astartes llamado Ranulf, y dos antimonianos de los que Andras les había dicho que conocían el extraño lenguaje alienígena, se apiñaron alrededor de los mandos del transporte y empezaron a estudiarlos. Un minuto más tarde Ranulf pulsó una serie de teclas y la planta de energía de la nave se activó con un zumbido creciente. Luego el piloto empuñó lo que parecía ser una palanca de control y el transporte se elevó en el aire de un modo lento y cuidadoso. Giró el morro de un modo pesado hacia el oeste y comenzó a volar hacia delante sin agilidad alguna.

—¡Más deprisa! —ordenó Bulveye—. ¡Los alienígenas se nos echarán encima en cualquier momento! ¡Si no llegamos a la torre antes de que den la alarma, estamos perdidos!

—Sí, mi señor —respondió Ranulf—. ¡Que todo el mundo se agarre a algo! —gritó, y un momento después tiró de otra palanca.

De inmediato, la aeronave dio un salto hacia delante y subió de velocidad hasta que la ciudad y la campiña iluminada por el atardecer se convirtieron en un borrón bajo ellos.

Andras se abrió paso hasta la parte delantera mientras la nave aceleraba hasta que se colocó al lado de Bulveye.

—¿Está seguro de que esto va a funcionar? —le preguntó.

Bulveye pensó durante unos momentos la respuesta.

—Si conseguimos llegar hasta la cámara del reactor, estoy seguro de que podemos derribar la torre. En lo que concierne al resto… —Se encogió de hombros —. Estamos en manos del destino.

—Pero ¿cómo puede estar seguro de que encontraremos a su jefe?

El señor lobo sonrió con un gesto feroz.

—En cuanto se dé cuenta de lo que queremos hacer, vendrá a por nosotros. No te preocupes por eso.

Diez minutos más tarde vieron la torre alienígena. La silueta de la gigantesca estructura estaba recortada contra el cielo nocturno, rodeada por el leve brillo azulado que emitían los suspensores gravitatorios de la ciudadela. A lo largo de la superficie de la torre brillaban a intervalos regulares unas luces verdes parpadeantes, y aquí y allá se veía cómo una nave despegaba de una de las plataformas situadas en los costados de la estructura y se alejaba en mitad de la noche.

De repente, Ranulf los llamó desde la cabina de control.

—¡Mi señor! ¡El comunicador ha empezado a emitir siseos! ¡Creo que nos están pidiendo una contraseña!

Bulveye se puso de rodillas y se esforzó por esconder todo lo que pudo el cuerpo detrás de la barandilla blindada del transporte. Los demás astartes lo imitaron. El señor lobo se volvió hacia Andras.

—Yo de ti me agacharía. Ahora es cuando va a empezar a ponerse interesante la cosa.

Un momento después, el cielo nocturno se iluminó con los rayos de energía y las ráfagas de disparos trazadores cuando las baterías de defensa de la torre abrieron fuego. Varias descargas impactaron contra la proa del transporte y abrieron unos cuantos agujeros en la placa de blindaje. Los pasajeros recibieron una lluvia de metralla al rojo vivo. Bulveye se volvió hacia la cabina de control.

—¡Dirígete al centro de la torre! —le ordenó a Ranulf—. ¡Allí tiene que haber plataformas de aterrizaje para el mantenimiento y los suministros!

El transpone continuó a toda velocidad a través de la granizada de disparos. Su tremenda velocidad y la sorpresa de la que todavía se estaban recuperando los artilleros de la torre lo convertían en un objetivo muy difícil de alcanzar. Cruzó la distancia que los separaba de la torre en cuestión de segundos. Ranulf distinguió una pista de aterrizaje adecuada en mitad de la torre y se dirigió hacia allí. Tan sólo en el último momento disminuyó la potencia de los motores para prepararse para el aterrizaje.

Se posaron con un impacto tremendo al que acompañó un largo chirrido de metal al rasgarse. Todo el mundo salió disparado hacia delante y acabó amontonado en la proa destrozada mientras el transporte se deslizaba dando bandazos incontrolados por la plataforma de aterrizaje en mitad de una lluvia de chispas. Finalmente, el rozamiento acabó imponiéndose y el transporte disminuyó de velocidad hasta que se detuvo a menos de una docena de metros del borde de la plataforma de aterrizaje.

Los guerreros tardaron unos largos momentos en lograr abandonar la proa del

transporte. Jurgen y Halvdan fueron los primeros en saltar por la barandilla para llegar a la superficie de la plataforma de aterrizaje, donde esperaron con las armas preparadas. El resto de los lobos espaciales y los guerreros de Andras se apresuraron a seguirlos. Estos llevaban el rostro tapado por unos velos blindados.

—¡Asegúrate de que esta chatarra está en condiciones de volar para cuando volvamos! —le gritó Bulveye a Ranulf cuando llegó junto a la barandilla—. Si no, va a ser un paseo de regreso muy largo hasta Oneiros.

El señor lobo se bajó de un salto y aterrizó con un fuerte estruendo sobre la plataforma. Dos metros más allá, una compuerta larga y baja conducía al interior de la torre. Bulveye indicó por señas a los demás que se acercaran a ella. Andras se apresuró a hacerlo, seguido muy de cerca por sus guerreros.

—¿Y ahora? —le preguntó al señor lobo.

Bulveye señaló con un gesto del mentón la compuerta.

—Esto tiene que ser un acceso de carga para mandar piezas de repuesto y suministros al interior de la ciudadela. El pasillo que se abre al otro lado nos llevará hacia la cámara del reactor en algún momento. —Le hizo un gesto de asentimiento a Halvdan—. ¡Carga de fusión! ¡Ábrenos un agujero!

El lugarteniente asintió y colocó una de las seis cargas antiblindaje que llevaba en la compuerta. Unos momentos después, se oyó el rugido de una corriente de aire sobrecalentado cuando la carga abrió un agujero en la gruesa placa de la compuerta. Jurgen y otros dos lobos espaciales cruzaron el hueco sin dudarlo y se oyó el estampido de los disparos de sus bólters en el interior. La zona al otro lado estaba repleta de los escombros producidos por la explosión. De los contenedores aplastados salían restos medio derretidos que estaban esparcidos sobre el suelo, y los numerosos cadáveres con armadura que humeaban a su lado eran prueba más que suficiente de la potencia de la explosión concentrada de la carga.

El señor lobo y el resto del equipo de asalto se lanzaron a la carga a través de la brecha mientras Halvdan sacaba una pequeña unidad auspex del cinto. El astartes inició una serie de instrucciones y la unidad se activó de inmediato.

—Recibo una señal de energía muy fuerte a unos setecientos metros —dijo al mismo tiempo que señalaba hacia el centro de la torre—. Tiene que ser el reactor.

—Ponte en cabeza —le indicó Bulveye con un gesto—. Busca la ruta más corta hacia el núcleo y no te detengas por nada.

El equipo de asalto se adentró a lo largo de los veinte minutos siguientes en el interior de la torre tomando como referencia el rastro de energía que captaba el auspex de Halvdan. Bulveye y sus lobos avanzaron de un modo veloz y mortífero a través de los pasillos de acceso de la ciudadela alienígena, donde realizaron una danza de la muerte bien ensayada que acabó con todos los sajadores que se encontraron en el camino. Los anchos corredores tenían forma de gota y una curiosa

superficie compuesta de facetas, como si toda la ciudadela hubiese sido tallada a partir de alguna especie de cristal desconocido. Las paredes zumbaban por la energía que contenían. Todas las superficies emitían un leve brillo púrpura que destacaba los grabados extraños aunque elegantes de las paredes cristalinas, aunque dejaba prácticamente todo lo demás envuelto en sombras.

Los defensores alienígenas sellaron todas las compuertas que llevaban al interior de la ciudadela y montaron unas defensas apresuradas detrás de cada una de ellas, pero en cada ocasión los lobos espaciales empleaban una carga de fusión para abrir un agujero en la compuerta y, a continuación, entraban a la carga y disparando mientras los defensores todavía se estaban recuperando de los efectos de la explosión. Se trataba de una técnica antigua que los astartes habían acabado dominando en todas las acciones de abordaje que habían realizado a lo largo de las décadas, y mientras mantuvieran aquel ritmo veloz de avance, los lobos serían difíciles de detener.

Bulveye supo que ya estaban cerca cuando se abrieron paso para entrar en una estancia amplia llena de paneles de control desconocidos y parpadeantes y de casi cincuenta guerreros alienígenas. Los lobos espaciales abrieron la brecha en la compuerta y al entrar se toparon con una tormenta de proyectiles sibilantes. Jurgen y los dos guerreros que entraron con él recibieron decenas de impactos, pero sus armaduras resistieron y detuvieron la mayor parte de las mortíferas agujas. Se lanzaron sin titubeo alguno contra la masa de alienígenas blandiendo en alto sus espadas y hachas sierra, y momentos después ya estaban trabados en combate cuerpo a cuerpo.

El señor lobo fue el siguiente en entrar por la brecha abierta, y se vio atacado por tres lados diferentes. Eran incursores con armadura que blandían rifles y cuchillos de filo serrado. Se deshizo de los de la izquierda con un disparo de la pistola de plasma y luego blandió el hacha de energía contra los demás en un tajo feroz. La afilada hoja partió con la misma facilidad los cañones de los rifles y los torsos protegidos por las armaduras, por lo que los alienígenas retrocedieron en desbandada. Bulveye se lanzó a por ellos, lo que dejó espacio suficiente para que Halvdan y el resto también entraran en la estancia.

Los proyectiles de las armas alienígenas silbaron al cruzar el aire, y les respondió el chasquido de los disparos de las pistolas antimonianas. Andras se colocó a la izquierda de Bulveye y atacó con la espada a los incursores. El enemigo lo acribilló, pero los proyectiles soltaron chispas al salir rebotados sin ni siquiera rozar al noble. Era evidente que la malla de caballero incorporaba un campo defensivo de energía de alguna clase. El resto de los antimonianos se unieron a él con un ánimo feroz y dispararon y apuñalaron a todos los sajadores con los que se encontraron.

Los alienígenas lucharon hasta que murió el último de ellos. Vaciaron los cargadores y luego emplearon los rifles rematados por bayonetas como lanzas hasta

que cayó el último. Uno de los hombres de Andras yacía muerto entre ellos, y todos los guerreros de Bulveye habían sufrido unas cuantas heridas leves.

—Tenemos que seguir —ordenó el señor lobo, y señaló en dirección a la compuerta abierta que había al otro extremo de la estancia.

Entraron en una cámara amplia cuyo techo se encontraba muy por encima de ellos. Las paredes de aquella estancia octogonal estaban cubiertas de paneles de control, y en ellas se abrían otras tres entradas a distintas partes de la nave. En el centro de la cámara, suspendido en el aire mediante un complejo sistema de soportes y de matrices de inducción de campo, se encontraba un cristal enorme con forma de huso. El aire de aquel lugar estaba cargado por una tremenda sensación de energía. Cada onda de impulso reverberaba en los mismos huesos del señor lobo.

—Este es el lugar —indicó—. Halvdan, coloca las cargas que nos quedan. Que el resto cubra las demás entradas.

—Será mejor que baste con dos —comentó el lugarteniente mientras se acercaba cojeando al cristal y lo estudiaba con atención para determinar en qué puntos provocarían más daños las dos cargas.

Los demás guerreros se apresuraron a desplegarse alrededor de la enorme cámara del reactor para bloquear el paso por cualquiera de las otras tres entradas y así darle tiempo a Halvdan para que cumpliera las órdenes. Bulveye estaba a pocos pasos por detrás de ellos y se dirigía hacia el otro lado de la cámara cuando los sajadores lanzaron su contraataque.

Atacaron desde los tres lados al mismo tiempo, y dispararon una tormenta de proyectiles desde las entradas que rebotaron peligrosamente por todos lados. El fuego fue tan intenso que los defensores tuvieron que agacharse y ponerse a cubierto, lo que proporcionó a los alienígenas la ocasión de lanzarse a la carga. Los guerreros con armadura entraron en tromba en la cámara a derecha y a izquierda y obligaron a los antimonianos a retroceder para luego enfrentarse a los guerreros de la Guardia del Lobo de Bulveye.

El señor lobo vio que uno de los guerreros de Andras, situado al otro extremo de la estancia, se asomaba a la tercera de las puertas y abría fuego con las dos pistolas. Los disparos de los rifles enemigos rebotaron en sus escudos…, y después, un par de rayos de energía de color índigo le acertaron de lleno en mitad del pecho y le sobrecargaron la protección para luego partirlo por la mitad. Detrás de los rayos de energía apareció a la carga una fuerza de guerreros de armadura negra que iban armados con unas cimitarras largas y de aspecto poderoso cuyas hojas chasqueaban por la electricidad azul que escapaba de ellas. A los pocos momentos, otro de los caballeros había muerto, también partido por la mitad por una de aquellas armas de aspecto temible. Los dos lobos espaciales que defendían aquella entrada se vieron obligados a retroceder ante el ataque de los mortíferos atacantes.

Una figura de estatura elevada y complexión delgada aprovechó el espacio creado por la repentina carga para entrar en la estancia. Llevaba puesta una armadura intrincada de aspecto arcano que a su vez iba envuelta por un aura de energía de color índigo. En la mano derecha empuñaba con gesto despreocupado una larga espada curvada y negra, y en la izquierda tenía una pistola de cañón largo, lista para disparar. La melena de cabello largo y negro le caía suelta sobre los hombros. Su rostro… A Bulveye se le heló la sangre en las venas al ver su rostro.

El caudillo alienígena no tenía rostro. Más bien tenía una multitud de caras. Una serie indefinida de rostros humanos fantasmales y de expresión agónica parpadeaban y aullaban en el sitio donde debería haber estado la faz del alienígena. Hombres, mujeres, niños… Cada rostro se retorcía presa de un dolor y un terror inenarrables. Bulveye sintió desde el otro extremo de la estancia el horror que emanaba de aquella máscara holográfica. Era tan palpable como un cuchillo que le estuvieran apretando contra la mejilla.

El lobo de su fuero interno se alzó sobre las patas y gruñó dejando al descubierto los colmillos. La rabia y el ansia de sangre del animal lo inundaron por completo. «¿Ahora?», pareció preguntarle.

«Ahora», contestó Bulveye, y dejó que la rabia del wulfen se apoderara de él. El señor lobo alzó la reluciente hacha de energía y soltó un aullido. Fue un grito salvaje nacido en los bosques primigenios de la propia Terra. A continuación, se lanzó a la carga contra su enemigo.

Dos de los escoltas del caudillo se interpusieron en el camino del señor lobo con las cimitarras en alto, preparados para detenerlo. Le disparó a cada uno con la pistola de plasma y ambos cayeron con un agujero humeante en el centro del pecho. Un tercer escolta se lanzó contra él para propinarle un tajo con la cimitarra. El ataque fue tan veloz que casi resultó imposible seguirlo con la vista, pero la furia de combate se había apoderado por completo de Bulveye, y su cuerpo se movió de un modo casi inconsciente. Desvió la hoja del arma con un golpe seco de la parte plana del hacha y luego respondió al ataque con un golpe de revés que decapitó a su oponente. El cadáver sin cabeza se mantuvo en pie y Bulveye lo echó a un lado de un empujón con el hombro sin detener la carga y sin dejar de aullar.

El caudillo alienígena lo estaba esperando, aunque empuñaba su espada casi con despreocupación, con la punta hacia el suelo. Enfurecido, poseído por la rabia del combate, el señor lobo le propinó un hachazo que habría partido por la mitad a una persona normal, pero el arma de energía se estrelló contra el campo oscuro que rodeaba al alienígena, y el golpe se detuvo lentamente como si estuviera atravesando arena húmeda. Cuando el filo impactó contra el caudillo, apenas le arañó la armadura decorada con intrincados grabados.

Bulveye habría muerto si no hubiera sido por uno de sus guerreros. Uno de los

guardias del lobo que estaba cubriendo el portal, un guerrero temible llamado Lars, había acabado ya con su oponente y se lanzó también a la carga contra el caudillo. Lo atacó con el hacha, pero el golpe rebotó de forma inofensiva contra el campo de energía del alienígena y apenas rozó su casco. El caudillo respondió con un sablazo que lo decapitó.

Enfurecido, Bulveye volvió a atacarlo y le propinó una serie de hachazos contra los brazos y el torso, pero el caudillo se convirtió en un borrón de movimiento letal y esquivó o detuvo todos los ataques con la espada centelleante sin esfuerzo aparente alguno. El alienígena blandió de nuevo el arma negra y Bulveye sintió que la punta se clavaba profundamente en su costado. Su oponente sacó la espada y dio un pequeño salto hacia atrás siseando de placer. El señor lobo soltó un rugido de rabia y disparó contra su ágil contrincante con la pistola de plasma, el rayo se descargó sin causar daños contra el campo de energía del alienígena.

Antes de que pudiera atacarlo de nuevo, una figura de armadura negra se estrelló contra Bulveye. El guardaespaldas derribó al señor lobo y los dos cayeron en una maraña de brazos y armas. Los dos se esforzaron por liberar sus hojas con la rapidez suficiente como para propinar a un golpe definitivo a su oponente. Bulveye vio con el rabillo del ojo que el caudillo alienígena se acercaba con la espada lista para atravesarlo. De repente, oyó el estampido del disparo a quemarropa de una pistola antimoniana y una bala le atravesó el casco al guardaespaldas.

Bulveye apartó de un empujón el cuerpo del alienígena al mismo tiempo que Andras pasaba corriendo a su lado con dos de sus caballeros en pos de él. Las bocas de las pistolas destellaban con cada disparo, pero las balas parecían desvanecerse en el torbellino centelleante que rodeaba al sajador. La hoja de su espada relució dos veces, pero los campos de energía de los caballeros lograron desviar los ataques del alienígena. Las espadas antimonianas intentaron decapitar y atravesarlo, pero el caudillo enemigo esquivó los ataques con una facilidad desdeñosa. Sin embargo, aquella distracción momentánea fue suficiente para que Bulveye se recuperara.

El señor lobo se puso en pie de un salto en mitad del feroz combate y se vio en el centro de una circunferencia cada vez más pequeña a medida que los alienígenas obligaban a sus guerreros a retroceder hacia el centro de la cámara. Muchos de los miembros de la Guardia del Lobo se habían entregado también a la furia del wulfen y estaban causando una matanza infernal entre sus enemigos, pero por cada oponente que mataban, aparecían otros dos. Parecía que no tardarían mucho en verse aplastados por la superioridad numérica del enemigo.

Bulveye oyó un grito al otro lado de la cámara. Se dio la vuelta y vio a Halvdan junto al enorme cristal, y la poca racionalidad que seguía presente en él, le indicó al señor lobo que su lugarteniente ya había colocado las cargas que destruirían el reactor.

El señor lobo se volvió de nuevo hacia el caudillo alienígena y se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Echó a correr hacia él y tomó velocidad a lo largo del movimiento de carga.

Para aquel entonces, los dos compañeros de Andras ya estaban muertos y el joven noble se enfrentaba solo contra el caudillo. Manejaba la espada con una habilidad enorme, pero el alienígena era mucho más veloz y experimentado. Tan sólo el escudo de energía antimoniano lo había salvado de una muerte segura. Cada golpe que recibía el campo protector de Andras provocaba una lluvia de chispas a lo largo de su armadura de escamas, y era evidente que no tardaría mucho en colapsarse y desactivarse.

El caudillo estaba tan concentrado en matar a Andras que no se percató de la carga de Bulveye hasta que casi fue demasiado tarde. Cambió de posición en un movimiento fulgurante y blandió su arma con un mandoble capaz de decapitarlo, pero el señor lobo lo sorprendió al dejar caer su pistola de plasma y agarrar el brazo del alienígena por la muñeca. El campo de energía atravesó la armadura de Bulveye como un chorro de agua helada, con un frío tan penetrante que se le clavó como un cuchillo en los huesos, pero apretó los dientes y no lo soltó.

El alienígena, sorprendido, bramó una serie de maldiciones sibilantes e intentó soltarse, pero Bulveye también soltó el hacha y lo agarró del cuello con la mano derecha. Alzó al alienígena al mismo tiempo que lanzaba un rugido de pura rabia animal, se dio la vuelta y lo arrojó contra el cristal de energía, situado a pocos metros de allí. Cuando el campo de energía del caudillo impactó contra el cristal, se produjo un resplandor actínico y una onda expansiva que derribó a prácticamente todo el mundo. El cuerpo del caudillo se vaporizó al instante. Los trozos humeantes de su armadura reventada rebotaron por todo el lugar como la metralla de una granada.

Lo siguiente que Bulveye oyó fue un sonido estridente y atonal que reverberó por toda la estructura de la propia torre. La explosión lo había sacado del estado de furia de combate, y vio que los últimos sajadores huían de la cámara con toda la rapidez que podían.

Andras estaba al lado del señor lobo, todavía aturdido por la tensión del combate.

—¿Qué ocurre? —preguntó a voz en grito.

Bulveye recogió sus armas del suelo.

—Eso me suena a alguna clase de alarma —le respondió Bulveye también a gritos—. El reactor debe de haber quedado dañado por ese campo de energía. ¡Tenemos que volver ahora mismo a nuestro transporte!

Cinco de los hombres de Andras y dos de los lobos espaciales de Bulveye habían muerto y yacían rodeados de pilas de cadáveres alienígenas. Jurgen y Halvdan estaban ayudando a los supervivientes a recoger los cadáveres de los camaradas muertos y a sacarlos de allí. Todos juntos recorrieron a la carrera el mismo camino

que habían seguido para llegar hasta allí, dispuestos a matar a cualquiera que se les interpusiera, pero la alarma había hecho que todos los sajadores de la torre buscaran un modo de escapar de aquel lugar. Para cuando llegaron trastabillando a la plataforma de aterrizaje, el cielo se estaba llenando de transportes alienígenas que se apresuraban a alejarse de la ciudadela, ya condenada. Delante del transporte dañado en el que habían llegado se apilaban montones de cadáveres. Los cuerpos de los alienígenas estaban destrozados por el impacto de los proyectiles explosivos de bólter o por la mordedura de los dientes chirriantes de la espada sierra de Ranulf. El piloto estaba plantado con las piernas abiertas delante de la pasarela de entrada del transporte. Tenía la armadura cubierta de restos sanguinolentos de los alienígenas. Bulveye alzó el hacha en un gesto de reconocimiento por su defensa a ultranza de la nave y luego ordenó a todos que entraran de inmediato en el transporte alienígena.

—¿Cuánto tardarán en estallar las cargas? —le preguntó a Halvdan mientras subían a bordo.

—Otros quince segundos, más o menos —contestó el lugarteniente.

—¡Por los dientes de Morkai! —maldijo Bulveye—. ¡Ranulf, sácanos de aquí ahora mismo!

El transporte averiado se elevó con el aullido gemebundo de los impulsores dañados y con el chirrido del metal rasgado. Se estremeció en el aire y se inclinó peligrosamente hacia babor. Más que despegar, la nave cayó hacia un lado sobre la superficie de la plataforma de aterrizaje y provocó un vuelco en el estómago de sus pasajeros cuando se inclinó a plomo mientras sus motores intentaban vencer la fuerza de la gravedad.

Diez segundos después, el interior de la torre se iluminó cuando una serie de explosiones la sacudieron desde el centro de la estructura. Unos relámpagos de cientos de metros de longitud azotaron la superficie de la construcción, donde partieron por la mitad varias plataformas de aterrizaje y abrieron surcos en la superficie cristalina. Luego, lentamente, igual que un árbol derribado, la gigantesca torre comenzó a caer sobre la superficie del planeta. La punta se estrelló contra el terreno rocoso y se destrozó en el choque. El impacto lanzó una lluvia de escombros por doquier y levantó una nube de polvo que se extendió a lo largo de kilómetros en todas las direcciones. A continuación, el resto de la torre desapareció en una serie de explosiones cataclísmicas.

La onda expansiva del desastre hizo girar al transporte en el aire como si no fuera más que una hoja y lo lanzó despedido dando vueltas sobre sí mismo sin control alguno. Bulveye tuvo la certeza durante unos largos momentos de que se iban a estrellar, pero Ranulf consiguió finalmente hacerse con el control de la nave y la estabilizó a unos pocos cientos de metros del suelo. A su espalda, una columna creciente de polvo y de humo quedó iluminada por los primeros rayos rosáceos del

amanecer.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Andras, que se mantuvo todo el tiempo aferrado a la barandilla destrozada con el rostro ceniciento.

Bulveye estudió con atención el cielo y vio que las decenas de naves de transporte de los sajadores aceleraban para elevarse más todavía en dirección a la órbita del planeta.

—Regresaremos a Oneiros y esperaremos para ver qué hacen los supervivientes. Puede que empiecen a luchar entre ellos para decidir quién será su próximo caudillo…

—¿O?

El señor lobo se encogió de hombros.

—O vendrán a visitarnos dentro de muy poco.

El aire de la mañana se llenó con las estelas de vapor que dejaban las naves alienígenas que ascendían hacia la atmósfera superior. Bulveye y Andras condujeron a sus guerreros hacia el edificio del Senado pendientes del destino que le esperaba a Antimon mientras los primeros ciudadanos de Oneiros salían de un modo dubitativo de los refugios y observaban boquiabiertos la gigantesca columna de humo y de polvo que manchaba el cielo hacia el oeste.

Durante las primeras horas se dedicaron a atender a los heridos, a repartirse la poca munición que les quedaba y a fortificar todo lo posible el edificio. Luego, cuando el día siguió avanzando y les llegó el sonido de los gritos de alegría desde las colinas que los rodeaban, Andras envió a uno de sus caballeros a la ciudad en busca de comida y de vino. A última hora de la tarde comenzaron a aparecer oneiranos que les llevaban las últimas provisiones que les quedaban en las despensas: carne curada, verdura seca y vino dulce. A los lobos espaciales de Bulveye les pareció un festín digno de un primarca.

Los guerreros bebieron y comieron mientras el sol se ponía, y disfrutaron de la camaradería de unos hermanos de batalla con los que se habían enfrentado a la muerte hombro con hombro. Bulveye observó a todos los reunidos con un gran orgullo. Los antimonianos habían luchado muy bien. El señor lobo tuvo la certeza de que en los siglos venideros el planeta proporcionaría unos soldados excelentes para el Ejército Imperial, o quizá aspirantes para las legiones del Padre de Todas las Cosas.

Cayó la noche, y los centinelas de vista más aguda ocuparon sus puestos en las terrazas exteriores del edificio del Senado sin dejar de observar el cielo en busca de alguna señal de ataque. No se detectó el menor atisbo de movimiento. Los astartes tampoco fueron capaces de captar el débil destello emitido por las naves en órbita alrededor del planeta. Bulveye consideró que aquello no era buena señal, y tanto él como Andras se pasaron toda la noche sin dormir preparando una última defensa del

edificio del Senado.

Justo antes del amanecer, uno de los lobos espaciales destacados como centinelas vio en el cielo las primeras líneas de luz delatadoras. Bulveye y Andras estaban sentados juntos a los pies de la escalera que llevaba al asiento del presidente del Senado cuando se activó el comunicador del señor lobo.

—Fenris, aquí la *Espada Tormentosa*. Fenris, aquí la *Espada Tormentosa*. ¿Me recibe? Cambio.

Aquella voz hizo que Bulveye se irguiera de inmediato. Se puso en pie y alzó la mirada hacia el cielo como si de repente fuera capaz de ver al crucero de los Lobos Espaciales flotando cerca del techo.

—¡*Espada Tormentosa*, aquí Fenris! ¡Les recibo! ¿Cuál es su situación?

—Nuestro grupo de combate llegó al sistema hace veinticuatro horas y nos acercamos con sigilo al planeta —respondió el oficial al mando de la *Espada Tormentosa*—. Cuando nos encontrábamos a ocho horas de la llegada, nos atacó una gran flota de naves alienígenas, pero les infligimos daños muy graves y una hora después los obligamos a retirarse. Los supervivientes huyeron hacia los puntos de salto situados cerca del borde exterior del sistema.

Para cuando dijo esto, los demás miembros del grupo de Bulveye ya se habían puesto en pie, además de Andras y sus caballeros. Todos lo miraban con expresión intrigada. Bulveye les respondió con una mirada triunfal.

—¡Ha llegado un grupo de combate desde Kernunnos y ha derrotado a los sajadores! ¡Antimón es libre!

Tamo los astartes como los caballeros prorrumpieron en vítores al oír aquello. Andras se acercó a Bulveye y le dio unas cuantas palmadas en la hombrera.

—Amigo mío, os debemos más de lo que jamás podremos llegar a pagaros —le dijo al enorme guerrero—. A partir de hoy, recordaremos este día como el día de la liberación de Antimon.

El señor lobo negó con la cabeza.

—Hermano, no existe deuda alguna entre nosotros. Sólo tenéis que servir fielmente al Padre de Todas las Cosas en el futuro y cumplir con vuestro deber para con el Imperio. Eso será más que suficiente.

La sonrisa desapareció del rostro del joven noble.

—No lo entiendo.

Bulveye se echó a reír e hizo con la mano un gesto tranquilizador.

—No hay nada de lo que preocuparse de momento —le aseguró—. El Imperio no podrá enviar hasta dentro de varios meses a sus representantes para empezar a integrar a vuestro planeta y al resto de los planetas de este subsector. De momento, sólo espero que reinstaures el Senado, que será un primer paso excelente. Cuando llegue el gobernador imperial necesitará vuestra ayuda para asegurar la certificación

completa del planeta. ¡Entonces será cuando comience el trabajo de verdad!

Andras apartó la mano del señor lobo y dio un paso atrás.

—Ha habido un malentendido. No queremos formar parte de vuestro Imperio. ¡Y menos ahora, que acabamos de recuperar la libertad!

Bulveye sintió que el corazón se le helaba. Jurgen y Halvad notaron el cambio de actitud de su señor y se acercaron. El trío de caballeros que acompañaban a Andras hicieron lo mismo, con una expresión tensa en el rostro. El señor lobo se quedó callado un momento mientras se esforzaba desesperadamente por encontrar las palabras adecuadas y dar un vuelco a lo que temía que estaba a punto de suceder.

—Andras, escúchame bien. Vine porque el Imperio necesita este mundo. Necesita cada mundo humano para unirse y reconstruir lo que se perdió. Créeme, la galaxia es un sitio peligroso. Hay razas alienígenas por todos lados a las que nada les gustaría más que provocar nuestra extinción… o algo peor. Tú y tu gente lo sabéis mejor que nadie.

Dio un paso para acercarse al joven noble. Sus caballeros apoyaron de inmediato una mano en la empuñadura de las espadas.

—Andras, debemos unirnos por una causa común. Tenemos que hacerlo. El Padre de Todas las Cosas lo ha ordenado, y yo estoy obligado por mi honor a obedecerlo. Hermano, Antimon va a formar parte del Imperio, de un modo u otro. —Le tendió la mano izquierda—. Te espera una época llena de gloria. Lo único que tienes que hacer es estrecharme la mano.

Una expresión llena de angustia inundó la cara de Andras.

—¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿No eras tú el que decía que una vida por la que no merecía la pena luchar no era una vida en absoluto? —La voz del joven temblaba de furia—. ¡Antimon es libre, y seguirá así! ¡Sus caballeros protegerán al planeta!

Bulveye negó con la cabeza con un gesto triste.

—Nadie se puede oponer al Imperio, Andras. Te lo preguntaré una última vez: ¿os unís a nosotros?

La expresión del joven guerrero se volvió dura y feroz. Hizo un lento gesto negativo con la cabeza.

—Si no me queda más remedio, lucharé contra ti.

Bulveye pegó la mano rechazada a su costado. Sentía el corazón frío como una piedra.

—Muy bien, hermano, que así sea —le respondió con voz apesadumbrada.

El hacha le movió como una ráfaga fría entre los dos guerreros. Andras no llegó a ver nunca el golpe que lo mató. Medio segundo después, los bólters comenzaron a rugir, y los sorprendidos caballeros que lo acompañaban murieron también.

Bulveye se quedó mirando el cadáver del joven durante un largo rato. Observó

como la sangre se extendía formando una mancha cada vez más amplia en el suelo. De repente, su comunicador emitió un chasquido.

—Fenris, aquí la *Espada Tormentosa*. El grupo de combate se encuentra en órbita y a la espera de sus órdenes. Tenemos a las tropas de asalto dispuestas para el desembarco, y los sensores han identificado los objetivos del bombardeo preliminar. ¿Cuáles son sus órdenes?

El señor lobo apartó la mirada del muerto que se encontraba a sus pies. Cuando habló de nuevo, su voz sonó como el hierro.

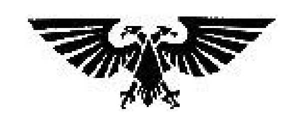
—*Espada Tormentosa*, aquí Fenris. Este mundo se ha negado a unirse al Imperio. Ejecuten el plan de cruzada épsilon y comiencen de inmediato las operaciones de combate.

El señor lobo pasó por encima de los cuerpos de Andras y sus hombres con un ademán pesaroso y dejó tras de sí un rastro de pisadas sangrientas mientras se dirigía al asiento del presidente del Senado. La madera crujió bajo su peso cuando se sentó allí y dejó el hacha ensangrentada sobre las rodillas. Fuera, los habitantes de Antimon todavía estaban celebrando su liberación cuando comenzaron a caer las primeras bombas.



PEONES DE LA TORMENTA

ANTHONY REYNOLDS



DRAMATIS PERSONAE

Portadores de la Palabra

KOR PHAERON	Primer Capitán.
SOR TALGRON	Capitán de la 34º Compañía.
EREBUS	Primer Capellán.
ARSHAQ	Sargento de la 34ª Compañía.
LORGAR, EL URIZEN	Primarca de los Portadores de la Palabra.

Otros

Sacerdote desconocido del planeta Cuarenta y siete-Dieciseis.

Aislados por incontables milenios en la estigia oscuridad de la Vieja Noche, los habitantes del mundo designado como Cuarenta y Siete Dieciséis se habían regocijado al principio de haberse podido reunir con sus largo tiempo perdidos hermanos. Durante más de cuatro mil años habían pensado que estaban solos en el universo, y habían llegado a considerar la antigua Terra como poco más que un recuerdo ancestral vago y medio olvidado, un mito alegórico, un mundo de fantasía inventado por sus antepasados como explicación de su génesis. Habían dado la bienvenida a los enviados de los Portadores de la Palabra con los brazos abiertos, observando a los inmensos guerreros astartes de armadura gris con temor y reverencia.

—Irrevocables adoradores corruptos y paganos —indicó condenatoriamente el primer capitán Kor Phaeron a su regreso de la reunión.

—¿El objetivo de la cruzada no es reunir a todas las estirpes perdidas de la humanidad, incluso a sus hijos más descarriados? —inquirió Sor Talgron, capitán de la Trigésimo Cuarta compañía—. ¿No desea el Emperador que sus más devotas legiones conduzcan estos hijos ciegos hacia la iluminación?

Oficialmente, el Imperio de la Humanidad en expansión era una organización secular que alentaba y divulgaba las «verdades» de la ciencia y la razón por encima de las «falsedades» de la religión y el espiritualismo. La XVII Legión, sin embargo, comprendía la verdad, aunque ésta era a veces una carga pesada de soportar. Sor Talgron sabía que se estaba acercando el momento en que el reconocimiento de la divinidad del Emperador sería algo universalmente aceptado. La fe se convertiría en la mayor fuerza del Imperio, mucho mayor que los innumerables billones de soldados que formaban el Ejército Imperial; más grande incluso que el poder de las legiones astartes. La fe sería el mortero que mantendría unidos a los diversos elementos dispersos de la humanidad.

Incluso las más obstinadas de las legiones, aquellas que más se negaban a aceptar las sagradas escrituras de Lorgar, con el tiempo acabarían llegando a entender la verdad inherente a las palabras del primarca. Y se verían forzadas a suplicar su perdón por haber osado dudar de sus palabras. Que el Emperador negara su naturaleza divina de poco servía para apagar los fuegos de la devoción en el seno de la XVII Legión. El propio Lorgar había escrito: «Sólo los auténticamente divinos pueden negar su divinidad».

—¿Ahora resulta que conoces las intenciones del Emperador, Talgron? —gruñó Kor Phaeron—. Si tienes tales poderes, por favor, ilumínanos a los simples mortales.

—No pretendo tal cosa, primer capitán —le replicó Sor Talgron.

Sor Talgron y Kor Phaeron se observaron con una nada disimulada mirada envenenada a través del asfixiante humo que surgía de las docenas de incensarios colgantes. La sala circular distribuida en niveles en la que estaba teniendo lugar el

concilio de guerra se encontraba situada en lo más profundo de la *Fidelitas Lex*, la nave insignia de Lorgar, y los capitanes de las demás grandes compañías permanecieron en silencio alrededor de la circunferencia, observando con interés entre las sombras cómo se desarrollaba esta confrontación. Sin embargo, Erebus, el primer capellán de la legión, se interpuso con su suave voz entre Kor Phaeron y Sor Talgron, haciendo de mediador. Se colocó en el centro del pulpito de mando, interrumpiendo de ese modo sus miradas envenenadas.

—El primer capitán y yo consultaremos con el Urizen —dijo suavemente Erebus para atajar la discusión—. Que la sabiduría de Lorgar nos guíe a todos.

Todavía furioso, Sor Talgron inclinó la cabeza ante el primer capellán antes de girar sobre sus talones y salir agrandes zancadas de la sala junto con el resto de capitanes. Apartó violentamente a unos sirvientes que se cruzaron en su camino, con la intención de regresar en una Stormbird a su propio crucero, el *Dominatus Sanctum*, y reunirse así con la Trigésimo Cuarta compañía.

Hacía más de un mes que Sor Talgron había visto al bendito primarca de la XVII Legión, y la ausencia del Urizen en el concilio de guerra había sido dolorosamente sentida. Los nervios estaban a flor de piel, y la disensión empezaba a propagarse entre las filas. La Legión necesitaba que Lorgar regresara junto a ellos.

El sagrado primarca se había encerrado en su capilla-cámara personal en un exilio autoimpuesto durante todo un mes terrestre, desde su audiencia con el Emperador. En todo ese tiempo no había aceptado en su presencia a nadie excepto a Kor Phaeron y a Erebus, sus consejeros y camaradas más allegados. La totalidad de la Cuadragésimo Séptima Flota Expedicionaria había permanecido adormecida a la espera de las órdenes de su primarca.

Sor Talgron había podido entrever un atisbo de su primarca cuando el Urizen había entrado en sus estancias privadas al regresar de la reunión con el Emperador, y había quedado conmocionado hasta lo más profundo de su ser por lo que había visto.

Lorgar siempre había irradiado una palpable aura de pasión y fe. Un inatacable escudo de fe que era a la vez asombroso y terrorífico. Allí donde se decía que la fuerza del Lobo era su irrefrenable ferocidad, la de Lion su inquebrantable tenacidad, y la de Guilliman su brillantez logística y estratégica, la fuerza de Lorgar radicaba en su inquebrantable fe, sus profundas creencias, su implacable y firme devoción.

Aunque Erebus había tratado de ocultar al Urizen de la mirada de la legión, los ojos de Sor Talgron se habían cruzado con los del primarca durante un muy breve instante antes de que la compuerta se cerrara bloqueando su visión. La profundidad de la desesperación que había visto en los ojos de Lorgar le había hecho caer de rodillas. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y se le había formado un doloroso nudo en el estómago mientras se devanaba los sesos. ¿Qué podría haber sucedido en la barcaza de batalla del Emperador para sacudir lo inamovible?

Aún no había llegado al muelle de embarque de la *Fidelitas Lex* cuando recibió una llamada de Erebus, que le pidió que regresara a la sala de guerra: el Urizen había tomado su decisión.

Mientras volvía a recorrer los laberínticos corredores de la *Fidelitas Lex*, el capitán Sor Talgron oró para que el propio Lorgar estuviera presente, aunque esta esperanza iba a quedar frustrada.

Aun así, al menos se había tomado una decisión. Tras un mes de inactividad, la XVII Legión finalmente tenía un objetivo.

—En su gran misericordia —dijo Erebus, dirigiéndose a la otra vez reunida asamblea de capitanes de los Portadores de la Palabra—, el Urizen desea que esta largo tiempo perdida estirpe de la humanidad sea traída a la verdad, que sean acogidos en el abrazo de la Verdad Imperial.

Se oyeron murmullos entre los capitanes reunidos, y Sor Talgron asintió su aprobación. Esta era la forma en que la XVII Legión había actuado desde el inicio de la cruzada. Habían devuelto a la gloria de la Verdad Imperial todos los mundos que habían encontrado hasta ese momento, y aunque sus progresos tal vez no fueran tan rápidos como los de las demás legiones, los mundos que dejaba atrás la XVII Legión eran los más devotos y leales de todos. Aquellos que negaban la palabra y los que se consideraban no dignos de ella eran celosamente aplastados, convenidos en polvo bajo la acorazada pisada de los astartes de Lorgar, pero los que aceptaban sus enseñanzas eran aceptados en la Verdad Imperial y su lealtad asegurada.

Sor Talgron lanzó una triunfante mirada a Kor Phaeron, pero el primer capitán no parecía incómodo con la proclama, pese a todas sus vociferaciones anteriores a favor de la guerra.

—Sin embargo —prosiguió Erebus—, es con tristeza y remordimiento que el Urizen ha llegado a esta decisión. Hermanos, el Emperador está poco complacido con nosotros.

Un silencio absoluto descendió sobre la sala, y todos los ojos se centraron en el primer capellán. Sor Talgron sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—El Emperador, al parecer, no está satisfecho con el ritmo de nuestro avance. El Emperador no está contento con los mundos, obedientes y leales, que le hemos entregado. En su sabiduría —prosiguió Erebus con voz suave pero con un creciente tono de amargura—, el Emperador ha regañado a nuestro bendito primarca, el más devoto y leal de entre sus hijos, y le ha ordenado que aceleremos el avance de nuestra cruzada.

Unos siniestros murmullos circularon entre los capitanes, pero Sor Talgron hizo caso omiso de ellos, concentrado como estaba en las palabras del primer capellán.

—Nuestro bendito primarca siente que, con el tiempo, los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis podrían descubrir el error de sus creencias ignorantes y paganas; que

podrían convertirse en ciudadanos imperiales modelo una vez guiados hacia la verdad por nuestros capellanes y hermanos guerreros. Sin embargo, las órdenes del Emperador son claras, y el Urizen es un hijo obediente; no pueden rechazarse las órdenes de un padre, por mucho pesar que causen.

—¿Y cuáles son esas órdenes, primer capellán? —dijo el capitán Argel Tal, de la Séptima compañía.

—Que no tenemos el tiempo necesario para convertir a esos ignorantes paganos a la Verdad Imperial —declaró Erebus con cierta reticencia—. Sus profanas creencias se han considerado incompatibles con el Imperio. Como resultado de ello…, Cuarenta y Siete Dieciséis debe arder.

Sor Talgron quedó conmocionado ante la proclama, aturdido y horrorizado ante la idea de que un mundo entero que podía ser conducido hasta la Verdad Imperial se viera condenado a la muerte simplemente por… ¿qué? ¿Por la impaciencia del Emperador? Inmediatamente se sintió avergonzado, la culpabilidad creció en su interior sólo de pensar en tal blasfemia. Cuando hubiera acabado esta guerra, juró que trataría de purificarse de estos pensamientos mediante horas de penitencia y de autoflagelación.

Sin embargo, tras recuperarse del asombro inicial ante las órdenes de Lorgar, todos los capitanes de la XVII Legión, incluido Sor Talgron, se dedicaron con toda su alma a los preparativos para la inminente guerra con una concentración que rayaba el fanatismo. Era un guerrero de Lorgar, se recordó a sí mismo Sor Talgron, no era su misión interpretar las órdenes de sus superiores. En primer lugar, y ante todo, era un guerrero, y luchaba donde y contra quien le ordenaran.

Menos de veinticuatro horas después, más de ciento noventa millones de personas habían muerto, más del noventa y ocho por ciento de la población del mundo condenado.

Los cruceros y las demás naves de batalla asignadas a la Cuadragésimo Séptima Flota Expedicionaria se colocaron en órbita alta, y durante doce horas seguidas lanzaron su carga de muerte sobre el condenado planeta asolado por las tormentas. Los torpedos ciclónicos y andanadas infernales concentradas atravesaron las nubes de tormenta que envolvían aquel mundo. Continentes enteros desaparecieron entre las llamas.

Sólo una ciudad sobrevivió a la masacre. Era donde se encontraba el gobierno del planeta y el centro de sus creencias blasfemas. Protegido bajo una burbuja de energía abrasadora se encontraba el profano palacio templo del enemigo, una estructura tan grande como la propia ciudad. No deseando permitir que ni un solo blasfemo pagano permaneciera con vida, pues eso habría ido en contra de las órdenes de su señor, cinco compañías enteras de la XVII Legión se movilizaron y desembarcaron en la superficie del planeta para acabar el trabajo.

Sor Talgron encabezó la Trigésimo Cuarta compañía durante el desembarco en Cuarenta y Siete Dieciséis. Las Stormbird transportaron a sus leales hermanos de batalla astartes a través de la atmósfera tormentosa. A pesar de la potencia del ataque preliminar previo al desembarco terrestre, pronto se hizo evidente que las defensas del enemigo no habían sido totalmente neutralizadas. Unos cegadores arcos de energía surgieron de la superficie y barrieron del cielo a varias de las Stormbirds incluso antes de que hubieran entrado en la atmósfera del planeta, por lo que se perdió la vida de al menos un centenar de preciados hermanos de batalla en un instante.

Sor Talgron ordenó a las Stormbirds variar su trayectoria, y envió un rápido aviso a sus hermanos capitanes de la Cuarta, Séptima, Novena y Decimoséptima compañías que seguían detrás de la suya, aconsejándoles que realizaran el descenso utilizando un ángulo de entrada distinto. Mientras sus comunicaciones de voz estaban siendo enviadas, la Stormbird de Talgron fue alcanzada; perdió una de las alas y se le cortocircuitaron los controles, lo que provocó que iniciara una fatal caída en picado siguiendo una espiral hacia el suelo. Las compuertas de asalto fueron expulsadas y, a diecinueve mil quinientos metros de altura, Sor Talgron saltó de su Stormbird de color gris granito, encabezando a sus marines espaciales hacia las ruinas de la ciudad situada bajo ellos mientras sus retrorreactores cobraban vida.

La ciudad enemiga en ruinas se aproximaba bajo sus pies mientras las escuadras de asalto de Sor Talgron atravesaban las nubes de tormenta, descendiendo a gran velocidad gracias a los poderosos motores de sus retrorreactores. Desde la altura en que se encontraban, se distinguía perfectamente la curvatura del mundo, y los restos dispersos de una ciudad arrasada por el bombardeo se extendía en todas direcciones hasta donde podía verse. En el centro de la destruida ciudad se encontraba una cúpula resplandeciente, una rayo de energía en la carne ennegrecida por el fuego del suelo enemigo.

Esa cúpula tenía unos veinte kilómetros de diámetro, y se elevaba desde el suelo hasta una cuarta parte de esa distancia. A su alrededor brillaron arcos relampagueantes. Mientras descendían hacia la ciudad, que bajaban de los cielos y subían desde el suelo. El capitán de la Trigésimo Cuarta compañía identificó con calma la zona de aterrizaje y transmitió las coordenadas a sus hombres.

Aterrizaron a cinco kilómetros de la cúpula centelleante. La ciudad enemiga era una única gran superestructura de centenares de niveles de altura, con grandes avenidas que parecían valles entrecruzados por miles de pasos arqueados y alineados por balconadas y terrazas. La mayor parte de todo esto había sido destruido, pero había sobrevivido más de las que Sor Talgron esperaba. El material vidrioso con que se construía todo en este mundo era aparentemente más resistente de lo que se podía esperar. Antes de iniciarse el bombardeo, la ciudad debía tener un aspecto magnífico,

aunque Sor Talgron consideraba tal opulencia tremendamente sospechosa. La belleza, consideraba, debe ser contemplada con desconfianza.

Nada vivo había sobrevivido al brutal bombardeo en el exterior del brillante domo. Los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis que se habían visto expuestos a toda la potencia del bombardeo habían quedado destrozados, carne, músculos y huesos instantáneamente consumidos en las ardientes llamas, dejando únicamente círculos de cenizas allí donde se encontraban como muda evidencia de que siquiera hubieran existido. Los cuerpos carbonizados de millones, de aquellos que se encontraban en el interior de un edificio cuando se inició el bombardeo, se veían yaciendo a través de las cristaleras de los edificios de Cuarenta y Siete Dieciséis. Decenas de miles de ellos fueron descubiertos en los profanos templos-iglesia que abundaban en la ciudad, su carne fusionada en obscenas uniones de masas de carne casi totalmente irreconocibles como humanos.

La escala de la matanza era realmente impresionante.

Las cápsulas de desembarco caían como una letal lluvia de meteoros desde las barcazas de batalla en la atmósfera superior. Docenas fueron destruidas mientras atravesaban las tormentas, y sus ocupantes murieron al instante.

Al principio pareció que no iban a enfrentarse a ninguna resistencia terrestre, pero después aparecieron las primeras máquinas de guerra robóticas de tres patas, que pasaron indemnes a través del centelleante escudo del domo para enfrentarse a ellos lanzando relámpagos desde sus brazos artillados, y se inició la batalla.

El mundo envuelto en las tormentas se encontraba en sus últimos estertores de muerte. Los rayos rasgaban la irregular línea del cielo. Los destellos eléctricos eran constantes, un cegador resplandor estroboscópico que sumía las ruinas asoladas por la batalla de la superestructura alienígena en un extraño brillo. El corazón primario de Sor Talgron estaba latiendo con fuerza, bombeando sangre súper oxigenada por sus venas. Las glándulas adrenales híper estimuladas se pusieron en acción, incrementado su agresividad y lanzando nueva energía a toda velocidad través de su sistema nervioso. El olor a ozono y a descargas eléctricas le golpeaban con fuerza las fosas nasales.

Se apretó con fuerza contra una columna de cristal rota, poniéndose a cubierto mientras otra de las máquinas de guerra del enemigo disparaba un rayo domesticado hacia él. El crepitante rayo de energía golpeó la columna a medio metro de distancia, lanzando chispas de energía que recorrieron toda su superficie. Mascullando una maldición, Sor Talgron colocó un nuevo cargador en la pistola bólter. Un trueno rugió ensordecedor por encima de su cabeza, un incesante rugido que hacía reverberar las entrañas del capitán de los marines espaciales.

Otro rayo impactó, esta vez alcanzando a uno de sus guerreros, el hermano

Khadmon, justo en el pecho, mientras trataba de ponerse a cubierto. El guerrero astartes fue lanzado hacia atrás por la fuerza del impacto y acabó chocando contra otra columna con una fuerza capaz de partirle todos los huesos. Resbaló hasta el suelo con la armadura ennegrecida y burbujeando, y Sor Talgron comprendió que estaba muerto. Khadmon siguió agitándose durante varios minutos mientras las descargas eléctricas danzaban por su cadáver. Su carne se había cocido dentro de la servoarmadura, y las entrañas y la sangre le hirvieron, pues el calor generado por las armas del enemigo era fácilmente equiparable al de los cañones láser que llevaban las escuadras de devastadores.

Sor Talgron lanzó un rugido. Demasiados de los hermanos de su compañía habían muerto ese día, y sintió como crecían su rabia y su resentimiento.

El apotecario Uhrlon ya se estaba dirigiendo hacia el guerrero caído, exponiéndose de forma arriesgada al fuego enemigo al saltar hacia el astartes muerto para arrastrar el cadáver y ponerlo a cubierto.

—Date prisa, apotecario —gritó Sor Talgron—. No podemos quedarnos aquí. ¡Tenemos que tomar esas columnas!

No era la primera vez que Sor Talgron rezaba para que el plan de Kol Badar funcionara. Si las columnas quedaban destruidas, ¿causaría eso un agujero en la aparentemente impenetrable cúpula escudo, tal y como el sargento había predicho? Él creía que era posible, pero si Kol Badar estaba equivocado, antes de acabar el día muchos más de sus hermanos morirían.

Observó por un instante al apotecario realizando la desagradable labor de extraer el preciado material genético del hermano Khadmon. El reductor chirrió al penetrar el blindaje de ceramita y la carne de Khadmon, manchando su armadura de sangre.

Más relámpagos golpearon a su alrededor. Ningún otro de sus guerreros se vio atrapado en las letales explosiones, pero sólo era cuestión de tiempo que el enemigo los flanqueara, recolocándose de forma que tuviera una línea de visión clara de sus posiciones. Las máquinas de guerra robóticas eran unos enemigos formidables. En vez de ser autómatas sin inteligencia y, por tanto, predecibles, habían demostrado ser astutos y peligrosos enemigos, adaptándose constantemente y refinando sus tácticas y estrategias para derrotar con facilidad a los invasores.

Inteligencia artificial.

Una cosa así era una abominación.

El propio Emperador había decretado que ese tipo de investigación estaba prohibida, parte del gran pacto realizado entre Terra y Marte, y actuar en contra de la palabra del Emperador era una herejía de primer orden. Que los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis no pudieran saberlo no tenía la menor relevancia.

—Escuadra Tertius, ¿me reciben? —dijo Sor Talgron a través de su comunicador.

—Sí, capitán —le llegó la pronta respuesta de una voz apagada y falta de

cualquier emoción—. ¿Ordenes?

—Os necesito aquí. Estamos empantanados. El enemigo ha ocupado posiciones en una terraza fortificada. La distancia es… —se volvió hacia el hermano sargento más próximo, el hermano Arshaq.

—Ciento cuarenta y dos metros, elevación ochenta y dos grados —dijo el sargento Arshaq, arriesgándose a echar un vistazo desde el borde de la columna para observar al enemigo. Volvió a ponerse a cubierto cuando le dispararon varios rayos que alcanzaron la columna de cristal con fuerza demoledora.

—¿Lo ha oído, Tertius? —dijo Sor Talgron por el comunicador.

—Afirmativo —confirmó la escuadra Tertius—. Estamos en camino.

Estaban situados en una de las elevadas pasarelas volantes que cruzaban los inmensos valles construidos por el hombre para separar las diferentes secciones de la superestructura de la ciudad, atrapados en esa posición por la intensidad del fuego enemigo.

Al mirar hacia abajo. Sor Talgron distinguió a los miles de hermanos de batalla acorazados acompañados por docenas de tanques de la legión, que luchaban ferozmente por cada metro de terreno mientras se acercaban al centelleante escudo-domo desde todas direcciones.

Los destellos de los proyectiles procedentes de los miles de bólters se veían desde la distancia como si se encendieran una gran cantidad de velas, mientras que el rugir de las armas era ahogado por el constante retumbar de los truenos sobre sus cabezas. Los misiles dejaban rastros de humo a su paso mientras se dirigían hacia el enemigo, un letal ejército robótico que no conocía ni el miedo ni la piedad, y las sobrecalentadas armas de plasma al vomitar su carga dejaban marcas indelebles de calor en las retinas.

Las engañosamente delicadas máquinas de guerra del enemigo avanzaban en medio del caos sin sufrir apenas daños. Sus ágiles piernas insectoides las hacían avanzar inexorablemente, atravesando firmemente la lluvia de fuego bólter, todas ellas protegidas por una esfera de relámpagos que centelleaba y chisporroteaba al absorber el fuego enemigo. Su fuego de respuesta estaba causando un terrible número de bajas, sus armas de rayos estaban masacrando a los astartes y hacían volar por los aires a los Predators y los Land Raiders.

El fuego concentrado de cañones láser golpeaba una y otra vez los escudos de las máquinas, finalmente sobrecargando algunos de ellos y destruyendo totalmente las máquinas robóticas, pero la cantidad de fuego requerida para neutralizar una sola de las máquinas era exageradamente elevado.

Los aspectos prácticos de la guerra y las dificultades de la misión le ocupaban la mente, por lo que Sor Talgron había dejado a un lado sus reticencias morales respecto a la validez de esta guerra. Que los humanos de Cuarenta y Siete Dieciséis eran

divergentes era algo innegable. Su falta de arrepentimiento y disposición a construir máquinas pensantes era suficiente para condenarlos a todos.

Pero a pesar de ello, el capitán de la Trigésimo Cuarta compañía no podía evitar sentir piedad por aquellos a los que a su legión se le había ordenado exterminar. Una punzada de remordimiento le atravesó, aturdiéndole por la fuerza de la emoción.

¿Por qué el Emperador no le había permitido a la XVII Legión al menos intentar conducir a Cuarenta y Siete Dieciséis hacia la Iluminación?

Desde el aterrizaje, Sor Talgron no había visto ni un solo ser humano, todo a lo que se habían enfrentado hasta ese momento eran sus máquinas de guerra, aunque los ensangrentados, desmembrados y destrozados restos de los habitantes estaban por doquier.

—Aquí llegan —dijo el sargento Arshaq, sacando a Sor Talgron de su ensoñación.

La escuadra Tertius llegó golpeando desde abajo, tres formas grisáceas parecidas a cajas moviéndose a gran velocidad. Eran las últimas innovaciones de las forjas de Marte, y los pilotos de los land speeders aceleraron sus motores gravíticos para hacer una pasada lateral, oscilando al avanzar para evitar el fuego dirigido contra ellos. Aullaron bajo la pasarela en la que Sor Talgron y su escuadra de veteranos se habían parapetado, con los motores rugiendo al acercarse a la posición que había proporcionado el sargento Arshaq, y al elevarse empezaron su pasada de ametrallamiento, vomitando fuego con todas sus armas.

Los bólters pesados dispararon cientos de proyectiles explosivos de alta velocidad sobre las máquinas, y los multicañones de fusión aullaron al disparar descargas sobrecalentadas sobre el enemigo, sobresaturando sus escudos y fundiendo las máquinas de guerra robóticas.

—Objetivos neutralizados —dijo la voz del líder del escuadrón de land speeders mientras pasaban por debajo del puente que atravesaba el valle artificial de edificios de cristal antes de dar una amplia vuelta para volver a pasar por encima de él.

—Buen trabajo, Tertius —dijo Sor Talgron, poniéndose una vez más en marcha.

Las brillantes matrices de objetivo de color verde centellearon ante sus ojos. La corriente de datos informativos recorrió su iris al centrarse en la localización del objetivo de su siguiente salto. A doscientos setenta y cuatro metros, le informó la pantalla de su casco.

Les proporcionó las coordenadas del salto a sus hermanos de batalla con voz precisa. Las confirmaciones a sus órdenes se sucedieron y, sin más dilación, Sor Talgron empezó a correr hacia la baja balaustrada de la pasarela. Poniendo un pie sobre la barandilla, se lanzó al vacío.

Antes que la fuerza de la gravedad empezara a arrastrarlo hacia el suelo, sus retrorreactores rugieron al cobrar vida. Sus poderosos motores vectoriales aullaron, y

aceleró por el aire en una trayectoria directa, vomitando llamas y un denso humo negro que dejaban un rastro a su paso.

Los hermanos de batalla de la Trigésimo Cuarta compañía saltaron al vacío detrás de su capitán, dejando un rastro de llamas y humo a su paso. Sor Talgron no podía ver más de sus escuadras de asalto a lo lejos, dirigiéndose hacia sus objetivos como luciérnagas, dejando un rastro de fuego al ascender precipicios verticales y atravesar grandes abismos entre estructuras de cristal mediante asombrosos saltos, tratando de evitar el grueso del fuego enemigo.

Unos visores de objetivo aparecieron en los límites de su visión, atrayendo su atención. Giró la cabeza para ver otro grupo de máquinas de guerra enemigas avanzando rápidamente por una terraza construida en el lateral de una sección de acantilado en la superestructura de la ciudad. Elevaron los brazos en que llevaban el armamento y apuntaron en dirección a Sor Talgron y su escuadra de veteranos, y éste vio como las chispas comenzaban a acumularse en sus extremidades argénteas.

Sor Talgron gritó una advertencia y se lanzó en un picado descontrolado que lo llevó fuera de su trayectoria inicial. Una fracción de segundo después, tres cegadores rayos se dirigieron hacia su posición. Unos ensordecedores crujidos supersónicos acompañaron esa descarga, aunque los sistemas compensadores de su casco hicieron que el ruido fuera soportable.

Dos guerreros de la escuadra de asalto de veteranos de Talgron fueron alcanzados y derribados por los rayos de energía. La electricidad saltó de sus cuerpos a los de sus compañeros más próximos, cortocircuitando los sistemas de vida y destruyendo los sistemas de selección de objetivos.

—A por ellos —dijo Sor Talgron, girando en el aire hacia el enemigo cuando los hermanos de batalla alcanzados todavía no habían empezado a caer hacia el caos del combate a nivel de suelo, dejando atrás una estela de humo. Acelerando los motores de sus retrorreactores, lleno de rabia al pensar en los camaradas muertos, el capitán de la Trigésimo Cuarta compañía dirigió su vuelo para caer entre las máquinas enemigas.

Había tres máquinas, a las que apuntó con su pistola bólter, y empezó a disparar mientras descendía hacia ellas, enviando con cada presión del gatillo un proyectil de masa reactiva aullando hacia su objetivo. Los escudos de relámpagos centellearon al activarse alrededor de los robots enemigos, destruyendo sus proyectiles con destelleantes impactos sobre su superficie.

Varias descargas de rayos surgieron hacia los portadores de la palabra en descenso, haciendo que el aire crepitara y reverberara saturado de energía, y Sor Talgron recibió la información de que otro de sus guerreros había muerto.

Furioso, y ansioso por descargar toda su rabia sobre estos enemigos no vivos, Sor Talgron se apresuró a aterrizar, acercándose a la terraza de cristal a gran velocidad.

Los motores vectoriales de su retrorreactor se giraron hacia el suelo al propulsar las piernas hacia delante, y una fuerte descarga frenó su descenso.

Las botas le resbalaron en la pulida superficie de la terraza en cuanto la tocó. Su poderosa maza de energía estuvo inmediatamente preparada, emitiendo una energía desgarradora al presionar el botón de activación. Aunque las pantallas de energía que habían protegido a las máquinas podían fácilmente evitar un impacto directo de bólter, Sor Talgron había descubierto que proporcionaban mucha menos protección ante los golpes asestados en combate cuerpo a cuerpo o los disparos realizados a bocajarro. Por tanto, era imperativo reducir las distancias.

La visión de las máquinas enemigas desde tan cerca le llenó de aversión. Eran abominaciones.

No eran más que burlas sintéticas de los humanos, siendo su mera existencia una ofensa. Tal vez había estado equivocado al pensar que esta guerra era injustificada, se planteó Sor Talgron al mirar una de estas formas blasfemas.

Eran casi tan altas como un dreadnought, aunque eran mucho menos corpulentas que las letales máquinas de guerra de las Legiones Astartes. Cada una de ellas tenía un torso parecido al de un humano hecho del mismo material cristalino semitransparente con que se había construido la ciudad, tal vez construido así por sus propiedades no conductivas, y tenían una cabeza sin rasgos faciales pero cubierta de circuitos que se comunicaban con sus hombros. En vez de piernas humanoides, cada máquina tenía tres delgadas piernas insectoides con múltiples articulaciones, de unos tres metros de longitud si se extendieran hasta ponerse totalmente rectas. Estas piernas daban a las máquinas un preocupante aspecto arácnido, como una deforme amalgama de hombre y araña, aunque no había nada orgánico en ellas.

Los brazos de las máquinas era como los de los hombres, excepto por el hecho de que los antebrazos estaban rematados por unas largas y puntiagudas protuberancias argénteas en vez de manos. La electricidad crepitaba entre estos brazos cuando se unían.

Unas venas de plata recorrían los cuerpos de las abominaciones hasta llegar a sus «corazones», los centros de energía que controlaban la potencia de las tormentas en el centro de sus torsos. Los impulsos eléctricos parpadeaban a través de los conductos metálicos, aparentemente proporcionando la energía para todas sus funciones: movimiento, pensamiento, armamento y los campos de energía que los hacían invulnerables al fuego de largo alcance.

Las máquinas se movían con la precisión de las aves cazadoras zancudas reaccionado al ataque de los portadores de la palabra. Surgieron oscuras llamaradas vomitadas por los retrorreactores de los astartes que iban llegando junto a Sor Talgron y desplegándose a su alrededor. Las pistolas bólter rugieron y los lanzallamas vomitaron su carga, bañando las máquinas robóticas en promethium sobrecalentado,

aunque lo peor de los ataques fue naturalmente desviado por las protectivas pantallas de relámpagos que brillaban alrededor de las máquinas.

Sor Talgron saltó sobre la más próxima de las abominaciones con un rugido.

La máquina inteligente se apartó de su trayectoria y juntó los dos brazos con el rugido de un trueno. Una serrada lanza de luz brilló hacia el capitán de la Trigésimo Cuarta compañía, pero éste había previsto el ataque y se había apartado a un lado. El crepitante arco eléctrico se dirigió hacia él, haciendo que los pergaminos de juramento fijados a su hombrera ardieran.

Redujo rápidamente la distancia, dándose cuenta que la abominación necesitaba un tiempo para recargar su arma de rayos. Con un golpe de su crepitante maza alcanzó el escudo de la máquina, y se produjo un fuerte olor a ozono cuando las dos fuentes de energía chocaron con un ensordecedor crujido. La esfera de energía quedó destruida por el golpe, lanzando chispas de energía por toda el arma de Sor Talgron mientras el escudo se disipaba.

Acercándose más y gruñendo por el esfuerzo, Sor Talgron golpeó una vez más con su maza de energía, alcanzando una de las piernas insectoides de la máquina. Aunque tenían un aspecto frágil, eran tan duras como el plastiacero templado, y aunque aparecieron miles de microfracturas por toda la extremidad, no se partió.

Un doloroso sonido aullante, algo parecido al canto musical de un pájaro, surgió de la máquina de guerra. Trató de apartarse de él, pero la pierna dañada se dobló en cuanto tuvo que soportar su peso, y cayó al suelo.

Sor Talgron se acercó más a la caída máquina mientras ésta trataba frenéticamente de ponerse en pie. Sus dos piernas intactas resbalaban en el pulido suelo de la terraza cristalina, y volvió a emitir un doloroso canto de pájaro, parecido a un silbido. Golpeó con sus dos brazos, lanzando descargas aleatoriamente que fallaron por poco. Sor Talgron apoyó su pesada bota sobre el pecho de la máquina y golpeó con su pesada maza de energía en la cabeza, rompiéndola. Saltaron chispas de su cráneo roto, y el centro de energía colocado en el pecho se apagó, lo que causó que las venas argénteas que recorrían su cuerpo se oscurecieran y quedaran sin vida.

El escudo de otra de las máquinas había sido destruido, y los impactos de las armas de fusión hicieron que el fundido torso de la máquina se convirtiera en ríos de lava cristalina sobrecalentada que fluían por sus extremidades hasta llegar al suelo con un silbido. Volviéndose, Sor Talgron disparó su pistola bólter a la última de las máquinas, pero la pantalla de energía se activó al contacto con los proyectiles bólter, absorbiendo toda su potencia.

Sus brazos se unieron con un crujido ensordecedor, y otro de los veteranos de Sor Talgron murió, levantado del suelo y lanzado al vacío con el cuerpo envuelto en descargas eléctricas.

El hermano sargento Arshaq se lanzó contra la máquina desde un lateral. Golpeó

con su inmenso puño de combate, desactivando con el golpe el escudo de la máquina en medio de una poderosa explosión de energía.

Con las pistolas bólter trepidando en sus manos, Sor Talgron y sus veteranos se dirigieron hacia la desprotegida máquina. Esta trastabilló bajo los impactos, emitiendo dolorosos gritos de pájaro. Aparecieron grietas como telarañas en su torso y cabeza. El sargento Arshaq le colocó otro proyectil en su cráneo artificial cuando se tambaleó. La munición explosiva encontró una grieta y detonó en el interior de la cabeza de la máquina, lanzando fragmentos de cristal en todas direcciones.

Sin embargo, incluso muertas eran un enemigo formidable. Siguió moviéndose, trastabillando como si estuviera borracha, lanzando chispas por el cuello. Sus brazos se agitaron y, al volverse hacia Sor Talgron se unieron, lanzando un letal relámpago hacia él, acompañado de un ensordecedor crujido.

Talgron lo vio venir y logró doblar su cuerpo de forma que no le alcanzara con toda la fuerza del impacto, pese a lo cual salió despedido por los aires. Su visión se ennegreció al fundirse las lentes fotocromáticas de su casco a causa del intenso calor. El acre olor de los cables y conductos licuados llenó su casco. Se estrelló contra una pared y agrietó su superficie cristalina por la fuerza del impacto. Girando por la angulosa superficie de la pared, Sor Talgron cayó por el borde de la terraza.

Estaba en caída libre con los brazos y las piernas agitándose salvajemente. Aunque seguía cegado, giró en el aire tratando de encontrar un asidero. Sus dedos cubiertos de ceramita simplemente arañaban el cristal, emitiendo un fuerte chirrido.

De repente, su caída se frenó de golpe al estrellarse en una terraza inferior con una fuerza demoledora que agrietó la superficie. La caída libre de treinta metros sin duda habría matado a un hombre normal, pero Sor Talgron se puso de rodillas tambaleándose, con todos los huesos magullados, pero ninguno roto. De su chamuscada servoarmadura salía humo y algunas chispas eléctricas recorrían su cuerpo. Sor Talgron se quitó el casco dañado. Viendo que había quedado inservible a causa de la descarga eléctrica, lo tiró lejos. La cara se le enrojeció de rabia.

El olor a carne quemada, su propia carne, era fuerte, y tuvo que parpadear al quedar momentáneamente cegado por un relámpago que rasgó los cielos.

Mientras que muchos de sus hermanos de batalla de la XVII Legión tenían el porte noble de su primarca, Sor Talgron tenía la cara de alguien nacido para luchar, con rasgos amplios y gruesos, y una nariz que había sido rota tantas veces que ya no era más que un pedazo de carne pegado a su cara. Frunció siniestramente el entrecejo y maldijo mientras se ponía trabajosamente en pie, con todos los músculos protestando.

El sargento Arshaq, vomitando llamas por su retrorreactor, aterrizó junto a él, seguido de cerca por el resto de miembros de la escuadra de veteranos Helikon.

—¿Está bien, capitán? —le preguntó el sargento.

Sor Talgron asintió con la cabeza.

—¿Y la máquina? —le preguntó.

—Destruida —confirmó Arshaq, tendiendo la mano a su capitán—. El camino hasta el escudo-domo está despejado.

Sor Talgron aceptó la mano tendida de Arshaq, permitiendo que el sargento veterano lo ayudara a ponerse en pie. Los últimos vestigios de la electricidad que lo había envuelto saltaron entre sus guanteletes y subieron por el brazo de Arshaq. Dándole las gracias con un movimiento de cabeza, Sor Talgron se volvió hacia el centelleante escudo-domo, protegiéndose la vista de su brillo.

Se encontraban tan sólo a unos quinientos metros del escudo de relámpagos, y el aire crepitaba con intensidad, haciendo que se le erizara su corto cabello negro.

La potencia de fuego dirigida contra el inmenso domo desde el suelo era tremenda. Cientos de tanques estaban bombardeando los lados curvos y parpadeantes del escudo a una escala que habría derruido bloques enteros de una ciudad. Media legión de titanes, unas máquinas de destrucción inmensas fabricadas por los adeptos de Marte y que eran tan altos como los edificios, liberaban todo su poder contra el escudo, pero ni siquiera ellos, que se encontraban entre las armas más potentes que el Imperio de la Humanidad era capaz de construir, parecían tener mucho efecto.

Desde el interior del escudo-domo, más blasfemas máquinas de guerra del enemigo atravesaban el escudo sin ningún problema, protegidas en sus burbujas de energía. Salían para enfrentarse a los portadores de la palabra en las calles inferiores, avanzando en líneas irregulares, lanzando relámpagos desde sus brazos argénteos al juntarlos. Sor Talgron se preguntó cuantas máquinas más como aquéllas tendría el enemigo.

El portador de la palabra quedó casi cegado cuando otro abrasador ataque orbital partió el cielo y atravesó la atmósfera superior para golpear la parte superior del escudo. Sin embargo, éste aguantó, como una barrera impenetrable que parecía imposible de romper por mucha potencia de fuego que se le lanzara.

—Realmente espero que este plan de Kol Badar funcione —dijo el sargento Arshaq.

—Yo también, amigo mío —respondió Sor Talgron.

Sus ojos se fijaron en las inmensas torres en forma de columna que formaban el perímetro del escudo-domo. Cada una de ellas era alcanzada una y otra vez por los rayos procedentes de las tumultuosas nubes de tormenta, y un intenso zumbido de energía reverberaba en estas gigantescas construcciones cuando la energía crecía en su interior. Varias veces por minuto, esta energía dominada era expulsada de una de las torres en forma de grandes arcos eléctricos que golpeaban las calles más abajo, donde alcanzaba a los tanques y a las escuadras de astartes con rayos ensordecedores que mataban a varias docenas con cada impacto.

Mientras Sor Talgron y la escuadra Helikon observaban aquella destrucción, la electricidad saltó de una de las torres de plata formando una línea serrada que alcanzó a uno de los gigantescos titanes clase Warlord que bombardeaba el escudo-domo desde lejos. El cataclísmico sonido de la descarga les alcanzó una fracción de segundo después, un sonido que a punto estuvo de perforar los desprotegidos oídos de Sor Talgron. Los escudos de vacío del titán quedaron sobrecargados por la fuerza del impacto y la máquina trastabilló hacia atrás como si le hubiera dolido. Otro inmenso rayo de energía procedente de las torres alcanzó al titán en la cabeza mientras aún trataba de alejarse del peligro, y el coloso de cuarenta metros de altura tropezó, cayendo encima de un par de carros de combate Leman Russ, a los que aplastó como si fueran de papel.

Intercaladas entre estas torres había otras más pequeñas que, aunque también eran frecuentemente alcanzadas por la furia de la tormenta, cuando descargaban su poder no lo hacían hacia los astartes, sino hacia el propio escudo-domo. Sor Talgron había estudiado estas torres desde lejos y creía que Kol Badar estaba en lo cierto al suponer que éstas eran las que mantenían el escudo intacto. Los rayos que absorbían se dirigían desde sus formas argénteas hacia el escudo, reforzándolo y manteniendo su solidez. Éstos eran los objetivos de Sor Talgron, pues creía que si eran destruidos, el escudo caería.

Localizadas en lo alto de la superestructura, eran un objetivo difícil de alcanzar por las fuerzas terrestres, y las torres defensivas que las rodeaban derribarían cualquier aeronave que se acercara para bombardear las torres-columna. Por eso sus escuadras de asalto eran las encargadas de realizar el ataque. Sin embargo, menos de una cuarta parte de sus guerreros equipados con retrorreactores habían logrado llegar hasta allí, pues La fuerza de la resistencia enemiga se había subestimado. Apenas disponía de suficientes escuadras de Asalto para destruir dos de las torres, y no tenía ni idea de cuántas serían suficientes para causar un efecto real en el escudo.

Aún así, no pensaba retroceder.

Veía a las figuras grises acorazadas a lo lejos, con fuego y humo dejando un rastro tras ellas, saltando hacia las torres que había designado como objetivos. Había llegado el momento de poner a prueba la teoría de Kol Badar, y una vez: más rezó para que ésta funcionara.

—Ha de funcionar —dijo torvamente Sor Talgron para sí mismo. Respiró profundamente y a continuación abrió el canal de comunicación con sus escuadras de asalto.

—Informen —dijo.

—Primera oleada, objetivo asegurado —gruñó la voz de Kol Badar, su sargento veterano más fiable, y quien había sugerido este curso de acción. Tácticamente astuto y valiente en combate, Sor Talgron sabía que lo lograría—. Esperamos su señal —

dijo el sargento.

—Segundo objetivo asegurado, capitán —dijo el sargento Bachari al mando de la segunda oleada—. Cargas de fusión colocadas en posición.

Desde su posición, Sor Talgron veía a los guerreros de la segunda oleada de Bachari a lo lejos, rodeando la fina torre de plata que había sido designada como su objetivo, a menos de cincuenta metros del parpadeante velo. La primera oleada de Kol Badar estaría rodeando una torre parecida, cincuenta metros más arriba en la estructura.

—¿Sargento Paeblen? ¿La escuadra Lementas ha asegurado el tercer objetivo? —preguntó Sor Talgron.

—Estamos combatiendo al enemigo, capitán —dijo al voz de Paeblen. Como ruido de fondo podía oírse el sonido de rugientes espadas sierras, astartes gritando y armas disparando. Se produjo una fuerte explosión, y la comunicación se cortó abruptamente, siendo sustituida por la estática del ruido blanco. Un instante después, una nueva voz crepitó en el comunicador.

—Aquí el hermano Aecton, capitán —dijo la voz.

—Adelante, hermano —respondió Sor Talgron.

—El sargento Paeblen ha caído, capitán —dijo el hermano Aecton—. He tomado temporalmente el mando de la tercera oleada.

Aecton era un miembro experimentado de la escuadra Lementas, un veterano curtido por las batallas en quien Sor Talgron sabía que podía confiar para mantenerse firme incluso en las peores situaciones. Como miembro más veterano de la escuadra Lementas, le correspondía a él tomar el mando si algo le sucedía a su sargento. Un instante después el comunicador crepitó y pudo oírse una vez más la voz de Aecton.

—Objetivo asegurado. Cargas de fusión en posición.

—Buen trabajo, hermano Aecton —dijo Sor Talgron.

—A todas las escuadras, activen las cargas a mi señal —dijo Sor Talgron. Se volvió hacia el sargento Arshaq y asintió solemnemente con la cabeza.

—Ha llegado el momento de la verdad —remarcó el sargento.

Sor Talgron hizo una mueca.

—Háganlo —dijo.

Las bombas de fusión colocadas alrededor de la base de las tres torres argénteas detonaron simultáneamente. Por un instante, Sor Talgron no vio ningún efecto aparente, y estuvo convencido de que el plan había fallado. Entonces vio que una de las tres torres objetivo empezaba a temblar. Como las cargas de fusión habían convertido su base en una masa sobrecalentada de líquido hirviendo y gases, la torre empezó a combarse. Con un gruñido metálico, acompañado por una salvaje descarga de electricidad, la torre de un kilómetro de altura colapso y cayó hacia dentro,

directamente hacia el escudo-domo.

Cuando la primera de las torres empezó a caer lentamente hacia el escudo-domo, las otras dos también empezaron a oscilar y colapsarse, cayendo, lentamente al principio, pero incrementando paulatinamente su velocidad.

Si la caída de las torres tenía algún efecto en el conjunto, creando una brecha en algún punto del escudo, Sor Talgron estaba convencido que no sería más que un agujero momentáneo.

—¡Ahora! —rugió Sor Talgron, saltando hacia el aire con su retrorreactor vomitando llamas para conducirle en dirección a la cúpula. Aceleró rápidamente, los motores de su retrorreactor trabajando duramente contra la fuerza de la gravedad.

Notó el poder del escudo-domo intensificándose a medida que se acercaba, haciendo que su piel se erizara y sus tímpanos reverberaran dolorosamente. No estaba a más de cincuenta metros del velo cuando cayó la primera torre, causando una explosión de luz y electricidad mucho más intensa de lo que había visto hasta ese momento.

Un instante después, las otras dos torres también cayeron, creando una cegadora descarga de electricidad. Los rayos de energía saltaron salvajemente entre las tres torres de plata, y un desgarro apareció momentáneamente entre ellos, un agujero en la estructura del domo.

Sin frenar, Sor Talgron modificó la trayectoria hacia aquel hueco temporal, forzando los motores de su retrorreactor al límite, consumiendo rápidamente sus últimas reservas de combustible.

Unos serrados arcos de relámpagos crepitaron a través del agujero en el escudo-domo mientras el velo empezaba a reformar su impenetrable malla. Con un grito, Sor Talgron avanzó a mayor velocidad, a sabiendas de que era el momento decisivo, de que no había posibilidad de vacilar.

Rugió al pasar por el agujero, que disminuía con rapidez de tamaño, y todo su cuerpo se vio sacudido por un relámpago que lo atravesó, utilizando su carne como material conductor.

Su retrorreactor se cortocircuito completamente, chisporroteando y vomitando humo, aunque el impulso que llevaba le hizo atravesar el rápidamente menguante desgarro en el velo. Perdió y recuperó la visión de forma intermitentemente, y cayó como una piedra, con el cuerpo chamuscado, aterrizando pesadamente en un balcón palaciego dentro del parpadeante domo.

Sor Talgron sufrió unos cuantos temblores involuntarios durante unos instantes mientras los últimos vestigios de la electricidad le abandonaban, disipándose a través del pulido suelo de cristal. Se incorporó sobre una rodilla, y saliéndole humo de la piel quemada y apestosa de la cara, liberó los anclajes que tenía sobre su placa pectoral, dejando caer su ahora inútil retrorreactor, que produjo un fuerte golpe al

llegar al suelo.

—Esto fue… muy poco agradable —dijo Arshaq, poniéndose a su vez en pie cerca de él. El tabardo color crema del sargento veterano colgaba de él convertido en unos harapos ennegrecidos por el fuego. Algunas partes del mismo todavía estaban en llamas, y Arshaq arrancó indiferente los restos de la tela, arrojándola lejos de él.

Tan sólo los guerreros de la escuadra Helikon habían logrado atravesar la grieta. Las otras tres escuadras de asalto supervivientes estaban atrapadas en el exterior del escudo-domo. Sor Talgron soltó una maldición.

Habían sido necesarias las caigas de fusión de todas sus escuadras para abrir las defensas del enemigo, por lo que no era una táctica que sus escuadras de asalto pudieran repetir, y tampoco podía contactar con sus hermanos marines espaciales en el otro lado para aconsejarles un nuevo curso de acción. Evidentemente, el escudo-domo bloqueaba las transmisiones de voz tan fácilmente como los repetidos ataques de las lanzas. El escudo-domo que lo abarcaba todo y dentro del cual se encontraban oscurecía todo lo que existía al otro lado.

A Sor Talgron le dolía bastante la cara chamuscada, pero hizo caso omiso de ese dolor y fijó la vista en la distancia.

La ciudad dentro del domo no se había visto afectada por la guerra, y era una visión realmente terrorífica. Los prístinos domos cristalinos, las torres de cristal y las pasarelas que los interconectaban brillando como una telaraña bañada en plata se extendían ante ellos.

Pero Sor Talgron no prestó atención a estas estructuras; estaba completamente concentrado en la gigantesca estructura de cristal que se veía a lo lejos, y en la gigantesca estatua que se levantaba sobre ella.

Sus ojos se entrecerraron al mirar la titánica estatua. Tenía más de un kilómetro de altura, un titánico coloso de plata y cristal que tenía la forma de un hombre con los brazos levantados. Los relámpagos del escudo-domo golpeaban las manos extendidas de la estatua cada pocos segundos, bañándola en destellos de energía parpadeante que envolvían sus brazos y torso.

Sor Talgron sintió una gran revulsión creciendo en su interior.

Esa no era la estatua de un heroico fundador o de una figura legendaria local, era una efigie del dios de los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis.

—Entonces es cierto —dijo Arshaq con una nota de disgusto en la voz—. Esta gente son paganos idólatras.

—Lorgar, dame fuerzas —murmuró Sor Talgron.

—Capitán —dijo el sargento Arshaq, consultando su auspex—. Tenemos múltiples contactos moviéndose hacia nuestra posición. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Vamos a dirigirnos hacia allí —dijo Sor Talgron, señalando hacia la estatua—. Y mataremos a cualquiera que encontremos. Ésas son nuestras órdenes.

Extrañamente, habían encontrado poca resistencia desde que habían atravesado el domo.

Tras la brutal batalla cerca del centro de la superestructura enemiga, la total ausencia de enemigos era espeluznante.

Atravesaron vastas pasarelas arqueadas de delicado cristal, moviéndose cuidadosamente hacia la gigantesca torre central. Cubriendo todos los ángulos y escaneando en busca de movimiento.

La batalla en el exterior de la esfera de relámpagos había sido extraordinariamente sangrienta, las máquinas de guerra artificiales eran enemigos tremendamente letales, ya que utilizaban armas como ninguna con la que se hubiera encontrado anteriormente las flotas de la cruzada, por lo que él sabía. Sin embargo, allí, dentro del protegido e impenetrable domo de energía, reinaba la paz, casi podía decirse que la serenidad. Se movían a través de abovedadas salas e inmensos pasadizos de aspecto catedralicio, sus pisadas resonando con fuerza entre el pulido cristal.

—Es como una tumba —comentó Arshaq.

Sor Talgron se vio obligado a estar de acuerdo. Casi deseaba que apareciera el enemigo, simplemente para romper la tensión. Casi.

Los portadores de la palabra avanzaron con precaución a lo largo de un amplio puente que conectaba dos centelleantes torres de cristal y se acercaron rápidamente a la estructura del templo central que se levantaba ante ellos como una exótica flor de cristal, encima de la cual se erigía una colosal estatua del falso dios del enemigo. Sor Talgron no podía mirar a la maligna estatua del dios de las tormentas sin sentir que se le revolvían las tripas.

En más de una ocasión había visto máquinas del enemigo pasando por puentes y pasarelas muy por debajo de ellos, dirigiéndose hacia el escudo-domo y la batalla que se libraba en el exterior, pero aparentemente totalmente desconocedores, o despreocupados, de los astartes que se encontraban dentro del escudo.

Parecía como si toda la superestructura de la ciudad continente enemiga se centrara alrededor de ese edificio extrañamente alienígena, y que todas las pasarelas, rampas y caminos elevados en el interior del velo condujeran hacia él. Sin duda, era una estructura muy importante, y Sor Talgron sintió con fuerza que los últimos vestigios de humanidad en este mundo condenado estaban ocultos en su interior.

Cubrieron los diez kilómetros hasta el corazón de la ciudad muy rápidamente, moviéndose a un paso ligero que eran capaces de mantener durante días.

Finalmente, llegaron hasta el edificio-templo central. La estatua del dios de las tormentas se levantaba encima de ellos, con los brazos bañados por los relámpagos. Estaban justo pasando por debajo de una gigantesca arcada para dirigirse a la

estructura central, cuando el sargento Arshaq habló.

—Señales de vida —advirtió, consultando el auspex de la escuadra. Eran los primeros signos de vida que el aparato había detectado desde su llegada a Cuarenta y Siete Dieciséis.

Sor Talgron gritó una orden y la escuadra Helikon formó un perímetro defensivo alrededor de su capitán. Siguieron avanzando, acercándose cada vez más al gigantesco templo cilíndrico que se levantaba ante ellos.

Unos portales triangulares enormes habían sido cortados en los laterales del templo. El interior estaba iluminado por una cegadora luz, sin que pudiera distinguirse nada a causa de su brillo.

Con precaución, los portadores de la palabra avanzaron hacia el portal más cercano. Sor Talgron se protegió los ojos de la brillante luz. Había un delicado sonido que emanaba del interior, y con un movimiento de cabeza ordenó a la escuadra Helikon que entrara.

Dar un paso al interior fue como ser transportados a un lugar totalmente distinto. Sor Talgron sintió el cambio en el aire que le rozaba la piel quemada. El aire allí era frío y ligeramente fragante, mientras que en el exterior era cálido y saturado del acre olor a electricidad. Su mirada se vio inmediatamente atraída hacia arriba. La inmensa estructura estaba formada alrededor de un vasto pozo cilíndrico que desaparecía en la distancia por encima de sus cabezas. Esa amplia sala estaba iluminada por una brillante claridad que descendía desde arriba como una etérea cascada cayendo a cámara lenta. Un extraño sonido tintineante acompañaba esta luz faérica, algo parecido al sonido de campanas de cristal, con un fondo de zumbido de energía. Cientos de balconadas arqueadas y pasarelas rodeaban el pozo central, y diversos puentes entrecruzaban todo el lugar. Sor Talgron estaba tan concentrado en estas perturbadoras maravillas que apenas se dio cuenta de los panales de cristal que sellaban silenciosamente el portal detrás de ellos.

De pie en lo alto de un delgado pilar de cristal había una réplica exacta del coloso que se erigía medio kilómetro más arriba, aunque esta estatua no tenía más de cincuenta metros de altura. Su cabeza estaba echada extáticamente hacia atrás, y sus brazos dirigidos hacia el cielo en lo que podía ser un gesto de súplica o glorificación. Una luz parpadeante bañaba esta estatua en una brillante radiación.

El suelo se hundía bajo ellos en una serie de grandes escalones, cientos de ellos. Y en cada escalón habían innumerables figuras arrodilladas de hombres, mujeres y niños. Ésos eran los primeros habitantes que los portadores de la palabra habían visto desde su llegada a Cuarenta y Siete Dieciséis, los últimos habitantes del planeta.

Todos tenían la cabeza inclinada hacia el suelo en un gesto de oración, dirigidos hacia el ídolo de cristal de su profano señor de las tormentas. Sor Talgron calculó que debían de haber unas cuarenta mil personas que atestaban ese templo con forma de

estadio. Todos ellos murmuraban en voz baja y se mecían de un lado a otro, como si estuvieran sumidos en trance. Nadie parecía haberse dado cuenta de la aparición de Sor Talgron y de la escuadra Helikon.

Sobre un palco en la parte inferior de los escalones circulares, un diminuto hombre viejo permanecía en pie, apoyado sobre un bastón de cristal y plata. Este levantó la cabeza, mirando a Sor Talgron y sus hermanos. No pareció sorprendido ni conmocionado ante su aparición; en vez de ello tenía una expresión lúgubre en su agrietada cara apergaminada.

—Permaneced junto a mí —dijo Sor Talgron—. No disparéis y seguid mi ejemplo.

Sus ojos estaban centrados en la figura que no podía ser otro que el líder religioso de la civilización enemiga. Con uno de ellos Kor Phaeron se había reunido hacía menos de dos días. Flanqueado por sus hermanos de batalla de la escuadra Helikon, empezó a descender los elevados escalones en dirección al líder enemigo.

A una orden no pronunciada, toda la congregación de hombres, mujeres y niños se puso en pie, volviéndose para encararse con los intrusos de su reino. Los portadores de la palabra apuntaron tensamente sus armas hacia la multitud. Sor Talgron esperaba ver miradas de rabia y resentimiento en sus caras, pero miraban a los gigantescos astartes con tristeza y, tal vez, con un poco de decepción.

—Que nadie dispare —insistió Sor Talgron.

Por mucho que el enemigo pareciera representar un peligro mínimo, sabía por experiencia que sólo hacía falta un individuo para convertir una multitud en una turba asesina. De hecho, los capellanes de la legión eran muy hábiles en incitar este tipo de emociones. Si la multitud se volvía contra ellos, la masacre resultante sería terrible. El y sus hermanos se cobrarían un elevado precio en sangre, acabando con centenares, tal vez miles de ellos, pero no eran más que media docena enfrentándose a más de cuarenta mil. Incluso los astartes acabarían siendo superados por tal número.

Los guerreros de la XVII Legión descendieron los elevados escalones, vigilando a la multitud que se apartaba cautelosamente de ellos. La gente los miraba permaneciendo en pie y en absoluto silencio, lo que era, pensó Sor Talgron, tal vez más desconcertante que si les hubieran gritado exigiendo sangre. Al menos esa reacción sería comprensible.

El anciano observó solemnemente su aproximación.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró el sargento Arshaq, utilizando un canal de voz cerrado para que nadie de su escuadra pudiera oírlos.

—Quiero ver lo realmente divergentes que son estas personas —dijo Sor Talgron, respondiendo por el mismo canal privado.

Conocía a Arshaq desde hacía décadas, ambos habían sido criados en el mismo templo en su severo mundo natal de Colchis, y el capitán no se molestaba por este

tipo de faltas de protocolo del sargento y valoraba notablemente su opinión. El silencio del sargento a su respuesta fue suficiente para saber que Arshaq no lo aprobaba, pero lo conocía suficientemente bien para saber que el sargento lo apoyaría, pasara lo que pasase.

Descendieron hasta el fondo de las gradas y empezaron a subir los escalones del estrado hacia el viejo sacerdote. Sor Talgron apuntó con la pistola bólter a la cabeza del anciano.

—Escuadra Helikon —ordenó Sor Talgron en voz baja—. Establezcan un perímetro.

—Sí, capitán —respondió el sargento de la escuadra Helikon, asintiendo con la cabeza. Con unas cuantas órdenes precisas, Arshaq colocó a los miembros de su escuadra en posición. Se separaron mirando hacia el exterior, vigilando a la multitud en busca de amenazas potenciales.

Talgron subió al último nivel del estrado y se detuvo delante del viejo sacerdote. El anciano apenas le llegaba a la altura del pecho, y aunque era evidentemente un anciano, sus ojos brillaban con fuerza y mostraban una mirada alerta. Algo en su mirada hizo que Sor Talgron se sintiera vagamente incómodo. ¿Sería un hechicero? Inmediatamente rechazó esa posibilidad. El anciano era desconcertante, pero no notaba ninguna amenaza en él. Bajó la pistola.

—Soy Sor Talgron, capitán de la Trigésimo Cuarta compañía, XVII Legión —dijo con la voz resonando con fuerza y rompiendo el silencio.

—¿Por qué habéis traído la muerte a mi mundo? —preguntó el anciano, hablando una arcaica forma corrupta del gótico bajo.

—Vais a ordenar la completa rendición de vuestras fuerzas armadas, de forma inmediata, y a ceder el control del mundo designado como Cuarenta y Siete Dieciséis —dijo Sor Talgron sin hacer caso de las palabras del viejo sacerdote—. ¿Entendido?

—¿Por qué habéis traído la muerte a mi mundo? —dijo el sacerdote una vez más, pero nuevamente Sor Talgron se negó a responderla sus palabras.

—Desactivaréis el escudo-domo que protege esta estructura —dijo con firmeza —. Ordenaréis a vuestro pueblo y a vuestras infernales máquinas pensantes que cesen todas las hostilidades. ¿He sido suficientemente claro?

El viejo sacerdote suspiró, y asintió vagamente con la cabeza. Con un gesto atrajo la atención de Sor Talgron hacia un cubo de cristal oscuro que estaba levantándose suavemente del suelo. ¿Era algún tipo de arma? En un instante lo estaba apuntando con su pistola.

Había alguna cosa que se estaba formando dentro de la sólida masa del prisma y, al no sentir ningún peligro inmediato, Sor Talgron avanzó cautelosamente hacia él. El perfecto cubo de cristal se había elevado hasta la altura del pecho de un hombre normal, pero Sor Talgron se vio obligado a inclinarse para observar la imagen que

estaba cobrando forma.

Al principio, el objeto que se estaba formando era brumoso y transparente, como la imagen de un fantasma, pero varios latidos de corazón después se solidificó. Era como las representaciones tridimensionales que había visto que creaban los pictógrafos más avanzados, pero esas imágenes siempre eran pobres representaciones de la realidad. Esta imagen parecía real, un artefacto sólido, colocado en el interior de un cubo de cristal.

Era un libro abierto, por lo que vio, laboriosamente ilustrado con tinta y pan de oro. Los bordes estaban repletos de intrincados diseños en espiral y motivos entrelazados. Sor Talgron vio que unas figuras y criaturas estilizadas estaban trabajando en esos bordes, ocultas entre los retorcidos motivos y las volutas de espiral. Cada una de las páginas estaba cubierta de densas líneas de escritura realizadas por una mano austera, firme y vagamente familiar.

Cada hermano de batalla de la XVII Legión pasaba varias horas al día trabajando en solitario realizando iluminaciones, pero jamás había visto un trabajo como ése. La caligrafía y el arte eran fenomenales, mucho mejores que nada de lo que Sor Talgron o cualquiera de sus hermanos de batalla podía llegar ni siquiera a aspirar conseguir. Era el trabajo innegable de un genio, algo que seguramente ninguna mano mortal podía esperar igualar. De hecho, los únicos trabajos de iluminaciones que hubiera visto que podían podérseles comparar vagamente, eran los realizados por el Urizen en persona, y sólo había podido ver fragmentos fugaces de esas grandes obras…

Se acercó más con los ojos desorbitados. El texto estaba escrito en la variación del gótico alto utilizado únicamente por la élite religiosa de su mundo natal, Colchis.

—¿Qué es esto? —preguntó Sor Talgron conmocionado. La mente le daba vueltas.

Miró en dirección al sacerdote, que estaba de pie cerca de él, pero era imposible leer la expresión de los ojos del anciano. Se volvió de nuevo hacia el libro aparentemente atrapado en el cubo negro.

—… *y en la fe el universo será unido*… —dijo, leyendo en voz alta una línea que destacaba entre la densa escritura. Su voz flaqueó. Conocía estas palabras. De hecho, había memorizado esta obra en su totalidad. Tragó ruidosamente saliva.

—… *unido bajo el… el Dios Emperador de toda la humanidad* —dijo en un ronco susurro, completando la bendita línea.

Volvió a mirar al viejo sacerdote confuso y conmocionado.

—No lo comprendo —dijo.

—Nosotros somos los Peones de la Tormenta —dijo el anciano, señalando con ambos brazos para abarcar a toda la gente que se hallaba alrededor del estrado.

—En nombre de Lorgar, ¿y eso qué se supone que quiere decir? —gruñó Sor Talgron.

El viejo sacerdote resopló y arrastró los pies hasta pasar por delante de Sor Talgron. Se inclinó y pasó las yemas de los dedos por la pulida superficie del cubo. Las páginas del libro en el interior del prisma de cristal se fueron pasando en respuesta, moviéndose rápidamente. Cada una de ellas estaba intrincadamente iluminada y cubierta de una densa escritura. Pasando las yemas más lentamente por la superficie del cubo, el viejo sacerdote hizo que las páginas se pasaran más lentamente, hasta llegar a la densamente iluminada página del frontispicio del texto sagrado.

Dedicó a Sor Talgron una triste sonrisa mientras señalaba la página.

El capitán de la Trigésimo Cuarta compañía miró con los ojos desencajados la iluminación a toda página. Mostraba una figura radiante equipada con una armadura maravillosamente detallada, cubierta de pan de oro. La cabeza de la figura divina estaba echada hacia atrás y rodeada de un halo dorado.

El Dios Emperador de la Humanidad.

La mirada de Sor Talgron se vio atrapada por la armadura dorada que llevaba el Dios Emperador, por Su decorada y antigua placa pectoral, la placa pectoral que se decía El había llevado cuando dirigía los antiguos ejércitos de unificación por la asolada superficie de la vieja Terra… la placa pectoral que portaba los antiguos símbolos de Su liderazgo, símbolos que eran reconocidos y verdaderamente temidos incluso antes del inicio de la Vieja Noche, los símbolos copiados en las armaduras doradas de la Legio Custodes, la guardia personal del Emperador.

Estos símbolos surgían como bajorrelieve de la armadura del Emperador, y representaban la furia del Emperador: *relámpagos*.

De pronto lo comprendió. Los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis eran adoradores del Emperador.

Sor Talgron tragó con dificultad, mirando todavía la imagen del Emperador.

Peones de la Tormenta había denominado el anciano a su pueblo. Estaban adorando al Emperador como dios, la personificación de las tormentas que asolaban su mundo.

—Ahora lo comprendes —dijo el sacerdote. Golpeó con el dedo la pulida superficie del cubo y la imagen tridimensional del libro sagrado desapareció.

—Esta guerra jamás debería haber sido aprobada —dijo Sor Talgron—. Vuestro pueblo no es herético.

—No —dijo el viejo sacerdote—. Nosotros deseábamos unirnos al Imperio. Durante mucho tiempo habíamos pensado que estábamos solos en la oscuridad.

—Podemos detener esto —dijo Sor Talgron—. Debéis bajar el escudo. No puedo contactar con mi comandante mientras siga activo.

¿Cuánta gente había muerto allí? ¿Y para qué? Sor Talgron se sintió vacío en su

interior. Habían cometido un genocidio a causa de un malentendido.

El peón sonrió tristemente y avanzó hacia Sor Talgron. Puso su arrugada mano sobre la placa pectoral, sobre su corazón.

—Dadme vuestra palabra de que los últimos que quedan de mi pueblo sobrevivirán, y el escudo bajará —dijo el anciano.

—Lo juro —dijo Sor Talgron.

El escudo-domo que rodeaba el templo palacio de los Peones parpadeó y desapareció, y Sor Talgron se comunicó rápidamente con el *Fidelitas Lex* para contar lo que había descubierto.

—Comprendido, Talgron —dijo la apagada replica de Kor Phaeron—. El Urizen ha sido informado. Mantenga su posición.

El canal de comunicaciones de largo alcance se cortó y, durante unos largos minutos, Sor Talgron y la escuadra Helikon aguardó impaciente, esperando nuevas órdenes. La escuadra todavía mantenía sus armas apuntando a la multitud, y Sor Talgron miraba a la estatua del Emperador en lo alto.

Pasaron varios minutos. Ahora que el escudo-domo estaba bajado, los informes de voz empezaron a llegar. Al parecer, todos los combates en Cuarenta y Siete Dieciséis habían cesado.

—Señal de teletransporte —informó finalmente Arshaq.

—Esto va a acabarse pronto, anciano —dijo Sor Talgron con un tono respetuoso —. El Urizen estará complacido de saber que sois creyentes.

Un instante después, docenas de figuras coalescentes empezaron a materializarse alrededor de la circunferencia del nivel superior de los círculos de oración, teleportándose desde el *Fidelitas Lex* en órbita sobre sus cabezas. Al principio parecieron poco más que vagos destellos de luz, que poco a poco fueron solidificándose.

Uno tras otro, se materializaron un centenar de Astartes con armadura de exterminador, sus armas apuntando a los adoradores humanos de Cuarenta y Siete Dieciséis. Sor Talgron enarcó una ceja.

—Un poco dramático, hermano —comentó por lo bajo. Levantó una mano para dar la bienvenida a su hermano capitán. La distante figura de Kor Phaeron asintió brevemente en respuesta, aunque no hizo ninguna señal de pretender bajar la escalera.

Dos formas más empezaron a coalescer, esta vez en el estrado junto a Sor Talgron. Sus ojos se abrieron de par en par al ver quién se estaba teleportando, e hincó inmediatamente una rodilla y agachó la cabeza con el corazón latiendo ferozmente en su pecho mientras se completaba la teleportación.

Una cálida mano se colocó sobre la coronilla de su cabeza con una presión firme pero amistosa.

—Levántate, hijo mío —dijo una voz que emanaba una tranquila pero firme

autoridad que, pese a ello, hizo que un estremecimiento de indescriptible pánico recorriera a Sor Talgron. Aquélla no era una experiencia habitual para los astartes.

Poniéndose en pie, Sor Talgron levantó la mirada y vio la cara de un semidiós.

Lorgar era tan magnificente y terrible de contemplar como siempre. Tenía el cuero cabelludo rapado, y cada centímetro de carne expuesta estaba cubierta de pan de oro, de forma que brillaba como una estatua viviente de metal. Las cuencas de sus conmovedores e imposiblemente intensos ojos estaban ennegrecidas con kohl, y Sor Talgron fue, como siempre, incapaz de mantener la mirada del Urizen durante más de una fracción de segundo.

Había tanta vitalidad, un dolor tan profundo, tanta intensidad y sí, tanta violencia suprimida en los ojos de Lorgar, que sin duda sólo otro primarca podría esperar mirarle a los ojos sin romper a llorar ante este dios viviente.

Era una cabeza más alto que Sor Talgron, y su delgada figura estaba ceñida por una magnífica armadura. Cada placa superpuesta era del color del granito e inscrita con la intrincada escritura cuneiforme de Colchis. Por encima de ella llevaba unos opulentos ropajes del mismo color que la sangre coagulada, toda ella cubierta de gruesas puntadas de oro.

El Urizen, el Dorado, el Ungido; el primarca de la XVII Legión tenía muchos nombres. Para aquellos que le consideraban herético, era la encarnación de la muerte; para los fieles, lo era todo.

—Estamos satisfecho de vuestro éxito, hermano capitán —dijo una voz suave.

Casi agradecido, Sor Talgron desvió la mirada hacia la figura que acompañaba al primarca. Erebus. ¿Quién si no osaría hablar en nombre del primarca?

—Gracias, primer capellán —dijo Sor Talgron, inclinando la cabeza respetuosamente.

—¿Es éste el individuo? —dijo Lorgar con su intensa mirada fijada en la figura del viejo sacerdote, que permanecía en pie, hipnotizado, junto a Sor Talgron.

El capitán de la Trigésimo Cuarta compañía se había olvidado totalmente de él. El anciano hierarca se apoyaba pesadamente en su bastón, con los ojos desencajados por el horror. Estaba meneando su cabeza ligeramente de lado a lado, gimiendo quedamente.

—Es él, mi señor —respondió Sor Talgron—. Este es el que creo que es el líder del culto al Emperador de este mundo.

Erebus sonrió, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos. Sor Talgron conocía bien esa mirada, y su sangre se volvió hielo.

—Le he dado mi palabra de que su pueblo no sufrirá más daños —insistió Sor Talgron—. No me convirtáis en un mentiroso, Erebus.

—Os estáis volviendo blando, hermano —dijo Erebus.

Sor Talgron miró a Lorgar.

—Estoy convencido de que una memoria racial del Dios Emperador subyace en el subconsciente de los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis. Ellos son devotos, y le adoran a Él fielmente, aunque como una fuerza tosca y elemental. Sería muy fácil reconducirlos hacia la Verdad Imperial, mi señor. Creo que si tal conocimiento hubiera sido conocido de antemano, la guerra contra Cuarenta y Siete Dieciséis se habría considerado innecesaria e inapropiada.

Erebus giró el cuello para mirar a la estatua del dios de las tormentas que había por encima de ellos. Levantó una ceja e intercambió una divertida mirada con su primarca antes de mirar a Sor Talgron a los ojos una vez más.

—Habéis cumplido con vuestra misión, capitán —dijo Erebus, moviéndose alrededor del viejo sacerdote como un lobo rodeando a su presa—. Y habéis salvado las vidas de muchos de nuestros hermanos. Por eso, debéis ser elogiado.

—Aun hay más —insistió Sor Talgron—. Creo que ellos han estado… recibiendo nuestras señales, mi señor. He visto una copia de…

Su voz vaciló cuando el Urizen dirigió su mirada hacia él una vez más, y sintió un incómodo escalofrío ante el poder de la mirada del primarca.

—¿Una copia de qué, capitán?

—Del *Lectio Divinatus*, mi señor —dijo Sor Talgron.

—¿De verdad? —preguntó Lorgar claramente sorprendido.

—Sí, mi señor —dijo Sor Talgron.

—Venid conmigo —dijo Lorgar. Sor Talgron se encontró respondiendo inmediatamente.

Tal era el poder y control de la voz del primarca, que no habría sido capaz de resistirse, de haber querido hacerlo.

—Traedle —dijo el Urizen por encima del hombro, y Erebus guió al viejo sacerdote, amablemente pero con firmeza, detrás de ellos. La escuadra Helikon les siguió ante una seña del primer capellán, dejando vacío el estrado.

El primarca descendió del estrado y subió por los empinados escalones de la escalera de estrados que los condujo hacia el anillo de guerreros de la primera compañía de Kor Phaeron, que permanecían inmóviles alrededor de la circunferencia del ruedo. Sor Talgron tenía que correr para poder mantener el paso. Abruptamente, el primarca se detuvo en la parte superior de la escalera, volviéndose para mirar al capitán de la Trigésimo Cuarta compañía con una sonrisa extraña y sarcástica asomando en las comisuras de sus labios.

—Hace mucho tiempo que escribí el *Lectio Divinatus* —dijo Lorgar.

—Es la mayor obra literaria que jamás hayáis escrito —dijo Sor Talgron—. Es vuestra obra maestra.

Erebus se rió ligeramente ante ello, y Sor Talgron sintió como crecía la cólera que

sentía. Lorgar se puso en movimiento de nuevo, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, y Sor Talgron tuvo que esforzarse para mantener el paso. De los miles de personas que miraban con la boca abierta a su dorado dios viviente caminando entre ellos, Urizen no se fijó en ninguno.

—Han sucedido muchas cosas en estos últimos meses —dijo el primarca—. Mis ojos finalmente se han abierto del todo.

—¿Mi señor? —dijo Sor Talgron.

—El *Lectio Divinatus* no es nada —dijo el primarca. Había una tranquila pero fuerte vehemencia en su voz—. Nada.

Sor Talgron no podía comprender lo que estaba escuchando, y frunció el entrecejo. ¿Era ése algún tipo de prueba para su fe y devoción?

—Estoy escribiendo una nueva obra —declaró Lorgar, favoreciendo a Sor Talgron con una mirada conspiratoria. Ya estaban casi en la parte superior de la escalera—. Ya está casi acabada. Esta va a ser mi obra maestra, Talgron, algo con un auténtico significado. Esta obra va ha hacerte olvidar el *Lectio Divinatus*.

—¿Qué es, mi señor? —le preguntó Sor Talgron, aunque inmediatamente temió haber sobrepasado sus límites.

—Algo especial —dijo el Urizen tentadoramente.

Llegaron a la parte superior del anfiteatro escalonado donde los recibió Kor Phaeron, quien hincó una rodilla ante su primarca. Cuando se levantó, sus ojos estaban ardiendo con las llamas del fanatismo. Se lamió los labios y miró al anciano sacerdote que estaba siendo ayudado en los últimos escalones por un atento y gentil Erebus.

—Mi señor —dijo Sor Talgron con la boca seca. Sintió la mirada del sacerdote sobre él, pero la evitó—. ¿Vamos a condenar a esta gente por… meramente por haber quedado aislados de Terra?

Un silencio glacial respondió las palabras de Sor Talgron, silencio roto finalmente por Kor Phaeron.

—La ignorancia no es excusa para la blasfemia, hermano —dijo.

Lorgar miró al primer capitán, quien retrocedió, bajando la mirada y palideciendo visiblemente.

Entonces el primarca colocó su brazo alrededor de los hombros de Sor Talgron, y lo atrajo hacia él. A estar tan de cerca de él olió los ricos aceites y el incienso. El aroma era intoxicante.

—A veces —dijo Lorgar con un tono de arrepentimiento—, deben hacerse sacrificios.

Hizo girar a Sor Talgron. El sacerdote todavía le estaba mirando, con los ojos llenos de pavor. Por el rabillo del ojo, Sor Talgron vio el asentimiento casi imperceptible del primarca.

Un cuchillo con una hoja curvada como el cuerpo de una serpiente apareció de repente en la mano de Erebus.

Sor Talgron gritó, pero Lorgar lo sujetaba con fuerza demoledora por los hombros, y no pudo hacer nada mientras la hoja se hundía en el cuello del viejo sacerdote.

Manteniendo al anciano de pie con una mano, Erebus liberó su cuchillo y un chorro de sangre manó por la herida fatal. La caliente sangre arterial salpicó las placas de la armadura bendecida de Erebus, manchándola de rojo oscuro.

Hundió un dedo en el geiser de sangre, Erebus rápidamente dibujó una estrella de ocho puntas en la frente del moribundo, aunque el sentido del símbolo Sor Talgron no llegó a comprenderlo. Entonces, el primer capellán arrojó al anciano lejos de él, lanzándolo contra la escalera que él mismo le había ayudado a subir. El cuerpo del sacerdote fue rebotando y resbalando por la escalera. Se detuvo a mitad de la escalera como una marioneta rota y sin vida, formándose un charco de sangre debajo de él. Las piernas y los brazos le quedaron doblados en una posición antinatural.

Antes que los conmocionados adoradores de Cuarenta y Siete Dieciséis pudieran reaccionar, la primera compañía al completo empezó a disparar. El sonido fue ensordecedor y ahogó todos los gritos. Los bólters y los cañones automáticos se fueron moviendo sistemáticamente de izquierda a derecha, segando indiscriminadamente la vida de indefensos hombres, mujeres y niños. Los lanzallamas pesados vomitaron su líquido volátilmente inflamable hacia las aterrorizadas masas.

Se agotó la munición y los exterminadores de la Primera Compañía recargaron con calma, colocando nuevos cargadores, reemplazaron los tambores de la munición de grueso calibre, colocaron nuevas cintas de munición en las recámaras y conectaron nuevos depósitos de promethium. A continuación, simplemente siguieron disparando.

—¿Confías en mi, Sor Talgron? —dijo Lorgar con su aliento ardiendo junto a la cara del capitán. Conmocionado y horrorizado por la escala de la brutal masacre, Sor Talgron fue incapaz de contestar.

—¿Confías en mí? —le repitió el Urizen con más ferocidad, su voz temblando con tal intensidad de sentimiento que Sor Talgron sintió que sus piernas sin duda le habrían flaqueado si no lo estuvieran aguantando.

El capitán de la Trigésimo Cuarta compañía giró la cara hacia el rostro apasionado y dorado de su primarca, señor y mentor. Asintió ligeramente con la cabeza.

—Entonces créeme cuando digo que esto era necesario —dijo Lorgar con una voz llena de furia virtuosa—. El Emperador, en Su sabiduría, nos ha conducido a este punto —dijo Lorgar—. Esta es Su voluntad. Ésta es Su compasión. La sangre de estos inocentes manchará Sus manos.

El ensordecedor rugido de la matanza fue apagándose lentamente. Ante una orden ladrada por Kor Phaeron, los exterminadores de la Primera compañía empezaron a descender los escalones, inspeccionando los muertos y ejecutando a aquellos que, milagrosamente, habían sobrevivido a su fuego concentrado.

—Necesito saber que puedo confiar en ti —dijo Lorgar con la voz henchida de tal intensidad que Sor Talgron conoció el miedo, el verdadero miedo, el que un astartes jamás debería conocer—. Necesito saber que mis hijos me seguirán allá donde vaya. ¿Puedo confiar en ti, portador de la palabra?

—Sí —dijo Sor Talgron con la garganta seca y rígida.

—¿Irías al mismo infierno junto a mí si te lo pidiera? —le preguntó Lorgar.

Sor Talgron no respondió inmediatamente. Lentamente asintió con la cabeza.

Lorgar le miró con intensidad, y sintió como su alma temblaba bajo la penetrante mirada. En ese instante Sor Talgron estuvo seguro que Lorgar iba a matarlo en ese mismo momento.

—Por favor, mi señor —jadeó Sor Talgron—. Os seguiré a vos. Lo juro. No importa dónde.

La intensidad de repente desapareció de la cara de Lorgar, barrida de ella como si jamás hubiera existido. ¿Cómo podría haber llegado nunca a pensar que Urizen le deseaba algún mal? Casi se rió con fuerza de lo ridículo que era ese pensamiento.

—Anteriormente me preguntaste de qué trataba la gran obra que estoy escribiendo —dijo Lorgar con un tono despreocupado—. De momento lo he titulado *El Libro de Lorgar*.

El primarca de los Portadores de la Palabra soltó a Sor Talgron. Los dorados labios de Lorgar formaron una sonrisa y, pese a todo, Sor Talgron no pudo evitar sentir que su corazón se relajaba.

Lorgar rió suavemente para sí mismo.

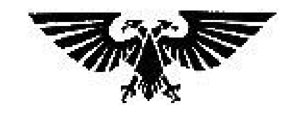
—Lo sé, es una gran presunción —dijo—. Me gustará que lo leas. Lorgar le miró directamente con los ojos encendidos.

—¿Qué recuerdas de las antiguas creencias de Colchis, Sor Talgron?



LA VOZ

JAMES SWALLOW



DRAMATIS PERSONAE

Hermanas del Silencio

Leilani Mollitas	Hermana Novicia.
Amendera Kendel	Dama del Olvido de la escuadra de la Daga Tormentosa.
Thessaly Nortor	Doncella del Vacío, segunda al mando de la Daga Tormentosa.
Emilia Herkaaze	Hermana de la escuadra de las Garras Blancas.

En el silencio, sólo la verdad permanece.

Pero encontrarla… Ah, ésa es la verdadera tarea. Para ello, uno debe preguntarse a sí mismo: ¿qué lugar es verdaderamente silencioso? ¿Dónde se puede encontrar la absoluta quietud de la tranquilidad?

Era la cuestión que se les planteaba normalmente a las novicias en las primeras etapas de su iniciación, y era rara la aspirante que mostraba la sabiduría como para ni siquiera acercarse a la respuesta correcta.

Muchas miraban a las estrellas a través de los portales de las grandes naves de casco de ébano en las que viajaban y señalaban al vacío. Allí fuera, dirían. En la oscuridad sin aire, allí está el silencio. Sin atmósfera que transporte las vibraciones del sonido, sin lugar para las voces ni los cánticos ni los disparos ni los gritos. El vacío es silencio, dirían.

Y las corregirían. Incluso en el lugar en que no hay aire para respirar, aun allí permanece el clamor, el… caos, por así decirlo. Incluso allí, transmitido a través de las ondas que los humanos normales no podían percibir, se encontraba el estallido de radiación cósmica y el constante retumbar de la gran maquinaria estelar del universo que giraba y envejecía. Incluso la oscuridad en sí misma tiene un sonido, si uno tiene el oído apropiado para escucharlo.

Así pues, de nuevo la pregunta: ¿Dónde está el silencio?

«Aquí —Leilani Mollitas dijo las palabras con los labios, con la voz acallada—. Está aquí, dentro de mí». Se tocó el pecho con ambas manos, con las palmas planas y los alargados dedos extendidos, los pulgares cruzados sobre la figura del gran aquila. En el interior de sus pensamientos, tras sus ojos cerrados, más allá de las corrientes de la sangre en las venas, la novicia se esforzó en escuchar y buscar la tranquilidad de su interior; puesto que era únicamente en el interior del corazón humano donde se podía encontrar la absoluta pureza del silencio, la paz que sólo los mudos pueden conocer.

Comenzó a fruncir el ceño en su pálido y agradable rostro. No lo lograba. En cuanto ese pensamiento se formó en la mente de Leilani, ella supo que había perdido el momento. El abrazo total de la serenidad se fue desvaneciendo a su alrededor y dejó escapar un suspiro entre los labios.

En el profundo silencio de aquel lugar sagrado, el ruido de su exhalación resonó como el rugido de una ola al estrellarse contra la orilla, y sintió cómo sus mejillas tomaban color imperceptiblemente. Sus ojos se abrieron repentinamente y parpadeó, disgustada consigo misma.

Su mentora estaba de pie a pocos pasos de ella, observándola con el mismo aire de perpetua vigilancia que era lo más representativo de su carácter. La otra mujer movió la cabeza ligeramente, y la cola de caballo de color negro-púrpura se balanceó sobre su cráneo rasurado y cambió de un hombro al otro de su dorado corpiño de

batalla. Aparte de la armadura flexible de combate, unas botas rojas reforzadas hasta el muslo y unos guantes tachonados le cubrían las extremidades. Unas placas de metal reforzaban las mangas y vestía una densa cota de malla como pantalón. El tabardo le colgaba suelto del talle e iba sin armas, casco, ni la vistosa capa de piel para el combate.

Amendera Kendel, miembro de escuadra de la Daga Tormentosa, dama del olvido y hermana del silencio, se mantuvo frente a ella sin emitir un solo sonido. Sus ojos color ámbar revelaban el interés de un maestro por un alumno prometedor.

Leilani contuvo su reacción de sorpresa rápidamente. Se había imaginado a sí misma sola en la sala de meditación de la nave negra, totalmente inconsciente de la llegada de la otra mujer. La chica no pudo evitarlo, y se preguntó desde cuándo llevaba Kendel allí, cuánto tiempo había estado estudiándola mientras ella trataba fallidamente de encontrar la concentración necesaria. Por contraste, la novicia iba vestida únicamente con su malla interior y la ligera túnica con capucha de las aspirantes que aún no habían hecho los votos. Leilani levantó sus manos desnudas y empezó a hacer signos, pero su maestra la interrumpió con una breve sacudida de cabeza en un evidente gesto negativo. En vez de eso, la mujer se llevó la punta de dos dedos a la barbilla. «Habla», le ordenó con el gesto.

La novicia apretó los labios. Ansió el día en que las palabras no pudieran pasar más allá de su boca, pero tal como acababa de demostrar, no sería ese día precisamente. En ese momento, la hermana-novicia Leilani Mollitas se sintió más lejos de alcanzar el Juramento de Tranquilidad de lo que se había sentido nunca.

—Hermana Amendera —comenzó a decir, e incluso su susurro se alzó colmando cada esquina del cavernoso Aphonorium Sagrado—, ¿durante cuánto tiempo estaré a su servicio?

La mano de Kendel cayó hasta la piel carmesí de su cinturón y sus dedos juguetearon con él un instante; Leilani conocía la sutil señal por sus numerosos meses de servicio como ayudante de las damas del olvido. Su maestra estaba formulando sus pensamientos, ordenándolos en formaciones dispuestas en un modo muy parecido a como mandaba sobre sus escuadras de cazadores de brujos. La novicia se preguntó si Kendel habría emitido alguna vez en su vida un dictamen que pudiera considerarse erróneo.

«Sigues estando demasiado insegura». La dama habló en lenguaje signomental, uno de los lenguajes de señales simbólicas empleados por las Hermanas del Silencio. De una magnitud pequeña, lleno de delicados gestos con los dedos y pulgares, servía para transmitir conceptos de gran sutileza o de naturaleza intricada. Era con diferencia más elegante que los grandes movimientos bruscos del lenguaje de batalla, el lenguaje de mando usado por las hermanas para comunicarse en el campo de combate, mucho más complejo y lleno de matices. La mayoría de las elegantes

deducciones de las intenciones de Kendel no podrían haber sido traducidas directamente al habla gótica del Imperio. Había matizaciones del grado de sus dictámenes que ninguna voz humana podría nunca haber llegado a explicar, y por eso Leilani se sintió vencida por tener que contestar con palabras.

—Es cierto —admitió—. Las noticias que llegan del límite exterior me son difíciles de asimilar.

Las palabras salieron retumbantes de ella corno una avalancha y resonaron ligeramente en los lejanos muros curvados de acero de la sala de meditación. La novicia se iba sintiendo cada vez más incómoda hablando en voz alta en aquel lugar sagrado. La *Aeria Gloris*, como ocurría con cada nave estelar al servicio de la Divisio Astra Telepathica, estaba equipada con aphonorias, grandes espacios en los cuales los muros estaban acondicionados con tecnologías de «muerte del sonido» que producían algo muy cercano al silencio más absoluto. Romper ese silencio parecía una obscenidad, un sacrilegio, pero a pesar de ello la hermana Amendera no hizo gesto alguno de apartarse y hacer pasar a Leilani a la antesala cercana, oculta por ornamentadas cortinas negras y doradas.

¿Tal vez era algún tipo de prueba, como la pregunta? Sí, debía de serlo. Kendel dejó claro durante el servicio de Leilani bajo su mando que esperaba mucho de la joven aspirante, y no era la primera vez que la hermana novicia se preguntaba si encontraría lo que deseaba.

—Lo que presenciamos en la Ciudadela Somnus… —continuó diciendo—. La criatura que trajeron desde Isstvan a bordo de la fragata *Eisenstein*. —La muchacha sacudió la cabeza al recordar al guerrero astartes transformado que se había desmandado de un lado al otro de la fortaleza lunar de la Hermandad, la aberración inesperada que antaño había sido un fiel guerrero del Emperador—. Esas cosas no cesan de acosar a mi racionalidad, y encuentro difícil centrar la mente en las tareas que tengo entre manos. —Leilani apartó la mirada hacia el suelo de acero que tenía bajo las botas—. Todas esas habladurías sobre traidores y herejías. Horus…

El nombre del señor de la guerra salió de sus labios y pareció resonar más atronador que un disparo. Le dio unas cuantas vueltas más a sus pensamientos antes de levantar la mirada de nuevo.

Kendel asintió.

«Esos comunicados sobre su rebelión son noticias muy malas. Sería una mentira decir que ninguna hermana quedó afectada por la terrible duplicidad que se estaba poniendo de manifiesto».

—Todo esto me roba concentración —admitió Leilani—. Pienso en hombres buenos, en los nobles astartes que a menudo tuvimos luchando a nuestro lado, y entonces tomo conciencia de cuántos monstruosos farsantes habrá entre sus filas… —Se estremeció—. Los astartes y los primarcas son un linaje emparentado con el

propio Emperador de la Humanidad, y si ellos estaban perturbados por una división semejante entonces… —A la novicia se le secó la garganta y trató de pronunciar las palabras—. ¿Qué ocurrirá si un horror semejante llega a alcanzar a nuestro rango, maestra?

La otra mujer desvió la mirada.

«Tú no lo sabes —le indicó con signos—, pero yo lo vi en una ocasión. Al señor de la guerra. Era todo aquello que cuentan sobre él, y si realmente le ha dado la espalda al gobierno de Terra, entonces se librará una guerra que acabará con todas las guerras con el fin de darle su castigo».

Leilani se sintió aliviada por aquella declaración tan directa de la dama del olvido. Durante su servicio para las Hermanas del Silencio, la novicia había visto muchas cosas: psíquicos conducidos a la locura por su capacidad para ponerse en contacto con la locura de la disformidad, seres que en un principio fueron humanos cuya carne y mente habían sido mezclados más allá de cualquier cosa reconocible, cosas menos que vivas que habían sido consumidas por poderes psíquicos infernales… Sin embargo, todos ellos eran enemigos que ella era capaz de comprender, eran enemigos que, aunque despreciables, Leilani podía entender. Pero… ¿los traidores? ¿Qué motivo podían tener? Aquél era el tiempo más grandioso de la humanidad, con las galaxias girando a sus pies y la Gran Cruzada en su cumbre; ¿por qué querría alguien con una posición tan elevada como el señor de la guerra Horus enfrentarse a la utopía del Emperador, cuando su consecución estaba tan cerca de las manos?

«¿Quién puede saberlo?», le respondió la hermana Amendera.

La novicia se sonrojó, consciente de repente del eco a su alrededor, dándose cuenta de que había expresado en voz alta sus últimos pensamientos.

El sacudir de las finas cortinas de seda que colgaban a lo largo de la entrada de la estancia atrajo la atención de las dos mujeres, al tiempo que la doncella del vacío Thessaly Nortor entraba. Su tenso rostro marcado por cicatrices mostraba un ceño fruncido y gesticuló una respuesta directa en forma de lenguaje de batalla, dejando claro que había escuchado las últimas palabras de la novicia.

«Objetivo el señor de la guerra. Traidor. Rebelión en estado deteriorado. La insurrección será exterminada en muy poco tiempo, antes de que la rebelión pueda expandirse/causar daños colaterales».

Nortor le lanzó a Leilani una mirada severa, reprendiéndola claramente con los ojos. La segunda al mando de la escuadra de la Daga Tormentosa no escondía su opinión despectiva sobre el motín del señor de la guerra. El aliento de la otra mujer pasaba en silencio a través del aparato mecánico de su cuello; donde Mollitas y Kendel mostraban la carne al desnudo, al menos tres cuartas panes de la garganta de Nortor habían sido reemplazadas por implantes mecánicas. Fabricado a partir de

acero y plata pulidos, su implante artificial cumplía la función de la carne destrozada durante un combate contra los jorgalli, en el interior de uno de los mundos-botella de los alienígenas. Al igual que su cuello, buena parte de los pulmones de la doncella del vacío eran repuestos sintéticos ensamblados por las biólogas de la Hermandad. En cierto modo, Leilani sentía envidia en secreto de la severa hermana Thessaly. La laringe de Nortor se había deshecho literalmente a causa del mordiente ácido de la atmósfera alienígena de los mundos-botella, y ella había rechazado permitir que su implante incluyera un repuesto artificial de esa laringe perdida. La mujer era una hermana tan silenciosa como era humanamente posible.

—Sólo podemos esperar que el señor de la guerra vea el error de su actitud —comentó Leilani, pero tal como pronunció aquellas palabras, le parecieron poco más que un optimismo débil y estúpido.

«El debe arrepentirse» —la molestia evidente de Nortor se calmó ligeramente y cambió al lenguaje más razonable del lenguaje signomental—. «Oponerse al Emperador es el colmo de la locura. La única explicación es que en el señor de la guerra ha ido creciendo la envidia hacia la grandeza de su padre» —meneó la cabeza —. «Es eso, o que ha perdido la razón».

En la contestación de la otra Hermana, la novicia reconoció el eco de palabras semejantes que resonaban en otras partes de la Hermandad.

Conforme las noticias de la rebelión se iban extendiendo, de igual modo lo hacían los comentarios acerca de una nueva corriente en movimiento: el crecimiento de una secta que adoraba al líder del género humano. Una veneración como aquélla parecía un desatino. Leilani se resistió a usar el término «adoración» en relación a un ser tan claramente declarado a favor de la secularidad respecto a su gente, y sin embargo, ese llamado *Lectio Divinitatus* estaba apareciendo en los lugares más extraños. Si acaso, la novicia encontraba la cuestión de aquella escuela de pensamiento casi tan difícil de tolerar como la idea de la traición de Horus, y aunque el Emperador no era ninguna deidad, no podía negarse que su magnificencia era tan grandiosa que concederle un estatus semejantemente elevado era al menos un error comprensible. Pero aquello era algo que se podía esperar de las tribus vulgares y arcaicas de los mundos salvajes, no de los educados hombres y mujeres del Imperio.

La hermana Amendera se percató de que su subordinada llevaba una placa de datos aferrada en la mano, y que la apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. La miró con una expresión inquisitiva. Por toda respuesta, la hermana Thessaly se inclinó ligeramente y le ofreció el artefacto a su comandante. Leilani se imaginó lo que contenía la placa: una actualización de las órdenes de una misión desde hermanas al mando estacionadas en la Luna, y enviada directamente por los altos mandos del Departamento Investigado.

La totalidad de la información sobre las Naves Negras y sus misiones sólo la conocían unos pocos elegidos entre los estratos de rango más elevado de las Hermanas del Silencio, los señores del Gran Consejo de Terra, y el propio Emperador, pero los principios básicos de sus trabajos eran bien conocidos. El número exacto y la disposición de las Naves Negras que recorrían la galaxia permanecía intencionadamente en secreto; todo lo que podía tomarse como seguro era que cada uno de los mundos del Imperio serían testigo de su aparición en los cielos en el momento predeterminado del diezmo, listos para aceptar su carga. Las naves no recibían tributo en forma de riquezas ni bienes. Además de naves de combate, la *Aeria Gloris* y sus naves hermanas eran también grandes barcazas de contención donde aquellos que habían revelado poseer capacidades psíquicas eran recluidos. Cada mundo bajo la luz del Emperador estaba obligado a entregar a aquellos de su población marcados con el potencial, latente o no, del talento psíquico; y aquellos que no fuesen entregados libremente, aquellos que escapasen de la red, ellos también serían presa de las Naves Negras y de la Hermandad. En los oscuros encarcelamientos en las mazmorras de cubierta, los psíquicos de cada estrato y poder eran encerrados y examinados. Muchos de ellos no soportaban adecuadamente el proceso, y fallecían bajo la severa mirada hostil de las vigilantes y las fiscalizadoras. Otros, aquellos demasiado dañados por su propia psique trastornada o demasiado peligrosos para permitirles vivir, serían eliminados de un modo discreto y las cenizas de sus cadáveres acabarían arrojadas hacia el interior de las estrellas.

Los que eran suficientemente resistentes para sobrevivir y lo suficientemente influenciables como para aceptar los designios del Imperio eran los pocos afortunados. A ellos les esperaban exámenes más duros que se llevaban a cabo en las salas-mentales cubiertas de acero de la Ciudad de la Visión en la propia Terra, el cuartel general de la Divisio Astra Telepathica. Allí, darían los primeros pasos del camino que llevaba hasta el ritual de la «comunión del alma» y el reclutamiento dentro de las filas de los coros astropáticos.

La labor de la cacería y de la vigilancia requería un rigor que ningún humano corriente podía esperar acometer. De hecho, la simple idea de tripular una nave negra con meros soldados de la Armada Imperial, o incluso con los poderosos astartes, sería una invitación al desastre. Eran tales los poderes de algunos psíquicos que podían mezclar y reordenar las percepciones de una mente a su voluntad. No era infrecuente que los peores hechiceros psíquicos se dedicasen a ensombrecer pensamientos, para coaccionar y controlar mediante el puro ejercicio del deseo. Podían hacer que un hombre normal abriera una jaula y pensara que no había hecho nada dañino, sin que llegara a saber que había dejado libre a un monstruo. No podía confiarse a los servidores sin mente que realizasen por sí solos una tarea tan compleja. Únicamente las damas pertenecientes a la Hermandad, que portaban consigo el don del silencio,

poseían la fortaleza de espíritu para mantener a raya a los brujos. Lo hacían mediante su voto de fidelidad al Emperador, mediante cada palpitar de sus corazones y mediante cada chorro de sangre que les recorría las venas. Indicaban esa obligación que se habían impuesto mediante su voto de no hablar nunca.

Ya que las Hermanas del Silencio era un veneno para los hechiceros. Las mutaciones aleatorias en el genoma humano, una vez por millón, podían crear un psíquico, pero una vez en varios billones podían producir la piedra preciosa del gen paria, el intocable. Había sido la lógica insensible de la evolución la que los había producido. Si existía el poder sin trabas de un psíquico, entonces en comparación debían ser el extremo opuesto del espectro genético, aquellos cuyas mentes eran la antítesis absoluta de los tocados con la aberración, cuya sola presencia era suficiente para anular el rugiente fuego psíquico. Cada una de las hermanas era una intocable, un vacío psíquico nulo, protegidas así para siempre de la hechicería de los brujos que cazaban. Eran inmunes a los ataques psíquicos, y la simple presencia de su aura era suficiente para anular a sus presas. No había mejores guerreros que ellas para cumplir ese gran deber. Pero aún así, no eran sobrehumanas. Por supuesto, recibían un entrenamiento severo para combatir del lado de la élite militar del Emperador, y sin duda, eran respetadas y veneradas por todos, pero también eran humanas al fin y al cabo, y, como todos, apesadumbradas por las dudas y los miedos humanos.

Amendera Kendel reflexionó acerca de ello mientras sopesaba la placa de datos que tenía en la mano y observaba a la hermana-novicia Leilani, quien mostraba a las claras en su cara la agitación que sentía. No necesitaba el poder sobrenatural de la telepatía para leerle la mente a la joven. El gran temor a la rebelión de Horus se extendía sobre todos los asuntos como un sudario oscuro, que ocultaba la luz con una neblina de confusión. Cada hermana a bordo de la nave, lo admitiera o no, se encontraba con que, en sus momentos de introspección, sus pensamientos volvían una y otra vez sobre el problema que representaba aquel hecho sin precedentes. En la quietud de la *Aeria Gloris*, era fácil encontrase a uno mismo a la deriva del ensueño, para colmar la mente en la tranquilidad con pensamientos y preguntas que, si no se vigilaban, podían caer en una espiral fuera de control. Como era natural, la férrea disciplina de las hermanas y el reclamo de su deber templaban ese tipo de cosas; pero el tremendo alcance de la rebelión del señor de la guerra… de su herejía… era algo que quebraba la razón y la calma como algo salvaje y desgarrador.

Kendel se obligó a sí misma a guiar sus pensamientos en otra dirección y echó una ojeada a la placa de datos táctil para concentrar de nuevo su atención en la misión que tenía entre las manos. Vio el sello de Celia Harroda, la jefa de las Buscadoras de Hechiceros, y debajo una nota de la hermana comandante Jenetia Krole. Se pasó la lengua por los labios secos. Krole, señora de la Guardia Raptora y una de las

confidentes de batalla personales del Emperador, era la hermana viva con mayor rango. Su marca distintiva sobre el mensaje enviado para aquella operación dejaba clara la gravedad de la situación en términos indudables.

Se quitó un guante y puso su piel desnuda sobre el sensor, permitiendo que la placa le punzara un dedo. Un momento después, el código sanguíneo liberó la clave que cambiaba el texto codificado en una jerga indescifrable de nuevo a la forma legible en gótico.

Las primeras páginas reiteraban lo que a Kendel ya se le había hecho saber con las primeras instrucciones en la estación Evangelion. La *Aeria Gloris* había recibido órdenes de abandonar su ruta normal y se la había emplazado bajo una nueva orden de emergencia. Debía salir inmediatamente de la disformidad para efectuar un reabastecimiento de emergencia en la plataforma orbital antes de dirigirse hacia el sector Opalun. La nave negra acababa de empezar su patrulla para el diezmo, y puesto que sus mazmorras estaban prácticamente vacías, Kendel sospechó que ése fue un factor importante en la elección de la *Aeria Gloris* para aquella tarea, pero no lo había mencionado.

Las órdenes eran engañosamente directas. Una de las naves más grandes y antiguas, llamada *Validus*, no había realizado los tres últimos chequeos astropáticos programados y en esos momentos estaba clasificada como perdida, en estado desconocido. La *Validus*, en contraste con la nave de Kendel, se encontraba al final de su patrulla, y sus mazmorras estaban repletas con una carga de telépatas, pirogénicos, kinéticos, soñadores y embrujadores de mentes de todas las clases. Debería haber llegado a la órbita de Luna hacía ya un mes. La hermana Harroda había dado la siguiente orden a Kendel en un enérgico y severo lenguaje de señas de batalla: «Misión/tarea: buscar-localizar-evaluar. Determinar causa de anormalidad. Recuperar si es posible».

Aquellas palabras abarcaban una multitud de posibilidades. Se habían perdido Naves Negras en el pasado en más de una ocasión. A pesar de toda su capacidad de combate y de la avanzada tecnología de sigilo, las naves al servicio del Astra Telepathica no eran invulnerables. Navegaban solas mucho tiempo por buenas razones, pero eso también significaba que podían caer apresadas por naves enemigas agrupadas en gran número o llegar a ser absorbidas si eran atrapadas por un fenómeno estelar. Recordaba la *Honor Haltis*, que sufrió una emboscada y fue destruida en batalla por unos piratas eldars, y a la *Sol Blanco*, destruida por las tormentas de disformidad, y a todas las demás. Sin embargo, una nave negra perdida también evocaba la peor de las posibilidades: un intento de fuga. En una nave cargada de brujos, algo así era un verdadero horror que había que tener en cuenta. Por eso, la orden de Harroda había ocultado la implicación de que, si era necesario, la hermana Kendel debía encargarse de que la *Validus* iniciara el último de sus viajes para

siempre jamás.

La *Aeria Gloris* estaba ahora a sólo unas horas del área confirmada como la última localización conocida de la nave errante, y a cada momento que pasaba Amendera Kendel sentía crecer su malestar. Se reprochaba a sí misma que el origen de su aflicción no fuera simplemente la cuestión evidente de saber qué causó que la nave desapareciera en la oscuridad, sino también una inquietud personal trivial. Se sentía ligeramente culpable por el trato que había dado en público a su ayudante. La hermana novicia Leilani había permitido que la ansiedad que sentía ante la rebelión del señor de la guerra ocupase demasiados de sus pensamientos, y eso estaba afectando a su meditación; pero bajo ese mismo razonamiento, Kendel se había dejado obsesionar por algo que era, con toda sinceridad, mucho más intrascendente.

La *Validus* estaba bajo el mando de la hermana dama del olvido Emrilia Herkaaze, y la mujer no era una desconocida para Amendera Kendel. Todo lo contrario. Se habían encontrado por primera vez en las oscuras salas de hierro de una nave negra como aquélla, ambas atraídas cuando eran niñas por la vocación de las Hermanas del Silencio. Ambas fueron reclutadas en mundos situados en la zona de Belladona Reach. Kendel y Herkaaze habían compartido una cierta amistad a lo largo de las pruebas de iniciación, pero cuando ambas alcanzaron el grado de hermanas, esa amistad no tardó en agriarse. En esos momentos, años después, eran rivales resentidas, y cada una albergaba una fuerte antipatía contra la otra. No quiso rebuscar en la memoria las razones de todo aquello, y en lugar de eso permitió que la antipatía borboteara y se removiese bajo la superficie de sus pensamientos. Obsesionarse con ese tipo de cosas únicamente conllevaría que su concentración se diluyera aún más.

La hermana Amendera se preguntó si la cazadora de brujos Harroda era consciente de las mala relación entre ambas. Pensó que era bastante probable, ya que era muy poco lo que se le pasaba por alto a la mirada inquisitiva de la hermana Celia. Quizá, en ese sentido, aquello no era más que otra prueba para ella. Kendel se había dado cuenta desde del incidente ocurrido en la Ciudadela Somnus, en el que se había visto involucrada con Garro, el astartes renegado de la Guardia de la Muerte, que sus camaradas la vigilaban de forma constante. No estaba segura de cuál era el motivo.

La dama tomó consciencia de que su ayudante y su segunda al mando la observaban atentamente, a la espera de que comenzara a dar órdenes. Asintió e hizo avanzar la lista de los informes codificados en la placa de datos.

«Es la confirmación de lo que ya se nos había comunicado —indicó por señas con la mano que le quedaba libre—. Los registros de los diezmos del barco y las escalas previas. Estimación de las armas arrojadas por la borda y capacidades del sistema…».

Se detuvo bruscamente. La densa transmisión de los datos que les habían enviado mediante un mensaje de comunicador llevaba añadido cierta información adicional, y entre ellos resultaba clave un dato individual digitalizado captado de una

comunicación astropática parcial. No existían protocolos asociados a las señales de las Naves Negras. Normalmente, cualquier comunicación enviada de nave a nave tendría como prefijos un número de codicilos y de cifras. No había nada. El mensaje había sido enviado sin codificar, a las claras.

En voz alta, bien alta.

Kendel pulsó la tecla «ejecutar» y la placa repitió los datos. En el silencio del aphonorium, aquello sonó como un disparo.

Era una voz de mujer, con un tono áspero y extraño, como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que la había usado y no recordara del todo cómo hablar. Eran dos palabras. Tan sólo dos palabras, pero tan llenas de terror que la hermana Amendera sintió que las manos se le contraían formando un puño, y vio como Nortor y Mollitas se quedaban sin aliento.

—La voz… —decía la mujer—. La voz… —Y después, una vez más, pero como un grito rasgado—: ¡La voz!

—¿Qué significa esto? —La novicia parpadeó y frunció el ceño mientras miraba fijamente a la placa de datos—. Debe de haber sido una hermana, pero dijo las palabras, las dijo en voz alta.

A su lado, la doncella del vacío asintió lentamente. Lo habitual en las transmisiones de la Hermandad que se enviaban a localizaciones más allá de la línea de visión era que no se hiciera con palabras, sino con una antigua máquina legible, una variante del lenguaje signomental conocida coma orsköde, un chasqueador mecánico que para los oídos no entrenados podía parecerse a los sonidos de un engranaje. Que aquella mujer, sin lugar a dudas un miembro del grupo de Herkaaze, no sólo prescindiese de este método, sino que además rompiera intencionadamente su voto de silencio… Las implicaciones de todo aquello no auguraban nada bueno.

«La nave no llegó a salir del empíreo —advirtió Thessaly—. No quiero ni imaginarme lo que deben de haberse encontrado en el espacio disforme».

Amendera sintió que un escalofrío la recorría, igual que el que se sentía en un día de verano si una sombra ominosa pasa por delante del sol. Recordó la pestilencia de la muerte y descomposición que inundó los pasillos de la Ciudadela Somnus en aquel incidente, una forma humana rodeada por un enjambre, un ser que era algo repulsivo y sucio, que mataba y corrompía con cada zarpazo que daba.

No necesitaba imaginar qué horrores podía llegar a albergar la disformidad. Ya los había visto desparramándose dentro del mundo real.

Un mar enloquecido de olas ensangrentadas, unas cortinas de un color imposible e innombrable, unos grandes salones aullantes de emociones desolladas. La pesadilla infernal de cólera inmaterial fue rodeando a la *Aeria Gloris* a medida que la nave negra acortaba la distancia que le separaba de su nave hermana, que seguía a la

deriva. La incalculable monstruosidad del espacio disforme golpeaba la burbuja de energía del campo Geller y propinaba zarpazos a la nave que se atrevía a penetrar en su reino de para fuerza psíquica. Ni siquiera el gran número de intocables a bordo era suficiente para mantener tal energía a raya. Sin la barrera protectora, la *Aeria Gloris* podría ser engullida.

La *Validus* estaba flotando allí, y la única señal de vida era la tenue incandescencia color esmeralda de las bobinas emisoras visibles alrededor de sus motores de disformidad. La energía seguía fluctuando a través del pecio, pero la nave no hacía ningún movimiento para ir a su encuentro, ni para ofrecer contacto a través del comunicador o del láser de rayo compacto. Viva y sentenciada a muerte al mismo tiempo, la *Validus* flotaba serena en mitad de aquella locura.

Si las dos naves se hubiesen encontrado en el espacio normal, lo habitual habría sido enviar una partida de exploración, lo que permitiría a la *Aeria Gloris* hacer una pausa y poner a punto sus cañones y lanzaderas de torpedos, por si de repente la *Validus* se convertía en una amenaza a la que hubiera que eliminar. Sin embargo, allí, dentro de las aullantes cavernas de la disformidad, no se podían seguir aquellos protocolos. En lugar de eso, era necesaria una aproximación mucho más delicada.

Con cuidado, la tripulación del puente de mando de la *Aeria Gloris* llevó a la nave más y más cerca de la *Validus* hasta que el brillo de la antimateria de su campo Geller rozó el de la otra nave. Los cogitadores programados exclusivamente para ese tipo de tareas pasaron las órdenes pertinentes a través de los manojos de cables dorados y mecadendritos a los servidores que utilizaban unos sensores para medir el espectro energético que se estaba emitiendo desde la otra nave negra. Durante unos momentos angustiantes, mantuvieron la cubierta protectora de la nave en sincronía con la de su vecino. Como dos burbujas que se encontraran en la superficie de una charca, se tocaron mutuamente, cambiaron de posición y, finalmente, se fusionaron. Una operación como aquélla era una acrobacia realmente difícil, pero la nave negra la tripulaban algunos de los mejores siervos pensadores que había disponibles en el Imperio. Aquello requería una vigilancia constante para mantener la fusión de campos. Un simple error de cálculo podría hacer que ambos se colapsaran, y eso dejaría expuesta a la nave estelar al océano de demencia que chapoteaba a su alrededor.

Y a pesar de todo, la *Validus* flotaba a la deriva como si se encontrara en mitad de un mar en calma. Los veteranos más curtidos de la tripulación de siervos hablaban con preocupación sobre aquella circunstancia tan inusual. Algunos, aquellos que pensaron que era seguro hacerlo lejos de la vista de las hermanas, incluso se arrodillaron y le rezaron a Terra y al Emperador.

La disformidad era tormentosa, y siempre había sido así. Pero allí, en aquel lugar, había una cavidad sin agitación ni estruendo, una extensión donde todo parecía

calmado. Si se hubiera tratado de la superficie de un océano planetario, no hubiera habido un soplo de aire, tan sólo agua tranquila y cristalina de un horizonte a otro. El capitán de la nave jamás había visto algo así, y siguiendo la tradición de todos los marineros desde los primeros viajes de la humanidad en embarcaciones de madera, tanto él como sus tripulantes se atemorizaron y maldijeron.

En otro lugar, en las cubiertas inferiores de la *Aeria Gloris*, la energía se canalizó hacia los mecanismos capaces de abrir túneles a través de las capas del espacio-tiempo, y una gran llama de luz incandescente envolvió la plataforma teletransportadora de la nave. Las mujeres que estaban sobre ella brillaron con luz trémula, como si hieran espejismos, y desaparecieron.

El resplandor de transición se desvaneció en la oscuridad y la hermana Amendera hizo indicaciones con la espada ya desenvainada. A su derecha, Leilani empuñaba una pistola bólter en una mano y un auspex en la otra, con la atención puesta en el repiqueteo del dispositivo sensor.

A su izquierda, Thessaly cortaba el aire gesticulando sus órdenes, en dirección a las tres hermanas vigilantes que las habían acompañado.

Kendel deslizó rápidamente un dedo por su frente sin pensarlo y trazó con gesto distraído las líneas rojas del tatuaje del aquila. Tomó aliento y miró rápidamente a su alrededor para estudiar el pasillo bajo y amplio en el que habían aparecido. La dama había esperado encontrar la sala fría, y tal vez el aire enrarecido por la ralentización de las funciones de soporte vital y la proximidad con el casco exterior. Le había ordenado al servidor de teletransporte que no las dirigiera demasiado profundamente hacia el interior de la masa del *Validus* por temor a que el riesgo de una integración incorrecta pudiera acrecentarse con la distancia de proyección. Pero el aire allí era cálido y seco, como un desierto justo tras la puesta del sol.

Y aún más, había una quietud muy peculiar, como si las motas de polvo a su alrededor estuviesen suspendidas en alguna clase de fluido espeso.

Kendel avanzó sosteniendo la espada por delante de ella, cortando el aire con pequeños movimientos exploratorios. Pese a su leve incomodidad, no podía encontrar nada fuera de lugar. La gravedad parecía normal, y no olía a… nada.

—Afloramientos termales en esa dirección —indicó la hermana Leilani, con la voz extrañamente monótona.

Apuntó hacia delante, hacia el final del pasillo. Allí había formas apiladas desordenadamente más allá del resplandor verdoso de los lumes de las paredes, afiladas estructuras de tubos de metal y cables.

«Jaulas», indicó Nortor.

La dama asintió y avanzó. No se había aventurado más de unos pocos pasos cuando un grito sofocado de alarma hizo que se diese la vuelta. Una de las vigilantes

se había aproximado a un pilar de hierro que salía desde la cubierta hasta el techo superior. Tenía una mano cerrada formando un puño y la abrió hacia su comandante. Amendera vio caer suavemente una lluvia metálica de entre sus dedos resplandeciendo bajo el brillo del lume. La vigilante señaló hacia el pilar indicando dónde lo había tocado. Los guantes de la hermana habían dejado marcas en el hierro. Se desmoronaba incluso bajo el toque de la luz, convirtiéndose en polvo.

Kendel chasqueó los dedos y la hermana Leilani se dirigió obedientemente hacia el puntal. Una vez allí, pasó el dispositivo de exploración por toda la superficie. Frunció el ceño y repitió la acción, claramente descontenta con la lectura inicial.

—Es extraño —admitió. Sus palabras sonaban apagadas y distantes—. El auspex indica que esta pieza de la estructura de la nave es mucho más antigua que el resto del metal de este pasillo… —Frunció todavía más el entrecejo—. Del orden de varios millones de años.

La dama se permitió a sí misma la rareza de un débil gruñido de rechazo e indicó a sus tropas que siguieran adelante. Pese a lo extraño de la situación, no podían perder tiempo en minucias como ésas. El grupo avanzó en dirección a las jaulas vacías, y Kendel comprendió de inmediato dónde las había depositado el teletransportador. Se encontraban en el perímetro de los rediles de la *Validus*, donde se guardaban los animales de caza utilizados por las escuadras fiscalizadoras de la nave.

Un momento después de darse cuenta de aquello, como si hubiera cruzado una membrana invisible, un bombardeo de sensaciones la asaltó. Allí no había ninguna barrera de campo de fuerza, ningún muro separaba unas secciones del pasillo de otras; era simplemente que en un momento el aire a su alrededor parecía muerto y quiescente y al siguiente era denso y estaba repleto de olores y sonidos. Quizá, al igual que la distorsión del tiempo alrededor del puntal metálico, los dos extremos del pasadizo existían en diferentes estados. Nortor se acercó a ella y vio como la cara de la otra hermana se arrugaba con una mueca sutil de disgusto. Allí, el aire era espeso, con el pestilente y rancio olor a cobre de la sangre derramada, un pesado perfume de óxido que casi ocultaba otro, el olor terroso de la carne podrida y los excrementos. El aire contaminado transportaba también un sonido diferente; era claro y chirriante. Kendel oyó un rechinamiento metálico, un goteo procedente de una de las esquinas envueltas en sombras. Avanzó por una estancia arrasada y vio una masa de pequeños huesos, carne y plumas blancas en su interior. Entre las piezas del raptor muerto había circuiros cibernéticos de un dorado brillante que destellaban cuando les daba la luz.

Una de las hermanas vigilantes apuntó con su bólter en dirección al sonido y pulsó con el pulgar un interruptor en un lado del arma; una barra iluminadora fijada al cañón se activó y proyectó un óvalo frío de luz blanca frente a ella. El mido metálico cesó, y en el eje luminoso de la antorcha brillaron unos ojos. Más haces luminosos

cruzaron el aire para descubrir a un gran mastín de pelaje pálido que olisqueaba en dirección a la mujer. El hocico del perro biónico estaba húmedo, y al ritmo de sus jadeos, las ampollas de vidrio de fluido acelerador implantadas en su espalda tintineaban unas contra otras. A un lado, Nortor chasqueó los dedos para impartir una serie de órdenes, pero el animal hizo caso omiso de las mujeres. Después de un momento, el perro de caza miró alrededor e inclinó la cabeza para volver con lo que estaba haciendo. Kendel dio un precavido paso para acercarse y el animal quedó por completo a la vista. Estaba lamiendo una amplia mancha de sangre estancada alrededor de la cabeza y el cuello de un siervo de la tripulación. La parte superior del cráneo del hombre estaba abierta y en una mano sostenía un lanzaestacas de la Hermandad. Kendel estudió con atención la escena durante unos momentos. Parecía que el siervo había intentado usar el arma para clavarse las piernas a la cubierta disparando, en primer lugar unos clavos largos a través de cada tobillo y luego otro atravesando su mano libre.

—Ha tratado de crucificarse a sí mismo —dijo Leilani.

El perro biónico las estaba mirando de nuevo, y lentamente sus labios se separaron y dejaron a la vista unos dientes metálicos. Un gruñido grave comenzó a subirle por la garganta. Kendel oyó el fluido borbotear y silbar en los tubos. Conocía de primera mano el daño que esos animales podían hacer ya que ella misma había dado en alguna ocasión órdenes de soltarlos. La dama miró a la hermana Thessaly e hizo un gesto con la mano abierta.

«Quémalo».

La hermana obedeció al instante. Nortor se descolgó el arma del hombro y encendió la llama piloto con un solo movimiento fluido. Antes de que el perro tuviese la oportunidad de lanzarse a la carga con sus zarpas de acero, la hermana apretó el gatillo y roció al animal con un chorro de promethium abrasador. Murió dando un alarido y lo dejaron en el lugar en que cayó, moviéndose hacia uno de los bordes de la rampa de acceso.

Kendel vio a su novicia entretenerse un momento alrededor del cadáver del animal y chasqueó los dedos. La cabeza de Leilani se inclinó en un gesto de aceptación y la siguió de inmediato.

La luz de las lámparas de los bólters barrió la zona a izquierda y derecha alrededor de ellas, y Kendel miró de reojo a las otras mujeres.

«No será el único muerto que veamos hoy —indicó mediante señas—. Mirad».

Las vigilantes avanzaron y amontonados, aquí y allá, apilados contra los muros o las jaulas hechas añicos, había un muerto tras otro. Raptores, perros de caza y sirvientes.

Pero ni una sola hermana.

Los planos de cubierta del *Validus* habían sido codificados en los tubos de

memoria del auspex de Leilani, y una vez que la expedición de a bordo había encontrado su rumbo, era simplemente cuestión de orientarse con el fin de reconocer las cubiertas interiores de la nave negra para dirigirse hacia la comandancia y el puente de mando. La hermana Thessaly se detuvo un momento para enviar de vuelta a la *Aeria Gloris* un mensaje, una serie de chasquidos que significaban que todo iba bien, que la misión procedía conforme a lo planeado; pero la novicia no pudo evitar preguntarse cómo aquello que habían encontrado podía ser «como estaba planeado».

La *Validus* era una nave muerta, una tumba flotante, y si no había sido silenciosa en el pasado, en esos momentos lo estaba siendo realmente. Leilani conocía los protocolos de emergencia tan bien como cualquier hermana. Las órdenes de a bordo de las Naves Negras eran rígidas e inamovibles: en el caso de que alguna catástrofe en la nave fuera de una magnitud tal que la comandante de la tripulación no pudiese dominarla, los dispositivos de seguridad podían inundar las cubiertas de las mazmorras con el devorador de vida, un arma biológica de terrible y fulminante virulencia. Si las hermanas a bordo de aquel navío estaban tan muertas como los siervos que habían encontrado, también lo estarían los brujos.

Debía de ser así; si no, ¿por qué entonces la expedición seguía con vida, por qué no habían sido atacadas en el momento en que fueron teletransportadas a bordo? Más aún, ella sabía que cualquiera que fuese la cosa que hubiese matado a los desafortunados que habían encontrado no había sido ni gas ni armas biológicas.

Siguieron avanzando hacia las profundidades de la nave negra y pasaron por largos corredores de celdas de evaluación amuralladas en las cuales unas placas esféricas de fases de hierro psicotóxico cruzaban las bases entre las cubiertas útiles. Sobre sus cabezas, los vagones colgados de raíles angulares que en otro tiempo transportaron a la tripulación y el material de una cubierta a otra por todo lo largo y ancho de la nave, del tamaño de una ciudad, estaban detenidos a mitad de trayecto. A lo largo del camino encontraron más signos de fenómenos extraños: otros lugares donde el casco de metal había sido transformado en polvo o en una masa húmeda por alguna causa desconocida; una sección donde el aire estaba nublado por un humo que pendía como una imagen congelada incluso cuando se pasaba a través de él, y habitaciones en las que las paredes, suelos y techos estaban cubiertos por una capa de pintura molecular formada por sangre humana. No había coherencia o razón alguna en todo aquello para Leilani. Quizá todas aquellas aberraciones habían sido provocadas por el contacto con la disformidad.

Finalmente, llegaron al puente de mando, donde otro ancho corredor se ramificaba hacia pequeñas cámaras auxiliares, abiertas en un extremo hacia el anfiteatro del puente del *Validus*. Allí, iluminadas por el resplandor amarillo sin llamas de los lúmenes, había masas de cuerpos apilados unos sobre otros de un modo desordenado, como si una multitud apretujada hubiese desfallecido al unísono y sus

componentes se hubieran quedado en el mismo sitio donde habían caído. Delante ella, la hermana Thessaly vaciló un momento y alzó la mano para dar el alto al resto del grupo. Había un extraño murmullo en el aire, un tenue fluir, como el sonido de las olas en la orilla. La novicia necesitó un tiempo para darse cuenta de lo que estaba respirando. Escudriñó un grupo de cuerpos cerca de ella. Eran siervos de la tripulación, y sus uniformes de faena estaban sencillamente adornados, con el mínimo de galones y símbolos. Se sobresaltó. No estaban muertos. Ninguno de los que había allí estaba muerto. En lugar de ello, la totalidad de la masa de tripulantes permanecía tendida, con los ojos en blanco mirando pero sin ver, sumidos en una especie de catatonia.

Nortor empujó levemente a uno de ellos con la puntera de una de sus botas. Viendo que no reaccionaba, se agachó y tomó la mano de uno de los siervos. Sin pensárselo demasiado, la hermana del silencio le rompió uno de los dedos de la mano. Sonó el chasquido húmedo del hueso al partirse, pero nada más.

La hermana Amendera se abrió camino a través de los cuerpos para ojear en el interior de una escotilla abierta en la pared más lejana. Leilani la siguió y reconoció el hueco. Era la entrada a una de las capsulas de salvamento. Allí dentro había más cuerpos, alguno de ellos con los cinturones de los asientos de la cápsula de escape ya abrochados. Otros yacían dispersos como gotas sobre el suelo. Como los siervos del corredor, todos ellos estaban vivos pero inconscientes. La novicia evaluó el rostro de un hombre y vio por los galones de sus hombreras que se trataba de un oficial de puente. Sus ojos eran como los de una muñeca, vítreos e infinitamente abiertos.

—Sea lo que sea, les ha destruido las mentes. —Echó nuevamente una mirada alrededor del corredor—. Todos ellos, todos al mismo tiempo.

A Leilani se le secó la garganta al imaginar esta escena repetida por toda la *Validus*, con cada miembro de la tripulación reducido a una cáscara carnosa. Todas las mentes aniquiladas por algún catastrófico e instantáneo destello de fuerza psíquica.

—En nombre de Terra, ¿qué ha ocurrido aquí? —se preguntó con un susurro.

A lo lejos, corredor abajo, una de las vigilantes dio un golpe seco en la pared de acero para atraer su atención.

«No hay hermanas», indicó mediante gestos.

«Adelante», ordenó la dama del olvido.

Las vigilantes apartaron los cuerpos de los tripulantes caídos para despejar el acceso al puente, y las hermanas del silencio entraron con las armas preparadas y lanzando miradas a cada una de las sombrías esquinas, preparadas para repeler cualquier ataque. Una larga plataforma se extendía sobre el óvalo principal del foso de control varios metros más abajo. El puente estaba diseñado de modo tal que la oficial al

mando de la nave negra pudiera permanecer en la borda como si fuese la proa de un navío oceánico y ver a su personal de menor rango bajo ella. Sólo el tripulante más experimentado tenía acceso a ese puesto, y una amplia pantalla frontal de parpadeo hololítico formaba un arco de lentes cristalinas sobre sus consolas. La mayoría de los monitores eran poco más que una lluvia de interferencias, pero algunos seguían funcionando, mostrando los procesos autónomos del interior del núcleo conductor de la nave negra, el latido constante del soporte vital. Leilani se percató de que uno de los monitores mostraba imágenes de una cámara exterior. La proa roma de la *Aeria Gloris* era visible, desvelando entre sombras el agitado infierno rojo púrpura del espacio distorsionado. Otros monitores activos mostraban líneas de oscuro carmesí y dejaban un rastro de señales de emergencia. Una de las vigilantes escudriñó un panel de ingeniería moviendo sus largos dedos cubiertos de cuero a lo largo de las teclas.

«El aniquilador de vida no está activado —informó—. No se liberó la opción de exterminación en la nave».

Nortor alzó la vista de una consola situada junto al trono del comandante.

«El cuaderno de bitácora está intacto».

Kendel envainó su espada con una mueca y le indicó por señas a la hermana Thessaly que continuara. La otra mujer tecleó una cadena de claves y un crepitante zumbido salió de las rendijas del comunicador camuflado en la estructura de acero.

Leilani miró hacia un hombre ataviado con el quepis oscuro de comandante que estaba tendido contra un puntal con forma de «Y» de la cubierta de sotavento. Era la voz de ese hombre la que llenaba el aire húmedo del puente mientras el cilindro de datos se rebobinada. Cada entrada era corta y precisa, y estaba subrayada por un código chasqueante que indicaba una serie de datos numéricos. El capitán de la nave hablaba de una señal urgente que había sido recibida fuera de las normas habituales para los protocolos de contacto, una débil súplica. Los astrópatas a bordo del *Validus* habían considerado que estaba expresada de un modo extraño, y se sintieron ligeramente perturbados. Los psíquicos autorizados se quejaron por la inquietud que les provocaba el comunicado, y también se sintieron asqueados por la peculiar resonancia que se aferraba a la señal, un desplazamiento en las fases que los incomodaba en gran medida. Y aun así, el mensaje estaba en orden, ya que contenían las claves que garantizaban la autoridad de los más altos niveles de la Hermandad del Silencio. La novicia vio el ceño fruncido en el rostro de su señora, y cómo entrecerraba los ojos. Las órdenes impartidas por la hermana Harroda no habían mencionado en absoluto un mensaje enviado a la nave antes de su desaparición.

El capitán habló de la única orden que contenía la transmisión. Le ordenaban dirigir a la nave hasta esa región de la constante turbulencia de la disformidad y quedar a la espera de posteriores contactos. Así lo había hecho, y lo único que encontró fueron los primeros incidentes de aquel fenómeno atemporal que las

hermanas habían detectado en su paso a través de las cubiertas más bajas. Concluida la entrada y tras una pausa, Nortor accionó la siguiente secuencia.

«Es la última», indicó.

Se oyó de nuevo la voz del capitán, pero en esta ocasión parecía un hombre diferente. La lucidez impasible con la que había grabado los primeros registros había desaparecido. Leilani escuchó cuidadosamente y detectó picos de un pánico puro en las palabras del capitán, que luchaba por mantener el poco autocontrol que le quedaba. Lo oyó detenerse y murmurar, y su voz subía y bajaba conforme lo hacía su inquietud acerca del destino de su nave.

Allí, entre la repentina y ajena calma, algo había empezado a devorar las cubiertas de las mazmorras. Toda la masa de psíquicos se despertó al mismo tiempo, se movió como una marea e irradió como una nova dentro de las celdas metálicas de contención y sobrecargó los grilletes neurales que los mantenían apresados. Los potentes filtros amortiguadores bombeados a su torrente sanguíneo se volvieron débiles e ineficaces. El coro astropático de la *Validus* comenzó a gritar. Hubo llantos y gritos y…

Silencio.

«El último registro termina aquí —señaló la hermana Thessaly—. No hay nada más».

Leilani se sintió asqueada, como si una pátina de suciedad cubriera repentinamente su cuerpo. La idea de unos psíquicos sin control y sueltos en tal número le parecía totalmente aborrecible. Era todo contra lo que estaba la Hermandad, y el pensar que estaba tan cerca de una cosa así la hizo sentirse mancillada.

La novicia luchó por reprimir un estremecimiento y se encontró con la mirada perdida en la pasarela que recorría la plataforma del puente. Arriba había una escotilla simple, un delgado disco de metal fijado en un duro anillo de hierro negro, tras el cual había un estrecho túnel que conducía al habitáculo de los astrópatas, donde los psíquicos entrenados de la nave podían enviar mensajes para su transmisión a través de las profundidades interestelares. Este tipo de secciones de las naves estelares estaban siempre fuertemente protegidas, ya que incluso la cantidad más ínfima de interferencias telepáticas podía alterar las delicadas vías sensoriales. A bordo de una nave negra, ese tipo de problemas se multiplicaba por mil.

Únicamente los mejor entrenados, los especímenes astrópatas más firmemente controlados, podían llegar a servir en una nave que era como una explosión de ruido psíquico, e incluso para ellos la expectativa de vida era una fracción de la de sus compañeros que se encontraban a bordo de naves interestelares convencionales. Incluso su santuario, aislado del resto del navío mediante tecnologías muy avanzadas, campos de energía y metales psíquico-resistentes, era una endeble protección para

ellos. Leilani no pudo evitar preguntarse qué habría pasado allí tras ese… despertar. Miró hacia atrás buscando la mirada de la dama del olvido. La hermana Amendera hizo varias señas en el lenguaje de batalla. Estaba claro que había llegado a la misma conclusión.

«Investiga y evalúa».

La novicia asumió las órdenes con ánimo sombrío y asintió con la cabeza. Se quitó la capa para poder entrar con facilidad en el estrecho conducto situado sobre sus cabezas. Leilani desenfundó la pistola bólter, comprobó el arma y alargó una mano hacia la escalera de acceso tratando de que no le temblara.

La escotilla se abrió de par en par frente a ella para mostrarle un túnel oscuro y poco profundo cuyo lejano extremo final se mostraba a la luz de iluminadores de color azul pálido. Sin mirar atrás, ascendió con su pistola preparada. Notó el olor a descomposición en el aire estancado del compartimento.

La estancia era esférica y sus paredes perfectamente lisas. La luz tenue que se derramaba desde los lumes ovales se concentraba formando un anillo alrededor del ecuador interior. La superficie de la lóbrega sala relucía suavemente por las intrincadas líneas microscópicas de texto que la cubrían por completo de un polo a otro. Leilani se sintió confusa durante unos momentos al notar algo fuera de lo habitual, y al segundo siguiente supo la razón.

—La gravedad —dijo en voz alta—. Aquí hay gravedad.

Generalmente, los astrópatas a bordo de una nave de esta clase vivían en un burbuja libre de gravedad, aislados de los generadores de gravedad del resto de la nave, de tal forma que pudieran flotar libremente sin verse afectados por algo tan bajo, tan mundano como andar sobre los pies. Pero allí, el campo anulador estaba inactivo. Buscó y encontró un centelleante panel de control algo alejado de los curvados muros, donde los interruptores de mando habían sido manipulados para inutilizarlos. Fue entonces cuando los vio y comprendió lo ocurrido. Había tres astrópatas en el coro de la *Validus*, y parecía como si, en el tiempo en que estuvieron flotando, se hubiesen desprendido con mucho cuidado de sus capas y las hubieran usado a modo de cuerdas, fijando un extremo a las cadenas de la parte superior de la sala vacía y el otro alrededor de sus cuellos. Entonces, uno de ellos debió de destruir los controles, lo que permitió que el peso de la gravedad reclamara sus cuerpos y les quebrara el cuello.

Los cadáveres de los psíquicos muertos se balanceaban ligeramente en la corriente de aire que había seguido a Leilani por el túnel de acceso. No puedo evitar fijarse sólo en ellos bajo la tenue luz. Tenían los rostros hinchados, con las órbitas de los ojos veteadas de sangre y las mejillas convertidas en jirones de carne húmeda en los lugares en los que se habían arañado presas de alguna especie de enloquecimiento.

Cuando la hermana Leilani regresó a la plataforma del puente, Kendel leyó en la palidez de su rostro lo que la joven había visto en la cámara astropática.

«Todos los objetivos han acabado consigo mismos».

La hermana novicia dio su informe en lenguaje de batalla sin pensar, pero Kendel prefirió no corregirla. La visión había conmocionado a la chica. Mollitas era mucho más fuerte de lo que ella creía. De no haber sido así, la dama nunca la habría elegido como su ayudante. Sin embargo, la muchacha se mostraba reticente a poner a prueba sus propios límites, y, hasta haberlo hecho, el Juramento de Tranquilidad, la marca del aquila y la verdadera Hermandad estaban más allá de su alcance.

«¿Ordenes?».

La hermana Thessaly se había puesto delante de su comandante mientras jugueteaba con su arma.

La dama del olvido vaciló un momento y luego señaló con un gesto a la más veterana de las hermanas vigilantes.

«Dividid las escuadras —indicó mediante señas—. Las vigilantes, dirigíos a popa. —Kendel se tocó el pecho—. Esta unidad, adelante. Descended y reagrupaos».

Luego unió las manos en una palmada. En cierto contexto, el símbolo podía significar «alianza», en otro, «colisión», y en otro, «amalgama». En aquél, indicaba un objetivo que debía ser localizado y aislado. No era necesario que indicara cuál era el objetivo. Las últimas palabras del capitán lo habían dejado muy claro.

Cambió el código de lenguaje. «Encontraremos a nuestras hermanas —les dijo—. Es nuestra orden y nuestra obligación».

Nortor hizo la señal del aquila.

—En nombre del Emperador —susurró Mollitas.

Se adentraron en el interior de una caverna helada. Las botas crujieron al pisar las placas de escarcha j de nieve. El pasillo de acceso a las cubiertas de las mazmorras estaba cubierto con una capa de aguanieve gris aceitosa. Era una imagen peculiar en el interior de las salas metálicas de una nave estelar, más propia de un día de invierno en alguna colonia de algún mundo distante. El aliento de Kendel le salía de la boca en vaharadas blancas. Lanzó una mirada inquisitiva a la novicia. Ahora estaban en las entrañas de la *Validus*, en ningún lugar cercano al casco exterior donde el ávido y absorbente frío del espacio las alcanzase. La dama alzó una mano hada el cuello de su armadura para activar el control del comunicador con la intención de mandar señales a las vigilantes. ¿Veían lo mismo que ellas? ¿Era aquello otro de los extraños efectos puntuales que habían aberrado diseminados por la nave negra abandonada?

Pero un gesto de Nortor la hizo dudar. La otra hermana señaló con un gesto las altas columnas de hielo sucio agrupadas en una esquina. Había movimiento tras ellas, y respiración, un halo blanco en el aire.

—¿Quién anda ahí? —dijo la hermana novicia en voz alta—. Sal al descubierto.

Kendel sintió una débil y familiar presión en la parte trasera de su cráneo. Era semejante a la sensación de la pesadez del cielo tras una tormenta, o el más débil de los ecos. Estaba desenvainando ya su espada con pomo en forma de cabeza de águila cuando una figura salió repentinamente disparada de entre los pilares de hielo, medio corriendo y medio patinando en dirección a ellas. Se trataba de un hombre cubierto por completo de escarcha. Un grillete metálico y el extremo de una cadena rota tintineaban con estrépito alrededor de uno de sus tobillos. Kendel se encontró delante de una sonrisa maliciosa y unos ojos tan abiertos que dejaban ver demasiado blanco. Unos halos de vapor se le estaban formando alrededor de las manos, y ella sintió como la baja temperatura siguió cayendo aún más. El individuo estaba conjurando nieve a partir del propio aire, y la aferraba mientras la moldeaba para darle forma de cuchillas de hielo. Kendel conocía muy bien a esa especie: era un criogénico. Alzó una mano para impedir que Nortor le disparara con el bólter, y permitiendo así que el psíquico se acercase a ellas. Sus pies desnudos chapoteaban contra la chapa congelada de la cubierta.

Captó el momento en los ojos de hombre, como le había ocurrido en muchas ocasiones anteriores con otras presas, el momento en que lo comprendía de repente. A mitad de carrera, el psíquico atravesó el borde y entró en la periferia borrosa y fantasmal donde el gen paria de Kendel comenzaba a ejercer su influencia sobre él. Había entrado en la zona invisible en la que la naturaleza intocable de la hermana creaba una zona de anulación en el sombrío espacio de la disformidad. El don era más fuerte en algunas de las hermanas de Amendera que en otras. En algunas, el grandioso don del silencio se manifestaba de distintas formas. A la dama del olvido la rodeaba una esfera invisible que se extendía más allá de su carne y que sofocaba el poder de cualquier psíquico con una fuerza que crecía cuanto más próximos estaban.

El criogénico dio un traspié, y la tormenta de hielo que había creado a partir del propio aire se evaporó repentinamente en sus manos convertidas en zarpas. El hielo se resquebrajó por completo. Kendel lo miró fijamente, con hostilidad, y movió la cabeza en un gesto de advertencia.

El psíquico saltó. Incluso un animal hubiera tenido el instinto de reaccionar como si estuviese frente a una barrera, y se hubiera acobardado retrocediendo. Pero si el sentido común había existido alguna vez en aquel hombre, sin duda, en esos momentos, lo había abandonado. Sin dejarse desanimar, lanzó un grito y se arrojó contra ella en un intento de arañarle los ojos.

El efecto paria, a pesar de lo poderoso que era, sólo podía proteger contra la brujería del contacto telepático y otros ardides semejantes. Contra el ataque físico, contra los disparos, las espadas o las garras, no ofrecía ninguna clase de escudo. Por eso, las Hermanas de Silencio se sometían a años de entrenamiento en la Schola

Bellus de Luna. Kendel golpeó el cráneo del criogénico con el pesado remate de bronce de la empuñadura de su arma con un gesto casi despreocupado. Impacto con un crujido seco y el psíquico cayó de rodillas sobre la cubierta, deslizándose sobre la fina capa de hielo.

—¿Es que no ves quiénes somos? —le gritó la hermana Leilani—. En nuestro silencio no puedes causarnos ningún daño.

—¡No puedes oír! —le gritó el psíquico. Su voz sonó como un ladrido repentino y átono—. ¡Si yo no puedo oír, tú no debes hacerlo! —Volvió a ponerse en pie y otra vez se abalanzó contra Kendel—. ¡No debes oír!

Estaba loco, sin duda alguna. Quizá la energía liberada que había destruido las mentes de los miembros de la tripulación y de sus siervos se había limitado a trastornarle la mente a ese psíquico, y en el desorden que se produjo después encontró el modo de escapar de las celdas de la nave negra. No era asunto suyo. No sacarían nada en claro de aquel brujo.

La dama del olvido se lanzó al ataque, con la espada larga empuñada para un golpe de reverso. Giró sobre sí misma colocando la hoja a la altura de la garganta del criogénico y le propinó un mandoble justamente allí. El propio impulso del psíquico lo decapitó. Un chorro de fluido carmesí cruzó el aire y luego se esparció a lo largo de la nieve sucia. Varias gotas de sangre le salpicaron la coraza dorada, pero el flujo procedente de las arterias fue esporádico y no tardó en cesar.

Pasó por encima del cadáver y caminó sobre el hielo y la nieve mientras los últimos borbotones rojos se encharcaban sobre la fría cubierta. Un delgado efluvio de vapor se desprendió a todo lo largo de la hoja de su espada.

«¿Qué quería decir?». —La hermana Thessaly se colocó a su lado e hizo los signos con mucho cuidado—. «Habló de oír algo. Quizá guarda relación con las últimas palabras de la comunicación desde esta nave».

Kendel se llevó dos dedos a la barbilla, y Nortor asintió en una pausada conformidad.

—Hablad —murmuró la hermana Leilani—. Pero ¿para qué?

Cuanto más avanzaban, más fuerte era la sensación de que algo nuevo se acercaba. Era una extraña densidad en la atmósfera, un espesamiento en el aire que acarreaba consigo un sabor metálico y oleoso que Leilani no pudo quitarse de la garganta a pesar de todos los sorbos de agua que bebió de la boquilla del dispensador instalado en la gorguera de su armadura. Sabía que la dama del olvido y la doncella del vacío también lo sentían. El estado de ánimo de la escuadra se fue haciendo más receloso y sombrío a medida que pasaban a través de las secciones exteriores de las áreas de contención, las celdas de las cubiertas de mazmorras donde los reclusos menos peligrosos eran encarcelados habitual mente. La novicia miró por casualidad al

interior de una de las celdas cerradas que eligió al azar. Allí había una extraña pasta húmeda de una materia que parecía haber sido cuerpos, como si la carne hubiese sido batida y prensada. El aire era anormalmente estático, denso hasta el punto que adquiría las propiedades de una membrana. Leilani sintió su toque fantasmagórico en el rostro desnudo, como la vaporosa caricia de una tela de araña.

Thessaly Nortor, que marchaba delante, siempre a la cabeza, se detuvo en seco y sus botas rechinaron. La novicia se quedó helada a la espera de que el siguiente psíquico enloquecido o fenómeno extraño apareciese delante de ellas. En lugar de eso, la doncella del vacío se volvió hacia las otras dos mujeres e hizo la señal que significaba «hermana».

Las hermanas se encontraron con ella en mitad de la sala. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre las oscuras placas de hierro de la cubierta. Tenía la cabeza inclinada en un estado de concentración y la espada desenvainada, con las dos manos apretadas alrededor de la delgada empuñadura. Leilani se dio cuenta de la peculiar calma que parecía emanar del cuerpo de aquella mujer. Se trataba de una ausencia de emoción o de energía. Un silencio, a falta de una palabra más correcta.

Estaba moviendo la boca, pero no emitía ningún sonido. A pesar de ello, la novicia sólo tuvo que leer una palabra o dos en sus labios para saber qué letanía estaba recitando sin palabras. Sin darse cuenta, Leilani repitió las palabras en voz alta:

—«Somos buscadoras y encontraremos nuestra presa. Somos guerreras y llevaremos la desgracia a aquellos que se nos opongan…».

Se calló, y sus mejillas enrojecieron.

La hermana Amendera frunció el ceño y Leilani miró nuevamente a la hermana. La otra mujer tenía una cola de caballo de pelo de color rojo oxidado que le colgaba suelta, lacia y empapada en sudor desde la parte alta del cráneo, que llevaba rasurado. Una línea de color rosa pálido le marcaba el lado izquierdo de la cara y del cuello desde el pómulo. La cicatriz apuntaba como una flecha hacia el símbolo del relámpago grabado en ambas hombreras. Tenía el mismo rango que Kendel, y al darse cuenta de ello, Leilani la reconoció.

Con un jadeo seco, la hermana Emrilia Herkaaze, miembro de la escuadra de las Garras Blancas, abrió los ojos. Su meditación de combate se había roto y alzó la mirada hacia ella. El ojo izquierdo de la mujer, enmarcado por las cicatrices, era un intrincado implante de vidrio azul y engranajes dorados. Miró a Leilani de arriba abajo con una expresión fría e inquisitiva.

Herkaaze hizo caso omiso de la mano que le ofreció Nortor y se puso en pie mientras desentumecía el cuerpo. La dama del olvido tornó su mirada hostil hacia Kendel. La mitad inferior de la cara de la mujer estaba oculta tras una máscara que parecían barrotes, pero la novicia se dio cuenta de que su boca estaba torcida en una

mueca de desprecio.

«Sabría que vendría alguien —comentó por señas la otra dama—, pero nunca pensé que fueses tú».

La expresión del rostro de Kendel se volvió helada.

«La misión ha recaído en nosotras. Las Dagas Tormentosas vamos allá donde se nos ordena».

La tensión entre las dos damas era tremenda, y Leilani no pudo evitar pensar de nuevo en los rumores que había oído acerca de la feroz rivalidad entre Kendel y Herkaaze. Una historia que le contaron otras novicias decía que las mujeres habían luchado contra un brujo de fuego en Sheol Trinus. Herkaaze, no dispuesta a retirarse ante un enemigo tan poderoso para reagruparse luego, fue golpeada por varios escombros ardientes, y más tarde culpó a Kendel por haberle negado su apoyo. Leilani no creyó esa historia en su momento, pero en ese instante, al ver la vieja herida de la hermana Emrilia, se preguntó si había habido algo de verdad en todo aquello.

Herkaaze se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y se acercó a la novicia.

«¿Ya has visto suficiente, parlanchina?», le preguntó por señas.

El ojo implantado centelleó y Leilani bajó la mirada a la cubierta, acobardada.

«Noto la presencia de brujería —indicó la hermana Thessaly—. Muy cerca».

La dama marcada por las cicatrices hizo un gesto de asentimiento, pero no dijo nada más. En vez de eso, se concentró de nuevo en su antigua camarada.

«¿Vosotras sois todo? ¿Vosotras tres?».

La hermana Amendera hizo un gesto negativo con la cabeza.

«Una lanza de hermanas vigilantes nos apoya. Las he enviado por una ruta secundaria, por las cubiertas de popa».

Herkaaze hizo un ruido burlón desde el fondo de su garganta.

«Entonces las has mandado a la muerte».

Al oír aquello, Nortor apretó el puño contra la palma de la mano para teclear un mensaje en tono interrogativo a través de las superficies táctiles generadoras de señales de los nudillos de sus guantes. Leilani oyó el eco de la señal de corto alcance a través del comunicador de su equipo de campaña. Esperó por un momento la respuesta de «sin novedad» del otro equipo, pero sólo percibió el siseo de la estática. Nortor palideció imperceptiblemente y negó con la cabeza.

«Múltiples horrores han quedado liberados a bordo de esta nave. He perdido a muchas de mis propias hermanas a manos de los brujos enloquecidos que recorren libres esta locura —Herkaaze asintió para sí misma—. Matamos a tantos como pudimos».

La ira ardió en el rostro de Kendel y agarró por el brazo a la otra dama. No hizo

signo alguno, pero la pregunta estaba clara.

Con extrema cautela, la hermana Emrilia se soltó del agarrón de la otra mujer.

«No tuvimos tiempo de enviar una advertencia completa. Tuvimos que venir a construir un muro. De lo contrario, todo se habría perdido».

—¿Un muro? —Herkaaze se estremeció al oír el sonido de su voz, pero Leilani no le hizo caso—. No lo entiendo.

Nortor cruzó los brazos sobre sus blindados senos y apoyó los puños sobre los codos. La señal significaba «muro», pero también «bastión» o «cercado».

—¿Qué ocurrió aquí? —quiso saber la novicia.

«Respóndele», le exigió Kendel.

Herkaaze le lanzó a la joven una mirada furibunda, pero finalmente asintió. Comenzó a hacer señales con el lenguaje signomental, de forma rápida y brusca. Los movimientos fueron tan rápidos y ligeros, tan ágiles, que a un observador sin la preparación adecuada le habrían parecido el kata de entrenamiento de algún arte marcial semejante a una danza.

La hermana Emrilia conectó los hilos de los acontecimientos pasados entretejiéndolos con la curiosa advertencia detectada por la estación Evangelion y lo encontrado en los archivos del cuaderno de bitácora del capitán de la *Validus*.

Después de que la nave negra hubiese virado y se hubiera quedado a la deriva en aquel extraño vacío dentro del vacío, unos impulsos psíquicos exploratorios se abrieron paso hasta el interior de la nave. Al principio, algunos de los miembros de la tripulación declararon ver fantasmas acechando en los corredores; tales observaciones no son infrecuentes en las naves en las que la terrible agonía de los telépatas enjaulados dejaba manchas psíquicas en las mamparas, pero éstos no eran espectros ordinarios.

Esos fantasmas se movían de forma coordinada y se dedicaban a realizar tareas que parecían más militares que paranormales. Y muy poco tiempo después, los disturbios estallaron con violencia a través de las cubiertas de las mazmorras. Muchos de los psíquicos se mataron entre sí o murieron cuando las pulsaciones de fuerza psíquica azotaron sus celdas. Herkaaze admitió que ella y sus hermanas se dieron cuenta demasiado tarde de que los ataques no eran aleatorios, sino que iban dirigidos hacia los psíquicos más poderosos de la *Validus*. Cada impulso perdido abría celdas y levantaba barreras, pero cuando se les concedió esta repentina libertad, los brujos capturados no huyeron. Más extraño aún; se adentraron en las entrañas de los oscuros espacios de las prisiones, buscándose los unos a los otros. Una escuadra de hermanas fiscalizadoras se aventuró en el interior y fue testigo de la brujería que estaban creando aquellos mutantes. Aquella mujeres murieron, pero no sin antes mandar un informe de lo que habían visto.

En sus estudios, Leilani había leído la mayor parte de los textos de las enormes

estanterías de la libraria en la Ciudadela Somnus, desde los primeros volúmenes de *Psykana Occultis* hasta el *Juicio mudo de Melanea Verdthand*. En esos tomos de investigaciones psíquicas y de saber popular, la joven hermana en espera de recibir los votos había aprendido mucho sobre los brujos. Ella creía que la fe en el combate con espadas, con bólter y con silencio era la mitad del arsenal de una hermana, y que el conocimiento sobre sus presas tenía la misma importancia. Por ello, había leído mucho de aquello de lo que eran capaces los psíquicos, y ése era el motivo por el que mientras Kendel y Nortor escuchaban con una creciente incredulidad el informe de Herkaaze, la novicia no hacía más que asentir, ya que sabía que unos hechos tan extraños eran perfectamente posibles.

La mujer de rostro ceñudo siguió hablando.

«Lo peor y lo más poderoso del tributo que transportaba la *Validus* se unió y se convirtió en una amalgama».

La hermana Emrilia tuvo mucho cuidado al utilizar la señal para esa palabra, ya que unió las manos y entrecruzó los dedos. Una amalgama en el sentido de fusión o de unión.

Leilani sintió que se le helaba la sangre.

—He leído sobre eso —la interrumpió de repente—. Una mente grupal, la formación espontánea de una conciencia telepática compartida. En la antigua Terra, en la Era de los Conflictos, el Estado nación llamado Jermani tenía un nombre para eso. Lo llamaban *gestalt*.

La hermana Amendera dio un paso hacia la otra dama.

«El devorador de vida. ¿Por qué no lo utilizasteis?», le preguntó moviendo las manos con energía.

Herkaaze la miró fijamente.

«Avería. Sabotaje/influencia exterior. Causa desconocida».

Las cuatro se quedaron un largo momento calladas e inmóviles. Cada una de ellas sopesó la importancia de lo que se había descrito. Fuera cual fuese la fuerza que había instigado aquello, el ímpetu que había creado aquella increíble confluencia de mentes, la cuestión en esos momentos era cómo enfrentarse a ello. Cómo acabar con eso, se corrigió Leilani, ya que no se podía permitir que una mutación tan radical como ésa siguiera existiendo en la galaxia ordenada y secular del Emperador.

La mujer de la cicatriz volvió a su explicación, aunque parecía estar menos enfurecida y más taciturna al recordar las órdenes que se había visto obligada a impartir. Sabía muy bien que las escuadras de cazadoras de brujos, de vigilantes y de fiscalizadoras que la *Validus* llevaba a bordo no serían suficientes en modo alguno para derrotar a una monstruosidad creada por el poder de semejantes brujos y elevada a una categoría tan enorme, por lo que la hermana Emrilia hizo lo único que se podía hacer.

La última orden que dio a sus hermanas fue que se desplegaran en las cubiertas inferiores. Cada una de las guerreras debía encontrar un lugar donde pudiera arrodillarse y recitar el credo, un sitio en el que pudieran concentrarse y sacar de ellas mismas y sin ayuda el don del silencio. Algunos ciudadanos llamaban a la Hermandad «las Hijas de las Puertas», en parte por la forma que tenían los cascos que formaban parte de su armadura, de media pieza, de tres cuartos o incluso de una sola pieza, y que estaban forjados de manera que recordaran a los pórticos fortificados de los castillos antiguos, pero también como muestra de respeto por la naturaleza de su misión: actuar como barrera entre la locura desatada de los brujos y la seguridad del Imperio. Por eso mismo, Herkaaze había dado la orden de rodear por completo al grupo mental que había a bordo de la *Validus* y mantenerlo allí. Cada hermana del silencio, con la señal del paria grabada con un fuego frío en las mentes de las monstruosidades psíquicas, era un bastión que los brujos no podían cruzar. Sin embargo, por esa misma razón, ninguna de las hermanas podía retirarse. Se trataba de una situación en punto muerto.

«Pero ahora que estás aquí —le indicó la hermana Emrilia por señas, volviendo a utilizar el lenguaje signomental—, podrás ocupar mi lugar mientras yo lo busco y lo mato».

Kendel apretó los labios. Su antigua camarada no había cambiado nada desde Sheol. La paliza que había recibido en aquel lugar desolado no la había hecho sentirse más humilde. En todo caso, la había convertido en una persona más intratable todavía. Allí estaban, hermana frente a hermana, con el mismo rango exactamente, pero Herkaaze le hablaba como si estuviera dirigiéndose a una subordinada.

«No somos vuestro refuerzo —le indicó por gestos—. Hemos venido a rescataros».

Su hermana la miró fijamente y la vieja cicatriz que tenía en la mejilla enrojeció. Al igual que ocurría con el ojo que había perdido, para los cirujanos de la Hermandad hubiera sido muy fácil curar y hacer crecer de nuevo el tejido que Emrilia había perdido en el rostro, de forma que su cara hubiera quedado como nueva. Sin embargo, ella había preferido mostrar aquella desfiguración como una especie de condecoración honorable. Amendera torció la boca en un gesto de desagrado. Algo así era de esperar en un astartes, pero no en una hermana.

«No podemos romper la línea. —El lenguaje corporal de Herkaaze era severo y acusador—. Bastará que se produzca un hueco para que este horror quede libre y pueda azotar a la galaxia. Es la única opción. Yo seré quien entre y lo mate».

««Nosotras —la corrigió Amendera al mismo tiempo que las señalaba a todas con un gesto de la mano—. Nosotras lo mataremos».

Nortor asintió.

«Mollitas puede ocupar ese puesto en la circunferencia. Nosotras tres nos adentraremos a mayor profundidad».

Kendel miró a la hermana novicia e hizo un gesto negativo con la cabeza. A pesar de todo el aprendizaje teórico y de su gran potencial, la hermana Leilani no estaba preparada para aquel tremendo desafío. Tenía demasiadas dudas, demasiados pensamientos que se arremolinaban en el interior de su cabeza, como para encontrar la serenidad necesaria para hacer salir de verdad el silencio. La dama del olvido le indicó con un gesto a la doncella del vacío que debía tomar el lugar de Herkaaze y arrodillarse en el suelo.

Por un momento, por un instante tan breve que alguien que no conociera a Thessaly Nortor no lo hubiera notado, la segunda al mando de Kendel titubeó. Luego hizo un gesto de asentimiento, desenvainó la espada y entró en un trance meditativo. Antes de inclinar la cabeza entregó su lanzallamas a Mollitas sin ceremonia o gesto alguno.

Leilani lo tomó en sus manos con otro gesto de asentimiento y se irguió procurando echar mano de todo su valor. La hermana Thessaly cerró los ojos y empezó a recitar las palabras del credo.

Un instante después. Herkaaze se puso en pie y se encaró a la otra dama.

«No hace falta refuerzo alguno. —Su lenguaje de batalla era furioso y cortante—. No intervengáis».

«En una ocasión me reprochaste que no acudiera en tu ayuda. ¿Harás lo mismo ahora, cuando os ofrezco mi asistencia sin que la pidas?».

Kendel trazó las palabras con gestos y vio cómo la cicatriz de la otra dama se ponía púrpura. La vieja herida indicaba la aparición de la furia de Herkaaze como si fuera una baliza señalizadora.

Por un momento, le pareció que la hermana Emrilia estaba a punto de expresar verbalmente su respuesta, pero luego se dio media vuelta.

«Vamos, pero ésta es mi nave, y yo tengo el mando».

Herkaaze no esperó a que Kendel le respondiera y echó a caminar en dirección a la escotilla.

«Confirmado».

La hermana Amendera hizo el gesto de cruzar los dedos sobre el pecho y se dio cuenta de que su ayudante la estaba mirando fijamente.

Al otro lado del muro levantado por Herkaaze se encontraba la locura, la locura; y los fantasmas.

Los espectros las atacaron en hordas atravesando el suelo y el techo, apareciendo de entre las sombras o desde detrás de las columnas de apoyo. Relucían y aullaban, y el ruido que producían se encontraba en el extremo mismo de la capacidad de

audición de las hermanas.

Las descargas de proyectiles de bólter y de fuego disparadas por los lanzallamas los atravesaban, y las espadas de poco más servían. Los espectros se les echaron encima y desaparecieron entre chillidos al evaporarse como el rocío de la mañana cuando sus energías chocaron contra los límites del efecto paria. Sin embargo, algunos de ellos eran de carne y hueso, y estaban escondidos entre la multitud confusa como una daga entre la ropa. Eran los tripulantes de la *Validus* con la mente arrasada, como los de las cubiertas superiores, pero a diferencia de aquellos pobres miserables, éstos habían caído en un estado de psicosis rabiosa. Ocultos entre la masa de sus congéneres espectrales, se abalanzaron contra Kendel, Herkaaze y Mollitas con garrotes creados a partir de piezas rotas de metal o de extremidades amputadas.

Acorraladas al otro lado de la barrera invisible, las fuerzas que habían deformado las psiques de aquellos servidores se habían vuelto contra ellas mismas. Sus mentes se comportaron igual que animales atrapados en una trampa y mordían sin cesar su propia razón. Todo rastro de lo que les hacía ser personas había desaparecido. Dentro de sus cráneos vacíos de pensamiento sólo cabían el vacío y la oscuridad. Kendel cruzó la mirada por casualidad con un individuo que llevaba puesto el uniforme de mecánico, y, al igual que todos los demás, tenía el cerebro destrozado. Aquello la enfureció. Aquellas pobres personas ni siquiera eran el enemigo, tan sólo eran los restos de un acto de brujería que les había dejado pudrirse en las entrañas de la *Validus*.

A pesar de todo ello, su pena no le impidió acabar con todas aquellas criaturas sin mente. Movió la espada en arcos centelleantes y destripó torsos al mismo tiempo que lanzaba chorros de sangre pulverizada que manchaban las paredes.

Las dos damas del olvido lucharon como si una fuera el reflejo de la otra. El entrenamiento y la práctica de la schola de armas de la Hermandad actuaban de un modo inconsciente, sin que tuvieran necesidad de pensar en ello. A sus espaldas, la hermana Leilani disparaba unos gorgoteantes chorros de friego contra sus enemigos desde el extremo en forma de campana del cañón de su lanzallamas. Sus oponentes morían al ser atravesados y desventrados por las espadas o al quedar convertidos en antorchas aullantes. La esencia de los espíritus se convertía en motitas de luz en el aire estanco del pasillo mientras los cuerpos de los mortales se desplomaban contra el suelo.

Al cabo de unos instantes, se produjo un alto en el combate, y las tres se detuvieron jadeantes. Kendel contempló cómo Herkaaze limpiaba la espada en la chaqueta de un siervo muerto y se preguntó si la guerrera de la Garra Blanca habría pensado en aquellas pobres almas como ella lo había hecho. Amendera lo dudaba mucho. La hermana Emrilia siempre había sido conocida por ver el mundo únicamente en blanco y negro, con una visión muy extrema del bien y del mal. No

consentía ningún tipo de duda al respecto, no admitía alguna zona gris en sus pensamientos. Kendel tuvo que admitir que ésa más que ninguna otra era la razón principal de sus disputas.

La hermana Leilani, que se mantuvo cerca, se echó al hombro el lanzallamas y soltó un resoplido estremecido.

—Por el Trono —musitó—. Se nos echaron encima como hormigas soldado que defendieran su nido. No me atrevo a pensar qué clase de fuerza los impulsó a comportarse así.

Herkaaze miró de nuevo a la novicia con un gesto de desaprobación, como si intentara hacer callar a la joven con la simple fuerza de su mirada. Sin embargo, Mollitas no pareció darse cuenta, como si estuviera demasiado sumida en sus propios pensamientos. Amendera vio que su rostro palidecía al ocurrírsele algo terrible.

—Mi señora… —empezó a decir con un tono de voz lleno de inquietud—. ¿Y si…? —Leila señaló con un gesto las paredes de la nave negra—. ¿Y si todo esto forma parte de un plan ideado por los astartes rebeldes? —De repente, empezó a hablar de forma apresurada, sin detenerse—. Se dice que algunas de sus legiones se han visto involucradas en prácticas de hechicería, y…

El fuerte golpe producido por el acero al chocar contra el bronce resonó en el pasillo e hizo callar a la novicia. Kendel se dio la vuelta y vio que Herkaaze había golpeado el suelo con el pomo de su espada.

«¿Tiene que hablar tanto?», exigió saber la otra dama.

«¿Es que acaso temes que tenga razón?», fue la respuesta por señas de Kendel.

Herkaaze ni siquiera se dignó en contestarle y siguió avanzando. Señaló con la punta de la espada mientras caminaba una gran compuerta ovalada que se encontraba un poco más adelante. El hedor metálico del rastro psíquico tenía más fuerza allí, el eco de aquella energía le palpitaba a Amendera en las sienes. Emrilia se dirigió hacia aquella compuerta sin mirar atrás en ningún momento.

Al otro lado había una estancia que estaba rematada en uno de sus extremos por un horno molecular humeante. Era lo último que veían los psíquicos más poderosos y rebeldes que iban a ser procesados en aquella nave. Los ejecutaban allí, en la cubierta de hierro, y luego los lanzaban a las fauces de aquel artefacto, donde sus cuerpos quedaban reducidos a cenizas. Se creía que ningún psíquico se podía reconstituir después de morir de ese modo.

Quizá no era descabellado entonces que encontraran la mente grupal allí. Los hombres y las mujeres que formaban parte de ella estaban apiñados allí. Algunos se encontraban de pie, mientras que otros estaban tendidos en el suelo o recostados contra las paredes, formando unas acumulaciones antinaturales. A diferencia de los muertos mentales de otras cubiertas, todos aquellos seres parecían estar vivos y conscientes a primera vista, lo que, en cierto modo, hacía que fuera mucho más

horrible mirarlos.

—No tienen cara —murmuró Leilani.

De hecho, sólo tenía razón a medias.

Cada uno de los miembros de aquella amalgama psíquica poseía ojos, nariz y boca, pero se encontraban en un movimiento constante y nunca llegaban a detenerse para formar algo remotamente parecido a un rostro humano. En vez de eso, eran esbozos, bocetos medio terminados del aspecto que tendría una persona, y todos mostraban la misma semejanza facial. Por un momento adivinó una nariz alargada y unos ojos estrechos, y luego vio unas mejillas redondas, acompañadas de una boca pequeña. Los huesos bajo la piel emitieron una serie de chasquidos al cambiar de forma a medida que la estructura de los cráneos se transformaba y cambiaba segundo a segundo, una y otra vez.

Todos los seres de la estancia se dieron la vuelta para mirar a las hermanas e inclinaron la cabeza hacia un lado en un gesto inquisitivo. La novicia empuñó de nuevo el lanzallamas que llevaba al hombro y comprobó la carga disponible: tenía el depósito medio lleno. Colocó el índice en el gatillo y la campana expulsora del arma emitió un siseo para indicar que estaba preparada.

«Aquí está. Esta es la Voz», gesticuló Herkaaze.

Avanzaron por la cámara y los miembros del grupo más cercanos a ellas retrocedieron con rapidez, rechazados por la presencia de las intocables, tóxica para ellos. Las tres caminaron en formación de triángulo, y cada una vigiló su ángulo de ataque.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con el perro biónico y con el criogénico, aquellos rostros cambiantes no mostraban expresión alguna, ninguna clase de emoción que pudiera captar o predecir. Simplemente las observaban coa miradas vacías. El brillo propio del intelecto y de la voluntad estaban fragmentados en destellos apenas discernibles en un centenar de ojos.

Leilani se preguntó cómo podrían acabar con una criatura semejante. Las armas que tenían serían insuficientes para matar a tantos a la vez, y si empezaban a atacar a cada uno de sus miembros, ¿cómo reaccionaría el resto?

Las figuras oscilantes de mirada vacía inspiraron profundamente todas a la vez, y sus rostros cambiaron hasta adquirir unos rasgos con el ceño fruncido y la nariz pronunciada.

—Ya basta. Deteneos. —Las palabras las pronunciaron distintos grupos en un coro dislocado y de un modo que le puso la carne de gallina. Cada sílaba la musitó un puñado distinto de voces con una armonía antinatural—. Bajad las armas…

Leilani vio aparecer en el rostro de Herkaaze una expresión de tremenda furia, ofendida por la temeridad de la orden. La dama del olvido se lanzó a la carga con un gruñido de rabia, y el grupo de psíquicos más cercano a ella retrocedió cuando se

dirigió contra ellos. La hermana Amendera alargó un brazo para agarrarla, pero no fue lo bastante veloz. Herkaaze, con la espada todavía tibia por las muertes anteriores, lanzó un mandoble contra una mujer que llevaba puesto el mono de prisionera y que llevaba la marca de la telequinesis grabada en la frente. El tajo que la mató le abrió en canal el torso, y sin detenerse, la dama prolongó el golpe y le cortó la mano a otro psíquico. El individuo se desplomó con un brazo rematado por un muñón del que salía un chorro de sangre.

Los demás psíquicos se movieron como una tremenda oleada repentina que a Leilani le recordó el movimiento de las bandadas de pájaros arbóreos de su planeta natal. Los distintos núcleos de la mente grupal se comportaban como el agua y se apartaban fluyendo del atacante, dejando atrás a sus muertos y heridos allí donde caían. Leilani se dio cuenta de que empezaba a verlos como una entidad única. Ya no consideraba a aquellos psíquicos como seres individuales integrados en un grupo.

Al quedar separado de la horda, el hombre al que le faltaba la mano se puso a gritar de repente. Se oyeron nuevos chasquidos cuando los huesos de su rostro comenzaron a recolocarse esforzándose por recuperar sus rasgos iniciales. Abandonado por los suyos, empezó a parecerse a los individuos enloquecidos con los que se habían encontrado en el exterior. Herkaaze lo silenció rebanándole la garganta con la punta de la espada.

—¡Bajad las armas!

Esta vez fue un grito, y cada miembro de la amalgama aulló con toda la fuerza de sus pulmones. El ruido resultó tan atronador en la estancia de techo bajo que las hermanas se detuvieron.

Leilani se sintió confundida momentáneamente. Cualquier puñado de psíquicos en aquella cámara habría sido un enemigo más que considerable para dos damas del olvido y una hermana novicia, y la unión de todos ellos en aquella especie de extraño metaconcierto sin duda poseía el poder más que suficiente como para matarlas a todas en un instante, simplemente derribando el techo de la estancia, quemando todo el oxígeno del interior con una gran llamarada piroquinética o mediante una docena de procesos similares.

Así pues, ¿por que seguían con vida las tres?

—¿Qué es lo que queréis? —les preguntó.

La respuesta que le llegó procedente de todas aquellas gargantas la dejó helada.

—Leilani Mollitas. Emrilia Herkaaze. Amendera Kendel. Os estaba esperando.

—Saber nuestros nombres…

Las palabras de la novicia resonaron débilmente comparadas con el rugido de la multitud.

«¡Es brujería! —respondió Herkaaze con una serie de gestos furiosos—. ¡Se han adentrado en nuestros pensamientos!».

«Imposible —le replicó Kendel en silencio—. Ningún telépata puede penetrar en el bastión que forman nuestras mentes. Somos intocables».

—Sé quiénes sois —siguió diciendo el eco del coro—. Debo hablar con vosotras.

Los rostros de la masa cambiaron y se alteraron de nuevo, derritiéndose y fluyendo al compás del ánimo que acompañaba a las palabras que pronunciaba.

Leilani sintió el tirón y el empuje de las fuerzas psíquicas a su alrededor como si fuera un océano de aceite transparente. La presencia de la mente grupal rebotaba alrededor de ellas en una sucesión de ecos atrapados. La novicia empuñó con un poco más de fuerza el lanzallamas y se esforzó por no echarse a temblar. Primero fue todo lo que había leído en la biblioteca; luego la locura viva y palpitante que había presenciado en Luna con el astartes transformado, y allí, en ese momento, en esa misma nave… Cada miro y leyenda que Leilani había oído contar sobre los poderes que acechaban en el empíreo se había hecho realidad.

«No importa de qué rincón de la disformidad has salido, criatura. No debiste manifestarte aquí».

Kendel envainó la espada y empuñó el bólter.

Una fuerte risa repiqueteó por toda la amalgama.

—Esto no es el rostro del Caos. Lo que veis no son más que un mensaje y el mensajero.

«¿Qué mensaje es ése?», exigió saber Kendel con una serie de movimientos muy bruscos hechos con la mano.

—Un mensaje —repitieron las voces—. Ya antes se había enviado el mensaje, pero fue demasiado tarde para cambiar lo que ocurrió. Tú estabas allí, Amendera Kendel. Tú lo viste.

Leilani vio que la dama asentía con un gesto lento y que hacía la señal que representaba a un astartes.

—Garro… —susurró la novicia.

—Un nuevo mensaje. Una advertencia. —El coro jadeante se detuvo un momento —. Para que se lo digáis al Emperador de la Humanidad. Llega la oscuridad, hermanas. El gran ojo se abre y Horus se alza. Conozco la historia de lo que ocurrirá en el futuro.

Kendel intercambió una mirada con su subordinada. La precognición era una capacidad psíquica comprobada y muy estudiada, aunque se trataba de un poder muy escaso y muy difícil de interpretar. Leilani se imaginó lo que estaría pensando su señora: si aquella confluencia de psíquicos poseía el poder suficiente para atravesar el velo de la realidad, entonces, quizá… Quizá podrían atisbar lo que les deparaba el futuro.

Herkaaze escupió ruidosamente al suelo y blandió la espada en alto.

«¡Destruid a esa monstruosidad! —ordenó por gestos—. ¡Es una estratagema, ya

sea de los propios orígenes de los brujos o un plan de ese traidor del señor de la guerra! ¡No podemos llevar esta abominación ante la presencia divina del Emperador! ¡Debemos matarla!».

Avanzó con la espada en alto y movió la cabeza hacia delante y hacia atrás, como un ave rapaz que buscara a su siguiente presa.

Los diferentes miembros de la mente grupal se apartaron de la masa principal cuando se lanzó a por ellos y formaron grupos de menor tamaño que se deslizaron a lo largo de las paredes manchadas de ceniza.

—¡No soy vuestro enemigo! —les gritaron las múltiples gargantas—. ¡La tormenta está a punto de estallar, pero se puede cambiar el rumbo de la historia!

La única respuesta de Herkaaze fue cargar y matar a otro psíquico.

—¡Podemos impedir milenios de guerras interminables! —La voz del coro resonó con un tono de voz lleno de pánico y desesperación—. ¡Creedme!

Un puñado de psíquicos apareció de repente como salido de la nada y Leilani les apuntó con el lanzallamas, preparada para abrasarlos en un instante. Sin embargo, sus rostros cenicientos y fluidos se volvieron hacia ella y la miraron con expresión implorante, suplicándole que los escuchara.

—¿Qué es lo que queréis? —les preguntó de nuevo a gritos.

Los psíquicos también le respondieron a gritos.

—Yo sólo soy el portal, el mensajero y el mensaje. Desde el otro lado de la locura de la disformidad, donde se desenreda el tiempo y el espacio y el tapiz de los acontecimientos se deshace. Os he estado llamando desde entonces. —Unas manos le agarraron la túnica—. Os advierto desde vuestro mañana. Vuestro presente es mi pasado. Desde hace siglos vivo en un infierno que deseo que deshagáis, y que sigue ardiendo.

Amendera Kendel creía antaño que el universo no albergaba nada que pudiera asombrarla. Los horrores que había presenciado durante su servicio en la Hermandad del Silencio, los años que la habían encallecido desde que era una simple novicia hasta que se había convertido en una dama del olvido de rango y fama, todo aquello le había enseñado mucho, desde la gloria que anidaba en un corazón humano hasta las monstruosas aberraciones que podía llegar a crear la naturaleza. Sin embargo, esa arrogancia la había perdido, y por completo, cuando llegaron las primeras noticias de la Herejía, cuando miró a los ojos de una criatura sacada de la materia prima de la mismísima corrupción. Fue entonces cuando supo de verdad que el universo contenía mucho más de lo que se veía a simple vista en su superficie, más de lo que sería capaz de aceptar en su mente.

Y allí, en ese momento, vio que se enfrentaba a un nuevo desafío. Le hubiera resultado muy fácil seguir el camino que Emrilia había escogido, aullar y pedir a

gritos la muerte del enemigo. Preguntarse por el motivo de que las cosas ocurrían estaba más allá de la capacidad de Herkaaze. Kendel había llegado a creer en algunos momentos que ella misma se había convertido en una reaccionaria y conservadora, y ésa era una de las razones por las que había escogido a la joven Leilani como su ayudante. A veces se veía reflejada en la hermana novicia, y quizá si la mantenía cerca, podría reforzar ese sentimiento dormido de la capacidad de maravillarse.

Pero comprender aquello… Una voz que no les hablaba en ese mismo instante, sino procedente de un momento que todavía no había ocurrido. ¿Desde el futuro? Por mucho que lo intentara, la hermana Amendera no era capaz de negarse a la posibilidad de que aquello estuviera ocurriendo, por muy increíble que pareciera. Después de todo, estaban en la disformidad. En la disformidad todo era maleable: las emociones, las distancias, el pensamiento, la realidad. Si dimensiones como ésas estaban distorsionadas en su interior, ¿por qué no el propio tiempo?

—Este lugar y este instante —gritaron los psíquicos—. Estoy aquí, lo mismo que vosotras, y miro desde mi no-futuro hacia las arenas movedizas del pasado. —Todos los seres que conformaban la amalgama se llevaron una mano a la cara y colocaron dos dedos en sus respectivas barbillas—. Para hablar.

Herkaaze se quedó inmóvil, sosteniendo con fuerza la espada por la empuñadura mientras giraba sobre sí misma en un claro gesto de desafío a cualquiera de los brujos para que se pusiera al alcance de su espada. No vio el grupo que se estaba congregando alrededor de la hermana Leilani y que se dirigía a la novicia con las manos abiertas y los rostros vueltos hacia arriba. Kendel se aproximó a ella, sin tener muy claro qué debía hacer.

—Me conoces —le dijeron a la novicia. La carne fluyó de nuevo y los huesos chasquearon—. Mira. Tienes que ver.

Había algo nuevo en aquellas palabras, una cadencia y un tono que le resultaban ominosamente familiares a Kendel al mismo tiempo que desconocidos. Sonaban más viejas, en cierto modo. Se quedó sin aliento cuando el aspecto de la mente grupal cambió una vez más y el esbozo de un rostro se hizo más firme y definitivo. Una sensación helada le recorrió la espina dorsal.

—Me conoces —dijeron, y cada uno de los rostros era un reflejo de la cara de Leilani Mollitas.

La novicia gritó aterrorizada al ver las caras que la rodeaban. Eran una imitación de la suya, pero arrugada y envejecida por los años y los sufrimientos. Miró a su alrededor y vio decenas de esbozos de su propio yo anciano, una muestra de cuál sería su aspecto si viviera cien años. El timbre de las voces resonó en su memoria, y de repente se acordó de su madre. La semejanza era inquietante, y la atemorizó. No podía negarlo. Las voces eran la suya. El lanzallamas se le cayó de las manos, que se

le quedaron sin fuerzas, y retrocedió trastabillando unos cuantos pasos.

—¿Cómo… cómo es posible?

El coro inspiró profundamente al unísono antes de contestar.

—He realizado cosas terribles para poder llegar hasta aquí —le dijo la voz—. He cerrado pactos y acuerdos que me han abrasado el alma.

—Somos intocables. Se supone que no tenemos almas —le replicó Leilani.

—La tenemos. Si no fuera así, no habría tenido nada que entregar, nada con lo que pagar mi viaje hasta aquí. —Se dio cuenta de que las dos damas del olvido estaban a su lado, una a cada costado, y ambas la observaban con una expresión de horror y asombro. La voz resonó como el repique de una campana—. Ese precio que pagué… que pagaste, lo hicimos voluntariamente. Confía en mí. Llévame hasta el Emperador y podremos reorganizar una galaxia que todavía no ha sido mancillada por…

Se oyó un sonido. No era un aullido, ni un gemido, ni un grito, sino una extraña mezcla ahogada de los tres. Salió de la boca de Herkaaze acompañado de un chorro de saliva y espumarajos rabiosos. La repugnancia que sentía era tan intensa que no fue capaz de contener aquella exhalación. Se llevó la mano libre a la cara para realizar allí una danza salvaje de gestos.

«¡Perra traidora! —exclamó con unos gestos tan rápidos que apenas se pudieron seguir con la vista—. ¡Si hay que creerse toda esta locura, no hay duda de que te has aliado con los brujos mentales! ¡Has traicionado tu juramento de fidelidad el Trono de Terra y al Emperador!».

Leilani intentó encontrar las palabras adecuadas para explicarse, pero estaba demasiado confundida. No se trataba de ella, sino de la posible encarnación de la mujer, que era quien había provocado todo aquello. Sin embargo, la novicia no pudo evitar estremecerse cuando miró a su alrededor, a todos los psíquicos que mostraban su cara. Si de verdad lo había hecho, ¿cuál era la magnitud de aquellos siniestros pactos que su yo anciano había mencionado? Relacionarse con los brujos era lo menos importante. Para realizar aquel viaje a través de la disformidad hacía falta una hechicería de la peor clase. Su gen paria, sacado de su ADN. Su yo literal, subsumido en una masa mental con el único propósito de abrir un agujero hacia el pasado. ¿Qué clase de acontecimiento podría ser tan importante como para que realizar aquel acto pareciera ser algo razonable?

La novicia se sintió confundida. Se sintió tan repugnada por un sacrificio tan alejado de la cordura que tuvo que contenerse para no vomitar. Sin embargo, a pesar de ello, Leilani descubrió en su interior la comprensión necesaria.

—Sí —susurró—. Haría algo así. Si eso fuera lo que se esperara de mí, aunque el coste fuera tan elevado, sí, lo haría.

Concentró su mirada en su interior y percibió la tranquilidad que albergaba en su

seno y que quedó revelada bajo la luz de un nuevo autoconocimiento. En el silencio de Leilani sólo permaneció la verdad de quién era.

Fue ese mismo pensamiento el que la siguió hacia la oscuridad cuando la punta de la espada de Herkaaze le atravesó la espina dorsal y le salió por el pectoral de su corpiño de combate.

Kendel apenas consiguió contener el grito. La boca se le quedó abierta pero el grito no llegó a salir, apagado por la fuerza de su juramento sagrado.

Los ojos de la hermana Leilani se pusieron en blanco y vomitó un gran chorro de sangre. Su cuerpo se desplomó cuando Herkaaze le arrancó la hoja de la espalda. La hermana novicia cayó con un tremendo repiqueteo de armadura contra el suelo oxidado. Un charco carmesí se fue extendiendo a su alrededor en un halo ondulante.

La dama alzó el bólter y lo apuntó hacia la otra mujer. El arma le temblaba en la mano y sintió correr la humedad por las mejillas.

«¿Por qué?». Kendel movió los labios mientras cerraba el puño cubierto por el guantelete de la armadura. Quiso gritar la pregunta, pero no logró hablar.

«¿Cómo puedes preguntarme algo así? —Herkaaze la miró fijamente, desafiándola a que disparase—. He detenido este horror antes de que empezara. He ahogado a la monstruosidad en su propia cuna».

Los psíquicos susurraban a su alrededor, y luego murmuraron antes de empezar a hablar para después ponerse a chillar. Chillaban y se desgarraban los rostros mutuamente. Sus gritos no eran más que una palabra que no cesaron de repetir hasta que toda la estancia resonó con aquel sonido.

—No, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no…

El aire retembló, y también el suelo. Kendel se agachó cuando uno de los psíquicos, un piroquinético, estalló de repente en llamas e incendió a un puñado de prisioneros que estaban a su lado. En otro punto de la estancia apareció un torbellino de energía cuando un telequinético perdió el control de su poder. Al igual que unos mastines salvajes que hubieran quedado sueltos de repente, los brujos se comportaron como fieras imparables. La muerte de Mollitas los había destrozado, y la dama del olvido vio que la mente grupal se fracturaba autodestruyéndose.

Varias piezas de metal del techo, arrancadas por los fuegos psíquicos, cayeron y se estrellaron contra el suelo. Aparecieron varias columnas de humo y el hedor a carne quemada le asaltó las fosas nasales. Kendel vio que Herkaaze desaparecía detrás de un puñado de tubos que caían y giró para esquivar un chorro de llamas. La *Validus* se estremeció y reclinó. Recordó el vacío encalmado en mitad del espacio disforme en el que se mantenía la nave. ¿Cuánto duraría aquello después de que los brujos quedaran desorganizados de ese modo?

Dio un par de pasos, pero dudó. Se volvió a medias al recordar el cadáver de Leilani, que yacía en el suelo, pero a su alrededor el acero y el hierro se estaban

convirtiendo en un polvillo fino. A Kendel le pareció oír el eco del disparo de un bólter al otro lado de la estancia. La dama hizo caso omiso del ruido y huyó del lugar abatiendo a un par de psíquicos enloquecidos que se interpusieron en su camino. Cuando llegó al pasillo exterior, sintió que las botas primero le resbalaban y luego se le pegaban al suelo cuando éste se reblandeció a su paso. Unos tentáculos de descomposición salieron de las paredes y envejecieron todo lo que tocaron. El propio tiempo estaba clavando sus fauces en el casco de la *Validus*. Los efectos enloquecidos de la disformidad ya no quedaron confinados a unos cuantos lugares esparcidos por toda la nave.

Kendel pulsó la llamada de emergencia en el guantelete de la armadura mientras buscaba en la penumbra humeante alguna señal de si la hermana Thessaly o las Garras Blancas seguían a bordo de la nave. El comunicador emitió un chasquido, pero no le llegó ningún código de respuesta. Metió una mano debajo de la capa de combate y tocó con los dedos la baliza de teletransportación. La dama del olvido agarró la estrecha vara dorada con la mano y se quedó dudando por un momento con el pulgar sobre el botón de activación. ¿Por qué no le había contestado Nortor? ¿Dónde estaban las demás? ¿De qué infierno enloquecido había salido aquella nave mortífera?

Kendel escupió y le echó un vistazo al indicador parpadeante. De repente, el suelo de la cubierta se hundió, y ya no supo nada más.

La luz le dio en los ojos, y tosió.

Amendera Kendel parpadeó con fuerza y se dio cuenta de que le habían colocado un arnés de sujeción. También captó el leve siseo de los fluidos que la rodeaban. Intentó enfocar la vista mientras miraba fijamente a una silueta reluciente que estaba recortada contra una pared oscura. Tras unos instantes se convirtió en un reflejo. Intentó orientar los sentidos. Se encontraba flotando en un tanque de fluidos de un color rosa pálido. Estaba prácticamente desnuda, a excepción de los puntos de su cuerpo donde unos artefactos metálicos estaban conectados a la piel inflamada y arrugada. Era un tanque narthecium, y aquello era una combinación de fluidos medicinales que se encargarían de curar la carne quemada y la piel desgarrada. La dama había visto muchos en las cubiertas médicas de la *Aeria Gloris*, pero nunca, en todos sus años de servicio, habían tenido que meterla en uno. Los fluidos se resistían a sus intentos de moverse y la presionaban. Podía retorcerse un poco, y sólo la cabeza y el cuello, que sobresalían por encima de las paredes de acero esmaltado del tanque.

La cámara estaba en penumbra, iluminada tan sólo por el brillo de un lumen funcionando a baja intensidad y los implantes oculares de láser rojo de un servidor de espalda encorvada, que se movía lentamente a su derecha, yendo y viniendo entre dos consolas decoradas en las que sonaban el ritmo de sus latidos y de su respiración.

Kendel bajó la mirada hacia una de las manos y vio una quemadura alargada en la palma, allí donde había empuñado la baliza de teletransportación. Así pues, no había muerto. Ver aquello fue la última confirmación que necesitaba. Inspiró profundamente y descubrió que le costaba contener el aire. Le dolían mucho los pulmones.

—Despierta.

La voz le llegó desde las sombras que se extendían al otro lado del extremo del tanque. Kendel parpadeó y miró al servidor, pero el esclavo mecanizado no pareció darse cuenta. La dama forcejeó con las ataduras que la mantenía inmovilizada, pero no sirvió de nada. Eran de plastiforma densa, e inamovibles.

—No lo hagas. —La voz resonó áspera y desgarrada—. Te volverás a abrir esas heridas que ha costado tanto tiempo curar.

Algo se apartó de la oscuridad y se movió.

Kendel vio una figura. Era una mujer, una hermana. Vio las arrugas sin forma de una túnica, y la luz artificial se reflejó en un cráneo rapado y en el cabello recogido en una cola de caballo que salía del centro de la cabeza. Se sintió sorprendida. A pesar de la penumbra, se dio cuenta de que no se trataba de una novicia que todavía no hubiera realizado los votos, sino de una hermana del silencio. Para una hermana, hablar en voz alta era un anatema.

La mujer pareció darse cuenta del asombro que sentía. Cuando habló de nuevo, sus palabras estaban cargadas de crueldad.

—Estamos solas. Completamente a solas. El servidor no puede informar de nada. Nadie sabrá que he hablado. —La hermana se llevó dos dedos a la barbilla—. Estás a bordo de la *Aeria Gloris*. Esa arpía de Nortor acudió a rescatarte mientras yacías inconsciente. La teleportación te recuperó. —La figura hizo un gesto negativo con la cabeza—. La doncella del vacío no sobrevivió a la traslación.

Kendel sintió una fuerte opresión en el pecho. Conocía a Thessaly Nortor desde hacía muchos años, y su pérdida la apenó profundamente.

—Algunas de las Garras Blancas escaparon en las cápsulas de salvamento. —Kendel oyó una risa seca y maligna—. Nosotras fuimos las afortunadas. Nos recibieron como heroínas. —La hermana extendió las manos—. La *Validus* quedó consumida por una oleada de furia psíquica, devorada por el feroz paso del tiempo. La nave quedó reducida a pedazos y la disformidad se llevó los trozos en un torbellino. —Se estremeció—. Qué alivio es poder decir todo esto sin gestos.

Kendel movió la mano derecha en un gesto desafiante, lo suficiente como para que la otra fuera capaz de leer las señales.

«Has profanado tu juramento. Has roto el silencio».

—El me perdonará. —La mujer se acercó un poco más y el rostro de Emrilia Herkaaze quedó claramente visible—. Fue él quien me guió hacia las cápsulas de

salvamento cuando tú me abandonaste. Fue él quien guió mi mano cuando ejecuté a tu novicia rebelde. Fue él quien me salvó cuando tú me abandonaste en Sheol Trinus.

Kendel gruñó de furia y forcejeó dentro del arnés. El fluido rosáceo se estremeció a su alrededor. Unos leves hilillos de sangre mancharon el líquido al salir de nuevo por las suturas otra vez abiertas. Se sintió asqueada ante tan tremenda injusticia, ante la idea de que aquella mujer de corazón mezquino y cruel hubiera sobrevivido y que la pobre Leilani hubiera muerto.

Herkaaze se pegó al tanque e inclinó la cabeza.

—Fuera lo que fuese lo que vimos allí dentro, lo maté, tal y como dije que haría. Tu novicia tenía alguna clase de relación con esa monstruosidad, de eso no hay duda alguna. —Dejó escapar un suspiro—. Quizá las palabras enloquecidas de esa voz tenían algo de verdad. Si fuera cierto que era un mensajero de nuestro futuro, la muerte de la novicia en este presente cortó ese hilo temporal. Ese suceso no llegará a producirse. —Herkaaze asintió—. En cieno modo, la salvé de ella misma. Murió sin mácula alguna, con la semilla de la corrupción todavía dormida en su interior. De ese modo, el orden del universo ha quedado preservado.

«El mensaje —dijo Kendel por señas y con un gesto de dolor—. Mataste al mensajero. ¡Si había algo de lo que hubiéramos podido aprender, está perdido! ¡Habló de guerras que se podrían impedir, de un conflicto gigantesco!».

La hermana Emrilia hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nadie te creerá si hablas de eso. Dilo y tu reputación quedará destrozada, porque lo negaré todo. Como mínimo, estarás acabada, y si ocurre lo peor, crearás un cisma en la Hermandad. —Se quedó mirando a la hermana herida. Era evidente que disfrutaba del sonido de las palabras en la boca—. ¿Es eso lo que quieres, Amendera?

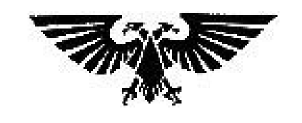
«Eres una estúpida y estás cegada. Eres arrogante y te crees superior. —Kendel apartó la mirada—. Tú y los que son como tú sois un cáncer para el Imperio».

—Veo la realidad mucho mejor que tú —le contestó Herkaaze mientras regresaba hacia las sombras—. Tengo los ojos abiertos a la verdad. Tan sólo alguien tan divino como el Dios Emperador tiene derecho a trastocar el tejido de la historia.

Al oírle pronunciar la palabra «dios», Kendel volvió a mirarla de nuevo con una expresión interrogante en el rostro, pero Herkaaze siguió caminando y hablando, casi como si lo hiciera para sí misma.

—Si se va a librar una guerra, es porque él lo desea. Yo sólo soy el conducto de su voz, hermana, y los que se queden mudos ante su gloria no se alzarán conmigo.

Herkaaze desapareció entre las sombras y Kendel cerró los ojos. Buscó el silencio en su interior, pero no logró encontrarlo.



LA LLAMADA DE LION

GAV THORPE



DRAMATIS PERSONAE

Ángeles Oscuros

MERIR ASTELAN	Comandante de Capítulo, señor de la nave Lanza de la Verdad.
BELATH	Comandante de Capítulo, miebro de la Orden del Ala de Cuervo.
GALEDAN	Segundo de a bordo de la Lanza de la Verdad.
CAYVAN	Sargento de una Escuadra de Motocicletas a Reacción.

Nativos

PALDRATH GRANE	Presidente del Comité de Naciones.
KINLOTH	Presidente de la Confederación Vanz.
LASHKAR KERUPT	Podría ser el nombre de uno de los grupos de poder o de su portavoz.

La realidad se vio desgarrada por una tormenta de violencia caleidoscópica. Desde el efervescente punto disforme, la explosión dio paso a una nave espacial, de lados sólidos como bloques y erizada de sistemas de armamento. A los pocos instantes de la apertura desde la disformidad, la *Lanza de la Verdad* había pasado al espacio real, y casi inmediatamente sus ranuras de lanzamiento empezaron a abrirse, como rendijas de luz roja vertiéndose entre las bostezantes mandíbulas de sus hangares.

La barcaza de batalla vomitó un enjambre de sondas no tripuladas que se alejaron rápidamente del casco acorazado de la nave de guerra en todas direcciones, tejiendo una compleja red como si fueran abejas alrededor de su colmena, con los escáneres buscando cualquier indicio de amenaza inmediata. Unos pocos minutos después, las naves de patrulla surgieron de sus matrices mecánicas propulsadas por cohetes de plasma. Formaron tres escuadrones, uno a proa, otro a popa, y el tercero circundando la sección media de la nave de combate. Así protegida, la *Lanza de la Verdad* inició el largo proceso de reducir su inmensa velocidad.

En el puente de la *Lanza de la Verdad*, el comandante de capítulo Astelan estaba equipado y armado para la batalla, al igual que el resto de su tripulación, siguiendo así las órdenes vigentes para todas las naves de estar preparadas para un combate inmediato. Esas órdenes no eran caprichosas. A pesar de sus cañones y naves de patrulla, la Lanza de la Verdad, al igual que todas las astronaves, eran especialmente vulnerables cuando salían del espacio disforme al real. Al igual que un hombre necesita tiempo para orientarse tras recuperar la consciencia, las barcazas de batalla y sus tripulantes necesitaban tiempo para ajustarse al espacio real.

Astelan estaba equipado con su servoarmadura, al igual que sus tres compañeros: Galedan, Astoric y Melian, cada uno de los cuales capitaneaba una de las compañías que la nave transportaba a bordo. Sus armaduras eran de color negro como las sombras, roto tan sólo por la insignia alada de color rojo de su legión en la hombrera izquierda y el símbolo de su compañía en la derecha. El gris apagado de los conductos y cables destacaba bajo las superpuestas placas pectorales de ceramita, pasando por la parte inferior de sus brazos hasta los generadores dorsales que suministraban la energía a las armaduras.

Aunque eran cuidadosamente mantenidas, todas ellas mostraban pequeños pero evidentes signos de su uso y de los daños sufridos: manchas de corrosión, desperfectos de combate reparados sobre el terreno y repuestos improvisados. Astelan había oído decir que se habían desarrollado nuevas versiones de servoarmaduras, con refuerzos en las articulaciones y menos puntos débiles, pero hacía más de cuatro años que su capítulo no había estado en disposición de realizar un reabastecimiento masivo.

Alrededor de las gigantescas figuras de los cuatro astartes había varias docenas de tripulantes vestidos con simples túnicas o con chaquetones blancos. La mayor parte

se encontraba frente a consolas de control, mientras que otros estaban preparados, con placas de datos en la mano, para registrar cualquier orden dada por sus comandantes. Los únicos sonidos eran el zumbido de las máquinas lógicas, el repiqueteo de los lectores, el choque de las botas sobre el suelo metálico y los murmullos de los técnicos. Todos estaban bien entrenados, no había necesidad de parloteos inútiles, tan sólo los concisos informes de la tripulación del puente.

—Escaneo local negativo en cuerpos planetarios.

De la cintura de Astelan colgaban una espada de energía y su pistola bólter. Habían estado en su poder desde que fue ascendido a sargento catorce años atrás, y habían sido su insignia de mando tanto como el símbolo inscrito en su placa pectoral. Repiqueteó con los dedos en la empuñadura de la espada mientras esperaba que la pantalla de los sensores se reiniciara.

—Escaneo local negativo en masas artificiales.

—Sistema sensor operativo.

Los segundos pasaron lentamente mientras la *Lanza de la Verdad* se sacudía metafóricamente su mareo y recuperaba la vista y el oído.

—Pantalla táctica en línea.

El ambiente de concentración no se relajó ante esta noticia, pues aunque la *Lanza de la Verdad* ya no estaba envuelta en un limbo sensorial, aún tardaría un rato en mostrar los datos que recibía la nave tras registrarlos y analizarlos.

—Red local de comunicaciones establecida.

Pasaron unos cuantos minutos más antes que el técnico volviera a hablar.

—Escaneo local completado —dijo—. Cero amenazas detectadas.

Aunque no hubo un obvio suspiro de alivio o relajación, la tensión a bordo del puente se disipó en cierta forma. La tensión se convirtió en actividad, la cautela en curiosidad.

Astelan miró la gigantesca pantalla digital que mostraba toda la información recibida convertida en una imagen comprensible. En esos momentos era bastante tosca, poco más que una retícula esquemática del sistema y sus principales cuerpos planetarios, pues aún se necesitarían días para completar la imagen mientras las sondas exploradoras recorrían el sistema enviando los datos de sus descubrimientos.

Dieciocho naves más surgieron de la disformidad a lo largo de las siguientes horas en diferentes puntos del borde exterior del sistema estelar, cada una de ellas lanzando sus propia progenie de naves de escolta y aparatos augures. Siete barcazas de batalla más, tres transportes de la flota y ocho cruceros ligeros se dirigieron hacia los silenciosos mundos que orbitaban el orbe rojo oscuro en el centro del sistema. Invisibles y concentrados rayos láser de comunicaciones tejían una telaraña en el espacio comprobando las condiciones y posiciones de los demás miembros de la flota.

Después de varias horas se restableció totalmente el contacto. La flota coordinó sus cursos y calculó las velocidades hasta el punto de encuentro entre los sistemas interiores.

Los Ángeles Oscuros iniciarían su exploración del sistema DX-619 lo antes posible.

Astelan era paciente. Al menos todavía habían de pasar siete días antes de que la flota hubiera desacelerado a una velocidad apropiada para acercarse a órbita, y estaba decidido a aprovechar ese tiempo para reunir tanta información como fuera posible sobre este fragmento de la galaxia no cartografiado.

Una señal de radio, débil o tal vez inexistente, había traído a los Ángeles Oscuros hasta allí; un mero murmullo sobre la radiación de fondo del universo. Muy probablemente no sería nada, una anomalía cósmica causada por una irregularidad en las emisiones de la estrella, o el eco milenario de una civilización convertida en polvo largo tiempo atrás por el paso del tiempo. Ese había sido el caso en el noventa y cinco por ciento de los sistemas que su fuerza de combate había investigado en los últimos cinco años. Casi todos estaban desiertos, pues incluso en el momento culminante de la propagación de la humanidad por las estrellas, ésta se encontraba ampliamente dispersa, formando pequeñas bolsas entre la imposible vastedad del espacio interestelar.

En los primeros años, las fuerzas de la Gran Cruzada había logrado grandes éxitos, devolviendo la Verdad Imperial a cientos de mundos en los sistemas densamente poblados cercanos a Terra. Allí, en los amplios abismos entre los brazos de la espiral galáctica, tales colonias siempre habían sido escasas, y durante el aislamiento de la Era de los Conflictos era posible que ninguna de ellas hubiera sobrevivido.

Con cada salto disforme, Astelan siempre se preparaba para la acción, para un descubrimiento inesperado: pero con cada salto también disminuían sus expectativas ante las escasamente abrumadoras probabilidades del descubrimiento de uno de estos remotos puestos avanzados de la humanidad.

Por tanto, era comprensible que Astelan observara los monitores de datos con un humor menos que expectante a medida que la flota convergía gradualmente, mientras procesaba en el subconsciente los resultados de los escáneres que llenaban las docenas de pantallas que cubrían las paredes del puente. Los técnicos trabajaban ruidosamente sobre los controles y las unidades de comunicación, maldiciendo las conexiones perdidas y sonriendo maliciosamente a sus colegas cuando se recibía un resultado inesperado.

Astelan hizo caso omiso de todos ellos y se concentró totalmente en una parte de la pantalla principal: la transmisión de la señal de radio interceptada. Era en esa pequeña línea de ondas que Astelan centraba sus pensamientos. Era una simple línea

blanca, casi estática, sobre el fondo negro de la pantalla, mostrando únicamente el monótono zumbido de fondo del nacimiento del universo.

Cuatro días, se dijo a sí mismo. Cuatro días para un contacto positivo. Cuatro días antes de que ordenara a la flota dar media vuelta y dirigirse a otro sistema con un nuevo salto. Sería una pérdida de tiempo desacelerar más ante la imperiosa necesidad de volver a acelerar para saltar a la disformidad, así que concedía a sus esperanzas cuatro días para manifestarse.

Realmente resignado a quedar decepcionado tras las más recientes experiencias, Astelan apartó sus ojos de la señal de radio e hizo un gesto con la cabeza a su segundo al mando, Galedan. El capitán aceptó el control del puente con un asentimiento y ocupó la posición del comandante cuando Astelan se dio la vuelta y salió.

—Comandante, se requiere su presencia en el puente.

La voz de Galedan sonó metálica a través del sistema de comunicaciones del camarote de Astelan, y su tono llano y preciso no mostró ningún aspecto de las emociones del capitán. Astelan estaba sentado en su pequeño escritorio, vestido con una túnica abierta por delante, revisando los informes de armamento. No había necesidad alguna de responder. Galedan habría sido más específico si la presencia del comandante del capítulo fuera requerida con urgencia, y la ausencia de una alarma general reafirmó a Astelan que probablemente no se tratara más que de un informe de rutina o el resultado de un escaneo que requiriera su autorización.

Colocó ordenadamente los informes en el cajón del escritorio y se levantó. Una ojeada por la pequeña claraboya le mostró la estrella DX-619, ahora mucho más cercana. La oscura forma de un planeta se veía claramente penetrando por el borde del orbe. Eso tampoco era nada nuevo. Se habían estado acercando al mundo durante tres días, y lo alcanzarían en un par más. En ese momento no se trataba más que de una pequeña sombra, como cualquier otra bola de roca que hubieran encontrado.

Con un resignado cansancio, Astelan recorrió su camino a lo largo de las entrañas de plasticemento y metal de la nave hasta llegar al puente.

Cuando las pesadas puertas dobles silbaron al abrirse, Astelan se vio enfrentado a una escena de intensa actividad. Los técnicos estaban reunidos en pequeños grupos de cuatro o cinco alrededor de determinados instrumentos, y parecía que estuvieran comprobando los cálculos y descubrimientos de los demás.

Galedan se dio la vuelta, y Astelan vio un destello en los ojos de su camarada, así como una mirada expectante. Al contrario que el comandante del capítulo, Galedan llevaba puesta su armadura, como correspondía al comandante del puente. Los servomotores crujieron cuando el capitán señaló hacia la pantalla principal.

Los ojos de Astelan inmediatamente se fijaron en la señal de radio mientras

entraba en la sala. Se detuvo de repente tras dar tan sólo tres pasos. Había un pico en la pequeña línea. No era particularmente alto, pero sin duda alguna era una anormalidad. Recuperando la compostura.

Astelan se situó junto a Galedan. El capitán dirigió una mirada inquisitiva a uno de los técnicos jefe y recibió un silencioso asentimiento como respuesta.

—Informe —dijo Astelan.

—Confirmada la señal de radio artificial, comandante —respondió Galedan, incapaz de controlar la aparición de una vaga sonrisa en los labios.

Astelan centró su atención en el técnico jefe, un hombre desgarbado con poco pelo y una descuidada barba gris.

—¿Automática? ¿Localización? —preguntó Astelan. En un par de ocasiones anteriores se habían topado con antiguos faros o satélites de comunicaciones que milagrosamente todavía funcionaban siglos después de que hubieran perecido aquellos que los habían lanzado.

—Cuarto planeta, definitivamente fluctuante, muy probablemente no automatizado —le aseguró el técnico.

—Alarma general —ordenó Astelan. Era una precaución adecuada, pero Astelan la ordenó tanto para alertar a la tripulación de que algo estaba sucediendo como por pura prudencia militar—. Informe al resto de la flota de nuestro descubrimiento. Ajuste el punto de encuentro al punto sigma absoluto. Por favor, transmita una invitación al comandante de capítulo Belath para que se reúna conmigo lo antes posible.

Los escaneos posteriores revelaron que los habitantes del planeta tenían la capacidad de comunicarse por radio, y los técnicos pronto confirmaron que hablaban un dialecto del idioma terrano. Las noticias de que la flota había descubierto realmente un mundo humano aislado condujeron a Belath a bordo de la *Lanza de la Verdad* para una reunión entre los dos comandantes de capítulo.

Con la flota una vez más en alerta general, Astelan permanecía mientras esperaba de pie en una de las bahías de atraque vestido con su servoarmadura, esperando la llegada de Belath. Acompañando a Astelan se encontraban los tres comandantes de compañía que había a bordo, y una guardia de honor de la Primera compañía.

A su alrededor, el hangar estaba lleno de cápsulas de desembarco, las formas gigantescas de los bombarderos de clase Castellan y de las naves de asalto Harbinger, así como las formas rapaces de los interceptores Deathbird. Los soportes de bombas y misiles, las cajas de munición y los montones de cilindros de energía llenaban el resto del espacio disponible.

Un golpe sordo por encima del comandante del capítulo indicó la llegada del transpone de Belath. En el techo, las máquinas entraron en acción, y una ligera brisa

se desplazó hacia arriba mientras las compuertas internas se abrían y el aire del hangar se veía arrastrado hacia el vacío superior. Los motores hidráulicos zumbaron, y el pesado montacargas hizo descender la elegante nave con proa en forma de águila, mientras unas luces estroboscópicas anaranjadas avisaban a los que había debajo, lanzando danzarinas sombras sobre los marines espaciales allí reunidos.

Mientras el montacargas descendía, Astelan consideró lo poco que conocía a su visitante. Esta era la primera oportunidad que había tenido de encontrarse con su camarada comandante de capítulo cara a cara. Habían intercambiado comunicados, pero únicamente de manera muy formal. La flota de Belath y su capítulo se habían unido a Astelan hacía tan sólo dos semanas, en el sistema Calcabrina. Astelan había sido informado por Belath de que el primarca de los Ángeles Oscuros, Lion, había enviado a Belath para unir sus fuerzas a su expedición.

Astelan no sabía nada de Belath, pero en estos días no era nada sorprendente. El gran flujo de guerreros que había recibido la legión tras el redescubrimiento de Caliban significaba que había muchos nuevos comandantes que jamás se habían visto, reunidos en fuerzas de combate y zonas de batalla por toda la galaxia.

Que un comandante de capítulo hubiera sido enviado para ayudar a Astelan era curioso por el simple hecho de que las fuerzas de Astelan no habían tenido demasiado trabajo, y las fuerzas adicionales no tenían demasiadas posibilidades de cambiar eso.

—Lion probablemente quiera que Belath gane experiencia junto a los veteranos antes de enviarlo a alguna misión en solitario —apuntó Galedan, poniendo voz a los pensamientos de su comandante gracias a su largo historial de servicio juntos.

Astelan simplemente gruñó una respuesta no comprometedora y permaneció con la vista fijada en la lanzadera mientras ésta se acercaba al suelo del hangar. Con un silbido, la proa en forma de pico de la nave se abrió para formar una rampa, y una única figura con servoarmadura descendió por ella.

A Astelan, Belath le pareció increíblemente joven, probablemente no tuviera más de treinta o treinta y cinco años. Dado que las fuerzas de la legión se habían incrementado en casi veinte mil efectivos en los últimos años, no fue una sorpresa ver un astartes relativamente joven ocupando una posición de mando tan importante. Tras el contacto con Caliban, muchos oficiales habían sido ascendidos a comandantes de capítulo para dirigir a los nuevos reclutas, y era exactamente eso lo que había favorecido la rápida ascensión de Astelan hasta la posición que ocupaba. Desde ese momento se había decidido no dividir demasiado a los veteranos terranos existentes entre los nuevos capítulos calibanitas, y por tanto era inevitable que algunas de las adiciones mis recientes estuvieran comandadas por guerreros que todavía no habían podido demostrar su valía.

Belath tenía la piel pálida y el cabello oscuro común entre la mayoría de calibanitas, aunque sus ojos eran de un azul profundo en vez del habitual marrón o

gris. Llevaba el cabello excepcionalmente corto, en tremendo contraste con las largas trenzas de Astelan, y la expresión de Belath era de pura solemnidad.

El recién llegado se detuvo delante de Astelan y se llevó el puño al pecho como saludo. Cuando Astelan asintió como respuesta, se dio cuenta de algo que atraía su mirada.

—¿Qué es eso? —le preguntó Astelan, señalando el símbolo heráldico en la hombrera derecha de Belath, donde normalmente se encontraba la simbología organizativa y el rango del marine espacial. En su caso estaba decorado con un escudo cuarteado, blanco y azul, engalanado con una espada sostenida por una garra.

—Es el símbolo de mi orden —replicó Belath, ligeramente desconcertado—. La Orden del Ala de Cuervo.

Astelan dirigió una mirada inquisitiva hacia Galedan.

—Una de las órdenes de caballería —dijo su capitán—. Una insignia de rango calibanita.

—¿Y eso? —inquirió Astelan, dirigiendo su acusador dedo hacia la otra hombrera, que estaba pintada de color verde oscuro por debajo del símbolo de los Ángeles Oscuros.

—El glorioso Lion El'Jonson ha decretado que los guerreros calibanitas deben portar el verde de los bosques de nuestro mundo natal —respondió Belath con un evidente tono de desafío—. Eso es así para recordarnos que las batallas las libramos en nombre de Caliban bajo el liderazgo de Lion.

Astelan simplemente asintió sin añadir ningún comentario. Los dos comandantes de capítulo permanecieron en pie, estudiándose el uno al otro en silencio durante unos segundos antes que Astelan volviera a hablar:

—Bienvenido a bordo de la *Lanza de la Verdad* —dijo, extendiendo la mano—. Es un honor conocerle.

Belath dudó, y a continuación mostró una agradable sonrisa y estrechó la mano de Astelan.

—El honor es mío, así como un privilegio —dijo el joven comandante de capitulo.

Seguido por su escolta, Astelan condujo a Belath desde el muelle de atraque hacia la explanada dorsal que recorría toda la longitud de la *Lanza de la Verdad*. Mientras se dirigían hacia un transportador cercano, atravesaron diversas arcadas a través de las cuales podía verse como los marines espaciales de Astelan se preparaban para la batalla. Escuadra tras escuadra de guerreros con servoarmadura repasaban sus armas o hacían rutinas de entrenamiento bajo la atenta mirada de sus sargentos. Los estandartes eran descolgados de sus posiciones de honor en los muros de las cámaras, pintados con sumo cuidado los desconchados y los rasguños de las armaduras, y renovados los solemnes juramentos ante los símbolos de la legión.

—Mi capítulo también está preparado para el combate —aseguró Belath cuando el grupo se detuvo ante la puerta de malla del transportador.

Uno de los guardias de honor se adelantó y presionó una gruesa placa de la pared. La puerta del transportador se abrió para que los dos pudieran entrar. Astelan ordenó retirarse a su escolta en cuanto entró en él. El transportador era un cubículo de unos tres metros de ancho por tres de largo y otros tantos de alto, delimitado por gruesos muros de plasticemento. Astelan activó dos diales mientras Galedan, Astoric y Melian seguían a los dos comandantes de capítulo.

—¿Están preparados para no luchar? —inquirió Astelan mientras las puertas se cerraban.

El transportador se puso violentamente en movimiento, elevándose con rapidez a través de los puentes de la barcaza de batalla.

—No comprendo —dijo Belath, subiendo la voz para que se le pudiera oír por encima del ruido de las cadenas y engranajes.

Con un estremecimiento, el transportador se detuvo un instante, y después continuó, ahora moviéndose horizontalmente hacia la proa de la barcaza de batalla. Astelan consideró detenidamente su respuesta durante unos instantes antes de hablar.

—Existimos para llevar la paz del Emperador a la galaxia —respondió finalmente Astelan—. Aunque podemos llevar la guerra a millones, no debemos ansiarla.

—Hemos sido creados para luchar —replicó Belath.

—Sí, y además cargamos con la responsabilidad de elegir contra quién debemos luchar —dijo Astelan—. Cuando vamos a la guerra, debemos hacerlo bajo el seguro y total convencimiento de que es lo correcto. De ahí nuestra total dedicación a la victoria. Debemos ser un enemigo terrible, y debemos hacer cosas atroces para que otros aprendan de las locuras de nuestros enemigos. Una vez desatada, nuestra rabia no puede, y no debe, ser sofocada. Implacables en el ataque, invencibles en la defensa, éstas son las señas distintivas de los astartes. Pero aun así, tal vez sería demasiado fácil dejarnos llevar por nuestra furia guerrera sin razón aparente. Debe recordar que un mundo aplastado bajo nuestro pie puede quedar resentido, y requiere guarniciones y recursos para vigilarlo. Un mundo que llega libremente a aceptar la sabiduría del Emperador debe ser tratado como un hermano, pues así reforzará nuestro poder y no le resta ningún valor.

—Somos perfectos de cuerpo y de mente para ser la espada de Lion —dijo Belath —. Donde él ordena, nuestra espada cae. No forma parte de nuestra misión juzgar a los castigados, simplemente debemos administrar el castigo. Dejemos que los diplomáticos y los burócratas discutan las razones y dediquémonos a la aniquilación de nuestros enemigos.

Como para remarcar las palabras del joven comandante de capítulo, el transportador se detuvo de repente y una campana repicó en algún lugar por encima

de ellos. Galedan abrió la puerta y los tres capitanes salieron al corredor que había al otro lado. Belath hizo la intención de dar un paso, pero Astelan le puso una mano sobre el hombro y lo retuvo donde estaba, haciendo que se diera la vuelta para mirarlo a la cara.

—Está al mando de más de un millar de los mejores guerreros de la galaxia, al igual que yo —dijo Astelan—. El Emperador ha confiado en mí ese poder, pero eso lleva aparejado el juicio de utilizarlo sabiamente. No se qué se aprende sobre la guerra en la Orden del Ala de Cuervo, pero es sanguinaria y costosa, y tan sólo un loco puede desearla.

—Lion me ha elegido para comandar este capítulo —respondió Belath suave pero firmemente mientras liberaba su brazo de la presa de Astelan—. He recibido mis órdenes del primarca, y no dudaré ni un instante en llevarlas a término.

Sin ofrecer réplica alguna, Astelan salió del transportador y giró hacia la izquierda siguiendo el corredor. Una gigantesca puerta doble de madera labrada destacaba incongruentemente entre las paredes de plasticemento y el suelo de metal. Astelan recorrió con sus dedos cubiertos por el guantelete formas talladas, resiguiéndolas cuidadosamente.

—Estas puertas las construí yo mismo —dijo el comandante de capítulo, mirando a Belath—. Durante muchas horas trabajé copiando diseños que recordaba haber visto en las amplias salas en las que crecí, en las estepas Sibran de Terra. Estos dibujos cuentan una historia para aquellos que saben cómo leerla.

—¿Qué historia? —preguntó Belath, con la rabia reemplazada por la curiosidad.

—Más tarde —dijo Astelan con reticencia mientras abría las puertas—. Tenemos una campaña que planificar.

—Más tarde, pues —asintió Belath, pasando junto a Astelan al interior de la cámara que se abría detrás de ellas.

Allí estaba la sala de operaciones de la *Lanza de la Verdad*. Las paredes estaban cubiertas de numerosas pantallas en blanco y unidades de comunicación, ante las cuales había una gran cantidad de largos bancos, de momento vacíos. El retumbar del poder latente saturaba el aire, esperando convertir la silenciosa cámara en el epicentro de una actividad militar capaz de conquistar mundos.

Belath no le dedicó al equipo ni una simple mirada, pues tenía unas instalaciones muy similares en su propia nave. En vez de ello se dirigió directamente hacia una gran mesa oval con la parte superior de cristal situada en el centro de la sala. Astelan lo siguió junto con los demás y ordenó a Astoric que activara el hololito.

El cristal parpadeó hasta cobrar vida, al principio de color gris apagado, pero al aire calentando alcanzó un color verde brillante. Mientras el capitán operaba diestramente los controles, una brillante esfera tridimensional se elevó desde la mesa rotando lentamente. La presión sobre otros botones fue iluminando pequeños parches

en la superficie del globo, y unas luces parpadeantes cobraron vida en una masa aleatoria a su alrededor.

—Éste es el cuarto planeta del sistema —anunció Astelan—. Actualmente estamos situados a unos setecientos mil kilómetros de la órbita baja en el plano eclíptico estándar. De momento no tenemos información visual, pero he destacado las zonas energéticamente más activas y las interferencias de radio. Lo más probable es que se trate de áreas urbanizadas.

—¿Habitadas? —le preguntó Belath con considerable excitación.

—Sí, habitadas —respondió Astelan con una sonrisa—. Parece que se ha unido a nosotros justo a tiempo. Hemos estado cinco años en esta zona salvaje sin apenas vislumbrar un ápice de vida. Espero que se dé cuenta de lo afortunado que es.

—Sin duda —admitió Belath. Éste respiró hondo y entonces se volvió para mirar a la cara a Astelan, con el puño formalmente cruzado sobre el pecho—. Con su permiso, me gustaría encabezar el asalto.

Astoric y Galedan se rieron al unísono, pero fueron rápidamente silenciados por Astelan.

—Aunque su entusiasmo es encomiable, es un poco prematuro hablar de asaltos —dijo el comandante del capítulo a su joven colega.

—¿Piensa establecer contacto? —quiso saber Belath con los ojos fijos en la hololítica representación del mundo.

—Todavía no lo he decidido —respondió Astelan—. Se trata de una situación delicada.

—Por lo que podemos determinar, los habitantes todavía no son conscientes de nuestra presencia —precisó Galedan, mirando la parpadeante imagen tridimensional como si fuera realmente el mundo—. Ponernos en contacto nos delataría y perderíamos el elemento sorpresa.

Astelan asintió con la cabeza.

—Es un lío de comunicaciones —admitió—. No sé cómo podríamos establecer contacto, ni con quién. No parece haber frecuencias oficiales de ámbito planetario. Más bien parece que tendremos que tratar con diversos estados y gobiernos.

Belath consideró todo ello con cara pensativa.

—Eso podría resultar ser una ventaja —apuntó—. Podemos presentarlos directamente a una nación y tratar directamente con ellos, utilizarlos como aliados para revelar nuestra presencia al resto de la población.

—Pero ¿con quién nos aliaremos en primer lugar? —se preguntó Astelan mientras movía la cabeza con un gesto dubitativo—. No disponemos de ningún sistema para determinar qué bloque de poder es el dominante, si es que hay alguno. Este tipo de intervención podría provocar un conflicto entre los estados, e incluso una guerra civil.

—Necesitamos más información antes de actuar —declaró Astoric. Miró a los demás antes de continuar—. Información local.

—Los técnicos de comunicaciones están analizando todo lo que nos llega —dijo Astelan—. Podemos descubrir algo más estudiando sus comunicaciones.

—¿Por qué no simplemente bajamos y echamos un vistazo? —apuntó Belath—. O mejor aún, podríamos capturar algunos de sus habitantes tara interrogarlos.

—Necesitaríamos un lugar aislado —dijo Galedan, observando el hololito. Asintió satisfecho e indicó un área en el continente meridional—. Esta área parece escasamente poblada. Existen algunos centros urbanos dispersos, pero hay gran cantidad de espacios abiertos para poder aterrizar sin ser detectados.

Astoric centró su atención en los datos que circulaban más allá de la imagen del planeta.

—Será de noche en esta parte del planeta en poco más de tres horas —afirmó el capitán—. Una luna estará en estado menguante y la otra no se verá.

—Encabezaré una pequeña partida con el fin de establecer una base terrestre para reunir más información —anunció Astelan—. Saltaremos por la noche con una fuerza de reconocimiento, y ya veremos qué descubrimos.

—¿Es eso aconsejable, comandante? —le preguntó Galedan—. Sería más prudente que yo u otro de los capitanes encabezara la misión. Vos sois demasiado valioso para arriesgaros sin tener suficiente información.

Astelan los observó a todos, uno tras otro, con una mirada feroz.

—Hace más de tres años que no he puesto pie en un planeta —gruñó—. ¡Así que nadie impedirá que sea el primero en poner pie en éste!

Tal como Astelan había deseado, él fue el primero en bajar por la rampa de asalto de la gigantesca nave de desembarco Harbinger. La nave, silueteada contra el cielo encapotado, parecía más una pequeña fortaleza que un transporte. El perfil de la nave estaba marcado por ocho torreras blindadas artilladas con cañones láser. Otras defensas automatizadas más pequeñas sobresalían aquí y allí: lanzacohetes múltiples y bólters pesados antipersonal apuntaban al horizonte con ojos artificiales.

El zumbido de los motores gravitatorios hizo que Astelan se apartara de la rampa. Diez motocicletas pasaron junto a él en grupos de dos, sus pilotos equipados con versiones más ligeras de servoarmadura. A pocos metros de la nave de desembarco, sus motores rugieron hasta convertirse en aullidos ensordecedores y el escuadrón de reconocimiento se abrió rápidamente en abanico. Siguiéndolos de cerca, anunciados por el profundo rugido de sus motores, dos Land Speeders surgieron de las entrañas del Harbinger con sus armas pesadas preparadas para proporcionar apoyo a los motoristas.

Varias escuadras de astartes descendieron por las rampas, haciendo temblar la

nave de desembarco bajo el peso de docenas de botas marchando sobre el plastiacero. Una escuadra tras otra, la compañía formó tras sus capitanes antes de empezar a dispersarse para ocupar las posiciones establecidas alrededor del lugar.

Astelan miró a derecha e izquierda, observando los alrededores, con el paisaje proyectado digitalmente sobre sus ojos por los sentidos automatizados del casco, por lo que, pese a la oscuridad, la imagen era casi tan brillante como si fuera de día. Según Astoric, existía una conurbación de tamaño medio a tres kilómetros de distancia. El lugar del desembarco estaba situado en medio de unos campos de cultivo separados por muros de poco más de un metro de alto y zanjas. Aquí y allí podían verse algunos pequeños grupos de edificios sencillos. Hacia el oeste se encontraba un denso bosque, tras el cual se levantaba el pueblo. Los campos se extendían formando terrazas en las colinas hacia el norte, pero el resto del terreno era despejado y llano. Eran esos despejados campos los que habían contribuido decisivamente para que Astelan decidiera desembarcar en ese punto.

Era allí donde Astelan esperaba entrar en contacto con los habitantes del planeta.

Habiendo estado presente en otras tres situaciones de primer contacto, sabía que los próximos minutos y horas serían vitales. Los escaneos no habían detectado naves orbitales, ni siquiera satélites básicos de comunicaciones, por lo que el espanto provocado por unos visitantes llegados del espacio podría ser considerable. Astelan había elegido este relativamente pequeño lugar perdido para aclimatarse al mundo y para actuar como una amable presentación a los nativos, pues no sería demasiado inteligente dejar caer guerreros acorazados en el centro de las principales ciudades del planeta a menos que se pretendiera propagar el pánico a nivel global.

Que este mundo no tuviera naves con capacidad espacial era sorprendente, pero no inusual. Se habían perdido tantos conocimientos durante los largos siglos de oscuridad que muchos mundos habían revertido a un barbarismo cruel y a la superstición. En esos momentos, este mundo no era ni amistoso ni hostil, simplemente un intrigante enigma que Astelan quería desentrañar rápidamente.

Astelan estableció su puesto de mando a unos quinientos metros del Harbinger, dentro de una granja abandonada. Estaba formada por una serie de sencillas construcciones cúbicas de plasticemento, creando una estructura determinada por una plantilla arquitectónica estándar que podía encontrarse por toda la galaxia durante la expansión de la humanidad hacia las estrellas. Mientras otras unidades se dirigían a emplazamientos similares en edificios y a lo largo de los muros que rodeaban el punto de desembarco, Astelan se entretuvo ociosamente en considerar qué otro material derivado de las plantillas de construcción estándar se iban a encontrar. No era algo que le importara en particular, pero el Mechanicum de Mane sin duda estaría interesado.

El sonido de una distante detonación sacó a Astelan de su ensoñación y se lanzó

al exterior, agachando su considerable tamaño para pasar por el dintel de la puerta. Entre los árboles, una columna de humo se levantaba hacia el cielo. Vio algunos destellos de llamas y pocos instantes después le llegó el ruido de más explosiones.

Su comunicador crepitó en el interior del casco y Astelan dio la orden subvocal de activar la señal. Era el sargento Argeon, el líder del grupo de reconocimiento.

—Parece ser que nuestro pequeño pueblo es, en realidad, una instalación militar, comandante —informó secamente el sargento—. No creo que estuvieran esperando visitas.

Astelan perjuró sonoramente. Las motocicletas estaban a casi tres kilómetros de distancia, a varios minutos de las unidades de apoyo. Antes de poder realizar ningún otro análisis, los agudos sentidos automatizados de su armadura le llamaron la atención.

Era el inconfundible zumbido de cohetes aproximándose.

Los dispositivos de defensa del Harbinger también detectaron las naves que se acercaban, y una andanada de misiles atravesó el cielo trazando un camino de fuego hacia el oeste. Las explosiones iluminaron las nubes bajas que cubrían el cielo, pero no había forma de dilucidar si habían alcanzado sus objetivos.

Menos de un minuto después llegó la respuesta. Aparecieron unas pequeñas formas negras, una larga cadena de ellas dirigiéndose hacia el Harbinger. Estallaron en una serie de explosiones incendiarias alrededor de la nave de desembarco y sobre la colina, esparciendo algún tipo de combustible inflamado a su paso. Evidentemente, al menos una aeronave había sobrevivido.

Mientras el comandante del capítulo procesaba el nuevo desarrollo de los acontecimientos, la voz de Argeon sonó nuevamente en el oído de Astelan.

—Están preparándose para atacar nuestras posiciones —dijo el sargento—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Retroceded un kilómetro y estableced un nuevo cordón —ordenó Astelan. Las motocicletas a reacción eran para explorar, no para montar una defensa para resistir.

—A sus órdenes, comandante —asintió Argeon.

La pantalla táctica mostraba cómo el sargento Cayvan estaba avanzando con sus tres escuadras por iniciativa propia, asegurando el límite del bosque. Astelan dejó que el experimentado sargento siguiera sus instintos, confiando en que sabía lo que estaba haciendo.

—¿Acción de retirada, comandante? —preguntó el sargento Jak por el comunicador.

—Negativo hasta que conozcamos su capacidad aérea —respondió Astelan. Tenía poco sentido agrupar las tropas alrededor del Harbinger en llamas hasta que los Astartes supieran si el enemigo tenía la capacidad de derribar el transporte.

Un tono diferente anunció un mensaje entrante procedente de órbita.

—Tengo las coordenadas para un bombardeo orbital confirmadas —era Belath, que hablaba con un tono tranquilo y firme.

—Negativo —respondió Astelan—. Pueden no tener naves orbitales, pero no tenemos ni idea de si tienen defensas terrestres capaces de atacar la órbita. No delate nuestra posición.

—Comprendido —asintió Belath—. Estoy dispersando las naves para la supremacía atmosférica.

—Afirmativo, cubra la zona de aterrizaje y embarque sus compañías en las naves preparadas para el aterrizaje —dijo Astelan.

—Ya lo están, Astelan —replicó Belath con una nota de humildad.

—En ese caso, manténgase atento a mi orden —dijo Astelan.

En esos momentos el Harbinger ya estaba ardiendo en más de la mitad de su longitud. Las torretas todavía activas estaban disparando ráfagas casi continuas de cohetes antiaéreos hacia las nubes. Su aproximación apenas quedaba enmascarada por el ruido de más aviones invisibles pasando por encima, y unos instantes después, el suelo fue golpeado por explosiones masivas.

Las pesadas bombas abrieron grandes cráteres en el espeso barro, lanzando chorros de piedras y suciedad por los aires. Varias de ellas lograron impactos directos en la nave de desembarco, desgarrando grandes fragmentos de blindaje de plastiacero y superestructura de rococemento.

Fueron seguidos rápidamente de unas detonaciones atronadoras, unas explosiones mucho más pequeñas que las de las bombas, pero más precisas y numerosas. Parecía que la artillería también iba a descargar su fuego sobre la zona de aterrizaje.

El crepitar de las armas ligeras llegó desde el bosque, intercalado con los fuertes chasquidos de la munición bólter. Las escuadras de Cayvan habían iniciado las hostilidades con su nuevo enemigo. Astelan maldijo una vez más. Tenía muy poca información sobre la que construir una estrategia adecuada. El enemigo disponía de un número desconocido de efectivos, en posiciones desconocidas y con capacidades desconocidas.

Ante su propia ignorancia, el comandante del capítulo se remitió a la estrategia principal de los Astartes: ataca y conquista.

—Cayvan, mantenga la posición —ladró rápidamente Astelan por el comunicador —. Sargento Argeon, transmita la localización de esas piezas de artillería al comandante Belath. Jak, despliegue sus devastadores sobre las colinas para proporcionar fuego de cobertura. Mueva el resto de sus escuadras hacia el norte para apoyar a Cayvan. Melian, manténgase alerta para reforzar cualquiera de los dos flancos.

Sus guerreros se pusieron en marcha y Astelan regresó al interior de la granja. El lugar estaba vacío excepto por unas pocas piezas de mobiliario y algunos harapos

tirados. El sargento Gemenoth había instalado una unidad de pantalla táctica en el centro de la sala principal. No era más que una simple placa de cristal vertical y un proyector, conectada al sistema de comunicaciones de la barcaza de batalla de los Ángeles Oscuros en órbita geoestacionaria a miles de kilómetros por encima de sus cabezas.

La pantalla mostraba la geografía aproximada del área circundante, y la posición de las escuadras de Astelan estaba marcada mediante símbolos que se movían por el campo de batalla artificial. Astelan trató de hacer coincidir el fragmentario esquema con los disparos y las explosiones en el exterior y los informes que alimentaban el sistema de comunicaciones de su casco. No estaba satisfecho, todavía tenía la sensación de no disponer de una imagen clara de lo que realmente estaba sucediendo.

—Escuadras dos y tres, formen en mi posición —dijo a sus guardias mientras volvía a salir al exterior.

Los Ángeles Oscuros se acercaron a Astelan mientras otra andanada de explosiones destrozaba el suelo alrededor de la granja, bañándolos en nubes de tierra, metralla y fragmentos de piedra que rebotaron en sus armaduras. Mientras Astelan saltaba por encima de la valla baja que rodeaba el grupo de edificios, lanzó una mirada hacia el bosque.

Allí todavía estaba teniendo lugar un considerable intercambio de disparos y los proyectiles destrozaban las copas de los árboles. Parecía que en las demás direcciones apenas había signos de problemas, así que se dirigió hacia el bosque con sus hombres.

Otra andanada cayó alrededor de los ángeles oscuros mientras trotaban hacia la línea de árboles. Astelan sintió las ondas de choque golpeándolo, pero los hermanos de batalla Rathis y Kherios salieron despedidos a causa de los impactos. Astelan se detuvo y se dio la vuelta preocupado, pero los dos astartes volvieron a ponerse en pie y recuperaron sus bólters. Sus armaduras estaban melladas y abolladas, pero no perforadas. Tras asegurarse de que no había ningún herido, Astelan continuó avanzando hacia los árboles a paso vivo mientras desenfundaba su espada de energía y la pistola bólter.

Los árboles formaban una densa masa forestal, con las tupidas copas sumiendo el bosque en la oscuridad. Unos pocos helechos rompían la cubierta de hojas, pero aparte de ellos, no había ningún tipo de sotobosque. El suelo era blando, y los pesados astartes se hundían en él, dejando profundas huellas en la capa de hojas podridas.

Los destellos de los disparos y el rugir de los bólters lo condujo hacia la izquierda, donde apenas a un centenar de metros, bajo los árboles, Astelan vio la primera de las escuadras de Cayvan. Los astartes estaban resistiendo justo bajo el borde de una larga loma baja, intercambiando disparos con un enemigo aún invisible

para Astelan. Los proyectiles levantaban chorros de barro y rebotaban en las armaduras de los ángeles oscuros.

Astelan llegó junto a la escuadra, y su sargento se volvió para dirigirse a él.

—El sargento Riyan está flanqueando por el norte, comandante de capítulo —le informó el astartes—. Cree que varios centenares de atacantes, tal vez un millar, están tratando de empujarnos hacia el punto de aterrizaje.

—Pues entonces nosotros tendremos que empujarlos hacia atrás —resolvió Astelan.

Hizo una señal a la escuadra para que lo siguiera y abandonó la protección de la loma. Astelan vio inmediatamente que el enemigo estaba utilizando los árboles y el terreno ondulado como cobertura, apareciendo un instante a la vista para disparar sus toscas armas antes de volver a ponerse a cubierto.

En cuanto salió de la loma, la intensidad del fuego se incrementó rápidamente. Los destellos de los disparos parecían concentrarse hacia su derecha, pues la fusilada arrancó grandes trozos de corteza de los árboles y partió las ramas más bajas. Sintió los impactos en el pecho y el hombro derecho, pero no les hizo el menor caso.

Detrás de él la escuadra estaba dispuesta en dos secciones, disparando alternativamente una tormenta de fuego bólter una de ellas mientras la otra avanzaba. Los astartes más adelantados ocupaban entonces posiciones de tiro e iniciaban su propia descarga mientras el resto de la escuadra avanzaba a posiciones aún más adelantadas. Las puntas explosivas de la munición bólter arrancaban grandes trozos de los árboles y destripaban a los desafortunados soldados enemigos que resultaban alcanzados.

Mientras se acercaban, Astelan pudo distinguir claramente a sus enemigos. Tenían la piel oscura y vestían uniformes de color azul marino. Parecían más trabajadores de una granja o de una fábrica que soldados, pero mantuvieron la posición mientras los astartes se aproximaban y sus disparos eran determinados y precisos.

Observando a su alrededor, Astelan vio las formidables formas de los astartes moviéndose a izquierda y derecha, presionando hacia delante junto al comandante del capítulo.

Un proyectil alcanzó el casco de Astelan con la fuerza suficiente como para echarle hacia atrás la cabeza. Atontado por el impacto, cayó sobre una de sus rodillas. La estática enturbió su visión en el ojo derecho mientras los sentidos automatizados de su casco trataban de recalibrarse.

Astelan logró ver algunas formas borrosas a lo largo de la loma justo a su derecha. Aunque estaba medio ciego, levantó la pistola por instinto y disparó ocho tiros, todo el cargador, en dirección al enemigo. Dos soldados quedaron destrozados por los proyectiles, y el resto se echó al suelo en busca de cobertura. Pasaron varios

segundos y su visión en el ojo derecho seguía siendo imperfecta.

Con un gruñido, el comandante del capítulo se apartó a un lado, con la espalda contra un árbol. Los proyectiles seguían silbando a su alrededor, destrozando el follaje y la corteza de los árboles, impactando cada vez más cerca. Imperturbable, Astelan enfundó sus armas y se quitó el casco, que se soltó de la protección del cuello con un silbido de gases escapándose. Colgó el casco del cinturón de la armadura.

Notó el sabor de la sangre y se tocó la mejilla derecha. Había sangre en los dedos de su guantelete. Astelan no tenía ni idea de lo profunda que era la herida, pero no notaba ninguna molestia, así que asumió que era superficial. Su sangre modificada ya debía de estar taponando la herida. Recargó con calma su pistola bólter y volvió a desenvainar la espada.

Astelan reinició la marcha, efectuando disparos individuales cada vez que una cabeza asomaba entre los árboles. Al reducirse la distancia, la lucha se volvió caótica. Las balas pasaban aullando junto a sus orejas cada pocos segundos, aunque ninguna lo alcanzó. El fuego de la artillería estaba disminuyendo, tal vez por miedo a alcanzar a sus propios soldados, o tal vez por alguna actuación llevada, a cabo por los astartes. Sea como fuere, unos pocos proyectiles seguían cayendo muy cerca de ellos, bañando a Astelan con hojas chamuscadas y barro reseco.

Un nuevo sonido penetró en su consciencia: el retumbante sonido grave de un cañón automático. El sonido era continuo, y Astelan miró hacia su derecha, donde vio un astartes creando una cortina de fuego con el arma pesada, las piernas ampliamente separadas y apuntaladas, creando un torrente de casquillos que tintineaban al ir cayendo de su mochila.

Esto resultó ser demasiado para el enemigo, y su ataque disminuyó rápidamente a medida que los guerreros se parapetaban tras las coberturas disponibles ante la temible avalancha de fuego. Los astartes aprovecharon la ocasión y se lanzaron a la carga, haciendo vomitar proyectiles a los bólters y aullando gritos de batalla que resonaban entre los árboles.

Parecía que la maniobra de flanqueo de Riyan había sido un éxito, pues el enemigo estaba abandonando sus posiciones, retirándose hacia el oeste mientras más astartes se acercaban desde el norte. Las lenguas de fuego de los lanzallamas lamieron el suelo entre los árboles, mientras que el fuego estroboscopio) de las brillantes lanzas de los multiláseres tenía un efecto letal entre los pozos de tirador y los cráteres que el enemigo había cavado en el terreno.

La retirada se convirtió en una huida ante la furia de los ángeles oscuros. Algunos de los soldados tiraron sus armas durante la huida, sus angustiosos gritos de pánico ahogados por el intermitente crujido de las explosiones de los proyectiles bólter, el silbido y la detonación de los misiles de fragmentación y el característico chasquido de los cañones láser.

—Detengan la persecución —ordenó Astelan—. Capturen como prisioneros a una docena de heridos.

—¡Blindados! ¡Blindados! ¡Blindados! —gritó de repente Riyan por el comunicador—. Detectados vehículos de combate aproximándose a nuestra posición desde el norte y el oeste.

Se oyó el sonido de una explosión próxima y la línea quedó saturada de estática. Otra voz la interrumpió.

—Aquí el hermano Nikolan —dijo el astartes—. Los blindados tienen armamento de gran calibre. El sargento Riyan está gravemente herido.

—Jak, diríjase a la posición de Riyan y tome el mando —ordenó Astelan.

El sargento asintió con la cabeza y se dirigió hacia el norte a la carrera. Astelan indicó con la mano al resto de astartes que lo siguieran hacia el noroeste.

Pocos minutos después, el gruñido de los motores de combustión pudo oírse entre los árboles. Privado de sus sentidos automáticos, Astelan dependía de los informes de sus hermanos de batalla para identificar las posiciones de los tanques en la oscuridad. Las columnas de gases de combustión se iluminaban como fuegos artificiales en las pantallas de su casco, y un constante chorro de coordenadas pasaba constantemente por el sistema de comunicaciones.

El hedor de combustible basado en el petróleo llegaba desde el oeste, y Astelan escudriñó la penumbra. Unos instantes después vio el brillante destello de un disparo iluminando un tanque a menos de doscientos metros de distancia, la mayor parte de su masa oculta detrás de una formación rocosa. El proyectil explotó justo detrás del comandante del capítulo, y pudo oír los gritos de los astartes heridos mientras el polvo los bañaba a todos ellos.

Ahora que ya sabía donde estaba, Astelan pudo distinguir un poco mejor la forma del tanque. Era compacto, con una torreta aparentemente sobredimensionada para su habitáculo y un cañón corto. Las armas secundarias abrieron fuego con sendos destellos, y unas ráfagas de proyectiles les pasaron silbando alrededor. La torreta ajustó ligeramente su posición y el cañón principal apuntó directamente a la posición de los ángeles oscuros.

—¡Dispersaos! —gritó Astelan al mismo tiempo que echaba a correr hacia su derecha. Su servoarmadura le permitió atravesar el terreno a grandes saltos, cubriendo media docena de metros a cada paso.

La explosión destruyó el tronco de un árbol a poca distancia de donde anteriormente estaba la escuadra. El hermano Andubis salió volando de lado a causa de la detonación y se golpeó la cabeza contra otro árbol. Se quedó un instante sentado, pero levantó un brazo para indicar que no estaba malherido.

Cuando la escuadra se reagrupó, el hermano Alexian tomó posición de disparo con su cañón láser. Cargaba el arma antitanque como si se tratara de un gigantesco

rifle de francotirador, y apuntó con su mirilla hacia el tanque desenfilado. Un rayo de energía cegadora surgió hacia delante en cuanto apretó el botón de disparo, alcanzando al tanque justo por encima del anillo de la torreta. Las llamas se propagaron inmediatamente y, a su luz, Astelan vio como unas figuras con casco salían por las escotillas huyendo del lugar. Dos de ellas lograron alejarse del vehículo destruido antes de que la munición estallara. Cuando esto ocurrió, el vehículo se desgarró con una detonación espectacular que lanzó fuego y metralla a gran altura. La luz de la explosión reveló docenas de soldados moviéndose nuevamente hacia posiciones de ataque. Los astartes apuntaron con sus armas y empezaron una vez más a disparar.

Por encima del sonido de los proyectiles bólter y del tanque en llamas, Astelan reconoció un fuerte rugido por delante de ellos: los conocidos motores de un bombardero Castellan. Las explosiones desgarraron los ya maltrechos árboles a apenas un centenar de metros de la posición de los astartes, matando a docenas de enemigos. El rápido ladrido de la munición de bólter pesado anunció una pasada en ametrallamiento que derribó a varias docenas más. Satisfecha de su trabajo, la aeronave regresó a la zona de aterrizaje.

Astelan ordenó al resto de sus fuerzas que retrocedieran y aseguraran una vez más el perímetro de la zona de aterrizaje. Aunque el enemigo intentó contraatacar, la rápida intervención de los Castellan y los Deathbird lanzando misiles y disparando hacia el bosque pronto convenció a los soldados enemigos que era mejor dejar retroceder a los astartes en paz.

De nuevo en la zona de aterrizaje, Astelan fue informando de que, aunque el enemigo había sufrido un horrible número de bajas, los ángeles oscuros también habían perdido un número notable de guerreros, principalmente a causa de las bombas, los ataques de artillería y los cañones de los tanques.

Varios grupos de astartes heridos permanecían sentados o tendidos alrededor de los tres apotecarios del destacamento, que cosían las heridas, cauterizaban los desgarros y hacían lo que era necesario para tratar las heridas de los soldados hasta que éstos pudieran recibir un tratamiento más adecuado a bordo de la nave. La mayor parte volvían a estar en pie y preparados para entrar nuevamente en acción en pocos minutos. Tres de ellos no volverían a luchar nunca más.

Astelan observó con torva resignación como Vandrillis, su jefe apotecario, se movía de un astartes muerto al siguiente, desenchufaba los cables del generador dorsal del astartes y lo poma de lado. Entonces Vandrillis utilizaba su reductor, un complejo sistema de cuchillas montadas en su antebrazo, para cortar la placa de armadura posterior y exponer la carne del astartes.

La brillante y dura coraza del caparazón negro del hermano de batalla estaba cubierta de sangre. Vandrillis cortó la carne del astartes muerto y entonces clavó

profundamente el reductor en la columna. Con un giro y un chasquido, liberó el órgano progenoide, una glándula en forma de huevo que almacenaba la semilla genética del astartes para que pudiera ser recuperada e implantada en un nuevo recluta. Vandrillis colocó el preciado órgano en un frasco de vacío y prosiguió su sangriento trabajo en el cuello del astartes.

Aunque morir en combate era un recordatorio del destino de todos los astartes, también era una señal de esperanza. Cada guerrero llevaba con él la huella genética de su primarca, y con ella podían crearse nuevos astartes. Saber que incluso tras su muerte la legión se vería reforzada era un pensamiento que permitía a los astartes luchar sin miedo, para realizar el más noble de los sacrificios sin dudarlo ni un instante.

Astelan sabía que su destino no sería en ningún momento el reductor, pues sus órganos progenoides habían madurado hacía más de dos décadas y habían sido extirpados en la relativa seguridad del quirófano de la nave. El ya había realizado su contribución a las futuras generaciones de ángeles oscuros, y ahora podía luchar con seguridad, sabedor que otros podrían seguir su camino.

Alejándose de la escalofriante escena, Astelan indicó a Gemenoth que trajera el comunicador de largo alcance; con el casco dañado, ésta era la única forma en que Astelan podía contactar con la flota. Activó la frecuencia de la barcaza de batalla de Belath en órbita.

—Señal recibida, aquí Belath —respondió el comandante de capítulo—. ¿Cuál es su situación?

—Sáquenos de esta roca —dijo Astelan.

La retirada de la fuerza de aterrizaje de Astelan duró el resto de la noche, durante la cual las fuerzas locales trataron, en tres ocasiones más, de atacar la zona de aterrizaje. Bajo fuerte cobertura aérea, descendieron tres Harbingers de la flota de Belath, y los ángeles oscuros fueron capaces de retirarse a sus transportes bajo la protección de las armas pesadas y del apoyo blindado que la fuerza de reconocimiento no había tenido.

Astelan fue el último en partir, observando con mirada torra la devastada zona de aterrizaje mientras la rampa se cerraba frente a él. Todo lo que quería era capturar algunos locales para conseguir información, y en vez de ello acababa de ser testigo de una batalla significativa. A la tenue luz del amanecer observó los destrozados bosques y el campo plagado de cráteres que habían sido su campo de batalla. Esta no era la mejor forma de empezar una introducción pacífica a la Luz del Emperador.

No se sorprendió de encontrar a Belath en la sala de operaciones de la *Lanza de la Verdad* esperando su llegada.

—Debemos movernos rápidamente y recuperar la iniciativa —dijo éste—. Hemos perdido el elemento sorpresa y en estos mismos instantes las fuerzas armadas del planeta estarán en plena alerta. Cuanto más tiempo les demos, más duras serán las batallas que se avecinan.

—¿Qué propone? —le preguntó Astelan con la mirada fija en el brillante orbe del hololito.

—Mientras estaba jugando con los locales, realicé un nuevo análisis de la información sobre sus transmisiones —dijo Belath, apoyando los puños en el borde de la mesa de cristal y con los ojos fijos en Astelan—. Los locales se refieren a este mundo como Byzanthis. Existen seis continentes, cada uno de los cuales es, en esencia, una nación independiente. Debemos golpear a cada una de ellas simultáneamente, desembarcando desde órbita en sus respectivas capitales. Desestabilizaremos sus gobiernos y su estructura militar en pocas horas, y aislaremos las redes de energía y transporte en cuestión de días.

—¿Divide y vencerás? —apuntó Astelan, encontrándose finalmente con la mirada de Belath.

Antes de que Belath pudiera responder, la puerta siseó al abrirse para dejar pasar a Galedan.

—Deberían escuchar esto —dijo, cruzando hacia el centro de comunicaciones. En cuanto estableció la frecuencia adecuada, una débil voz crepitó en los altavoces.

—… cia. Ataques no provocados en el terreno soberano de la Confederación Vanz no serán tolerados —decía la voz—. El Comité de las Naciones de Byzanthis se ha reunido para decidir una respuesta. La Confederación Vanz no está sola. Los agresores extranjeros encontrarán una férrea resistencia. Ata…

—Es un mensaje en bucle enviado en una amplia gama de frecuencias —precisó Galedan, apagando la unidad.

—¿Podemos replicar? —Inquirió Astelan.

—Evidentemente —respondió Galedan.

—Esto no es más que una distracción —apuntó Belath—. ¡Tenemos que atacar ahora!

—Tenemos un medio de lograr un contacto pacífico —opinó Astelan—. ¿Por qué hacer caso omiso de forma deliberada?

—No tienen el sentido de una nacionalidad planetaria —insistió Belath—. Dos de sus estados están actualmente en guerra, y los otros han luchado entre sí en más de una ocasión en los últimos siglos. Aplastemos cada una de las naciones individualmente y el mundo caerá.

—Existe un concilio global, ese Comité de Naciones —dijo Astelan—. La situación puede ser fácilmente reencauzada a través de ellos.

—Diplomáticos y embajadores en su mayor parte —contraatacó Belath—. Usted

no ha oído lo que he oído yo. El Comité de Naciones se considera que es débil e inefectivo. No tienen ningún poder real ni control alguno.

—Entonces les proporcionaremos ese poder —dijo Astelan—. Hemos de pedir perdón por el conflicto que hemos creado y comunicarnos con el concilio. Los gobiernos estatales se verán forzados a tratar con nosotros a través del Comité de Naciones, y a partir de este punto forjaremos un destino común para todo el planeta.

—¿Y si se niegan? —replicó Belath, poniéndose tenso—. Simplemente les daremos más tiempo para reforzar sus ejércitos. Nuevos retrasos no sólo les dará a sus fuerzas el tiempo de aumentar su potencia, sino que también les permitirá hacer propaganda de su supuesta victoria sobre nosotros.

—No me parece justo que no demos a esa gente la posibilidad de una solución pacífica —discutió Astelan—. ¿Qué pensará la historia de nosotros? ¿Qué habría sido de Caliban si el Emperador hubiera llegado con el puño cerrado en vez de con la mano abierta?

—Caliban es diferente —replicó Belath.

—¿Porque se trata de su mundo? —respondió a su vez Astelan al mismo tiempo que se acercaba a Belath.

—Porque nosotros teníamos a Lion —dijo Belath confiado—. El Emperador no tenía otra opción que tratar con nosotros. Cualquier invasión habría sido muy costosa y contraproducente.

—Por tanto, como ningún primarca vive en este planeta, ¿no tenemos que ofrecerles otras opciones? —se burló Astelan, colocándose justo delante de Belath, quien se mantuvo firme en su lugar—. Su sangre, sus vidas, ¿valen menos por una simple posibilidad del destino?

—No fue una posibilidad lo que llevó a Lion a Caliban —dijo Belath con una silenciosa confianza—. El destino nos trajo un líder.

Astelan no habló durante unos instantes y dio un paso atrás, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Voy a contactar con e] Comité de Naciones y les explicaré nuestras intenciones pacíficas —dijo finalmente Astelan—. Galedan, haga los preparativos.

El capitán abandonó la sala lanzando una mirada preocupada a Belath mientras pasaba junto a él.

—No puedo estar de acuerdo con este curso de acción —dijo Belath en cuanto la puerta se cerró con un siseo. Levantó una mano tranquilizadora antes que Astelan pudiera responder—. Es evidente que no llegaremos a un acuerdo en este punto. Debemos enviar un mensaje al primarca en busca de consejo, de forma que sus órdenes puedan ser entendidas por ambos.

Astelan se rió, pero sin soma ni intencionalidad.

—Somos comandantes de capítulo de los Ángeles Oscuros —dijo burlonamente

—. No corremos a consultar a Lion o al Emperador cada vez que nos encontramos con una dificultad. Somos los líderes de una legión astartes. Debemos actuar, no vacilar. Si queréis ir a llorar a Caliban, sois libres de marchar. Yo permaneceré aquí y contactaré con el concilio.

—Esta es una guerra de reconquista —le espetó Belath—. Lo que estamos construyendo es más importante que las vidas de unos pocos hombres, mucho más grande que el sacrificio de unos miles, incluso de millones. Sois blando, y me pregunto qué haría Lion de vuestra falta de coraje.

Con un grito inarticulado, Astelan cogió a Belath por los bordes de su placa pectoral y lo empujó contra la pared de plasticemento, que se agrietó por el impacto.

—Vuestra falta de respeto no será tolerada —gruñó Astelan.

—Ni tampoco la vuestra —le replicó Belath serenamente con sus ojos azules atravesándolo por su intensidad.

—Yo lucho por el Emperador y él me eligió para ser la punta de su lanza —dijo Astelan con un tono pausado y mesurado—. Mi capítulo ha luchado en una docena de mundos contra enemigos de un tipo que seríais incapaz de comprender. Nos hemos ganado honores de batalla otorgados personalmente por el Emperador de la Humanidad, y me he ganado su respeto y alabanza.

—Yo también tengo mis honores —replicó Belath sin ningún signo de exaltación —. Fui el primero de mi orden en ser elegido por los astartes, y soy el primero que ha sido ascendido a comandante de capítulo. He sido criado siguiendo unas tradiciones mucho más antiguas que las de su legión, terrano. Muchas generaciones de mis antepasados lucharon para la Orden del Ala de Cuervo y su sangre fluye por mis venas. Deberíais agachar la cabeza avergonzados ante la herencia de Caliban, pero ahora es vuestro hogar. Su gente es vuestra gente. Es la palabra de Lion, y sus tradiciones deben ser las tradiciones de los Ángeles Oscuros. Es por mi valor que me he ganado su consideración, no por el suyo.

Astelan aflojó su presa y suspiró.

—No he dicho eso para insultar su herencia, ni como una amenaza, sino como una advertencia —dijo tranquilamente el comandante del capítulo—. Hay que estar preparado para la batalla en todo momento, pero no correr ciegamente hacia ella. No es sólo una cuestión de las vidas de los habitantes de ahí abajo a los que va a condenar, sino por algunas de las suyas propias. Sus hermanos de batalla verterán su sangre por esta causa, y algunos dejarán la vida en su altar por obedecerle. ¿No les debes el hecho de saber que lo que van a hacer es justo e inevitable?

Belath dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Se detuvo justo antes de llegar y se volvió.

—No ha sido mi error lo que ha precipitado esta situación —declaró—. No hay que olvidar esto, pero le daré la oportunidad de redimirse. Usted tiene la veteranía y

no quiero que se piensen que he abandonado a un hermano de batalla.

Habiendo dicho esto, abrió la puerta y salió, dejando a Astelan con sus pensamientos sombríos.

Astelan miró hacia arriba, frustrado, con los puños apretados. Estaba sentado en el panel principal de comunicaciones de la sala de operaciones junto a Galedan, Belath y una horda de técnicos. Había pasado buena parte de los dos últimos días tratando con diversos funcionarios byzanthisianos en un intento de organizar una delegación; dos días malgastados en hablar con burócratas y políticos habían colmado su paciencia. Finalmente estaba hablando con alguien que tenía el poder de reunir el Comité de Naciones.

—No fue un ataque premeditado —repitió una vez más, obligándose a permanecer calmado—. Tan sólo actué para defender a mis hombres.

Se produjo una pausa mientras se transmitía el mensaje. Pasaron unos cuantos segundos antes de recibir la respuesta desde el planeta.

—¿Qué seguridades nos dais de que no os «defenderéis» nuevamente? —La voz del secretario Maoilon siseó en los altavoces—. ¿Esperáis poder desembarcar tropas en una base militar y que eso no se considere una provocación?

—Nuestra elección del punto de aterrizaje fue un error que lamentamos profundamente —se excusó Astelan, y jamás había sentido la verdad de sus propias palabras con tanta intensidad—. Yo asistiré personalmente a la reunión de vuestro comité y lo explicaré todo. Todas vuestras preguntas serán mejor respondidas cara a cara.

Nuevamente se produjo una pausa ocupada por la estática.

—¿Vendréis solo? —preguntó Maoilon—. ¿Desarmado?

—Yo y mi hermano comandante —afirmó Astelan—. Dos de nosotros. Desarmados. Transmitid la localización de vuestra sala y una hora adecuada para la reunión.

—La traición será respondida con dureza —le advirtió Maoilon.

—No habrá traición alguna —dijo Astelan y, a continuación, indicó que se cortara la comunicación. Giró la silla para encararse a Galedan—. Organice lo que deba organizarse. Belath y yo nos teletransportaremos al lugar.

—Debemos tener escuadras preparadas para seguirnos —dijo Belath—. Estarán preparadas para desplegarse en nuestra localización en breves instantes si los locales nos atacan.

Astelan consideró la posibilidad de discutirle, pero por la expresión de la cara de Belath era evidente que ya había tomado su decisión.

—Haced lo que consideréis oportuno como precaución, pero vos me acompañaréis desarmado —le advirtió Astelan.

—De acuerdo —respondió Belath.

Una crepitante energía cubrió a Astelan, bañando al comandante de capítulo y a su escuadra en un brillo actínico mientras el teleportador se activaba. Astelan sintió la habitual sensación de desmembramiento y estar ardiendo atravesando todo su cuerpo. En milisegundos, la transición había finalizado, pero justo igual que al salir la *Lanza de la Verdad* de la disformidad, Astelan necesitaba un instante para acomodar sus sentidos.

Parpadeó rápidamente para aclarar su visión neblinosa y se encontró en una amplia sala circular construida con mármol blanco, o algún tipo de piedra local parecida. Tenía la forma de un anfiteatro circular, con filas de asientos alineadas alrededor de la plataforma central inferior en la que se encontraba. Cinco tramos de escalera llevaba a unas puertas dobles altas y estrechas repartidas proporcionalmente por la circunferencia de la sala. A la mitad de la distancia entre las puertas habían unas ventanas con las mismas proporciones, a través de las cuales Astelan pudo ver un cielo azul oscuro.

La sala estaba llena de gente, algunos vestidos con trajes de extraño diseño, otros con ropa brillante, o con simples blusones. Se veían todo tipo de colores de piel y de rasgos, de joyas y de peinados, pero los centenares de personas apiñadas en el auditorio tenían una cosa en común: un absoluto terror reflejado en la cara.

La mayoría tenían los ojos desencajados y la boca abierta, algunos estaban temblando y sudaban visiblemente, mientras que otros estaban acurrucados o agarrándose con fuerza al respaldo de sus sillas en un esfuerzo por poner la mayor distancia posible entre ellos y los recién llegados. Unos instantes después, la energía de teleportación crepitó de nuevo a la izquierda de Astelan, y donde antes no había más que aire, ahora se encontraba Belath. Este iba vestido, al igual que Astelan, con simple ropa negra. En la oreja derecha de Belath había un comunicador, y Astelan pudo ver que la comunicación estaba abierta; las tropas del comandante de capítulo en órbita iban a poder escuchar todo lo que se dijera.

Astelan levantó los brazos y mostró las palmas de las manos para demostrar que no llevaba ninguna arma.

—Soy el comandante de capítulo Astelan, de la legión de los Ángeles Oscuros —la voz de Astelan rebotó en las paredes y el techo y llegó con claridad a todos los rincones de la amplia sala—. Estoy aquí como representante del Emperador de la Humanidad. ¿Quién tiene la autoridad para hablar conmigo?

Los delegados reunidos se miraron nerviosamente los unos a los otros hasta que un hombre anciano se adelantó, en su mano derecha llevaba un bastón. Era calvo, a excepción de unos mechones de pelo y una pequeña barba que le bajaba colgando hasta el pecho. Tenía la piel del color del cuero seco y una catarata le había dejado

ciego el ojo izquierdo. El ojo bueno miró a Astelan con una mezcla de aprensión y terror.

El anciano descendió para colocarse frente al gigantesco astartes. Astelan era al menos más de un metro más alto que el hombre que se erguía ante él, y su fornido cuerpo podría haber contenido la frágil estructura del anciano más de diez veces. El hombre permanecía en pie observando al recién llegado con su ojo bueno, y Astelan le devolvió la mirada con tranquilidad.

—Soy el presidente Paldrath Grane —se presentó el hombre. Su voz era fuerte y firme, totalmente en disonancia con su aspecto físico—. Hablo en nombre del Comité de Naciones, pero los demás pueden hablar con su propia voz.

—Vuestro mundo no es más que uno de muchos miles que se extienden por las estrellas —dijo Astelan, hablando lentamente y con claridad—. El antiguo imperio de la humanidad se fragmentó, pero un nuevo poder ha surgido. Desde la antigua Terra, el Emperador de la Humanidad está construyendo una nueva galaxia sobre los restos de la antigua. La humanidad está uniéndose bajo su liderazgo y beneficiándose de su protección.

—De la antigua Terra no sabemos nada —respondió Grane—. Viejos mundos, viejos imperios estelares, de todo ello se habla en nuestras historias más antiguas. Habéis venido con la guerra y ofrecéis la paz. ¿Qué derecho tiene vuestro Emperador para gobernar Byzanthis?

—Por su propio poder y destino ha sido el elegido para dirigirnos —dijo Astelan —. Tendréis prosperidad, tecnología y paz si os unís a la Luz del Emperador.

—¿Y si nos negamos? —La pregunta llegó de un hombre igualmente anciano sentado en la primera fila de asientos, justo a la izquierda de Astelan. El presidente se volvió con el ceño fruncido, gesto que le fue correspondido.

—Identifíquese —dijo Belath, avanzando un paso.

—Soy el presidente Kinloth, de la Confederación Vanz —replicó el hombre. Aunque viejo, tenía una constitución más fuerte que Grane, con la cabeza cubierta de un pelo corto y gris y una barba perfectamente recortada. Sus ojos estaban hundidos y enmarcados por líneas oscuras, y sus dientes estaban muy manchados—. Fue mi ejército al que atacasteis hace cuatro días.

—Un malentendido. Nuestra intención no era luchar, sino iniciar un contacto pacífico —declaró Astelan.

—¿Y qué paz llevaréis a las familias de los dos mil setecientos ochenta hombres muertos? —exigió saber Kinloth—. ¿Qué paz llevaréis a los seiscientos cincuenta más que yacen en los hospitales?

—La paz del conocimiento de que no es necesario que haya más muertos — respondió Belath.

—Todos ellos serán recordados por sus sacrificios y glorificados como servidores

del Emperador —afirmó rápidamente Astelan, ocultando su preocupación—. Nadie cae al servicio del Emperador sin ser reconocido y recordado, ni sus familias recompensadas.

—Si lo que decís es cierto, la Confederación Vanz será feliz de recibir al Emperador cuando llegue —dijo Kinloth. Sus ojos se habían iluminado al mencionarse lo de ser recompensados, y se hizo evidente que veía algún tipo de ganancia personal en los eventos que se estaban desarrollando.

—Lashkar Kerupt no dará la bienvenida a vuestro Emperador —dijo otro dignatario, una mujer de mediana edad, bajita, con un amplio vestido de seda roja decorado con motivos de mariposas. Su oscuro pelo estaba recogido en un apretado moño, y llevaba la cara pintada de amarillo y los labios de negro. Se levantó y se volvió para dirigirse a los que estaban detrás de ella.

—¡Escuchadme! —gritó—. Los extranjeros han venido con ofertas de paz mientras sostienen un arma apuntando a nuestras espaldas. Nuestras astroestaciones han detectado las naves de los extranjeros encima de nuestras ciudades. Naves de guerra con la intención de destruirnos. Los extranjeros han venido para destruir o esclavizar nuestro mundo. Debemos tomar rehenes para garantizar nuestra libertad.

Astelan le lanzó una mirada a Belath en el instante en que se mencionaron las naves sobre las ciudades del planeta, pero el comandante de capítulo hizo caso omiso.

—¡Detenedlos! —gritó la mujer, y las puertas se abrieron de par en par. Por las puertas que rodeaban toda la sala entraron soldados con uniformes negros y sólidas carabinas en las manos.

—¡Esperad! —gritó Astelan, tanto como advertencia para los soldados como una orden para Belath.

—¡Proteged a vuestros comandantes! —ordenó Belath, mirando a Astelan con fría hostilidad.

Menos de dos segundos después de su orden, el aire en torno a ellos se saturó de energía. Unas gigantescas figuras brillaron al hacerse visibles alrededor de los dos. Diez enormes exterminadores acorazados levantaron sus combi-bólters y dispararon. La descarga inicial fue devastadora, abriendo agujeros en los pechos, desgarrando extremidades y decapitando a docenas. El escaso fuego de respuesta rebotó débilmente en las placas de blindaje de las armaduras de los guerreros.

—Retirada —dijo Astelan mientras las balas rebotaban en el suelo y atravesaban su ropa.

Al enfrentarse a enemigos que llegaban de todas direcciones, los exterminadores formaron un anillo defensivo y empezaron a caminar hacia una de las puertas. Los gritos de histeria y de pánico se mezclaron con el ensordecedor tronar de los combi-bólter. Los delegados se agarraban y se pisaban los unos a los otros mientras trataban de alejarse lo más posible de los astartes. Algunos cogieron las armas de los soldados

caídos, pero fueron abatidos rápidamente. Pisoteando cuerpos destrozados y descuartizados, los astartes se retiraron por una de la escalera y atravesaron las puertas hasta la sala contigua.

Estaban en algún tipo de antesala de espera llena de soldados. Cuando los astartes entraron, los soldados dieron media vuelta y huyeron sin realizar ni un solo disparo. Dos exterminadores se adelantaron para asegurar las otras puertas y, por un instante, Astelan se encontró en una burbuja de tranquilidad.

—¡Han detectado sus naves! —le espetó a Belath—. ¡Le dije que no hiciera ninguna maniobra sin órdenes mías!

—Todavía no he realizado ningún movimiento —le replicó Belath con calma—. Las fuerzas de desembarco están en alerta para actuar en cuanto dé la orden. Estoy esperando su consentimiento.

Astelan abrió la boca pero no dijo nada, incapaz de vocalizar la mezcla de rabia e incredulidad que estaba bullendo en su interior.

—¿Podemos atacar ahora o debemos volver a retirarnos? —preguntó Belath con una voz que apenas llegó a ser escuchada por Astelan en medio del fuerte latido de su corazón en los oídos.

—¿Qué? —preguntó Astelan.

—¿Puedo ordenar el ataque o debemos teleportarnos una vez más a órbita? —insistió Belath—. Todos sus líderes están aquí. Los que quieran rendirse pueden hacerlo ahora. Los que quieran luchar se enfrentarán a las consecuencias de su decisión.

—Así es como quería que sucediera, ¿verdad? —replicó Astelan.

—No tenía ni idea de que los nativos fueran capaces de detectar una nave en órbita baja —repuso Belath—. Sin embargo, no podemos cambiar eso, y debemos actuar como sea preciso para salvaguardar nuestras tropas y obtener la victoria. Retrasarlo más sería un grave error.

Astelan dio unos cuantos pasos arriba y abajo con el ceño fruncido mientras consideraba qué hacer. Con los ojos casi cerrados de rabia, se volvió para mirar a Belath.

—¡Hágalo! —le espetó Astelan—. ¡Ordene el asalto!

Belath asintió sin mostrar ningún signo de emoción. Se dio la vuelta y susurró alguna cosa por el comunicador.

—Ya está hecho —dijo Belath, volviendo su atención a Astelan—. ¿Qué hacemos con el concilio?

—Me temo que aquí queda poco que se pueda salvar —replicó Astelan.

Los dos pasaron junto a los exterminadores que vigilaban las puertas de la cámara principal y cuyas armas habían estado en silencio durante más de un minuto. La sala del concilio presentaba una escena totalmente ruinosa. El mármol estaba manchado

de sangre, las sillas rotas y los cuerpos de soldados y delegados estaban apilados junto a las puertas. Algunos todavía se movían, gimiendo a causa de las heridas. Tirado en la parte inferior de una de la escalera estaba Grane; un agujero del tamaño de un puño le atravesaba la parte inferior de la espalda. Astelan cruzó la cámara para mirar al decrépito presidente. No presentaba ningún signo vital.

Un atronador rugido sacudió el suelo y Astelan miró rápidamente hacia arriba. Otro siguió rápidamente al primero. El edificio entero tembló y empezó a caer polvo y fragmentos de piedra desde el techo.

—Ya ha empezado —dijo Belath, señalando hacia una de las ventanas superiores. Astelan siguió la dirección del dedo y miró al exterior.

Mientras se dirigía a la ventana, Astelan pudo ver el fuego que caía de los cielos mientras la nave en órbita encima de ellos iniciaba el bombardeo. La ciudad se extendía varios kilómetros en cada dirección alrededor de la colina en que se levantaba la cámara del concilio. Avenidas de elevados edificios radiaban hacia el exterior, y largas terrazas de casas cubrían las laderas de las escarpadas colinas en la distancia. Las cabezas de plasma detonaron sobre las avenidas y los proyectiles de cañón destrozaron parques y viviendas.

Tras varios minutos, el devastador torrente de furia remitió. Astelan miró hacia arriba y vio las oscuras sombras de las naves de desembarco aumentando de tamaño. Siguiendo ardientes trayectorias, las cápsulas de desembarco aullaban en su descenso, incrustándose en los tejados de los edificios y las agrietadas y carbonizadas calles. Sus puertas se abrieron como pétalos acorazados y los astartes de su interior desembarcaron disparando sus bólters y lanzallamas. Astelan no podía oír nada, pero podía imaginarse el crepitar de los bólters y los aullidos de los moribundos.

La furia de los Ángeles Oscuros se había liberado.

Belath se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Los fuegos se reflejaban en sus ojos. Giró la cabeza y miró a Astelan.

—Las ciudades estarán bajo control en cuestión de horas —anunció—. Todo el planeta caerá en pocos días.

—La sangre de todos los que mueran está manchando sus manos —replicó Astelan—. No dejaré que esto quede sin castigo.

Belath sonrió. Era una expresión dura y sin emoción que dejó a Astelan helado.

—Usted no decide quién es culpable ni el castigo —le espetó el joven comandante de capítulo—. Mi astrópata ya ha enviado a Caliban la noticia de lo que está sucediendo aquí. Pronto conocerá las consecuencias de su desobediencia, terrano.



LA ULTIMA IGLESIA

GRAHAM McNEILL

Hubo un tiempo en que los servicios de medianoche estaban atestados en la iglesia de la Piedra Relámpago. El miedo a la oscuridad había llevado a la gente hasta allí en busca de la protección que la luz del día no lograba darles. Desde tiempos que ya nadie podía recordar, la oscuridad había sido un tiempo de sangre, un tiempo en que los incursores atacaban, en que unas máquinas monstruosas descendían con sus alas de fuego y la violencia de los belicosos gigantes del trueno era feroz.

Uriah Olathaire recordaba haber visto un ejército de esos gigantes marchando a la batalla cuando no era más que un crío. Aunque habían pasado siete décadas desde entonces, Uriah podía recordarlo tan vivamente como si hubiera sucedido ayer: gigantescos brutos que llevaban espadas de rayos e iban cubiertos con cascos emplumados y placas bruñidas del color de un atardecer invernal.

Pero sobre todo recordaba la terrible magnificencia de su temible e imparable poder.

Las naciones y los gobernantes habían sido destruidos en las terribles guerras con estos gigantes, ejércitos enteros ahogados en sangre al enfrentarse en batallas como no se habían visto jamás en las primeras edades del mundo.

Ahora las luchas se habían acabado, el gran arquitecto de la última guerra mundial emergió de entre la hueste de derrocados déspotas, etnarcas y tiranos para salir triunfante en un mundo arrasado por los conflictos.

El final de la guerra debería haber sido una cosa maravillosa, pero ese pensamiento no proporcionaba a Uriah ningún consuelo mientras recorría la nave de su iglesia vacía. Portaba una trémula palmatoria, y la temblorosa llama oscilaba debido al frío viento que se colaba entre las grietas de las piedras y las antiguas maderas de las grandes puertas que daban al pórtico.

Sí, hubo un tiempo en el que el servicio de medianoche había sido popular, pero ahora eran pocos los que acudían a su iglesia, tal era el ridículo y la sorna vertida sobre ellos. Los tiempos habían cambiado desde el inicio de la guerra, cuando el pueblo temeroso buscaba el amparo de sus promesas de una divinidad benigna que los observaba.

Sostuvo la nudosa mano alrededor de la frágil llama mientras avanzaba hacia el altar, temeroso de que esta última luz se apagara si perdía la concentración aunque sólo fuera un instante. Los rayos resplandecían en el exterior, lanzando instantáneos destellos eléctricos a través de las vidrieras de cristales tintados de la iglesia. Uriah se preguntó si alguno de los fieles que le quedaban se arriesgaría a salir con esa tormenta para orar y cantar con él.

El frío se coló de forma invisible en sus huesos como un huésped no bienvenido, y sintió algo singular acerca de esta noche, como si algo de gran importancia estuviera sucediendo pero no pudiera ver de qué se trataba. Se sacudió la sensación al llegar al altar y ascendió los cinco escalones.

En el centro del altar había un medidor del tiempo de bronce bruñido con una agrietada cara de cristal y un grueso libro encuadernado en cuero rodeado por seis velas apagadas. Uriah aplicó cuidadosamente la llama a cada una de las velas, haciendo crecer gradualmente una acogedora luz por toda la iglesia.

Aparte de la magnificencia del techo, el interior de esta iglesia era relativamente sencillo y en ninguna forma excepcional: una larga nave flanqueada por sencillos bancos de madera, cruzada por un transepto que conducía a una cancela separada por una cortina. A los claustros superiores podía llegarse por medio de unas escaleras en los transeptos norte y sur, y un amplio pórtico proporcionaba una balconada para el visitante que entraba en la iglesia.

A medida que la luz aumentaba, Uriah sonrió con una mueca llena de humor cuando se reflejó en la oscura cara del medidor del tiempo de bronce. Aunque la cara de cristal estaba agrietada, las delicadas manecillas, fabricadas en oro con adornos de madreperla, seguían indemnes. El mecanismo interno del reloj era visible a través de la ventana de cristal próxima a su base, ruedas dentadas que jamás giraban y péndulos de cobre que nunca oscilaban.

Uriah había recorrido ampliamente el globo cuando era un joven rebelde, y le había robado el reloj a un excéntrico artesano que vivía en un palacio de plata en las montañas de Europa. El palacio había estado lleno de extraños medidores del tiempo, pero ahora ya había desaparecido, destruido en una de las numerosas batallas que asolaron el continente mientras los grandes ejércitos luchaban sin preocuparse por las cosas maravillosas que se estaban perdiendo con sus violentos espasmos guerreros.

Uriah sospechaba que el reloj tal vez era el último de su tipo, más o menos como su iglesia.

Cuando huyó del palacio del tiempo, el artesano maldijo a Uriah desde una de las ventanas superiores, gritando que el reloj estaba contando el tiempo hasta el día del juicio final y que sonaría cuando llegaran los últimos días de la humanidad. Uriah se había reído de los desvaríos del hombre y le entregó el reloj a su divertido padre como regalo. Pero tras la sangre y el fuego de Gaduaré, Uriah había recuperado el reloj de entre las ruinas de su casa familiar y lo había guardado en la iglesia.

El reloj no había emitido ningún sonido desde ese día, pero Uriah todavía temía escuchar sus campanas.

Sopló la vela, la colocó en un cuenco profundo ante el altar y suspiró mientras apoyaba la mano en la suave cubierta de cuero del libro. Como siempre, la presencia del libro lo reconfortaba, y Uriah se preguntó qué retenía a los pocos fieles que quedaban en el pueblo para que no vinieran. Cierto, la iglesia se encontraba en la cima de una alta montaña de pico plano a la que era difícil acceder, pero eso generalmente nunca había detenido a su menguante congregación para asistir a los servicios.

En épocas remotas, la montaña había sido el pico más alto de una isla azotada por las tormentas y envuelta en niebla que se comunicaba con el continente por un elegante puente de plata, aunque las antiguas y apocalípticas guerras habían hecho desaparecer la mayoría de los océanos y la isla ya no era más que un simple promontorio rocoso surgiendo de una tierra que se decía había gobernado el mundo.

La verdad es que el gran aislamiento de la iglesia era probablemente lo único que le había permitido capear el temporal del llamado raciocinio que había barrido el globo tras la victoria de su nuevo señor.

Uriah se frotó la calva con la mano, notando la seca y pigmentada textura de su piel y la larga cicatriz que iba desde su oreja hasta la nuca. Se volvió hacia las puertas de su iglesia al oír unos ruidos en el exterior, el crujido de pisadas y el sonido de unas voces.

—Ya era hora —dijo, volviendo a mirar el reloj y sus inmóviles manecillas.

Faltaban dos minutos para medianoche.

Las grandes puercas del pórtico se abrieron de par en par y un gélido viento se coló rápidamente en el interior, recorriendo las filas vacías de bancos y agitando los polvorientos estandartes de seda y vellón que colgaban de los claustros superiores. La omnipresente lluvia caía en húmedas ráfagas más allá de las puertas y el crepitar de un relámpago iluminó el cielo nocturno seguido del rugir del trueno.

Uriah se ajustó y arrebujó la casulla de seda alrededor del cuerpo para mantener el frío alejado de sus artríticos huesos. Una figura encapuchada estaba silueteada en el marco del nartecio, alta y envuelta en una larga capa escarlata. Uriah pudo ver el brillo anaranjado de las antorchas que llevaba una hueste de figuras sombrías que permanecían detrás de la primera en medio de la lluvia. Se estremeció al verlos, pero sus cansados ojos no pudieron distinguir ningún detalle más allá de los refulgentes destellos del metal.

¿Mercenarios desplazados en busca de saqueo? O algo totalmente…

La figura encapuchada penetró en la iglesia y se volvió para cerrar las puertas detrás de él. Sus movimientos eran tranquilos y respetuosos, y cerró las puertas de forma suave y con cuidado.

—Bienvenido a la iglesia de la Piedra Relámpago —dijo Uriah cuando el extranjero se volvió hacia él—. Estaba a punto de iniciar el servicio de medianoche. ¿Querréis vos y vuestros amigos uniros a mí?

—No —rechazó el hombre, echándose la capucha hacia atrás para revelar una cara seria pero no desagradable. De hecho, era una cara irremarcable que parecía adecuada a su porte marcial—. Ellos no lo harán.

La piel del hombre era curtida y morena por una vida pasada en el exterior, y su espeso pelo negro estaba recogido para formar una pequeña coleta.

—Es una lástima —afirmó Uriah—. Mi servicio de medianoche es bastante popular por estos lares. ¿Estáis seguro de que no quieren entrar?

—Estoy seguro —dijo el hombre—. Estarán más que contentos si no tienen que hacerlo.

—Si no tienen que hacer, ¿qué? —bromeó Uriah, y el hombre sonrió.

—Es raro encontrar un hombre como vos con sentido del humor. Me he encontrado con que la mayor parte ellos son amargados y con un corazón duro como una piedra.

—¿Ellos?

—Los sacerdotes —precisó el hombre, casi escupiendo la palabra, como si sus sílabas fueran un veneno para él.

—Entonces sospecho que tan sólo os habéis encontrado con los del tipo malo —repuso Uriah.

—¿Existen los del tipo bueno?

—Por supuesto —afirmó Uriah—. Aunque dados los tiempos que vivimos, sería muy difícil para cualquier sirviente de lo divino estar de buen humor.

—Muy cierto —dijo el hombre mientras se movía lentamente por la nave, pasando la mano por la madera de cada banco a medida que los sobrepasaba.

Uriah descendió rápidamente del altar para aproximarse al hombre. Sintió como su pulso se aceleraba al notar el tangible peligro que se ocultaba tras el plácido exterior del recién llegado, como un perro rabioso al que se le va soltando cuerda poco a poco.

Se trataba de un hombre violento, y aunque Uriah no se sentía amenazado sabía que había algo peligroso en él. El sacerdote mostró una amplia sonrisa y le extendió la mano diciendo:

—Soy Uriah Olathaire, último sacerdote de la iglesia de la Piedra Relámpago. ¿Puedo saber vuestro nombre?

El hombre sonrió y le estrechó la mano. Un instante de sublime reconocimiento trató de surgir a la mente de Uriah, pero se había desvanecido antes de poder atraparlo.

—Mi nombre no es importante —dijo el hombre—. Pero si queréis llamarme de alguna forma, podéis llamarme Revelación.

—Un nombre bastante inusual para alguien que profesa tal desdén por los sacerdotes.

—Tal vez, pero uno que sirve perfectamente a mis propósitos en estos momentos.

—¿Y cuáles podrían ser estos propósitos? —preguntó Uriah.

—Quiero hablar con vos —dijo Revelación—. Quiero saber qué es lo que os hace permanecer aquí cuando el mundo ha abandonado las creencias en los dioses y las divinidades ante los avances de la ciencia y la razón.

El hombre miró hacia arriba, más allá de los estandartes, hacia el magnífico techo de la iglesia, y Uriah sintió que el desasosiego que le recorría la carne se desvanecía a medida que los rasgos del hombre se suavizaban al ver las imágenes allí pintadas.

—El gran fresco de Isandula —dijo Uriah—. Una obra divina, ¿no estáis de acuerdo?

—Es realmente magnífica —concedió el hombre—, pero ¿divina? No lo creo.

—Entonces es que no la habéis mirado suficientemente de cerca —respondió Uriah, volviendo la cabeza hacia arriba y notando como su corazón se aceleraba como siempre lo hacía al mirar el maravilloso fresco realizado hacía más de mil años por el legendaria Isandula Verona—. Abrid vuestro corazón a su belleza y sentiréis el espíritu de dios moverse en vuestro interior.

El techo estaba totalmente cubierto por una serie de amplios paneles, cada uno de los cuales representaba una escena diferente: figuras desnudas solazándose en un jardín mágico; una explosión de estrellas; una batalla entre un caballero dorado y un dragón de plata; y una miríada de escenas más de naturaleza fantástica.

Pese al paso de los siglos y de la mala iluminación, el brillo de los colores, la ficticia arquitectura, la muscular anatomía de las figuras, el dinamismo del movimiento, la luminosidad de la coloración y las habituales expresiones de los personajes causaban la misma impresión que el día en que Isandula había dejado caer su pincel y se permitió morir.

—«Y todo el mundo vino corriendo cuando el fresco fue revelado —recitó Revelación con la mirada fija en el panel que mostraba al caballero y el dragón—. Y la visión fue suficiente para sumir a todos los que lo vieron en un profundo silencio».

—Habéis leído a Vastari —dijo Uriah.

—Lo he hecho —asintió Revelación, apartando a regañadientes la mirada del techo—. Sus obras son muy dadas a la hipérbole, pero en este caso, como mucho, subestimó el impacto.

—¿Sois un estudioso del arte? —inquirió Uriah.

—He estudiado muchas cosas en mi vida —respondió Revelación—. El arte es sólo una de ellas.

Uriah señaló la imagen central del fresco, la de un maravilloso ser de luz rodeado por un halo de maquinaria dorada.

—Entonces no podéis discutirme que ésta es una obra inspirada por un gran poder.

—Pues claro que puedo —replicó Revelación—. Es un trabajo sublime exista o no un poder superior. Pero no prueba la existencia de nada. Ningún dios ha creado jamás una obra de arte.

—En una era anterior, algunos habrían considerado eso un sentimiento blasfemo.

—La blasfemia es un crimen sin víctimas —replicó Revelación con una mueca.

A su pesar, Uriah se rió.

—*Touché*, pero sin duda sólo un artista movido por lo divino podría crear una belleza así.

—Disiento —insistió Revelación—. Decidme, Uriah, ¿habéis visto las gigantescas esculturas en los acantilados del cañón Mariana?

—No —admitió Uriah—, aunque he oído decir que son increíblemente bellas.

—Lo son realmente. Representaciones de mil metros de altura de sus reyes, esculpidos en piedras que ningún arma puede mellar o cortar. Son, como mínimo, tan increíbles como este fresco, de alguna forma labrados en un acantilado que no ha visto el sol en diez mil años, y aun así, unas gentes sin dioses los esculpieron en eras olvidadas. El verdadero arte no requiere de ninguna explicación divina. Es simplemente arte.

—Vos tenéis vuestra opinión —replicó educadamente Uriah—. Y yo tengo la mía.

—Isandula fue un genio y una magnífica artista, eso está fuera de cuestión —prosiguió Revelación—, pero ella también tenía que vivir, e incluso los artistas más maravillosos deben aceptar cualquier encargo que se les haga. No tengo ninguna duda de que por esta obra fue magníficamente recompensada, pues las iglesias de aquellos tiempos eran organizaciones insultantemente ricas, pero si se le hubiera encargado pintar el techo de un recinto secular, ¿no habría realizado una obra igualmente maravillosa?

—Es posible, pero eso nunca podremos saberlo.

—No, no podremos —admitió Revelación, pasando junto a Uriah para dirigirse hacia el altar—. Y estoy tentado de creer que hay un elemento de celos siempre que la gente invoca lo divino para explicar este tipo de creaciones maravillosas.

—¿Celos?

—Absolutamente —remarcó Revelación—. No pueden creer que otro ser humano pueda producir unas obras de arte tan sublimes cuando ellos no pueden. Por tanto, alguna divinidad tocó el cerebro del artista y le inspiró.

—Esa es una visión realmente cínica de la humanidad —manifestó Uriah.

—Algunos elementos de ella sí —reconoció Revelación.

Uriah se encogió de hombros.

—Ésta ha sido una conversación muy interesante, pero debéis excusarme, amigo Revelación. He de prepararme para mi congregación.

—Nadie va a venir —dijo Revelación—. Sólo estamos vos y yo.

Uriah suspiró.

—¿Por qué estáis aquí realmente?

—Esta es la última iglesia en Terra —dijo Revelación—. Los lugares como éste pronto formarán parte de la historia, y quiero un recuerdo de él antes de que desaparezca.

—Sabía que ésta iba a ser una noche muy inusual —dijo Uriah.

Uriah y Revelación se dirigieron a la sacristía y se sentaron en extremos opuestos de un gran escritorio de caoba tallado con serpientes entrelazadas. La silla crujió bajo el peso de su huésped mientras Uriah buscaba dentro del escritorio y sacaba una larga botella de polvoriento cristal azul y un par de vasos de peltre.

Vertió el oscuro vino tinto para ambos y se reclinó en la silla.

—A vuestra salud —dijo Uriah, levantando el vaso.

—A la vuestra —respondió Revelación.

El huésped de Uriah sorbió el vino y asintió con la cabeza en un gesto de aprobación.

—Es un vino magnífico. Es muy viejo.

—Tenéis un buen paladar para el vino, Revelación —dijo Uriah—. Mi padre me lo regaló en mi decimoquinto cumpleaños y dijo que era para que me lo bebiera en mi noche de bodas.

—¿Y nunca os habéis casado?

—Nunca encontré a nadie dispuesto a unirse a mí. En aquellos tiempos era un redomado truhán.

—Un redomado truhán que se convirtió en sacerdote —apuntó Revelación—. Eso casi suena a historia.

—Lo es —asintió Uriah—. Pero algunas heridas circulan a mucha profundidad y no es bueno reabrirlas.

—Estoy de acuerdo —admitió Revelación, tomando otro sorbo de vino.

Uriah observó a su visitante por encima del borde de su vaso. Ahora que Revelación se había sentado, se había quitado la capa escarlata y la había colgado en el respaldo de su silla, reparó en que su huésped vestía ropa sencilla idéntica a las que llevaban casi todos los habitantes de Terra, con la excepción de que las suyas estaban inmaculadamente limpias.

Llevaba un anillo de plata en el dedo índice en el que podía verse un sello de algún tipo, aunque Uriah no consiguió distinguir el símbolo labrado en él.

—Decidme, Revelación, ¿qué queríais decir con que este lugar pronto habrá desaparecido?

—Exactamente lo que he dicho —se reafirmó Revelación—. Incluso perdido aquí arriba, sin duda habréis oído hablar del Emperador y de su cruzada para aplastar todas las formas de religión y creencias en lo sobrenatural. Pronto sus fuerzas vendrán hasta aquí y derribarán este lugar.

—Lo sé —dijo Uriah tristemente—. Pero eso no representa ninguna diferencia para mí. Creo en lo que creo, y por mucho que se empeñe un déspota guerrero estas creencias no se verán alteradas.

—Este es un punto de vista muy obstinado —opinó Revelación.

—Es fe —señaló Uriah.

—Fe —se burló Revelación—. Una creencia voluntaria en lo increíble sin pruebas…

—Lo que hace la fe tan poderosa es que no requiere pruebas. La creencia es suficiente.

Revelación se rió.

—Ahora veo por qué el Emperador quiere librarse de todas ellas. Vos decís que la fe es poderosa, yo digo que es peligrosa. Pensad en lo que ha hecho la gente movida por la fe en el pasado, todas las atrocidades cometidas a lo largo de siglos en aras de la fe. La política ha matado a miles, sí, pero la religión ha matado a millones.

Uriah acabó su vino antes de responder.

—¿Habéis venido simplemente a provocarme? Ya no soy un hombre violento, pero no me tomo a bien que se me insulte en mi propia casa. Si esto es por lo único que habéis venido, os ruego que os marchéis inmediatamente.

Revelación colocó su vaso sobre la mesa y juntó las manos.

—Tenéis razón, por supuesto. He sido descortés, y me disculpo por ello. He venido aquí a aprender de este lugar, no a enemistarme con su guardián.

Uriah sonrió con un gesto elegante.

—Acepto vuestras disculpas, Revelación. ¿Deseáis ver la iglesia?

—Lo deseo.

—Entonces acompañadme —dijo Uriah levantándose trabajosamente de detrás del escritorio—, y os mostraré la Piedra Relámpago.

Uriah condujo a Revelación desde la sacristía hacia la nave de la iglesia, donde observaron nuevamente el bello fresco del techo. Los fragmentos de luz de las antorchas danzaban detrás de los cristales tintados de las ventanas, y Uriah supo que un considerable grupo de hombres esperaba al otro lado de los muros de su iglesia.

¿Quién era ese tal Revelación y por qué estaba tan interesado en su iglesia?

¿Sería uno de los señores de la guerra del Emperador, que había acudido a ese lugar para ganarse el favor de su amo al demoler la última iglesia que quedaba en Terra? Quizá tan sólo se trataba de un caudillo mercenario que esperaba conseguir la gratitud del nuevo señor de Terra si destruía los iconos de una fe que había perdurado desde los primeros tiempos de la búsqueda de la civilización por parte de la humanidad.

Fuera como fuese, Uriah necesitaba saber más sobre aquel individuo. Tenía que lograr que siguiera hablando para conocer sus motivos.

—Por aquí —le dijo Uriah mientras se dirigía arrastrando los pies hacia el santuario.

Se trataba de una zona situada detrás del altar que estaba separada del resto de la iglesia por un tapiz de un color verde esmeralda del tamaño de un telón de teatro. Tiró de un cordón de seda y el tapiz se deslizó hacia un lado, lo que dejó a la vista una cámara abovedada de piedra pálida en cuyo centro se alzaba un megalito, colocado en mitad de un pozo circular.

La piedra estaba tallada como si fuera pedernal, y poseía una curiosa textura metálica y vítrea al mismo tiempo en la superficie. Medía unos seis metros de alto y tenía forma aguzada en la parte superior, por lo que se asemejaba a una enorme punta de lanza. La piedra salía directamente de la tierra, y unas losas rodeaban la base, donde se veían parches de hierba áspera de color rojizo.

—La Piedra Relámpago —anunció Uriah con voz llena de orgullo mientras descendía por una escalera construida en las propias paredes cubiertas de azulejos del pozo.

Colocó una mano sobre la piedra, y sonrió al sentir su tibieza húmeda.

Revelación siguió a Uriah hasta la parte inferior del pozo. Recorrió con la mirada la piedra al mismo tiempo que daba vueltas alrededor de ella con gesto apreciativo. El también alargó una mano para tocarla.

—Así pues, ¿se trata de una piedra sagrada?

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Qué queréis decir? ¿Por qué, qué?

—Pregunto que por qué es sagrada. ¿Fue vuestro dios quien la colocó personalmente en este lugar? ¿Uno de vuestros santos sufrió el martirio aquí? ¿O quizá una chica joven tuvo una revelación mientras rezaba a los pies de la piedra?

—Nada de eso —le replicó Uriah, esforzándose por no mostrar la irritación que sentía—. Hace miles de años, un santo local, que era sordo y ciego, paseaba por las colinas de la zona cuando le sorprendió una tormenta repentina procedente del océano occidental. Intentó llegar lo antes posible a una aldea, pero estaba demasiado lejos y la tormenta estalló antes de que hubiera podido llegar a un lugar seguro. El santo se refugió debajo de la piedra, y en lo peor de la tormenta recibió el impacto de un rayo. Se irguió y observó que la piedra estaba envuelta por un fuego azul en el que vio el rostro del Creador y oyó su voz.

—Pero ¿ese santo no era sordo y ciego? —apuntó Revelación.

—Lo era, pero el poder divino lo curó de sus afecciones. Bajó corriendo de inmediato hacia el pueblo y les contó a sus habitantes el milagro.

—¿Qué ocurrió después?

—El santo regresó hasta la Piedra Relámpago y ordenó a los habitantes que construyeran una iglesia alrededor. El relato de su curación no tardó en extenderse, y a los pocos años ya eran miles las personas que cruzaban el puente plateado para

visitar el santuario, ya que había surgido un manantial en la base de la piedra y se decía que sus aguas tenían propiedades curativas.

—¿Propiedades curativas? ¿Podía curar enfermedades? ¿Sanar huesos rotos?

—Eso dicen los anales de la iglesia. Esa cámara de baño se construyó alrededor de la piedra, y gentes de todas partes acudieron a sumergirse en sus aguas mientras fluyó el manantial sagrado.

—Oí hablar de un milagro semejante al este de esta tierra —comentó Revelación—. Una chica joven proclamó haber tenido una visión sagrada en la que había visto a una mujer santa, que curiosamente tenía un tremendo parecido con la orden religiosa a la que pertenecía su tía. Allí también levantaron unas cámaras de baño, pero los individuos encargados del lugar temieron que el flujo de su manantial sagrado fuera insuficiente, por lo que sólo cambiaban dos veces al día el agua de los estanques. A lo largo del día pasaban cientos de peregrinos enfermos y moribundos por la misma agua, así que podéis imaginaros la sopa tan horrible que era aquello al final del día: hilillos de sangre, restos de piel desprendida, costras y trozos de vendas y de ropa… Algo infame. El milagro era que alguien saliera con vida de aquel fangal humano, y mucho menos curado de lo que lo aquejaba.

Revelación alargó una mano para tocar la piedra de nuevo, y Uriah vio que cerraba los ojos mientras mantenía posada la palma de la mano en la piedra reluciente.

—Una hematita procedente de una formación de ferrita —comentó Revelación—. Lo más probable es que quedara al descubierto por un desprendimiento. Eso explicaría lo del rayo. He oído hablar de rayos que curaban a la gente de la ceguera o de la sordera, pero se daba sobre todo en aquellos cuya enfermedad era resultado de un trauma psicosomático provocado por una enfermedad anterior, más que por un problema realmente físico.

—¿Estáis intentando desprestigiar el milagro sobre el que se fundó esta iglesia? —le replicó Uriah—. Debéis tener un lado malvado si lo que buscáis es destruir la fe de otra persona.

Revelación rodeó de nuevo la Piedra Relámpago e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No soy malvado. Tan sólo intentaba explicaros que algo así podría haber ocurrido sin la intervención de un poder divino. —Revelación se llevó una mano a un lado de la cabeza y se dio unos cuantos golpecitos con el índice—. Creéis que el modo en el que percibís el mundo que os rodea es el verdadero, pero no se puede percibir el mundo exterior directamente. Ninguno de nosotros puede. En vez de eso, tan sólo conocemos nuestras ideas o interpretaciones de los objetos que contiene el mundo. El cerebro humano es un órgano producto de una evolución maravillosa, y es especialmente bueno a la hora de recrear imágenes de rostros y de voces a partir de

una información muy limitada.

—¿Qué tiene que ver eso con la Piedra Relámpago?

—Imaginémonos a ese santo, que estaba a cubierto de la tormenta bajo esta gran piedra justo cuando un rayo impactó contra ella. El fuego y el estruendo, el chorro de energía elemental que le recorrió el cuerpo. ¿No es posible que un hombre que de por sí ya era religioso, en unas circunstancias tan desesperadas, oyera sonidos y tuviera visiones de naturaleza divina? Después de todo, los humanos lo hacemos constantemente. Cuando uno se despierta atemorizado en mitad de la noche, ¿esa sombra en la esquina es parte de la oscuridad o se trata de un ladrón? ¿Ese chasquido de la madera es la pisada de un asesino o es la casa que cruje en la noche fría?

—Así que decís que el santo se lo imaginó todo.

—Algo así —admitió Revelación—. No quiero decir que lo hiciera de un modo consciente o deliberado, pero dados los orígenes y las evoluciones de las religiones en la humanidad, me parece una explicación mucho más probable y convincente. ¿No estáis de acuerdo?

—No, no lo estoy.

—¿No? Uriah Olathaire, me parecéis un hombre inteligente. ¿Por qué no admitís que existe la posibilidad de que ésa sea la explicación?

—Porque yo también he tenido una visión de mi dios y he oído su voz. Nada se puede comparar con conocer por experiencia personal la existencia de lo divino.

—Ah, una experiencia personal. Una experiencia absolutamente convincente para vos y que no puede probarse o refutarse. Decidme, ¿dónde tuvisteis esa visión?

—En un campo de batalla en la tierra de los francos. Hace ya muchos años.

—Hace mucho tiempo que los francos aceptaron la Unidad —comentó Revelación—. La última batalla se libró hace casi medio siglo. Debíais ser muy joven en aquella época.

—Lo era. Un joven irresponsable.

—Difícilmente un candidato a la atención divina. También es cieno que muchos de los individuos que aparecen en vuestros libros sagrados están muy lejos de ser un modelo ideal de persona, así que quizá, después de todo, no es tan sorprendente.

Uriah contuvo la ira que amenazaba con embargarlo al percibir el tono burlón de la voz de Revelación. Le dio la vuelta a la Piedra Relámpago y salió del pozo. Volvió al altar iluminado por una vela y pasó unos cuantos segundos esforzándose por calmar su respiración y su corazón agitados. Tomó el libro de tapas de cuero que estaba al lado de la vela y se sentó en uno de los bancos que había frente al altar.

Oyó los pasos de Revelación.

—Venís con un ánimo hostil, Revelación. Decís que queréis aprender de mí y de mi iglesia. Bienvenido entonces. Enfrentémonos pues sólo con palabras, ataquemos y defendamos las certidumbres del otro con argumentos y réplicas. Luchemos toda la

noche si lo deseáis, pero cuando llegue el amanecer, os marcharéis y no regresaréis jamás.

Revelación bajó por los peldaños que llevaban al altar y se detuvo un momento para admirar el reloj del juicio final. Vio el libro que Uriah tenía en las manos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es la intención que tengo. He de atender otros asuntos, pero dispongo de toda la noche para charlar con vos. —Señaló el libro que Uriah sostenía contra su pecho escuálido—. Y si soy hostil, se debe a que me enfurece ver la ceguera voluntaria de aquellos que viven esclavizados por unas ideas tan fantasiosas como las que contiene ese libro y otros tantos como él, el maldito trozo de trueno que tenéis en las manos.

—¿También os burláis de mi libro sagrado?

—¿Por qué no? Ese libro no es más que la recopilación de novecientos años de textos reunidos, reescritos, traducidos y modificados para que se ajustaran a las necesidades de los cientos de autores, en su mayoría anónimos y desconocidos. ¿Qué clase de base es ésa para buscar una guía en vuestra vida?

—Se trata de la palabra sagrada de mi dios. Le habla a todo aquel que lo lee.

Revelación se echó a reír y se dio unos cuantos golpecitos en la frente.

—Si alguien dijera que su abuelo muerto le habla, lo meterían en un manicomio, pero si dijera que es la voz de dios quien le habla, sus colegas clérigos quizá hasta lo convertirían en un santo. Es evidente que el numero establece una cierta seguridad cuando se trata de oír voces, ¿verdad?

—¡Estás hablando de mi fe! ¡Muestra un poco de respeto! —le gritó Uriah.

—¿Por qué? ¿Por qué se merece tu fe un tratamiento especial? ¿No es lo bastante sólida como para resistir que la pongan un poco en cuestión? Nadie más en el mundo goza de semejante protección ante cualquier escrutinio, así que, ¿por qué tú y tu fe deberíais gozar de un tratamiento especial?

—Yo he visto a dios —le respondió Uriah con un susurro—. Vi su rostro y oí sus palabras en mi alma…

—Si has tenido una experiencia semejante, es posible que creas que es verdadera, pero no esperes que yo o cualquier otro nos la creamos, Uriah. El simple hecho de que tú creas que algo es verdad no implica que lo sea.

—Yo vi lo que vi, y oí lo que oí —le contestó al mismo tiempo que clavaba los dedos en el libro al rememorar aquellos recuerdos tan antiguos—. Sé que fue real.

—¿Y en qué lugar de Franc tuvo lugar ese milagro?

Uriah dudó por un momento, reticente a pronunciar el nombre que abriría la caja donde había guardado todos los recuerdos de su vida pasada. Respiró profundamente.

—Fue en la matanza de Gaduaré.

—Estabas en Gaduaré —dijo Revelación, y Uriah no tuvo muy claro si sus palabras eran una pregunta o simplemente una confirmación. Por un instante, le sonó

como si Revelación ya lo supiera de antemano.

—Sí. Allí estaba.

—¿Querrías contarme lo que ocurrió?

—Te lo contaré, pero antes, necesito beber algo más.

Uriah y Revelación regresaron a la sacristía. El sacerdote abrió otro cajón y sacó una botella idéntica a la anterior, sólo que ésta se encontraba medio vacía. Revelación se sentó, y Uriah se dio cuenta de que la silla volvía a crujir en protesta por su peso, aunque el individuo no parecía especialmente fornido.

Uriah negó con la cabeza cuando Revelación le alargó el vaso de peltre.

—No, éste es del bueno. No se bebe en un simple vaso. Hace falta una copa.

Abrió un armario de nogal que había detrás de su mesa y sacó dos copitas de cristal tallado. Las dejó sobre el escritorio, en mitad de todas las pilas de papeles y de pergaminos. Descorchó la botella y un maravilloso olor llenó la estancia. Estaba cargado de recuerdos de pastos altos, arroyos frescos y bosques sombríos.

—El agua de la vida —comentó Uriah al mismo tiempo que servía las dos copas con generosidad antes de sentarse frente a Revelación.

El líquido era espeso, de color ámbar. El cristal de las copas reflejaba los brillos dorados y amarillentos del interior.

—Por fin —exclamó Revelación mientras levantaba la copa para beber—. Algo espirituoso en lo que puedo creer.

—No, todavía no —le advirtió Uriah—. Deja que se acumulen los vapores. Eso intensifica el sabor. Hazlo girar un poco. ¿Ves esos pequeños regueros en los lados de la copa? Se llaman lágrimas, y como son largas y descienden con lentitud, sabemos que la bebida es fuerte y está madura.

—¿Puedo beber ya?

—Paciencia. Huele con cuidado. ¿Ves? Tienes que sentir cómo el aroma sale y te estimula los sentidos. Déjate llevar por el momento. Deja que los olores despierten el recuerdo de su origen.

Uriah cerró los ojos mientras hacía girar el líquido dorado dentro de la copa y debajo de la nariz para permitir que la fragancia de un tiempo ya perdido lo envolviera. Captó el aroma de la suave riqueza del alcohol y sus recuerdos se vieron inundados de sensaciones que jamás había experimentado: correr por un bosque de espinos y brezos al atardecer; el humo de la hoguera encendida en una sala de paredes de madera repletas de escudos colgados y con un techo de juncos. Por encima de todo, sintió un legado de orgullo y tradición contenido en cada evocación de la bebida.

Sonrió al sentirse llevado de regreso a su juventud.

—Y ahora, a beber. Un buen trago. Que la bebida pase por la lengua, por las

mejillas y por el paladar durante unos segundos antes de dejar que baje por la garganta.

Uriah tomó un sorbo de la copa y disfrutó de la suavidad sedosa de su calidez. La bebida era fuerte, y sabía a roble tostado y a miel.

—Vaya. Es un sabor que no había probado desde hacía mucho tiempo —comentó Revelación. Uriah abrió los ojos y vio una sonrisa de satisfacción en el rostro de su visitante—. Creí que ya no quedaba nada parecido.

La cara de Revelación mostraba una expresión más relajada, y Uriah se dio cuenta de que sus mejillas se habían enrojecido un poco. Por algún motivo que no fue capaz de comprender, Uriah sintió menos hostilidad hacia Revelación, como si hubieran compartido un momento que sólo dos conocedores de la materia podrían apreciar.

—Es una botella bastante vieja —le explicó Uriah—. Una de las que pude recuperar de entre las ruinas de la casa de mis padres.

—Así que acostumbras a tener un poco de licor añejo cerca.

—Un hábito de mi juventud libertina. Quizá fui demasiado aficionado de más a la bebida, ya me entiendes.

—Lo entiendo. He visto a muchos grandes hombres destruidos por esa adicción.

Uriah tomó otro sorbo, más pequeño esta vez, y disfrutó del fuerte sabor antes de hablar de nuevo.

—Querías saber qué pasó en Gaduaré, ¿verdad?

—Sólo si estás dispuesto y preparado para contármelo.

Uriah dejó escapar un suspiro.

—Dispuesto, sí. Preparado… Bueno, supongo que ya lo veremos, ¿no?

—Gaduaré fue una jornada muy sangrienta —comentó Revelación—. Fue muy dura para todos los que estuvieron allí.

Uriah asintió con la cabeza.

—Mis ojos ya no son lo que eran, pero todavía soy capaz de ver que eres demasiado joven como para haber estado allí. Ni siquiera habrías nacido todavía cuando se libró esa batalla.

—Confía en mí. Conozco muy bien Gaduaré.

El tono de las palabras de Revelación hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. Cuando sus miradas se cruzaron de nuevo, Uriah vio tanta sabiduría e historia en los ojos de Revelación que de repente se sintió avergonzado de discutir con alguien como él.

Su invitado dejó la copa a un lado y el momento pasó.

—Debería contarte algo sobre mí. Quién era en aquel entonces y cómo llegué a encontrar a dios en el campo de batalla de Gaduaré. Si no te importa, claro…

—Por supuesto que no. Cuéntame todo lo que creas que es necesario.

Uriah tomó otro sorbo de licor.

—Nací en el pueblo que hay debajo de esta iglesia hace casi ochenta años. Era el hijo menor de un señor local. Mi clan había sobrevivido a los últimos años de la Vieja Noche con la mayor parte de su riqueza intacta, y poseían todas las tierras de esta zona, desde esta montaña hasta el puente que conduce a tierra firme. Ojalá pudiera decir que me trataron mal de niño, ya sabes, para tener una excusa que justificara el modo en que me comporté, pero lo cierto es que no fue así. Me consintieron mucho, y me convertí en un joven malcriado, dado a la bebida, a las juergas y a ataques de arrogancia.

Uriah dejó escapar un suspiro.

—Al echar la vista atrás, me doy cuenta de lo mierda que era, pero claro ése es el destino de los ancianos, mirar atrás y ver todos los errores que se han cometido cuando se es más joven y darse cuenta de que son irreparables. No importa. El caso es que en el fuego rebelde de mi adolescencia decidí que quería viajar por el mundo y ver los últimos rincones libres que quedaban fuera del dominio del Emperador. Buena parte del planeta había quedado bajo su poder, pero yo estaba decidido a encontrar un rincón que todavía no hubiese sido sometido por los ejércitos del rayo y el relámpago.

—Haces que suene como si el Emperador fuese un tirano. Acabó con todas las guerras que estaban destrozando el planeta y derrotó a decenas de tiranos y de déspotas. Sin sus ejércitos, la humanidad se habría hundido en la anarquía y se habría destruido a sí misma al cabo de una generación.

—Sí, y quizá hubiera sido mejor así. Quizá el universo había decidido que ya habíamos tenido nuestra oportunidad y que se nos había acabado el tiempo —dijo Uriah antes de tomar otro sorbo.

—Tonterías. Al universo no le importa en absoluto ni nosotros ni lo que hacemos. Forjamos nuestro destino con nuestras propias manos.

—Una idea filosófica a la que sin duda volveremos para discutir, pero te estaba contando mi juventud…

—Sí, por supuesto. Continua.

—Gracias. Bueno, después de que le anunciara mis intenciones, mi padre fue lo bastante generoso como para proporcionarme un estipendio generoso y una escolta de soldados para que me protegieran durante mis viajes. Partí ese mismo día y crucé el puente de plata cuatro días después. Viajé por una tierra que se estaba recuperando de la guerra y en la que cada vez se trabajaba más en las tareas que había decretado el Emperador. Los martillos no cesaban de batir placas de armaduras recién forjadas, las factorías ennegrecidas vomitaban cantidades ingentes de armas y pueblos enteros de costureras se dedicaban a crear nuevos uniformes para sus ejércitos.

»Crucé hacia Europa y me dediqué a recorrer el continente, donde se veía el estandarte del águila allá donde miraras. En todos los pueblos y ciudades presencié

como la gente le daba las gracias al Emperador y a sus poderosos gigantes del trueno, aunque esas muestras de respeto me parecieron vacías, como si las realizaran más por miedo que por otra cosa. Una vez, cuando era niño, vi un ejército de los gigantes del Emperador, pero ésa fue la primera vez que pude verlos tras una campaña de conquista.

Uriah contuvo la respiración al recordar el rostro del guerrero, quien se inclinó para mirarlo como si fuera menos que un insecto.

—Estaba borracho e iba de puta en puta por la península de Tali cuando me encontré con una guarnición de los supersoldados del Emperador, que estaban acantonados en una fortaleza en ruinas levantada en lo alto de un risco. Mi alma romántica y rebelde no pudo evitar provocarlos. Después de verlos combatir, todavía me estremezco al pensar en el tremendo peligro en el que me encontraba. Los increpé llamándolos monstruos y siervos de un monstruo sanguinario y tiránico cuya única ambición era esclavizar a la humanidad para satisfacer su tremendo ego. Recité buena parte de las obras de Seytwn y de Galliemus, aunque no sé cómo me fue posible recordar a los viejos maestros estando tan borracho. Pensé que era muy listo, y entonces uno de aquellos gigantes vino a por mí. Como ya he dicho, yo estaba completamente borracho y tenía esa sensación de invulnerabilidad que sólo los borrachos y los estúpidos tienen. El guerrero era un tipo enorme, más grande de lo que debería ser cualquier humano. Su cuerpo brutal estaba cubierto por unas placas de armadura que le cubrían el pecho y los brazos, y que en ese momento pensé que eran ridículamente exagerados.

—En las antiguas guerras, la mayoría de los guerreros prefería enfrentarse en combate cuerpo a cuerpo en vez de utilizar armas de largo alcance —le explicó Revelación—. El pecho y los brazos de un guerrero tenían una importancia vital en un enfrentamiento semejante.

—Ah, ya veo. Bueno, no importa. Se me echó encima, me agarró y me levantó. Al hacerlo, me tiró la bebida, y eso me molestó mucho. Me puse a pegarle patadas y puñetazos a su armadura hasta que se me ensangrentaron las manos. El se limitó a reírse de mí. Le grité que me soltara y eso fue justamente lo que hizo: me dijo que cerrara el pico antes de lanzarme al mar desde un risco. Para cuando logré trepar de regreso al pueblo, ya se habían marchado, y yo me quedé con el odio más fuerte que jamás había sentido. Una estupidez, la verdad, porque lo cierto era que había estado pidiendo a gritos que me pasara eso, y tan sólo fue cuestión de tiempo antes de que alguien lo hiciera.

—¿Adonde fuiste después de Tali?

—Aquí y allá. He olvidado mucho de lo que me pasó en esos años. Estaba borracho la mayor parte del tiempo. Recuerdo que tomé un trineo de arena y crucé la cuenca de polvo mediterránea y llegué hasta la desolación de los Cónclaves

Nordáfrikos que Shang Khak había reducido a un desierto de cenizas. Allí lo único que encontré fueron asentamientos que rendían homenaje al Emperador, así que continué hacia el este para ver las ruinas de Ursh y los bastiones destruidos de Narthan Durme. Sin embargo, incluso allí, en unos lugares tan alejados de todo que eran los rincones más desolados y remotos del planeta, incluso allí, decía, encontré a gente que le daba las gracias al Emperador y a sus guerreros modificados genéticamente. No lograba entenderlo. ¿Es que esa gente no veía que habían cambiado a un tirano por otro?

—La humanidad se encaminaba a su final como especie —le indicó Revelación, inclinándose hacia delante en su silla—. Te repito que sin la Unidad y el Emperador, ya no habría raza humana. Todavía no me creo que no seas capaz de verlo.

—Oh, sí, sí lo veo, pero en aquel entonces no era más que un joven que contemplaba cualquier forma de control como una opresión. Aunque la gente no suele apreciarlo, una de las funciones de la juventud es intentar sobrepasar los límites de la generación anterior, probar a establecer sus propias reglas. Yo no era muy distinto a cualquier otro joven. Bueno, quizá un poco.

—Así que viajaste por todo el mundo y no encontraste un lugar en el que no se hubiera jurado lealtad al Emperador. ¿Qué hiciste después?

Uriah llenó de nuevo las dos copas antes de continuar.

—Regresé a mi hogar durante un tiempo, y llevé conmigo regalos que había robado en su mayor parte. Luego me marché de nuevo, pero esta vez convertido en un soldado de fortuna. Ya no era un simple viajero. Había oído rumores sobre unos disturbios en la tierra de los francos, y me imaginé que podría crearme una cierta fama. Los francos eran unas gentes rebeldes desde antes de la Unidad y no aceptaban con satisfacción a los invasores, ni siquiera a unos que fingieran ser benevolentes. Cuando llegué al continente, oí hablar de Havuleq Dagross y de la batalla de Avelroi, así que me dirigí directamente hacia esa ciudad.

—Avelroi —musitó Revelación al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Una ciudad envenenada por la amargura de un demente cuyo escaso talento no cumplió con las expectativas de su ambición.

—Eso lo sé ahora, pero lo que oí en aquel entonces fue que a Havuleq lo habían acusado de la muerte brutal que había sufrido la mujer que el Emperador había designado como gobernadora. No era culpable, pero lo iban a fusilar cuando sus hermanos y amigos atacaron a las unidades del ejército encargadas de su ejecución. Acabaron con todos los soldados, pero algunos de los habitantes de la ciudad murieron en el combate, incluido el hijo del arbites local, por lo que la gente se enfureció bastante. A pesar de todos sus defectos, y eran muchos, Havuleq era un orador excelente, y no tuvo dificultad en hacer crecer la ira que los ciudadanos sentían contra el Emperador. Una hora después, una milicia recién formada asaltó los

barracones del ejército y mató a todos los soldados que había allí.

—Por supuesto, sabrás que Havuleq sí mató a esa mujer, ¿verdad?

Uriah asintió con gesto triste.

—Sí, después me enteré de eso, pero ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

—¿Qué ocurrió después?

—Para cuando llegué a Avelroi, lleno de ira e impaciente por la batalla que se iba a celebrar, Havuleq ya había atraído a su causa a unos cuantos pueblos y ciudades cercanas y disponía de un ejército de un tamaño bastante considerable.

Uriah sonrió al recordar con claridad los detalles de su llegada a Avelroi.

—Fue un espectáculo magnífico, Revelación. Habían arrancado todos los emblemas del Emperador y la ciudad parecía sacada de un sueño. En todas las ventanas colgaban guirnaldas y las bandas tocaban por las calles todos los días mientras Havuleq hacía desfilar a la tropa arriba y abajo. Por supuesto, en realidad tendríamos que haber estado entrenando, pero teníamos el ánimo inflamado por el valor y el sentimiento de que era una causa justa. Cada vez más poblaciones de los alrededores se sublevaban y atacaban a las guarniciones del ejército, y a los pocos meses, ya eran cuarenta mil los hombres dispuestos a luchar.

»Era todo lo que había soñado. Era una rebelión gloriosa, valiente y heroica, acorde con las grandes tradiciones de los luchadores por la libertad de antaño. Seríamos la chispa que prendería, el acontecimiento histórico que provocaría la caída de aquel autócrata planetario, que derribaría a ese autonombrado gobernante del mundo. Poco después oímos que un ejército del rayo y el relámpago se acercaba procedente del este, así que partimos formando una gran procesión para enfrentarnos en combate contra ellos. El día que salimos de Avelroi con Havuleq al frente fue gozoso, jamás lo olvidaré: las risas, los besos que nos daban las chicas y el espíritu de hermandad compartida que nos embargó mientras nos dirigíamos a la batalla.

»Tardamos una semana en llegar a Gaduaré, una línea de colinas elevadas que se encontraba directamente en el camino de nuestro enemigo. Había leído bastante sobre historia antigua como para saber que era un buen lugar donde enfrentarnos al enemigo. Ocupábamos el terreno elevado, y nuestros dos flancos estaban anclados en unas posiciones fuertes. A la izquierda teníamos las ruinas del bastión Gaduaré, y a la izquierda se extendía un pantano desolado por el que nada podría pasar.

—Fue una locura enfrentarse a los ejércitos del Emperador —comentó Revelación—. Debiste saber que era imposible derrotarlos. Eran guerreros creados para el combate y que pasaban la vida entera entrenándose.

Uriah asintió.

—Creo que lo supimos en cuanto el enemigo se puso a la vista. —Su rostro se ensombreció al recordarlo—. Pero estábamos embargados por una increíble

sensación de optimismo. Ese día, nuestro ejército lo componían cincuenta mil efectivos, y nos enfrentábamos a una fuerza que no llegaba al diez por ciento de la nuestra. Era difícil no sentir que íbamos a lograr la victoria, sobre todo porque Havuleq se dedicó a ir de un lado a otro exaltando nuestros ánimos. Su hermano intentó calmarlo, pero ya era demasiado tarde, y nos lanzamos a la carga por las laderas de las colinas convertidos en idiotas aullantes que lanzaban gritos de guerra y enarbolaban espadas, rifles y pistolas por encima de la cabeza. Yo estaba en la sexta fila, y ya habíamos recorrido un kilómetro cuando estuvimos cerca de las filas de los gigantes. No se habían movido ni un centímetro desde que iniciamos la carga, pero en cuanto estuvimos cerca, se llevaron el arma al hombro y abrieron fuego.

Uriah se calló un momento y tomó un largo sorbo de la copa. La mano le temblaba, y dejó con mucho cuidado la copa sobre la mesa antes de continuar con el relato.

—Jamás olvidaré ese ruido. Resonó igual que una tormenta que se hubiera desatado de repente. Las primeras cinco filas cayeron prácticamente de golpe, y todos sus miembros murieron sin que ni siquiera tuvieran tiempo de gritar. Los proyectiles de nuestros enemigos arrancaban las extremidades o simplemente reventaban a los hombres desde dentro como sacos llenos de líquido. Me volví para gritar algo, no recuerdo exactamente qué, y sentí un dolor lacerante en la parte posterior de la cabeza. Caí sobre los restos de un hombre al que le faltaba por completo el lado izquierdo. Era como si le hubiera estallado una granada en el interior del cuerpo.

»Caí de rodillas y me llevé una mano a la nuca. La tenía pegajosa, cubierta de sangre. Me di cuenta de que me habían dado. Era el rebote de un proyectil o un trozo de metralla. Si hubiera sido algo más grande, me habría arrancado la cabeza. Sentí cómo me bajaba la sangre y levanté la mirada a tiempo de ver cómo nuestros enemigos abrían fuego de nuevo. Fue entonces cuando comencé a oír gritos. Habían detenido en seco nuestra carga, y los hombres y mujeres daban vueltas sin un objetivo claro, confundidos y atemorizados al darse cuenta de repente de lo que había iniciado Havuleq.

»Los guerreros del trueno enfundaron los rifles y se dirigieron hacia nosotros mientras desenvainaban unas espadas con el filo serrado y unas cuchillas motorizadas. Dios, nunca olvidaré ese sonido. Era un rugido salido de alguna pesadilla. Ya nos habían derrotado. Su primera andanada nos había destrozado la moral. Vi a Havuleq muerto en mitad del campo de batalla. Le habían arrancado por completo la parte inferior del cuerpo, y en cada uno de los rostros que me rodeaban vi el mismo terror que me embargaba a mí. La gente empezó a suplicar por su vida arrojando las armas e intentando rendirse, pero los guerreros con armadura no se detuvieron. Se dirigieron directamente hacia nosotros y nos exterminaron sin piedad alguna. Acabaron con nosotros con tal brutalidad y economía de esfuerzo que no

pude creerme que tanta gente muriera en un espacio tan corto de tiempo. Aquello no era una guerra, o al menos, no se parecía a nada de lo que yo hubiera leído, donde los guerreros luchaban en duelos gloriosos. Aquello era una matanza mecanizada.

»No me avergüenza decir que eché a correr. Me meé encima y corrí sangrando para ponerme a salvo. Corrí como si todos los demonios de las leyendas me estuvieran persiguiendo, sin dejar de oír en todo momento el repugnante sonido de la gente al morir, el chasquido húmedo de la carne al rasgarse y el hedor a entrañas y a heces desparramadas. No recuerdo mucho de mi huida, tan sólo retazos de cadáveres y gritos de dolor. Corrí hasta que no me quedaron fuerzas para hacerlo, y entonces me arrastré sobre el barro hasta que perdí el conocimiento. Cuando me desperté, y me quedé muy sorprendido al hacerlo, vi que ya había caído la noche. Habían encendido piras y los cánticos victoriosos de los guerreros del trueno resonaban por todo el lugar de la matanza.

»E1 ejército de Havuleq había quedado destruido. No lo habían derrotado o lo habían hecho huir: lo habían destruido. En menos de una hora, cincuenta mil hombres y mujeres habían muerto. Creo que incluso en ese momento comprendí que era el único superviviente. Lloré amargamente bajo la luz de la luna, y mientras yacía allí, desangrándome hasta la muerte, pensé en lo inútil que había sido mi vida. El dolor y la ruina que había provocado en los demás por culpa de mi búsqueda insensata del placer y del interés propio. Lloré por mi familia y por mí, y fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba solo.

—¿Quién estaba contigo?

—El poder de lo divino. Alcé la mirada y vi un rostro dorado encima de mí. Era un rostro de tal belleza y perfección que seguí llorando, pero no por el dolor, sino por su hermosura. La luz lo rodeaba, y aparté la mirada por temor a quedar cegado. El dolor que sentía había sido muy intenso hasta ese momento, pero ya había desaparecido, y supe que estaba viendo el rostro de lo divino. No podría describirte ese rostro, ni siquiera con todas las imágenes poéticas del mundo a mi disposición, pero fue la visión más exquisita que jamás haya presenciado.

»Sentí que me alzaban y creí que sería mi final. Entonces el rostro me habló, y supe que estaba destinado a seguir vivo.

—¿Qué fue lo que te dijo el rostro?

Uriah sonrió.

—Me dijo: «¿Por qué sigues negándote a creer en mí? Acéptame y descubrirás que soy la única verdad y el único camino».

—¿Le contestaste?

—No pude. Pronunciar cualquier palabra hubiera sido indecoroso. De todas maneras, la lengua se me había paralizado ante aquella impresionante visión de dios.

—¿Qué te hizo pensar que era dios? ¿No has escuchado lo que he dicho antes

sobre la capacidad del cerebro de percibir lo que él quiere? Estabas moribundo en medio de un campo de batalla, rodeado de tus camaradas muertos y experimentando una epifanía sobre la futilidad de la vida que habías llevado. Seguro que se te ocurren otras explicaciones para esa visión, Uriah, una explicación mejor que no implique lo sobrenatural.

—No necesito ninguna otra explicación —replicó Uriah con firmeza—. Puede que seas sabio en muchas cosas, Revelación, pero no puedes saber lo que se me pasó por la cabeza. Yo escuché la voz de dios y vi su rostro. Me sostuvo y me sumió en un profundo sueño, y al despertar mis heridas habían sanado.

Uriah volvió la cabeza para que Revelación pudiera ver la larga cicatriz en la parte posterior del cuello.

—Un fragmento de metralla ósea se me había clavado en el cráneo, apenas a un centímetro de partirme la médula espinal. Estaba solo en el campo de batalla y decidí regresar a la tierra que me vio nacer, pero cuando volví, me encontré el hogar de mi familia en ruinas. Los habitantes del pueblo me dijeron que los incursores escandianos del norte habían oído hablar de la fortuna de mi familia y habían venido al sur a saquear. Mataron a mi hermano y después violaron a mi madre y a mi hermana delante de mi padre para obligarlo a decir dónde ocultaba sus tesoros. No podían saber que mi padre tenía el corazón débil, y por esa razón murió antes de poder sacarle su secreto. Encontré mi casa en ruinas y a mi familia convertida en poco más que cadáveres descoloridos.

—Siento mucho tu pérdida —dijo Revelación—. Si te sirve de consuelo, los escandianos no aceptaron la Unidad y fueron exterminados hace treinta años.

—Lo sé, pero ya no me regocijo con la muerte —afirmó Uriah—. Los hombres que mataron a mi familia deben haber sido juzgados por dios, y esa justicia es suficiente para mí.

—Eso es muy noble de tu parte —dijo Revelación con auténtica admiración en la voz.

—Recogí algunos recuerdos de entre las ruinas y me dirigí a la población más próxima, pensando en beber hasta caer inconsciente antes de tratar de pensar qué hacer con mi vida. Estaba a medio camino cuando vi la iglesia de la Piedra Relámpago y supe que había encontrado mi propósito en la vida. Hasta este momento me había pasado la vida pensando únicamente en mí mismo, pero en cuanto vi la torre de la iglesia supe que dios tenía un propósito para mí. Debería haber muerto en Gaduaré, pero fui salvado por una razón.

—¿Y cuál fue esa razón?

—Servir a dios —dijo Uriah—. Llevar su palabra a la gente.

—¿Y eso es lo que has estado haciendo aquí desde entonces?

Uriah asintió.

—Es lo que he estado tratando de hacer, pero las proclamas del Emperador atraviesan el globo con su mensaje sobre la razón y la negación de los dioses y lo sobrenatural. Supongo que ésta es la razón por la que estáis hoy aquí, y por la que nadie de mi congregación ha venido esta noche a la iglesia.

—Estás en lo cierto —asintió Revelación—. De alguna forma podría decirse que he venido a tratar de convencerte del error de tus creencias, para aprender de ti y demostrarte que no hay necesidad de ningún poder divino que guíe a la humanidad. Esta es la última iglesia de Terra, y me corresponde a mí ofrecerte la oportunidad de abrazar voluntariamente el nuevo orden de las cosas.

Revelación negó con la cabeza.

—No existe ningún «o», Uriah. Ven, volvamos a la iglesia mientras hablamos, quiero enseñarte lo que todas las creencias en dioses han hecho a la humanidad durante eras, los derramamientos de sangre, el horror y las persecuciones. Te contaré todo eso y verás lo dañinas que son esas creencias.

—¿Y después, qué? ¿Seguirás tu camino?

—Los dos sabemos que eso no va a suceder, ¿verdad?

—Sí —dijo Uriah, apurando su última copa—. Lo sé.

—Déjame contarte una historia que sucedió hace muchos miles de años —le dijo Revelación.

Ambos caminaban a lo largo del transepto norte de la iglesia y llegaron a la escalera en espiral que conducía a la galería superior. Revelación seguía a Uriah, hablando mientras subían.

—Es una historia de cómo un rebaño de ganado criado genéticamente causó la muerte de más de novecientas personas.

—¿Las aplastaron en una estampida? —inquirió Uriah.

—No, era un puñado de criaturas medio muertas de hambre que escaparon de sus corrales en el exterior de Xozer, una antaño gran ciudad de los Cónclaves Nordafrikanos.

Llegaron a la parte superior de la escalera y empezaron a andar por la balconada, entre sus confinadas paredes oscuras y frías. El polvo se acumulaba en su suelo de piedra, y un puñado de gruesas velas que Uriah no recordaba haber encendido ardían en palmatorias de hierro.

—¿Xozer? Yo he estado allí —dijo Uriah—. Al menos he visto lo que mi guía me dijo que eran sus ruinas.

—Muy probablemente. En cualquier caso, esos hambrientos animales pasaron a través de un edificio sagrado de uno de los muchos cultos que hacían de Xozer su

hogar. Ese culto, que era conocido como los xozeritas, creía que la carne genéticamente criada era una afrenta a su dios, y acusaron a una secta rival conocida como los upashtar del sacrilegio. Los xozeritas se enfurecieron y pegaron y maltrataron a cualquier upashtar que encontraron. Evidentemente, los upashtar se enfurecieron a su vez, y los desórdenes se propagaron por toda la ciudad, dejando tras de sí casi un millar de muertos.

—¿Y hay alguna moraleja en la historia? —preguntó Uriah al ver que Revelación no proseguía.

—Por supuesto, cuenta la historia universal y tipifica el comportamiento religioso que se ha repetido una y otra vez desde el inicio de la historia humana.

—Un ejemplo ligeramente inverosímil, Revelación. Una historia inusual no puede servir como prueba de que creer en lo divino es algo malo. Esas creencias son la base de un orden moral. Dan a la gente la fuerza que necesitan para vivir sus vidas. Sin ninguna guía de arriba, el mundo se sumiría en la anarquía.

—Tristemente, hace tiempo millones de personas tenían ese mismo punto de vista, Uriah, pero la vieja obviedad no es cierta. El recuerdo de la experiencia humana muestra que allí donde la religión ha sido fuerte, ha provocado crueldad. Las fuertes creencias producen una intensa hostilidad. Únicamente cuando la fe pierde su fuerza puede esperarse que la sociedad se vuelva humana.

—No creo que eso sea cierto —objetó Uriah, deteniéndose junto a uno de los arcos de la balconada para mirar hacia la nave. El polvo se arremolinaba en el suelo, barrido por los vientos de la tormenta que azotaba la solitaria iglesia—. Mis libros sagrados dan instrucciones de cómo vivir una buena vida. Contienen lecciones que la humanidad necesita.

—¿Estás seguro? —le preguntó Revelación—. He leído tu libro sagrado, y la mayor parte de él habla de sangre y venganza. ¿Vives tu vida siguiendo literalmente sus mandamientos, o consideras a la gente que puebla sus páginas como ejemplos de comportamiento adecuado? En cualquier caso, sospecho que la moral allí expuesta horrorizaría a la mayoría de gente.

Uriah negó con la cabeza.

—Te estás perdiendo lo importante, Revelación. Buena parte de su texto no se supone que deba tomarse literalmente, sino que es simbólico o alegórico.

Revelación chasqueó los dedos.

—Eso es exactamente lo que quería remarcar. Elegís y escogéis los fragmentos de vuestro libro que deben tomarse literalmente y cuáles deben leerse como simbolismo, y hacer esta elección es una decisión meramente personal, no divina. Créeme, en épocas pasadas, un alarmante número de gente siguió sus libros sagrados de forma absolutamente literal, causando innumerables miserias y muertes porque creían en la verdad de las palabras que leían. La historia de la religión es una historia de horror,

Uriah, y si dudas de ello, sólo tienes que mirar lo que ha hecho la humanidad en nombre de sus dioses a lo largo de los milenios.

»Hace miles de años, una sanguinaria teocracia que veneraba a un dios serpiente con plumas surgió en las junglas mayas. Para satisfacer a su maligno dios, sus sacerdotes ahogaban vírgenes en pozos sagrados y arrancaban los corazones a los niños. Ellos creían que este dios serpiente tenía un equivalente terrenal, y los constructores de templos enterraban el cuerpo de una doncella con las primeras paladas para pacificar a una criatura inexistente.

Uriah se volvió hacia Revelación horrorizado.

—No puedes compararme en serio mi religión con este tipo de paganismo bárbaro.

—¿No puedo? —contraatacó Revelación—. En nombre de vuestra religión, un hombre santo inició una guerra bajo el grito de batalla de «Deus Vult», que significa «Dios lo quiere» en uno de los antiguos idiomas de la Vieja Tierra. Sus guerreros debían destruir enemigos en un reino muy lejano, pero primero atacaron a aquellos en su propia tierra que se oponían a la guerra. Miles fueron arrastrados fuera de sus hogares y golpeados hasta la muerte o quemados vivos. Después, satisfechos de que su tierra natal estuviera segura, las legiones de zelotes saquearon durante su camino de miles de kilómetros hasta la ciudad santa que se suponía debían liberar. Al llegar a ella mataron a todos sus habitantes para «purificar» la simbólica ciudad de cualquier mácula. Recuerdo que uno de sus líderes decía que cabalgaba con sangre hasta las rodillas, e incluso hasta las bridas de su caballo, por el justo y maravilloso juicio de su dios.

—Eso es historia antigua —dijo Uriah—. No se puede juzgar la verdad de eventos tan perdidos en la niebla del tiempo.

—Si fuera únicamente un solo evento estaría de acuerdo contigo —replicó Revelación—, pero sólo un centenar de años después, más o menos, otro hombre santo declaró la guerra a una secta de su propia iglesia. Sus guerreros asediaron la fortaleza de la secta en la antigua Franc, y cuando la ciudad cayó, los generales preguntaron a su líder cómo podían distinguir a los fieles de los traidores de entre los cautivos. Ese hombre, que adoraba a vuestro dios, ordenó a sus guerreros: «Matadlos a todos. Dios distinguirá a los suyos». Casi veinte mil hombres, mujeres y niños fueron degollados.

»Y lo peor de todo es que la búsqueda de aquellos que podían haber escapado del asedio llevó al establecimiento de una organización conocida como la Inquisición, una aterradora y monstruosa plaga de histeria que proporcionó a sus agentes total libertad para forzar, quemar, cortar y partir a sus víctimas en demoníacamente dolorosas máquinas que los obligaban a confesar su descreimiento y a identificar a otros transgresores. Posteriormente, cuando la mayoría de sus enemigos fueron

cazados y asesinados, la Inquisición cambió su objetivo hacia la brujería, y los sacerdotes torturaron a miles de mujeres para que confesaran que realizaban inconfesables actos con demonios. Estas eran quemadas o ahorcadas por sus confesiones, y la histeria prosiguió durante más de tres siglos en una docena de naciones, una locura que acabó con pueblos enteros arrasados y centenares de miles de muertos.

—Estás eligiendo los ejemplos más extremos del pasado, Revelación —replicó Uriah, luchando por mantener la compostura ante tales historias de asesinatos y derramamientos de sangre—. Los tiempos han avanzado y la humanidad ya no trata a sus semejantes de esta forma.

—Si de verdad te crees eso, es que has estado encerrado en esta ventosa iglesia durante demasiado tiempo, Uriah —dijo Revelación—. Tienes que haber oído hablar del cardenal Tang, el etnarca asesino en masa que practicó una primitiva forma de eugenesia. Sus sanguinarios pogromos y campos de la muerte causaron millones de muertos en el Bloque Yndonésico. Murió hace menos de treinta años tras ver el regreso del mundo a una era pretecnológica, emulando a la Inquisición con la quema de los científicos, matemáticos y filósofos que contradecían la visión cosmológica de la Iglesia.

Uriah no pudo soportarlo más y se dirigió a la escalera en el otro extremo de la balaustrada que conducían a la nave central.

—Tienes una fijación con la sangre y con la muerte, Revelación. Te olvidas de todo el bien que se ha logrado a través de la fe.

—Si piensas que la religión es una fuerza del bien, Uriah, es que no estás viendo el salvajismo supersticioso que domina la historia de nuestro mundo —confirmó Revelación—. Es cierto que, justo antes del descenso de la Vieja Noche, la religión perdió gradualmente su poder sobre la vida, pero como el peor tipo de veneno, quedó un residuo y promovió la división entre la gente del mundo que había resistido. Sin creencias en los dioses, las divisiones hubieran desaparecido con el paso del tiempo; las nuevas generaciones se adaptan a los nuevos tiempos, se mezclan, se casan entre ellas y olvidan las antiguas heridas. Es sólo por la creencia en dioses y en entidades divinas por lo que siguen siendo extraños los unos a los otros, y cualquier cosa que divida a la gente engendra inhumanidad. La religión es un cáncer en el corazón de la humanidad que sirve únicamente a ese odioso propósito.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Uriah—. Ya he oído suficiente. Sí, la gente ha hecho cosas terribles a los demás en nombre de sus dioses, pero también se han hecho cosas terribles los unos a los otros sin el recurso de sus creencias. Una aceptación de los dioses y de una vida después de la muerte es una parte vital de lo que hace que seamos los que somos. Si le quitas eso a la humanidad, ¿qué sugieres para reemplazarlo? En mis muchos años como sacerdote he cuidado de muchos

moribundos, y los beneficios emocionales del poder de la religión para consolarlos y para aquellos que se quedan atrás no debe ser subestimado.

—Existe un fallo en tu lógica, Uriah —repuso Revelación—. El poder de la religión para consolar no le proporciona más credibilidad o validez. Muy bien podría confortar a un moribundo el creer que irá a un maravilloso paraíso de diversión sin fin, pero aunque muera con una maravillosa sonrisa en la cara, eso no tiene ninguna importancia para el gran esquema de las cosas por lo que se refiere a la verdad del asunto.

—Tal vez no, pero cuando me llegue la hora, moriré con el nombre de mi dios en los labios.

—¿Tienes miedo a morir, Uriah? —le preguntó Revelación.

—No.

—¿De verdad?

—De verdad —afirmó Uriah—. He cometido mis pecados, pero he pasado mi vida al servicio de mi dios, y creo que le he servido con lealtad y bien.

—En ese caso, ¿por qué no le dices a esa gente que se está muriendo y aferrándose a sus creencias que deben agradecer que su vida se acabe? Sin duda sus familiares y amigos deberían estar contentos y celebrar la muerte de sus parientes. Después de rodo, si les aguarda el paraíso eterno en el otro lado, ¿por qué no están alegres de gozosa expectación? ¿Podría ser que, en el fondo de sus corazones, realmente no crean en él?

Uriah se alejó de él y empezó a bajar la escalera de la nave. Su rabia y frustración le daban la fuerza necesaria para mantener un paso que excedía los límites de sus piernas. Un viento frío penetró por las puertas exteriores y le trajo el murmullo de voces y el choque de metal contra metal en el exterior. La nave de la Iglesia de la Piedra Relámpago era un lugar austero, con paredes de piedra con nichos en los que había estatuas de diversos santos que habían pasado por allí en los miles de años que había perdurado la iglesia. Un oscilante candelabro sin velas colgaba del techo, pero hacía muchos años que Uriah era incapaz de subir la escalera del almacén para reemplazarlas.

Abrió la puerta de la iglesia y caminó firmemente por la nave hacia el altar. Cuatro de las seis velas que había encendido se habían apagado, y una quinta tembló y se apagó a causa del viento que entró tras él.

La solitaria vela que quedaba ardía junto al reloj, y Uriah se dirigió hacia ella mientras escuchaba como Revelación entraba en la iglesia detrás de él. Uriah llegó al altar y se arrodilló con cierta dificultad.

Inclinó la cabeza ante el altar y juntó las manos.

—El señor de la humanidad es la luz y el camino, y todas sus acciones son por el beneficio de la humanidad, que es su pueblo. Así se enseña en las sagradas palabras

de nuestro orden, y por encima de todas las cosas, dios protegerá…

—Nadie te escucha —dijo Revelación a su espalda.

—Ya no me importa lo que puedas decirme. Has venido aquí para hacer lo que consideras necesario hacer, y no pienso reforzar tu ego y tu autocomplacencia jugando contigo por más tiempo. Así que acaba de una vez esta charada.

—Como quieras —respondió Revelación—. Se acabaron los juegos.

Una luz dorada creció detrás de Uriah, y vio como su sombra se extendía por la grabada superficie del altar. Las nacaradas manecillas del reloj brillaron bajo aquella luz, y su cara de ébano se ilumino. Mientras antes la iglesia era lúgubre y llena de sombras, ahora era un lugar de luz.

Uriah se puso en pie y se volvió para ver la maravillosa figura que estaba de pie ante él, enorme y magnificente, vestida con una armadura dorada trabajada con amor y gran habilidad, todas y cada una de sus placas adornada con rayos y águilas.

Revelación ya no estaba, y en su lugar había un guerrero gigantesco de exquisito esplendor, un ejemplo de todo lo que era real en la humanidad. La armadura remarcaba su forma más allá de toda medida, y Uriah sintió como le resbalaban las lágrimas ante esa impresionante y dolorosamente perfecta cara que ya había visto anteriormente.

En los campos de batalla de Gaduaré.

—Vos… —jadeó Uriah, que trastabilló hacia atrás y cayó de espaldas. El dolor le sacudió la cadera y la pelvis, pero apenas lo sintió.

—¿Entiendes ahora la futilidad de lo que estás haciendo aquí? —dijo el gigante dorado.

Una larga melena oscura envolvía la cara del guerrero, una cara que Uriah podía ver tan sólo a través de la lente de los recuerdos. Distinguió los anodinos rasgos faciales de Revelación entremezclados con la apariencia del guerrero, por sí mismo merecedor de tal devoción que Uriah precisó de todo su autocontrol para no caer de rodillas y ofrecer todo lo que le restaba de vida a su glorificación.

—Vos… —repitió Uriah. El dolor de sus huesos no podía ni compararse con el dolor de su corazón—. Vos sois el… el… Emperador.

—Lo soy, y ha llegado la hora de irse, Uriah —dijo el Emperador.

Uriah miró a su alrededor a su ahora iluminada y brillante iglesia.

—¿Irse? ¿Ir adonde? Para mí no hay ningún lugar en ese mundo vuestro sin dioses.

—Pues claro que lo hay —le replicó el Emperador—. Abraza la nueva era y forma parte de algo increíble. Un mundo y un tiempo en el que estamos a punto de lograr todo lo que siempre habíamos soñado.

Uriah asintió quedamente y sintió como una mano firme le tomaba suavemente del brazo y le hacía ponerse una vez más en pie. La fuerza fluía desde la mano del

Emperador, y Uriah sintió como los dolores y dolencias que le habían castigado durante décadas se desvanecían como si no fueran más que malos recuerdos.

Miró hacia arriba, al magnífico fresco de Isandula Verona, y el aliento murió en su garganta. Los colores anteriormente apagados por la oscuridad ahora brillaban con vida propia y el techo parecía explotar de vida y vitalidad mientras la luz del Emperador le proporcionaba una fresca animación y vitalidad. La piel de las figuras pintadas brillaba de frescura, y los intensos azules y los vigorosos rojos radiaban potencia.

—Lo obra de Verona no estaba hecha para la oscuridad —dijo el Emperador—. Tan sólo la luz puede mostrar todo su potencial. La humanidad es igual, y sólo cuando las asfixiantes sombras de la religión que nos enseñan a no preguntar hayan desaparecido de este mundo, podremos verlo con todo su auténtico brillo.

Uriah apartó con cierto esfuerzo los ojos del imposiblemente hermoso fresco y echó un vistazo a su iglesia. Las vidrieras de cristal tintado brillaban con nueva vida y la intrincada y sutil arquitectura del interior resplandecía con la habilidad de sus constructores.

—Echaré a faltar este lugar —se lamentó Uriah.

—Con el tiempo construiré un Imperio de tal grandeza y magnificencia que esto te parecerá una paupérrima casucha —dijo el Emperador—. Ahora debemos ponernos en camino.

Uriah se dejó guiar a través de la nave con el corazón apesadumbrado por saber que el curso de su vida se había visto alterado por, en el mejor de los casos, un malentendido, y en el peor, por una mentira. Mientras seguía al Emperador hacia las puertas de la nave miró una vez más al techo, recordando los sermones que había pronunciado allí, la gente que había escuchado cada una de sus palabras y el bien que había fluido desde ese lugar hacia el mundo. De repente sonrió al darse cuenta de que no importaba si su vida y su fe se habían basado en una falsedad. El había creído en lo que había visto y había venido a este lugar con el corazón abierto y vacío por el dolor. Eso había permitido al espíritu de su dios entrar en su alma y llenar el vacío de su interior con amor.

«Lo que hace a la fe tan poderosa es que no precisa de ninguna prueba. Con creer es suficiente».

Había dedicado su vida a su dios, e incluso al comprender cómo su destino había sido manipulado por una posibilidad aleatoria, no sintió ningún resentimiento en su corazón. Había propagado la doctrina del amor y el perdón desde su pulpito, y ningún discurso inteligente podría hacerle lamentar eso.

La puerta de la nave todavía seguía abierta, y al atravesar su frío abrazo el Emperador abrió las puertas principales de la iglesia. El aullante viento y una cortina de agua penetraron hacia el interior y Uriah se arrebujó en sus ropajes, sintiendo

como el frío nocturno se clavaba en su cuerpo como un millar de esquirlas de hielo.

Miró por encima del hombro hacia el altar de su iglesia, viendo como la solitaria vela junto al reloj del día final era apagada por la tormenta. Una vez más, su iglesia se vio sumida en la oscuridad, y suspiró al ver como esta última luz se extinguía. El viento cerró las puertas interiores y Uriah siguió al Emperador hacia la oscuridad.

La lluvia lo empapó al instante y un relámpago iluminó los cielos con su brillo azul actínico. Cientos de guerreros permanecían en pie formados en ordenadas filas ante la iglesia, gigantes brutales con poderosas armaduras que no había visto desde el campo de batalla de Gaduaré.

Los soldados permanecían inmóviles bajo la lluvia, que rebotaba contra sus bruñidas placas de bronce creando un incesante repiqueteo y haciendo que las plumas escarlata de sus yelmos les cayeran mustiamente sobre los hombros. Uriah pudo apreciar que habían añadido algunos refinamientos; ahora la armadura era completa y aislaba al guerrero de los elementos por medio de una serie de placas entrelazadas artísticamente diseñadas.

Unas gigantescas mochilas eliminaban el exceso de calor formando columnas de vapor como si fuera su respiración. Cada guerrero llevaba una antorcha encendida que chisporroteaba bajo la lluvia. Unas grandes armas les colgaban de los hombros, y Uriah se estremeció al recordar sus devastadoras ráfagas, como el trueno del fin del mundo, que habían segado la vida de tantos de sus camaradas.

El Emperador puso una larga capa sobre los hombros de Uriah mientras un grupo de guerreros acorazados avanzaban hacia la iglesia con las lanzas de fuego preparadas. Uriah quiso protestar, decir algo en contra de lo que estaban a punto de hacer, pero las palabras murieron en su garganta al darse cuenta de que no servirían de nada.

Las lágrimas le resbalaron por la cara junto con la lluvia mientras torrentes de llamas surgían de las armas de los guerreros para lamer el techo y las paredes de la iglesia. Otros guerreros lanzaron granadas que atravesaron las vidrieras de cristales tintados de la iglesia, y pudieron oírse las retumbantes detonaciones resonando en el interior mientras las hambrientas llamas prendían en el techo.

Unas espesas nubes de humo surgieron por las ventanas, sin que la lluvia hiciera nada para apagar la destructiva ambición de las llamas, y Uriah lloró al pensar en el maravilloso fresco y los miles de años de historia que estaban siendo destruidos.

Se volvió y miró al Emperador. La cara del guerrero estaba iluminada por las llamas de la destrucción.

—¿Cómo podéis hacer esto? —le preguntó Uriah—. Dijisteis que estabais de parte de la razón y los avances del entendimiento, ¡pero estáis destruyendo un repositorio de conocimientos!

El Emperador bajó la mirada hacia él.

—Es mejor dejar que algunas cosas sean olvidadas.

—Entonces espero que hayáis previsto las consecuencias de un mundo privado de la religión.

—Lo he hecho —replicó el Emperador—. Es mi sueño. Un Imperio de la Humanidad que exista sin el recurso de los dioses y de lo sobrenatural. Una galaxia unida con Terra en su corazón.

—¿Una galaxia unida? —repitió Uriah, apartando la mirada de la iglesia en llamas al darse cuenta finalmente de la escala de las ambiciones del Emperador.

—Así es. Ahora que la Unidad se ha logrado en Terra, ha llegado el momento de reclamar el perdido Imperio de la Humanidad entre las estrellas.

—Con vos a la cabeza, supongo —dijo Uriah.

—Por supuesto. Nada a esta escala puede lograrse sin una visión singular en su corazón, y mucho menos reconquistar la galaxia.

—Sois un demente —le espetó Uriah—. Y un arrogante si creéis que podéis subyugar las estrellas con guerreros como éstos. Sin duda son poderosos, pero ni siquiera ellos son capaces de algo así.

—Tienes razón —asintió el Emperador—. No voy a conquistar la galaxia con estos hombres, pues no son más que hombres. Ellos son los precursores de los guerreros que estoy construyendo en mis laboratorios genéticos, guerreros con la fuerza, el poder y la visión para acudir a los campos de batalla de las estrellas y dominarlos. Esos guerreros serán mis generales y ellos encabezarán mi gran cruzada hasta los confines más remotos de la galaxia.

—¿No acabáis de hablarme de las sanguinarias matanzas perpetradas por los cruzados? —dijo Uriah—. ¿Eso no implica que no sois mejor que los hombres sagrados de los que me habéis estado hablando?

—La diferencia es que yo sé que tengo la razón —replicó el Emperador.

—Estáis hablando como un auténtico autócrata.

El Emperador negó con la cabeza.

—Me malinterpretas, Uriah. He visto el estrecho camino hacia la supervivencia que se extiende entre la humanidad y su extinción, y ése es el camino que debemos seguir.

Uriah volvió a mirar a la iglesia. Las llamas se extendían hacia lo alto iluminando la oscuridad.

—El camino que transitáis es muy peligroso —le advirtió Uriah—. Negarle algo a la humanidad sólo hará que lo desee más todavía. ¿Y si tenéis éxito en esa gran visión que decís tener? Después ¿qué? Tened cuidado, no sea que vuestros súbditos empiecen a veros como un dios.

Uriah miró a la cara del Emperador mientras hablaba, esta vez escrutando más allá de los encantos y la magnificencia, buscando el corazón de un individuo que

había vivido un millar de vidas y caminado por la Tierra durante mucho más tiempo de lo que se podía imaginar. Vio la implacable ambición y el núcleo de violencia del corazón del Emperador. En ese instante, Uriah supo que no quería tener nada que ver con nada de lo que ese hombre pudiera ofrecerle, por muy noble y elevada que su ambición pudiera ser.

—Espero, en nombre de todo lo que es sagrado, que tengáis razón —continuó Uriah—. Pero temo el futuro que estáis forjando para la humanidad.

—Tan sólo deseo lo mejor para mi pueblo —le prometió el Emperador.

—Creo que lo deseáis, pero yo no formaré parte de ello —dijo Uriah, tirando la capa del Emperador y caminando de vuelta hacia su iglesia con la cabeza bien alta. La lluvia lo estaba empapando, pero la recibió como si fuera bautismal.

Sintió como se le aproximaban unos pasos, pero oyó cómo el Emperador lo impedía.

—No. Dejadlo ir.

Las puertas exteriores de la iglesia seguían abiertas, y Uriah entró en la nave central y sintió el calor de las llamas mientras éstas lo envolvían. Las estatuas estaban en llamas y las puertas de la nave interior habían sido arrancadas de sus bisagras por la detonación de las granadas.

Uriah avanzó hacia el ardiente calor de la iglesia y vio como un muro de llamas devoraba los bancos y las colgaduras de seda con hambre insaciable. El humo llenaba el aire y el fresco del techo estaba casi oscurecido por su turbia negrura.

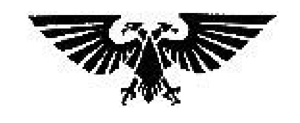
Miró la cara del reloj en el altar y sonrió cuando las llamas se cerraron a su alrededor.

Los guerreros permanecieron en el exterior de la iglesia hasta que ésta se derrumbó. Las maderas del techo cayeron hacia el interior del edificio en medio de un estruendo de chisporroteos y cascotes. Permanecieron allí hasta que los primeros rayos del sol lamieron la cresta de las montañas y la lluvia finalmente extinguió las últimas llamas.

Las ruinas de la última iglesia de Terra humearon al aire de la fría mañana mientras el Emperador se alejaba.

—Vamos, tenemos una galaxia que conquistar.

Cuando el Emperador y sus guerreros bajaron por la colina, el único sonido que podía oírse era el suave campanilleo de un viejo y estropeado reloj.



DESPUÉS DE DESH'EA

MATTHEW FARRER



DRAMATIS PERSONAE

KHÂRN	Capitán de la 8ª Compañía de Asalto.
ANGRON	Primarca de los Devoradores de Mundos.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo Dreagher, rompiendo así el largo silencio.

La tensión entre los otros perros de la guerra disminuyó hasta el punto que se podía percibir sin necesidad de los sentidos amplificados de un astartes.

Khârn miró a su alrededor, al grupo de guerreros que lo rodeaban, y vio un alivio disimulado en sus rostros. Alguien lo había dicho por fin.

—No tienes por qué hacerlo. —Dreagher no se atrevía a interponerse entre Khârn y las compuertas, pero se mantuvo tranquilo y la voz no le tembló—. No deberías hacerlo.

Sin embargo, otros indicios desmentían el tono de voz de Dreagher. Khârn se fijó en que la respiración de su camarada capitán estaba un punto por debajo de la de preparación para el combate. Vio que las venas de la cara y del cráneo rapado le palpitaban a un ritmo veloz y captó los movimientos de sus ojos, además de los movimientos sutiles de los hombros, que se agitaban siguiendo la rutina para desentumecer los músculos y que formaba parte de su entrenamiento más profundo. La piel de Dreagher estaba saturada del olor a gel detergente, pero debajo de ese olor, emanado de la misma piel, estaba el olor a adrenalina y a las demás sustancias que el cuerpo de un astartes producía cuando se activaba el instinto que lo avisaba del peligro.

Todos estaban preparados. El propio cuerpo de Khârn había acelerado su metabolismo. No podría haberlo impedido aunque hubiera querido. Los circuladores de aire todavía no habían conseguido llevarse el olor a sangre que había inundado la estancia la última vez que se había abierto aquella compuerta doble.

Khârn se pasó la lengua por el paladar para probar y procesar el aire, y se dio cuenta de algo más: el resto de la nave había quedado tan en silencio como el lugar donde se encontraban. La pared semicircular de aquel amplio camarote daba a las cubiertas de los barracones, y lo habitual era que esa zona estuviese llena de resonancias, llena de voces, del retumbar de las botas de los astartes y de los pasos más ligeros de los siervos y de los tecnómatas, con el silbido lejano de los disparos en las zonas de práctica y el zumbido casi subsónico de las nuevas armas de energía. Sin embargo, no se oía nada de aquello. Las cubiertas estaban tan silenciosas como la gran cámara que se abría al otro lado de la compuerta de hojas dobles de acero gris que se encontraba a la espalda de Dreagher. Lo extraño de aquel silencio le tensó todavía más los nervios y los músculos.

Khârn hizo caso omiso de su cuerpo y le permitió hacer lo que quería. Mantuvo la frialdad de la mirada.

—Ser el capitán de la Octava compañía me convierte en el oficial de mayor rango a bordo —les dijo—. Por mi rango, por mi juramento y por mi Emperador. Todo eso zanja el asunto. Eso en caso de que haya alguien tan insolente como para creer que hay algún asunto pendiente que zanjar.

—No —respondió una voz a su espalda. Era Jareg, el municionador jefe de la escala artillera—. El asunto que debemos zanjar es que hay que encontrar un modo de… de…

Jareg señaló con un gesto mudo hacia las compuertas con el rostro contraído por la inquietud.

—No… no sabemos cómo acabará esto —añadió Horzt, el comandante del escuadrón de Stormbirds de la Novena compañía. Khârn vio que el hombre cerraba las manos para ocultar que le temblaban, con un temblor que concordaba con el de su voz—. Así pues, tenemos que prepararnos para lo peor. Es posible que uno de nosotros, de los presentes, tenga que ponerse al mando de la legión, y…

Se calló de repente. Al otro lado de las compuertas, una voz más profunda que el retumbar de las cadenas de un tanque, más poderosa que el tronar de un cañón, rugió enfurecida. Si aquel rugido contenía palabras, quedaron ahogadas por las planchas de metal que las separaban de los perros de la guerra, pero a pesar de ello, los guerreros se callaron de inmediato. Todos habían aullado órdenes y maldecido a voz en grito por encima del estampido de las granadas, de los disparos y de los chirridos de las hachas sierra, por encima del aullido de los cohetes de las Stormbird, por encima de los graznidos y siseos de una docena de razas alienígenas diferentes, pero Khârn fue el único que se atrevió a hablar mientras resonaba aquella voz lejana y apagada.

—Ya basta —dijo con voz seca—. No soy tan estúpido como para no saber lo que todos pensamos y sabemos. Todos le debéis un saludo a Horzt por ser el único astartes con el valor suficiente en su interior para decirlo. El Emperador nos ha traído a nuestro señor y comandante. La fuente de nuestro parentesco sanguíneo. Él es quien está con nosotros ahora. Nuestro general. Aquel de quien nosotros no somos más que el eco. ¿Lo recordáis? ¿Lo recordáis, o no?

Khârn los miró de uno en uno y todos le sostuvieron la mirada. Eso estaba bien. Habría derribado de un golpe a cualquiera que hubiera bajado la vista. La voz rugiente resonó al otro lado de las planchas grises de la compuerta.

—Y ahora, esto —siguió diciendo—. Lo que estamos haciendo es lo correcto. Ningún comandante general, ninguno de esos custodios de casco alto y armadura dorada, ¡nadie! —Su grito los hizo erguirse y abrir los ojos de par en par—. Nadie puede interponerse entre los Perros de la Guerra y su primarca y seguir con vida. Tan sólo el Emperador podría impedirnos pasar, y él ya nos ha mostrado su sabiduría. Ha colocado este deber sobre nuestros propios hombros.

Miró a Dreagher de nuevo. Al igual que Khârn, el astartes iba vestido con una túnica de cuello alto de color blanco y franjas azules. Las botas y los guanteletes también eran azules, aunque de un tono más oscuro y ceremonial en vez del gris de uso habitual. El emblema del Emperador, el rayo reluciente, brillaba en el cuello y en los hombros. Eran las mismas vestiduras que llevaba Khârn, y con eso simbolizaban

que estaban cumpliendo con un asunto de lo más solemne. El motivo era obvio. Dreagher quería ir en lugar de Khârn. Quería entrar y morir.

—Por fin tenemos a nuestro primarca —les dijo Khârn a los demás, y hasta a él le tembló un poco la voz.

Habían pasado muchos años desde que habían partido de Terra, y habían presenciado como una poderosa criatura tras otra surgía de un planeta habitado por humanos para tomar su lugar entre las filas de astartes. Khârn había oído contar cómo los Salamandras habían esperado en órbita alrededor de una luna ardiente, cómo hablan esperado la confirmación del Emperador de que aquel que habían encontrado era realmente su primarca. Recordó la primera vez que había visto a Perturabo, el de la mirada helada, mientras caminaba al lado del Emperador el día en que se embarcaron en dirección a Nove Shendak, y el cambio que se había producido en los Guerreros de Hierro cuando se enteraron de quién iba a ponerse al mando de la legión. Todas y cada una de las legiones a las que les faltaba el primarca notaban la misma añoranza, que se agudizaba con cada viaje, con cada campaña. ¿Sería la próxima estrella el lugar donde se encontraba su primogenitor? ¿Sería esa nave, ese mensaje, el que llevaría la noticia de que ya se había encontrado a su padre comandante, allí, en la oscuridad del vacío? Y entonces llegó ese día, el día electrizante en el que se conoció la noticia de que habían encontrado a su propio primarca, a su señor, a su alfa, a su…

Luego, habían acabado así.

—Por fin tenemos a nuestro primarca —repitió Khârn—. El guiará a esta legión como considere más oportuno. Somos tan suyos como del Emperador. Lo que deseemos o tengamos pensado ya no importa. El comandante de los Perros de la Guerra se reunirá con el primarca de los Perros de la Guerra, y lo que ocurra será lo que él desee. Que así sea. Se acabó la conversación.

«Además —pensó mientras Dreagher saludaba y se dirigía en silencio hacia las compuertas—, no creo que tarde mucho en seguir contigo». Se quedó sorprendido al darse cuenta de lo que pensaba, pero también se quedó sorprendido por la falta de emoción con la que aquello llegó a su mente. A pesar de que los Perros de la Guerra era una legión de sangre colérica, Khârn consideraba que sus pensamientos eran insulsos y sin emoción alguna. Se detuvo un momento para pensar si los demás sentían lo mismo, los enemigos que se habían dirigido hacia la muerte bajo las hachas sierra de los Perros de la Guerra, o los soldados auxiliares condenados de los primeros tiempos, antes de que el Emperador le prohibiera a la legión diezmar a los aliados que les fallaban en el campo de batalla.

Dreagher pulsó varias teclas de control y las compuertas se deslizaron en silencio hacia fuera. Al otro lado, de un modo curiosamente prosaico, sólo había una escalera de peldaños anchos que bajaba hacia una zona envuelta en sombras. Otro rugido

profundo y sin palabras llegó resonante desde el fondo de la penumbra.

Khârn se sacó aquellas ideas de la cabeza y comenzó a caminar. La oscuridad lo envolvió cuando Dreagher cerró la puerta a su espalda.

Bajó por los escalones anchos hacia el gran espacio que se había construido en el interior de la nave para que sirviera como salón triunfal de Angron. Había estado allí muchas veces ya, pero en esa ocasión, tenía un aspecto totalmente distinto, incluso aunque estuviera prácticamente envuelto en la oscuridad en su mayor parte. Había una sensación diferente en el aire. Khârn se fijó en esa sensación, la de entrar en un lugar que le resultaba desconocido, y se preguntó si cualquier estancia en la que hubiese estado un primarca sería la misma después. Dios tres pasos lentos y medidos sobre el suelo de piedra pulida del lugar y tuvo que ajustar al máximo su capacidad de visión nocturna. El primarca había destrozado la mayor parte de las lámparas, o las había arrancado directamente de sus monturas. Las luces supervivientes arrojaban un poco de claridad aquí y allí, pero con eso lograban poco más que darle una textura a la oscuridad. Gracias a esa luz se veían unas cuantas manchas y charcos oscuros en el suelo, pero Khârn no se detuvo a observarlos con más atención. Aunque el olor a sangre no lo estuviera sofocando, ya había visto las consecuencias de una muerte violenta demasiadas veces como para no reconocerlas.

Sintió el impulso de mirar a su alrededor en busca de sus hermanos. Gheer, el señor de la legión, quien había sido el primero en entrar allí después de que el Emperador les dijera a los Perros de la Guerra que debían encargarse de aquello ellos mismos y se había embarcado para reunirse con la Trigésimo Séptima flota en Aldebarán. Kunnar, el paladín de la Primera compañía, se había puesto su capa de ceremonia, había empuñado su báculo hacha y había bajado por la escalera después de que los sonidos que les llegaron desde el otro lado de las puertas los hubieran convencido de que Gheer había muerto hacía ya un buen rato. Anchez, el jefe de la sección de asalto, había sido el siguiente en bajar. Había bromeado con Khârn y con Hyazn cuando se abrieron las puertas, y eso a pesar del tremendo olor a sangre que ya cargaba el aire. Aquel individuo jamás había sabido lo que era el miedo. Hyazn había sido el siguiente, y dos de los portaestandartes de su séquito de mando personal habían insistido en acompañarlo hacia la oscuridad. Tenían la esperanza de contener la furia del primarca el tiempo suficiente como para que Hyazn pudiera hablar con él. La idea no había funcionado. Vanche, el maestro de armas del viejo Gheer, había insistido a su vez en ser el próximo, aunque en quien debía recaer el mando de la legión después de Hyazn era en Shinnargen, el capitán de la Segunda compañía, a quien en consecuencia le tocaba ser el embajador ante su primarca. Aquello ya no tenía importancia. Shinnargen había acabado muerto una hora después de que muriera Vanche.

«Mi primarca, no soy más que el siervo de vuestra voluntad, y jamás me atrevería a pensar en que sirvierais a la mía —pensó Khârn—. A pesar de todo, mi señor recién hallado, si quisierais hacer las paces con vuestra legión mientras todavía quede alguien con vida en ella…».

Dejó escapar una profunda exhalación y se adentró otro paso en la estancia. Por un momento creyó oír que algo se movía, el golpeteo de unos pasos, una brisa que le pareció provenir de una respiración, y un instante después, todo se partió y dio vueltas, y él salió volando por el aire, donde se estrelló de espaldas contra una columna y soltó un jadeo de dolor.

Antes incluso de que el jadeo hubiera abandonado sus pulmones, sus reflejos ya habían tomado el control y estaba incorporado sobre una rodilla. Se giró para colocar el brazo y el hombro derecho, ambos rotos, cerca de la pared, y puso el brazo izquierdo en posición defensiva mientras buscaba a su alrededor indicios de movimiento. Recorrió con los ojos la penumbra y pasó a visión infrarroja, justo a tiempo de ver cómo una silueta inmensa se lanzaba contra él y cubría todo su campo de visión…

La voluntad se impuso a los reflejos y, con un esfuerzo enorme, Khârn apartó la mano hacia un costado. Un instante después estaba deslizándose sobre el suelo sin aire en los pulmones y con una clavícula rota. Se llevó las rodillas al pecho sin ni siquiera pensarlo y convirtió la caída en una voltereta hacia atrás. El entrenamiento, su determinación y las conexiones neurales de los astartes le permitieron hacer caso omiso del dolor e incorporarse en una posición de combate semiagachada.

La voluntad tomó el control del cuerpo de nuevo y se obligó a sí mismo a ponerse en pie y a colocar los brazos a los costados. Miró hacia atrás y vio el punto donde estaba un momento antes, pero el lugar estaba vacío y no quedaba ni rastro físico ni señal calorífica alguna.

¿Sería eso lo que les había ocurrido a los demás? Comenzó a pensar en ello, pero dejó de hacerlo cuando la momentánea falta de concentración provocó que se tambaleara un poco. Se concentró de nuevo y captó el ruido de un movimiento a la espalda. Abrió la boca para hablar, pero una fracción de segundo después lo levantaron del suelo. Una mano le había agarrado por la nuca, una mano que parecía más grande y poderosa que la garra de combate de un dreadnought. La voluntad tuvo que imponerse de nuevo y se contuvo para no dar una patada hacia atrás en un intento por soltarse.

—¿Otro? ¿Otro como los demás? —La voz que le resonaba al lado del oído era áspera, como un retumbo. Las palabras sonaban igual que puñados de gravilla ardiente—. El cuerpo de un guerrero, los ropajes de un guerrero… aaarrgghh…

Por un instante, la mano que tenía agarrado a Khârn se estremeció, y la sensación fue semejante a la que tendría una Stormbird al reentrar en la atmósfera. El gruñido

animal se convirtió en un rugido.

—¡Lucha!

El primarca le llevó agarrado del cuello y con el brazo extendido por toda la estancia dando grandes zancadas.

—¡Lucha contra mí!

Aquellas palabras vinieron acompañadas de un tremendo golpe contra la pared, con la fuerza suficiente como para dejar atontado a Khârn, y llenarle la vista de puntitos rojos.

—¡Lucha contra mí!

Otro golpe, y los puntitos rojos se transformaron en negros. Notó las extremidades lacias, como si casi no estuvieran pegadas a su cuerpo. La voz era rugiente y le impedía oír nada más. Se le metía en la cabeza y le pisoteaba los pocos pensamientos coherentes que le quedaban.

—¡Luuuchaaa!

Otra manaza dura como el acero lo aferró por el brazo roto y Khârn voló por unos instantes por el aire. Se estrelló de nuevo de espaldas contra la pared. Los pies le quedaron colgando y un hombro le ardió con un dolor lacerante cuando una de aquellas grandes manos lo aprisionó contra el mármol negro.

Tardó unos segundos en recuperarse. Los productos bioquímicos excretados por su cuerpo estabilizaron el dolor y le permitieron pensar. Las hormonas producidas por una serie de glándulas entraron en su corriente sanguínea, y cuando Khârn miró a su primarca, lo hizo con los ojos despejados.

El cabello ondulado y de color cobrizo le caía en grandes mechones sobre la frente. Tenía unos ojos claros en el fondo de unas cuencas oculares profundas situadas sobre unos pómulos que bajaban como hachazos a ambos lados de una nariz aquilina hasta llegar a una boca ancha y de labios delgados.

Era el rostro de un general al que seguir hasta la propia muerte, el rostro de un maestro por el que los sabios lucharían para poder sentarse a sus pies, el rostro de un rey creado para ser adorado por planetas enteros. El rostro de un primarca.

La rabia lo había convertido en el rostro de una bestia. La rabia le deformaba los rasgos de la cara como si fuera un tumor que surgiera desde el propio cráneo. Le convertía los ojos en pozos amarillos y vacíos, le estropeaba las orgullosas líneas de la frente y de la mandíbula, le dejaba al descubierto los dientes en una mueca feroz.

Y sin embargo, era un rostro tremendamente familiar, el rostro de un primogenitor a partir de cuya estructura se habían creado los Perros de la Guerra. Khârn vio a sus hermanos en su piel de bronce, en la forma de los ojos, en la forma de la mandíbula y del cráneo. Allí inmovilizado, mirándolo, la idea que le vino a la mente fue la de las batallas que la legión había librado contra unos alienígenas danzarines cuyas máscaras creaban rostros a partir de la luz y formaban unas imitaciones grotescas de

ellos mismos.

El primarca apretó un poco más fuerte y Khârn se preguntó si acaso habría captado aquel pensamiento. Se decía que algunos de los primarcas poseían ese poder. Angron levantó lentamente la otra mano hasta ponerla a la altura de la cara de Khârn. Incluso bajo aquella escasa luz vio la capa quebradiza de sangre que se coagulaba con rapidez y que le cubría los dedos. Cerró la mano hasta convertirla en un puño tembloroso antes de abrirla de nuevo, también con lentitud, para formar una garra con los dedos extendidos. Khârn supo de inmediato cómo lo golpearía esa garra: un dedo en cada ojo, con la fuerza suficiente como para atravesarle la cuenca ocular y clavársele en el cerebro, y el pulgar colocado bajo la barbilla le aplastaría la garganta. La mano parecía capaz de arrancarle de cuajo la parte frontal del cráneo, o incluso de separarle toda la cabeza del cuello. Los huesos de los astartes eran muy resistentes. ¿Tendría el primarca la fuerza suficiente como para hacerlo con una sola de sus manos? Khârn llegó a la conclusión de que sí sería capaz.

Sin embargo, la otra mano no lo golpeó. En vez de eso, Angron se inclinó hacia delante. La cara semejante a una gárgola rugiente se acercó más y más, hasta que pegó la boca al oído de Khârn.

—¿Por qué? —El susurro fue igual que el crujido de las orugas de un tanque sobre las piedras—. Veo con claridad para lo que fuisteis creados. Estáis hechos para derramar sangre, lo mismo que yo. No sois seres humanos normales, no más de lo que lo soy yo. —Dejó escapar un largo gruñido feroz—. Así que, ¿por qué? ¿Por qué no traéis una cuerda de triunfo? ¿Por qué no traéis armas en la mano? ¿Por qué entráis con una actitud tan sumisa? ¿No sabéis la sangre de quien…? ¿Eh?

Estaban tan cerca que notó la sonrisa de Khârn contra su mejilla, y se apartó para verla. Angron entrecerró los ojos por un momento, y luego los abrió de golpe antes de estrellar de nuevo a Khârn contra la pared. A Khârn le dio la sensación de que era capaz de sentir a través de los dedos del primarca la violencia contenida que palpitaba en su interior.

—¿Qué es esto? ¿Me estás enseñando los dientes? —Lo estrelló una vez más contra la pared—. ¿Por qué sonríes?

La pregunta acabó convertida en un rugido ensordecedor, e incluso los oídos de Khârn, más resistentes que los de un ser humano normal, quedaron ensordecidos durante varios segundos antes de recuperarse. En esos pocos segundos se dio cuenta de que la pregunta no había sido retórica. Angron todavía estaba esperando que le contestase.

—Estoy… —empezó a decir. Tardó un poco más en recuperar el habla, y cuando habló lo hizo con voz áspera y débil—. Estoy orgulloso de mis hermanos de la legión.

Tragó saliva con dificultad en un intento por suavizarse la garganta antes de hablar de nuevo, pero no pudo hacerlo, porque el primarca lo apartó de la pared y lo

dejó caer al suelo. La patada que le propinó Angron lo levantó por los aires y lo lanzó siguiendo una larga curva, hasta que se estrelló contra un cadáver destrozado y ya frío. Cuando Khârn aspiró para recuperarse, la bocanada le llegó a los pulmones cargada del olor a sangre y a excrementos. Era imposible saber a quién pertenecía aquel cadáver.

Las pisadas de unos pies desnudos chasquearon contra el suelo de piedra como contrapunto a los jadeos de la respiración de Angron, que se le acercaba de nuevo. El primarca saltó y se quedó en cuclillas cuando aterrizó al lado de Khârn, que todavía internaba ponerse en pie. Lo agarró de nuevo con una mano, esta vez de la mandíbula y de la cara, y lo elevó un poco para que pudiera mirar directamente a los ojos del primarca.

—Orgulloso. —Angron movió los labios como si estuviera masticando la palabra—. Tus hermanos no son guerreros. Ninguno de vosotros quiere luchar. ¿Por qué… estáis…? —Pronunciaba las palabras con dificultad y se llevó una mano a la cabeza—. ¿Cómo… uhnn… cómo podéis… ughnnn?

Agarró a Khârn por la pechera de la túnica y lo estrelló contra el cadáver. Los restos destrozados del suelo soltaron un chasquido húmedo cuando la espalda de Khârn los aplastó.

—¡No hay orgullo! —rugió Angron con un aullido que amenazó con acabar de romperle los huesos que los puños habían dejado intactos—. ¡No puede haber orgullo en unos hermanos que se quedan de pie completamente embobados! ¡Con la misma mirada estúpida que el ganado en el túnel del matadero! ¡Ninguno de vosotros lucháis! Oh, mis hermanos y hermanas…

Angron soltó a Khârn, y éste parpadeó con fuerza para intentar recuperar la vista. Cuando alzó los ojos, descubrió que Angron ya no lo estaba mirando. Estaba sentado en el suelo y con una de sus grandes manos se cubría la cara. Su voz seguía siendo un gruñido poderoso, aunque apenas comprensible, y con un fuerte acento. Khârn tuvo que concentrarse para entender lo que decía.

—Mis pobres guerreros —murmuró—. Mi gente perdida.

De repente, dejó caer la mano y miró fijamente a Khârn. Los ojos le seguían ardiendo llenos de furia, aunque estaba contenida, como el luego de un horno, y brillaban con un tono rojo apagado en vez de un carmesí rugiente.

—Tus hermanos no son como mis hermanos, seáis quienes seáis —le dijo con voz apagada.

Seáis quienes seáis. Khârn tardó un momento en darse cuenta de lo que había querido decir. «No lo sabe —fue lo siguiente que pensó—. ¿Cómo es posible que no lo sepa?». Khârn inspiro profundamente todavía tumbado en el suelo.

—Me llamo Khârn. Soy un guerrero…

—¡No! —El puño de Angron partió la losa de piedra que había al lado de la

cabeza de Khârn, y algunos fragmentos se le clavaron en la piel—. ¡No eres un guerrero! ¡No!

—… de las Legiones Astartes, la gran fuerza de hermanos de batalla al servicio de nuestro…

—¡No! ¡Están muertos! —aulló Angron con la cabeza echada hacia atrás y con los músculos del cuello formándole grandes nudos—. Aaarghh, mis hermanos están muertos, mis hermanos, mis hermanas…

—… amado Emperador —siguió diciendo Khârn, que se esforzaba por hablar con voz tranquila mientras ahogaba el impulso someterse y suplicarle—, que es el señor de la humanidad, nuestro comandante y nuestro general, mediante cuyos…

Al oír mencionar al Emperador, Angron empezó a estremecerse, y en ese momento echó la cabeza hacia atrás otra vez y aulló como una bestia en la oscuridad. La fuerza del aullido hizo que Khârn tuviera que callarse. Luego, con la velocidad de una serpiente, alargó una mano y lo agarró de un tobillo, y con un simple tirón del brazo lo lanzó por el aire dando vueltas.

No tuvo tiempo de girar en el aire o de encorvarse sobre sí mismo. Khârn logró protegerse la cabeza con los brazos antes de estrellarse contra la pared de la cámara para luego desplomarse inerte en el suelo. A través de la neblina rojiza que le inundó la cabeza oyó que Angron seguía aullando de forma incoherente y llenando la estancia de rugidos ensordecedores. Sintió en el interior de su cuerpo como se movían y funcionaban los órganos que tenía implantados. Angron le había causado una herida grave en algún punto del cuerpo. Pensó que sin duda sería algo interesante para que lo estudiaran los apotecarios. «Bueno, eso será si son capaces de encontrar cuáles son los trozos que pertenecen a mi cuerpo entre todos estos restos», añadió, y la sonrisa interior que aquello le provocó le dio fuerzas para incorporarse con un gruñido sobre los codos y las rodillas.

El pie de Angron lo golpeó entre los omóplatos como un martillo pilón y lo aplastó contra el suelo. El esternón fracturado envió oleadas de dolor por todo el cuerpo, y sintió que el caparazón de su costillar crujía mientras se esforzaba por respirar.

—No soportáis las heridas con facilidad, ¿verdad, pequeños flojuchos? —le dijo la voz de Angron desde arriba. Pronunciaba las palabras como si fueran breve gruñidos—. ¿Quién crea unos guerreros que no quieren luchar? El cabrón de vuestro comandante asesino: ése.

Khârn notó más movimientos en el interior del cuerpo a medida que su metabolismo captaba la respiración decreciente de sus pulmones, por lo que cambió el ritmo para aprovechar el oxígeno de un modo más eficiente. Notó el cosquilleo de la presión de su tercer pulmón cuando éste inició un funcionamiento acelerado para compensar la creciente falta de oxígeno. También notó una sensación cálida en el

abdomen: el riñón oolítico se había puesto en marcha para depurar el incremento de toxinas en su sangre.

—Envía a sus flojuchos para que mueran por él. Sí, ya conozco a los de su clase. —Las palabras de Angron resonaron como si fuera un gruñido ininterrumpido—. Son manos que jamás han sentido el calor de la sangre derramada, es una piel que nunca ha sido rasgada. Una cabeza que nunca ha recibido las atenciones de los clavos del carnicero… Una lengua que jamás ha… uughhnnn.

La sensación de peso cambió en su espalda. Angron ya no tenía el equilibrio necesario para seguir pisándolo con tanta fuerza, y su otro pie había empezado a levantarse del suelo. De repente, la presión desapareció y Khârn aspiró profundamente en busca de aire con los tres pulmones mientras Angron le hacía dar la vuelta empujándolo con el pie.

—No te mueres del modo en que he visto morir a los demás hombres y mujeres. —Angron se quedó de pie durante unos momentos al lado de Khârn, con la cabeza en alto, como si fuera una estatua ceremonial. Luego empezó a dar vueltas a su alrededor, con la espalda encorvada y la cabeza echada hacia delante, igual que un gran felino que estuviera olfateando a su presa—. Soportas las heridas de un modo parecido… nnghh… —Se pasó los dedos por el cuero cabelludo durante unos momentos, y Khârn vio que estaba siguiendo con los dedos una serie de cicatrices profundas—… parecido al mío. Vuestra sangre se endurece como la mía, y… huele…

El primarca cerró los puños y Khârn vio que la tensión le subía por los antebrazos hasta llegar a los hombros para pasar luego por el cuello y convertir el rostro de Angron en una máscara de furia. Khârn consiguió incorporarse sobre un codo con lentitud y torpeza y se preparó para un nuevo golpe, pero Angron se limitó a seguir dando vueltas a su alrededor.

—Os comportáis como individuos acostumbrados a empuñar hierro en la mano. Si os matara en el polvo caliente, conocería vuestros nombres, porque me habríais saludado del modo correcto y juntos le habríamos dado un nudo a la cuerda. —Khârn oyó como los pasos seguían dando vueltas a su alrededor, y sintió la mirada del primarca sobre él como si fuera una cadena pesada que le hubieran colgado de los hombros—. ¿No os importa que os mate alguien que jamás conocerá vuestros nombres?

Khârn se preguntó si le importaba. Sin embargo, por supuesto, ésa no era la cuestión. El no era más que un emisario. Estaba allí para llevar un mensaje, no para discutir.

—Somos vuestra legión, primarca Angron. Somos vuestro instrumento, y estamos a vuestras órdenes. La muerte de nuestros enemigos sólo espera a vuestras órdenes, lo mismo que nosotros.

Esta vez no le propinó un puñetazo o una patada, sino que le dio una bofetada con la mano abierta que lo derribó de lado.

—Si vuelves a burlarte de mí, te aplastaré el cráneo con los dedos antes de que hayas acabado de pronunciar las palabras. —Su voz temblaba con un autocontrol tan precario que era más terrorífico que cualquier aullido—. Mis guerreros. Mis hermanos y hermanas. Oh, mis valientes, mis hermanos, mis… —Angron se pasó varios segundos simplemente caminando a su alrededor mientras abría y cerraba la boca sin decir nada y movía la cabeza de un lado a otro—. Han muerto, han muerto sin mí…

Angron empezó a mover los puños. Se golpeó los muslos y el pecho, y luego trazó un largo arco con un brazo primero y después el otro para golpearse en la boca y en las mejillas. En el silencio de la cámara, el sonido de sus gruñidos y de su carne al partirse resonaban aumentados. Khârn lo contempló, incapaz de hablar. Angron acabó dejándose caer de rodillas y se puso los puños delante de la cara, con los músculos tensos y el cuerpo tembloroso.

A aquello le siguió un silencio profundo que Khârn rompió al cabo de unos segundos.

—Somos vuestra legión. Hemos sido creados a partir de vuestra sangre y de vuestros genes, creados a vuestra imagen y semejanza. Nos hemos abierto camino desde el planeta en el que vos, nuestro señor, fuisteis concebido. Hemos derramado sangre y hemos quemado planetas enteros, hemos destruido imperios y hemos perseguido a razas alienígenas hasta aniquilarlas, y todo para buscaros.

«Dejadme hablar, mi señor —pensó mientras notaba cómo su voz recuperaba las fuerzas—. Dejadme que os comunique nuestra petición, y así habré cumplido mi misión y estaré satisfecho. Luego, haced lo que queráis».

—No nos enfrentamos a vos porque sois nuestro primarca. No sólo nuestro comandante, sino nuestro primogenitor, nuestro origen. No importa lo que ocurra, no alzaré ni una mano contra vos. Tampoco lo hará ninguno de mis hermanos. Ahora somos vuestros embajadores. Estamos aquí por nuestra legión y por nuestro… nuestro Emperador. —Khârn se puso tenso, pero Angron no respondió a la palabra en esta ocasión—. Venimos ante vos para suplicaros que toméis el lugar que legítimamente os corresponde desde vuestra creación.

Empezó a moverse e intentó arrastrarse hasta donde se encontraba Angron, que estaba arrodillado y encorvado. El primarca seguía temblando. Sin embargo, la violencia que incluso así emitía hizo que se detuviera. Khârn inspiró con dificultad. El dolor provocado por sus graves heridas seguía atormentándolo en el fondo de su consciencia. Cerró con fuerza los ojos por unos instantes y comenzó a realizar los ejercicios de campo de batalla que le habían enseñado mediante la hipnosis en las laderas de las montañas de Bodt, y gracias a ellos, apagó el dolor con su fuerza de

voluntad.

Aquello le permitió unos momentos para pensar, y con la llegada de ese respiro pudo concentrar la mente en la tarea que tenía que cumplir del mismo modo que lo haría con un combate, con una fortificación o con la esgrima de un enemigo. Pensó en la misión que tenía encomendada, en los informes que habían recibido desde la nave insignia del propio Emperador antes y después del desastroso paso por la superficie del planeta, en las palabras del primarca. Todos sabían que allí se había librado una batalla. Khârn sintió un breve atisbo de envidia. Los rebeldes que yacían muertos allí abajo habían disfrutado de la gloria de su primarca, quien los había dirigido…

—Los envidio —dijo en voz baja—. A aquellos que lucharon junto a vos. Ojalá los hubiera conocido. Os siguieron en combate. Eso es lo único que cualquiera de mis hermanos y yo os pedimos, mi señor. La oportunidad de luchar a vuestro lado, como ellos hicieron.

El primarca apartó lentamente las manos del rostro. Estaba de rodillas con la espalda pegada a una luz que había quedado intacta. Lo único que se veía con claridad era su silueta, que se alzaba por encima de Khârn, pero logró captar la suficiente señal de infrarrojos como para darse cuenta de que el primarca sonreía levemente, pero con un gesto de amargura.

—¿Tú? No hay clavos, ni cuerdas. Espero que tengas buena cabeza para las bromas, Khârn de esa tal legión. Nos habríamos divertido contigo en los campamentos. Jochura no habría tenido piedad. Afilado de lengua sí que lo era ese muchacho. —La amargura desapareció de su sonrisa—. Yo miraba cómo provocaba a otros. Primero en las celdas, y después fiera, cuando escapamos. El se burlaba y todos nos reíamos, y él y aquél de quien se había burlado se reían más que todos los demás… Eso… era… bueno. Era bueno de ver. Jochura siempre juró que moriría riéndose de aquel que lo matara. —La sonrisa desapareció y la boca de Angron se torció con un gesto brutal—. Yo le dije… le dije… unnghh.

Khârn sintió en todo su cuerpo el impacto cuando los grandes puños del primarca golpearon el suelo. Se disponía a hablar cuando las palabras murieron en su garganta. Angron había alargado uno de los brazos con un movimiento más veloz que la vista y lo había agarrado por el cuello y la mandíbula. El primarca lo atrajo hacia sí.

—¡No sé cómo murieron! —Angron le gritó con tanta fuerza que a Khârn le pareció que las palabras se convertían en un zumbido de estática al entrarle por los oídos. La mano lo zarandeó como si no fuera más que un saco—. ¡Lo juramos! ¡Lo juramos!

El primarca Khârn lo sacudió hacia delante y hada atrás con una mano mientras con la otra seguía el ritmo de las sacudidas golpeando el suelo. Entre todo el clamor de sensaciones apareció una nueva, y Khârn se dio cuenta de que se trataba del olor

de la sangre del primarca. Angron se había machacado las manos a base de golpear el suelo de piedra.

—Hicimos un juramento —siguió diciendo Angron, y bajó el volumen de la voz hasta convertirse en el gruñido del acero al doblarse—. En el camino de Desh'ea hice que cada uno de ellos hiciera un corte en mi cuerda, y yo les corté las suyas, ¡e hicimos el juramento de que al final de nuestras vidas les haríamos una cicatriz a los jinetes altos que sangraría durante cien años! —Khârn no pudo evitar levantar las manos cuando Angron le apretó con más fuerza la garganta, y tuvo que esforzarse para contener el impulso de intentar liberarse—. ¡Sería una herida de la que los cachorros de sus cachorros todavía se lamentarían! ¡Una herida que atormentaría a cualquiera de ellos que se atreviera a mirar de nuevo el polvo caliente!

Angron aflojó su presa por un momento y el aire le entró de nuevo en los pulmones. Se quedó allí, colgando medio de rodillas, con una mano del primarca a cada lado de la cabeza.

—Y con todo eso, mi juramento no sirvió para nada —dijo Angron en voz baja. Separó las manos y Khârn se desplomó sobre el suelo—. Porque ni siquiera sé cómo murieron.

Cuando Khârn abrió los ojos de nuevo, vio que Angron estaba sentado con las piernas cruzadas a poca distancia de sus pies. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza echada hacia delante, observándolo. Ya no se olía la sangre fresca del primarca. ¿Habría perdido el conocimiento durante un rato? ¿O había quedado desorientado en la penumbra? Quizá la sangre de Angron se coagulaba con mayor rapidez todavía que la suya. Pensó que probablemente fuera así. Inspiró profundamente y sintió un dolor lacerante en el pecho. Luego se incorporó sobre los codos.

—¿Y cómo os enfrentáis vosotros a la muerte, flojucho? —La tranquilidad en la voz de Angron era sorprendente después de haber sido testigo y haber sufrido sus ataques de cólera, que lo habían lanzado de un lado a otro de la estancia—. ¿Os saludáis cuando estáis en el polvo? ¿Proclamáis el linaje de vuestros ancestros, como hacen los jinetes altos? ¿Recitáis los nombres de aquellos que habéis matado, como hacemos nosotros? Dime qué hacéis mientras esperáis a que el hierro que empuñáis se caliente hasta tener la tibieza de la sangre.

—Nosotros… —empezó a decir Khârn, pero la postura difícil en que se encontraba había comenzado a comprimirle el pecho.

Se incorporó del todo y se puso de rodillas apoyándose en los talones. Se esforzó por mantener una respiración pausada y por guardar la compostura a pesar del dolor que sentía. Aun estando en una posición prácticamente semiagachada, Angron le sacaba casi una cabeza de altura a Khârn.

—El juramento del momento —le explicó—. Es nuestro último acto a bordo antes

de embarcar en las naves que nos llevarán al combate. Cada uno de nosotros prepara un juramento con sus hermanos de la legión. Lo que haremos por nuestro… nuestro Emperador —Angron gruñó al oír que lo mencionaba—, por la legión y por nosotros mismos. Somos testigos de los juramentos. Algunas legiones los escriben y se decoran la armadura con ese pergamino.

—¿Hicisteis uno de esos juramentos antes de entrar a verme?

—No, mi señor —respondió Khârn, al que la pregúntalo había pillado desprevenido—. No he venido para luchar contra vos. Os lo repito: nadie de esta legión levantará una mano contra vos. Los juramentos del momento son para entrar en combate.

—No hay un desafío —dijo la ominosa silueta—. No les preguntáis sus nombres cuando camináis por el polvo, y no les decís Los vuestros. No hay un saludo y no se enseñan las cuerdas. ¿Así es como luchan aquellos que dicen ser mis parientes?

—Así es como luchamos, mi señor. Sólo existimos para acabar con todos los enemigos del Emperador. No necesitamos nada que no sirva para ese fin. Además, rara vez nos enfrentamos a enemigos de los que valga la pena saber el nombre, y mucho menos a los que valga la pena saludar. Perdonadme, mi primarca, pero ¿qué es la cuerda? No sé a qué os referís.

—¿Cómo se sabe entonces que eres un guerrero?

El tono de asombro de la voz parecía sincero, pero cuando Khârn se quedó pensativo unos momentos sobre qué respuesta darle, Angron se lanzó a por él y lo derribó de un empujón.

—¡Contéstame! Gusano de cementerio… Ahí sentado, riéndote de mí como si fueras uno de los jinetes al… unnghh…

El primarca se puso en pie y agarró a Khârn de nuevo por la garganta. Lo alzó un momento en el aire y luego volvió a dejarlo tumbado de espaldas. Para cuando Khârn consiguió incorporarse otra vez con un esfuerzo tembloroso, Angron se había colocado debajo de una de las lámparas. Se volvió para asegurarse de que Khârn lo estaba mirando y luego se dio la vuelta de nuevo al mismo tiempo que extendía los brazos hacia los lados.

El primarca tenía el torso al aire, provisto de una musculatura que le había diseñado el Emperador. Su cuerpo era ancho, pesado y anguloso para poder acomodar los huesos sobredimensionados y los extraños órganos y tejidos que, según los rumores que corrían entre los astartes, el Emperador había creado a partir de su propia carne y sangre y había modificado de veinte maneras diferentes para implantarlos en sus hijos. Khârn se preguntó por un momento si Angron habría crecido sin tener ni idea de quién era realmente, y al instante siguiente se dio cuenta de lo que realmente le estaba enseñando el primarca.

Una cresta de tejido cicatrizado comenzaba en la base de la espina dorsal de

Angron. Iniciaba el recorrido hacia arriba y luego torcía hacia la izquierda para rodear el cuerpo y pasar por encima de la cadera y seguir hacia la parte delantera. Angron comenzó a girar sobre sí mismo bajo la luz y Khârn se fijó en cómo la cicatriz se expandía y se contraía, adentrándose y sobresaliendo de la piel. En algunos puntos, donde la capacidad curativa del primarca había superado a la herida, la marca desaparecía por completo. La cicatriz rodeaba una y otra vez el cuerpo de Angron, enrollándose sobre sí misma, pasando sobre el estómago y luego por las costillas para llegar hasta el pecho. Se detenía de forma repentina tras un breve recorrido por encima del esternón.

—La cuerda del triunfo —le explicó el primarca.

Señaló con la mano la zona superior de la cicatriz, donde el tejido era más suave, más continuo, menos horrible. No había zonas cicatrizadas en esa parte. Khârn se sobresaltó cuando Angron se propinó un puñetazo en el pecho. El golpe resonó como el disparo de un arma pesada.

—¡Nudos rojos! ¡En mi cuerda sólo se ve el rojo, Khârn! De todos nosotros, yo fui el único que lo logró. No hay ningún nudo negro.

Angron empezó a estremecerse otra vez de pura rabia, y Khârn inclinó la cabeza. No era muy optimista. «Yo lo he comenzado, mi señor, y quiero terminarlo, pero no sé cuántos ataques de furia más podré resistir». Un momento después, Angron lo agarró por los hombros, y los extremos de los huesos rotos de su brazo chirriaron al rozarse. Los músculos del cuello y de la mandíbula de Khârn se pusieron rígidos por el esfuerzo que tuvo que realizar para no aullar de dolor.

—¡No puedo regresar! —le gritó la voz de Angron a través del dolor que sentía. Su voz no resonó cargada de furia, sino de una angustia que era mucho peor que el dolor que sentía Khârn—. No puedo regresar a Desh’ea. No puedo coger la tierra para hacerme un nudo negro. —Angron echó a un lado a Khârn y se desplomó de rodillas—. No puedo… Necesito mostrar mi fallo, y no puedo hacerlo. ¡Tu Emperador! ¡Tu Emperador! ¡No pude luchar con ellos, y ahora tampoco puedo conmemorarlos!

—Mi señor, nosotros… —Khârn sintió unos leves pinchazos de calor en el abdomen a medida que sus sistemas curativos se esforzaban por reparar los daños internos—. Vuestra legión quiere aprender de vos. Sois nuestro primarca, pero todavía no hemos aprendido nada de vos. No sé…

—No. El gusano de Khârn no lo sabe. Khârn no tiene ninguna cuerda de triunfos. —Khârn mantuvo la mirada fija en el suelo, pero el desprecio en la voz de Angron era más que perceptible—. Por cada combate al que sobrevivas, un corte para alargar la cuerda. Si es un triunfo, dejas que la herida se cure limpia. Un nudo rojo. Para una derrota a la que sobrevivas, toma un poco de polvo del lugar donde combatiste y mételo en la herida para oscurecerla. Un nudo negro. Sólo hay rojo en mí, Khârn —le

indicó Angron al mismo tiempo que extendía los brazos de nuevo—. Pero no me lo merezco.

—Os entiendo, mi señor —le contestó Khârn, y se dio cuenta de que era verdad —. Vuestros hermanos… —Se corrigió a sí mismo—. Vuestros hermanos y hermanas fueron derrotados.

—Murieron, Khârn. Todos murieron. Todos juramos que nos enfrentaríamos juntos a los ejércitos de los jinetes altos. Los riscos de Desh'ea serían testigos de la lucha final. Se acabaron los nudos en la cuerda, para todos nosotros. —Había bajado la voz hasta casi hablar con un susurro lleno de pesadumbre—. No debería estar aquí. No debería estar respirando, pero así es. Ni siquiera puedo recoger un poco de polvo de Desh'ea para hacer un nudo negro y recordarles así. Khârn, ¿por qué me ha hecho esto vuestro Emperador?

Los dos se quedaron en silencio después de que hiciera aquella pregunta. Angron, que se quedó de pie, dejó caer la cabeza hacia delante y se pasaba con fuerza los nudillos por la frente y la cara. La luz provocaba unas sombras extrañas a lo largo de su cráneo, cubierto de protuberancias metálicas y de cicatrices.

Khârn también se puso en pie. Se tambaleó, pero logró mantener el equilibrio.

—No debo saber lo que el Emperador os dijo, mi señor, pero…

Angron se volvió en redondo y Khârn se encogió levemente. Los ojos del primarca brillaban de nuevo y mostraba los dientes, pero no era un gruñido, sino una sonrisa feroz.

—No me dijo mucho, no. ¿Crees que le dejé? —Angron se puso a caminar de nuevo y fue de aquí para allá bajo la luz de la lámpara mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Sabía lo que estaba ocurriendo. Estaba allí, y ya había visto a los asesinos de los jinetes altos dirigiéndose hacia mis hermanos y hermanas en Desh'ea. Lo sabía, lo sabía. ¡Aaahhhh! —Las manos se convirtieron en un borrón cuando las movió como garras por delante de él—. El tenía sus propios hermanos, ¿verdad?, su guardia de parientes. Todos con armaduras doradas, comportándose como si fuesen jinetes altos, aunque sus pies estaban en el suelo como los míos. ¡Me apuntaban con sus armitas! —Angron se dio la vuelta, pegó un salto y se lanzó contra Khârn, a quien aplastó contra la pared con la palma de la mano—. ¡Me amenazaron con sus armas! ¡A mí! Ellos… ellos…

Angron se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes, como si esa tremenda presión física fuera capaz de mantener sus enloquecidos pensamientos en el camino adecuado. Se quedó inmóvil durante unos momentos y luego lanzó el cuerpo hacia delante para propinarle un tremendo puñetazo a la pared, justo al lado de la cabeza de Khârn. Varios trozos de piedra salieron disparados como metralla.

—Maté a uno de ellos —soltó Angron de repente mientras se ponía en pie una vez más para luego empezar a caminar de nuevo por la estancia—. No le pude poner

las manos encima a ese Emperador tuyo. Aaah, su voz en mis oídos… era peor que los clavos del carnicero. —El primarca se pasó los dedos por las partes metálicas del cráneo. Miraba fijamente a Khârn otra vez—. Pero me cargué a uno. A uno de esos cabrones de armadura dorada. El Emperador no lo soportó. Es un flojucho como tú. Me hizo retroceder hasta ese… sitio… El sitio que me sacó de Desh’ea.

La expresión sombría del rostro de Angron se hizo más intensa al recordarlo, y se encorvó.

—La teleportación —dijo Khârn al comprender lo ocurrido—. Os teleportó. Primero a su propia nave, y luego hasta aquí.

—Quizá entiendas algo, después de todo. —Angron siguió caminando y alejándose de Khârn, por lo que a éste le costó cada vez más distinguirlo, ya que se convirtió en poco más que una sombra incluso con la visión infrarroja. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los brazos extendidos, como si se estuviera dirigiendo a una audiencia situada en la galería superior—. Mis hermanas, mis hermanos y yo, propiedad de los jinetes altos, que flotaban sobre nosotros con sus capas de cuervo. Sus ojos de gusano zumbaban mirándonos mientras nosotros derramábamos nuestra sangre en vez de la de ellos. —Gruñó al mismo tiempo que lanzaba un puñetazo y un zarpazo al aire—. Y tú, Khârn, propiedad del Emperador, que se aprovecha de tu sangre y envía a sus marionetas de armadura dorada a los combates en los que él mismo no quiere…

Khârn estaba haciendo gestos negativos con la cabeza, y el primarca lo vio.

—Vaya, vaya —dijo, y su voz rugiente, salida de entre las sombras, quedó cargada de amenaza de nuevo. El sonido le recordó a Khârn lo débil que estaba, lo herido, lo desarmado—. Khârn me llama mentiroso. Khârn cree que debe poner en duda la palabra de su primarca en nombre de su Emperador. —Angron volvió a salir con un salto de la oscuridad y aterrizó delante de Khârn. Tenía una mano echada hacia atrás, lista para propinarle un golpe que lo pulverizaría—. Admítelo, Khârn. ¿Por qué no lo dices? —El puño amenazante se estremeció pero no salió disparado. El primarca le acercó la cara como si estuviera a punto de morderlo—. ¡Dilo! ¡Dilo!

—Lo vi una vez —le contestó Khârn—. Lo vi en Nove Shendak, el mundo Ochenta y Dos Diecisiete. Era un mundo de gusanos. Unas criaturas gigantescas e inteligentes. Odiosas. Sus armas eran unos filamentos, unas plumas metálicas que se acoplaban al cuerpo para disparar la energía que éste producía. Recuerdo que vi la superficie del suelo ondularse con los filamentos antes de que los gusanos aparecieran prácticamente a nuestros pies. Eran gruesos como un hombre, y más largos que vos, mi señor. Tenían tres bocas en la cara, y una docena de dientes en cada boca. Hablaban entre sí a través del barro mediante aullidos sónicos y susurros embrujados.

»Descubrimos tres sistemas que estaban sometidos a su poder. Les quemamos las

colonias de nidos y los perseguimos hasta su hogar natal, pero en su mundo de origen descubrimos la existencia de humanos. Se trataba de una gente perdida para el resto de la humanidad desde quién sabe cuándo, que sobrevivían en tierra firme mientras los gusanos proliferaban en los pantanos. Cazaban a los humanos. Los recolectaban. Los mataban.

Angron seguía con los ojos entrecerrados y el puño en alto, pero ya no se estremecía por la rabia. Khârn también tenía los ojos medio cerrados. Estaba recordando cómo la armadura azul y blanca de los Perros de la Guerra relucía en la penumbra del mundo de los gusanos. Recordó también el incesante y enervante sonido de succión cada vez que las mareas lunares movían de un lado a otro los bordes de los mares de barro por todos los continentes de piedra escarpada.

—Los Guerreros de Hierro estaban con nosotros, y Perturabo aterrizó con los ingenieros de asalto después de que nuestras lanzas despejaran por completo la zona de desembarco y la dejaran seca y desprovista de estorbo alguno. Se puso manos a la obra y dragó y asentó el terreno. La tierra del planeta… Bueno, apenas se la podía llamar tierra. Era poco más que una serie de charcos llenos de barro y de toxinas. El lecho rocoso estaba a tanta profundidad que cualquiera se hubiera ahogado si hubiera intentado caminar por allí.

—¿Cómo los derrotasteis? —quiso saber Angron—. Si no podíais manteneros en esa superficie…

—Con aparatos centinela equipados con láseres de elevada potencia, mi señor. Disponíamos de aparatos sensores capaces de oír sus movimientos a través del barro cuando se dirigían hacia nosotros. Colocamos explosivos alrededor de las fortificaciones que habíamos levantado y dejamos que se hundieran hasta la profundidad donde se encontraban los gusanos.

»Las fortificaciones de Perturabo fueron un milagro. Construyó trincheras y diques, cercó los mares de barro y los secó) hizo retroceder a los gusanos y recuperó tierra sobre la que aquellos pobres humanos podrían construir. Cuando los gusanos salieron para enfrentarse a nosotros, se encontraron con el Emperador y sus Perros de la Guerra.

—Hablas de ti. De vosotros.

Khârn asintió.

—Los Perros de la Guerra. La XII Legión Astartes. Creada a vuestra imagen, como vuestros guerreros, mi primarca. Nos vio combatir en las colmenas de Cephic y nos bautizó con ese nombre por los mastines blancos que utilizaban los guerreros yeshk del norte. Nos honró con ese nombre, mi primarca. Estamos orgullosos de él, y esperamos que vos también lo estéis.

Angron dejó escapar un gruñido, pero no dijo nada. Abrió el puño con el que había estado amenazándolo.

—El anclaje meridional de las defensas de Perturabo era una roca, lo más parecido a una montaña que existía en aquel lugar, la única que las mareas de barro no habían conseguido derruir. Cuando los gusanos vieron que el Mechanicum empezaba a cambiar la superficie del planeta, se reunieron para destruirnos bajo esa cima. Se enterraron en el barro más allá de nuestro alcance, y avanzaron a gran profundidad para atacarnos.

Khârn empezó a hablar con mayor rapidez a medida que los recuerdos se le agolpaban en la mente: el fuerte hedor del terreno tóxico; los gritos de alarma de los artilleros del Ejército Imperial cuando la superficie del océano de barro comenzó a ondularse… Angron había retrocedido, aunque mantuvo la cabeza echada hacia adelante y los ojos le brillaban con una expresión de concentración.

—Los primeros llegaron en una oleada —le explicó Khârn—. Se habían deslizado acechando en los límites de las fortificaciones, donde habían acabado con algunas de las dotaciones que trabajaban en las bombas de achique y en las máquinas de dragado. No habíamos librado una batalla decisiva contra los gusanos desde hacía meses, pero Gheer y Perturabo habían estudiado sus pautas de combate y nos prepararon para el contraataque. Formamos a lo largo de los muros del acueducto de Perturabo, construido a medias, pero que ya tapaba la mitad del cielo. Realizamos nuestros juramentos del momento y amartillamos los bólters.

—¿Los bólters?

—Un arma de fuego. Muy poderosa. El arma de los astartes.

—Ah. Sigue. Los gusanos atacaron las fortificaciones.

Angron tenía la mirada perdida por encima de Khârn, y estaba moviendo las manos hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo que arrastraba un poco los pies. El capitán tardó unos instantes en darse cuenta de que el primarca estaba disponiendo Las defensas en su mente, ordenando las líneas, estudiando el terreno.

—Así que atacaron como perros lanzándose contra una alambrada. Es una estupidez realizar una carga frontal contra una muralla de escudos. Dime qué hicisteis.

Khârn cerró los ojos y se concentró en las rutinas de condicionamiento que ordenaban sus recuerdos para superar el dolor que sentía.

—La primera oleada atravesó el barro con sus fauces y sus filamentos. Avanzaron hacia nosotros protegidos por una muralla creada con sus arcos de energía. El barro humeó a su paso, y en los puntos donde convergían aquellos arcos la roca quedaba destrozada. Lanzaron un bombardeo por delante de ellos. Intentamos romper su línea con cañones múltiples y disparamos los proyectiles justo por detrás de su línea de avance, además de partir con granadas las rocas que tenían por delante. Creímos que les habíamos tomado la medida cuando el fuego de contraartillería hizo que sus líneas de vanguardia vacilaran, pero lo único que habían estado haciendo hasta ese

momento había sido llamar nuestra atención para determinar cuáles eran las debilidades de nuestra propia línea. En cuanto dejaron de bombardearnos, nos atacaron con furia en los puntos débiles. Entraron en cuña en nuestro frente. Para flanquearlos y rodearlos hubiéramos tenido que salir al barro, donde apenas podíamos tenernos de pie, y en aquellos puntos donde sí que se podía caminar porque el barro era poco profundo, los gusanos tenían preparadas líneas secundarias y hasta terciarias listas para abalanzarse contra las tropas de flanqueo. Para romper los ataques teníamos que atraerlos hasta las zonas rocosas, donde podíamos maniobrar mejor que ellos. Perturabo había construido una serie de trampas en las fortificaciones: falsos muros exteriores, emplazamientos dobles, zonas de aniquilamiento a lo largo de los canales de desagüe…

Angron asintió con un gesto de aprobación. Miró arriba y abajo en el interior de la cámara envuelta en la oscuridad como si fuera capaz de ver los grandes muros iluminados por el resplandor anaranjado de los disparos de bólter y los arcos de energía de color azulado de los gusanos.

—Todavía teníamos que atraerlos hacia el interior de nuestras líneas para acabar con ellos. Los contuvimos y luego retrocedimos por secciones a unas posiciones secundarias. Lo hicimos a través de las unidades del Ejército Imperial que esperaban para caer sobre ellos. Había muchos gusanos, mi primarca.

Khârn sonrió. Sintió cómo le palpitaban las heridas cuando aquellos recuerdos tan vividos provocaron que el metabolismo de su cuerpo comenzara a segregar estimulantes de combate.

—Nuestras hachas tardaron un mes en secarse.

Angron gruñó de nuevo por toda respuesta y realizó un doble movimiento con el brazo, como si estuviera blandiendo un arma de filo contra algo que tenía aproximadamente su misma estatura. Khârn apenas se paró en ello, pero su mente de guerrero almacenó los movimientos y el equilibrio de su primarca, los movimientos de su brazo y de su hombro, y se fijó dónde podría golpearlo en un ataque de respuesta. En ese momento, sin abandonar su postura de combate, Angron inmovilizó de nuevo a Khârn con la mirada.

—El Emperador. Hablas de combatir entre el barro, pero no mencionas al Emperador. ¿Tan altivo es? Está por encima de eso, ¿no? —Angron empezó a alzar la voz, que adquirió un tono áspero y desagradable—. Se rió de vosotros, ¿a que sí? Llamó a sus lacayos para que murieran por él. ¡Admítelo, Khârn!

Cruzó la distancia que los separaba en un rápido movimiento e hizo caer sobre una rodilla a Khârn con un leve golpe de su brazo.

—El Emperador —repitió Khârn, y no pudo evitar una sonrisa al recordarlo—. El Emperador fue una tormenta dorada que se desencadenó sobre la inmundicia de Nove Shendak. Cuando los gusanos ya estaban entre nosotros, descendió desde la cima, y

fue como si nos hubiera traído un trozo de sol, a nosotros, que no podíamos ver su luz por culpa de aquellas neblinas repugnantes. Brilló por toda la línea de batalla como un faro. Sus custodios actuaron como estandartes vivientes y los soldados se reagruparon a su alrededor, pero él… —Khârn cerró por un momento los ojos mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Mi señor, ¿en vuestro planeta se utilizan granadas para el combate? Son unas armas explosivas de pequeño tamaño, que se pueden agarrar con una sola mano y se pueden lanzar.

—Son armas de jinetes altos —gruñó Angron—. No son adecuadas para un guerrero en el polvo caliente.

—Pues imaginaos, mi señor, que un… —Se esforzó por recordar la palabra que el primarca había empleado antes—, que un flojucho mantuviera agarrada una granada hasta que explotara. ¡Imaginaos cómo le reventaría la mano, le destrozaría el brazo, le machacaría el cuerpo! Pues cada vez que el Emperador se enfrentaba a una de las columnas enemiga, ocurría precisamente eso. No repelió los ataques, mi señor. No los derrotó. Los reventó. Un asalto tras otro. Ni siquiera Perturabo, cuando bajó a la línea del frente al final de…

—Ya has pronunciado ese nombre antes —dijo la voz retumbante de Angron a su espalda—. ¿Quién es?

—Disculpadme, mi señor. Es otro primarca. Uno de los primeros que encontramos. Yo acababa de incorporarme a los Perros de la Guerra cuando llegó el mensaje a través de las flotas, y al principio ni siquiera entendí qué significaba. No lo hice hasta que vi a los Guerreros de Hierro y me di cuenta de cómo reaccionaban. Hasta el propio aire pareció cambiar a su alrededor. Ellos, los Ultramarines y nosotros viajábamos juntos. Nos dieron envidia. Habían encontrado a su primogenitor y a su general. Ahora nosotros hemos encontrado al nuestro.

—Otro. Así que otro. —Khârn se arriesgó a levantar la vista y a mirar a su alrededor. Angron estaba de pie, con las manos pegadas a la cara de nuevo y los dientes apretados mientras se concentraba—. ¿Otro como yo?

—No como vos, mi primarca. Es un hermano vuestro. Creado para el mando y la conquista, como vos. Los Guerreros de Hierro, ésa es su legión ahora.

—¿Son guerreros valientes?

—Son bastante valientes si disponen de una muralla en la que parapetarse o una trinchera en la que meterse.

—Murallas —gruñó Angron—. Las murallas pueden derribarse.

—Eso es lo que les decimos, mi señor. Quizá vos podáis…

—Murallas —repitió el primarca interrumpiéndolo—. Cuando salimos por primera vez de las cuevas y caminamos sobre piedra y no sobre polvo, casi quedamos atrapados entre unas murallas. Teníamos las armas con las que habíamos derramado la sangre de todos nosotros, y estaban preparadas para un cambio de sabor. Los

jinetes altos se rieron, como siempre se reían mientras nos contemplaban cuando estábamos en el polvo, y nos insultaron del mismo modo en que nos provocaban cuando combatíamos entre nosotros. —Angron manoteó en el aire como si estuviera espantando a unos insectos invisibles—. Enviaban sus voces a través de los ojos de gusano con los que nos observaban. Voces, voces. «¡Oh, por favor, maravilloso Angron! —De repente, la voz del primarca imitó el tono y el acento afectado de alguien de clase alta—. Hemos apostado a que sufrirías una herida al enfrentarte a doce enemigos. Sólo una. ¿No serías tan amable de sangrar por nosotros?». —El tono de voz cambió para imitar a otra persona—. «Mi hijo te está viendo a mi lado, Angron. ¿Qué te pasa? ¿No puedes combatir con un poco más de ánimo? ¡Haz algo que merezca que aplaudamos!». Los ojos, las voces. Los clavos de carnicero en mi cabeza… caliente… humo… en mi cabeza. —En el rostro de Angron apareció una expresión feroz—. Me gustó luchar sin los ojos y sin las voces. Intentaron atraparnos, pero no pudieron detenernos. Cada línea que formaban acababa desbaratada antes de que tuvieran tiempo de colocarse en formación. Estaban por todas partes, pero nosotros éramos más rápidos.

Angron acompañaba la explicación con los movimientos adecuados, saltando hacia delante y hacia atrás, golpeando, repartiendo mandobles y lanzando zarpazos a diestro y siniestro.

—Allí estaba Jochura con su risa y sus cadenas. Cromach, que luchaba con el alfanje de llamas. ¡Ja! Yo fui el primero que le hizo poner un nudo negro en su cuerda. Él y yo quemamos juntos las torres de guardia de Hozzean. Klester cabalgaba en su lanza aullante… Deberías haberla visto, Khârn. Era tan veloz… ¡Aaarrgghh! —Angron se tocó los cables metálicos que le sobresalían entre el pelo—. Nos movimos con rapidez. No nos entretuvimos entre las murallas. Quedarnos atrapados era la muerte. Rapidez, confianza y disciplina… Nunca descansar, siempre avanzar, ansiosos de enfrentarnos al enemigo, eso es lo que nos enseñaron… Aahh, mis hermanos y hermanas… ¡Si hubiéramos sabido cómo iba a acabar! ¡Pero no podíamos saberlo! —Angron cayó de rodillas y aulló—. ¡Todo ese valor! ¡Los Devoradores de Ciudades, nos llamaron! ¡Todas aquellas fortalezas en las montañas ardiendo como hogueras! ¡Toda la Gran Costa pintada con sangre! ¡Las llamas devoraron Hozzean! ¡Meahor! ¡Ull-Chaim! —Se puso en pie llorando y rugiendo al mismo tiempo, sin importarle que Khârn lo estuviera mirando—. ¡Los derrotamos en el río que corría por delante de Ull-Chaim! ¡Colgamos a medio millar de jinetes altos y de sus parientes de los puentes de enredaderas! ¡Las cabezas principescas bajaron flotando por el no, hacia las tierras bajas, como si fueran nuestros heraldos! Los lazos plateados que llevaban en los cráneos… ¡arrancados y enrollados en mis puños!

La rabia incontrolada había vuelto. Khârn pensó en marcharse discretamente, pero desechó la idea. Ni lucharía contra Angron ni se escondería de él. Además,

Angron lo encontraría por muy bien que se escondiera. Apenas acababa de pensar en aquello cuando lo levantaron del suelo. El primarca lo había agarrado por los dos brazos. Angron lo sostuvo un momento por encima de la cabeza y luego lo estrelló contra el suelo. La piedra se agrietó por el golpe.

—¡Ellos pagaron! ¡Ellos pagaron! ¡Les hicimos pagar! —Angron le propinó una patada a Khârn que lo envió al otro lado de la estancia—. ¡Alguien tiene que pagar por mis hermanos y hermanas! ¿Quién va a pagar?

Khârn, que estaba aturdido y a punto de perder la conciencia, notó que lo levantaban de nuevo para estrellarlo otra vez contra el suelo. Allí lo pateó y después le agarró una vez más del cuello.

—¡Paga, perro de la guerra! ¡Paga! ¡Lucha contra mí! —Algo, ¿un pie, un puño?, lo golpeó en el pecho y Khârn cayó derrumbado en el suelo, medio ahogado—. ¡Ponte en pie y lucha!

Khârn pensó que había llegado el final. «Bueno, he llevado mi mensaje todo lo bien que podía llevarlo cualquier perro de la guerra». Intentó ponerse en pie, pero no pudo, así que se quedó tumbado de espaldas y habló con voz débil:

—Sois mi primarca y mi general, lord Angron. Juro que os buscaré y os seguiré, y que no lucharé contra vos. Si debo morir, entonces que sea vuestra mano la que acabe conmigo. Soy Khârn, y soy fiel a vuestra voluntad.

Se quedó esperando y perdió la conciencia. Se despertó con un sobresalto cuando su metabolismo lo despertó y el dolor de sus heridas se agudizó. No fue capaz de ver o de oír a Angron, pero sintió el frío suelo de piedra bajo él y el aire fresco en sus pulmones. Cuando la oyó por fin, la voz de Angron sonó aterradoramente cercana, casi pegada a su oído.

—Sois guerreros, Khârn —le dijo el primarca—. Conozco muy bien a los guerreros en cuanto los veo.

Khârn quiso contestarle, pero un tremendo dolor le atenazó el pecho y la garganta cuando intentó hablar.

—Este… Emperador —dijo Angron con un esfuerzo evidente por mantener la calma—. ¿Es a él a quien le jurasteis lealtad?

—Nos lo juramos los unos a los otros —logró musitar Khârn—. En su nombre y sobre su estandarte. —Tardó mucho tiempo en recuperar el aliento—. Ninguno… alzaría la mano contra vos.

Angron no dijo nada durante un rato. Khârn estaba a punto de volver a perder la conciencia cuando habló de nuevo.

—Tanta devoción… de unos guerreros semejantes… —Su voz se apagó poco a poco, y pegó las manos a la cabeza otra vez—. Un hombre que puede… un hombre… al que… vuestros juramentos… que por él haríais…

Pasaron varios minutos antes de que se oyera de nuevo la voz de Angron.

—Esta cámara… ¿puedo salir de ella?

Khârn tardó unos momentos en poder contestar.

—Estamos en la nave insignia de los Perros de la Guerra. Es nuestra nave de mayor tamaño. Es el instrumento de vuestra voluntad, y está a vuestras órdenes, lo mismo que nosotros, mi primarca.

No se oyó respuesta alguna durante un largo tiempo. Tan sólo hubo silencio y oscuridad. Luego, cuando Khârn ya notaba que iba a perder el conocimiento otra vez, sintió que lo levantaban en el aire, pero que esta vez lo hacían con lentitud y delicadeza, y lo llevaban a través de la oscuridad.

Se miraron unos a otros cuando en las grandes puertas resonó una llamada retumbante, sin saber muy bien qué hacer, pero eso tan sólo fue un instante. Dreagher se acercó de inmediato al mecanismo de apertura, y cuando los cierres chasquearon y las puertas se abrieron, allí estaba él. Los perros de la guerra soltaron una exclamación colectiva y retrocedieron cuando la gigantesca sombra que apareció en la escalera aumentó más todavía de tamaño hasta salir a la luz. Con la mano derecha ayudaba a Khârn, que mostraba una tremenda cantidad de heridas y apenas se mantenía consciente.

Angron se quedó allí, de pie, tenso como la cuerda de un arco. No dejó de abrir y cerrar la mano que tenía libre. La respiración le retumbaba en la garganta. Cada uno de los perros de la guerra palideció por turnos durante largos minutos bajo la mirada de su primarca, hasta que Khârn logró alzar la cabeza y hablar.

—Saludad a vuestro primarca, perros de la guerra. Saludad a quien ha derramado sangre en el polvo caliente e hizo pagar a los jinetes altos por su arrogancia. Saludad a vuestro primogenitor, al general de la XII Legión. Saludad a aquel cuyos soldados recibieron el nombre de Devoradores de ciudades. ¡Saludadlo, astartes!

Los perros de la guerra le respondieron de inmediato. Las voces y las manos se alzaron en un saludo jubiloso mientras las cabezas de las hachas golpeaban el suelo. Todos se reunieron alrededor de Angron, quien se mantuvo en silencio en el centro, y gritaron una y otra vez. Khârn encontró la fuerza y la voz necesarias para unirse a aquel coro y gritar a su vez.

—Primarca —dijo Angron con una voz que apenas era un murmullo, pero que acalló de inmediato las voces de los perros de la guerra—. De nuevo soy general.

—¡Primarca! —gritó Dreagher—. ¡General! Vuestros guerreros eran devoradores de ciudades, pero bajo vuestro mando, ¡los Perros de la Guerra nos convertiremos en devoradores de mundos!

Angron se tambaleó durante un momento, con los ojos y los puños cerrados. Luego miró a Dreagher y después a Khârn, y a continuación, sonrió.

—Devoradores de mundos —dijo con lentitud, como si estuviera paladeando las

palabras—. Devoradores de mundos. Entonces, eso es lo que seréis, pequeños hermanos. Aprenderéis a cortar la cuerda. Sangraremos juntos y seremos hermanos.

Esta vez, todos le sostuvieron la mirada. Angron alzó lentamente un puño para responder a sus saludos.

—Venid conmigo entonces, Devoradores de Mundos. Bajad conmigo a mi cámara y allí hablaremos.

Angron dio media vuelta y se dirigió de regreso a su cámara.

En silencio, con Khârn sostenido entre todos, los Devoradores de Mundos siguieron a su primarca hacia la oscuridad que apestaba a sangre.